

La
A **doración**
que
A **grada**
al
A **ltísimo**

Perspectivas Bíblicas

James W. Bartley

950
SEMINARIO BIBLICO ALIANZA
BIBLIOTECA
CARLOS ECKDAHL
Guayaquil - Ecuador

La Adoración

que Agrada al

Altísimo

Perspectivas Bíblicas

James W. Bartley

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

Apartado Postal 4255, El Paso, TX 79914 EE. UU. de A.

www.casabautista.org

Agencias de Distribución

CBP ARGENTINA: Rivadavia 3474, 1203 Buenos Aires. **BOLIVIA:** Casilla 2516, Santa Cruz. **COLOMBIA:** Apartado Aéreo 55294, Bogotá 2, D.C. **COSTA RICA:** Apartado 285, San Pedro Montes de Oca, San José. **CHILE:** Casilla 1253, Santiago. **ECUADOR:** Casilla 3236, Guayaquil. **EL SALVADOR:** Av. Los Andes No. J-14, Col. Miramonte, San Salvador. **ESPAÑA:** Padre Méndez #142-B, 46900 Torrente, Valencia. **ESTADOS UNIDOS: CBP USA:** 7000 Alabama, El Paso, TX 79904, Tel.: (915)566-9656, Fax: (915)565-9008, 1-800-755-5958; 960 Chelsea Street, El Paso TX 79903, Tel.: (915)778-9191; 4300 Montana, El Paso, TX 79903, Tel.: (915)565-6215, Fax: (915)565-1722, (915)751-4228, 1-800-726-8432; 312 N. Azusa Ave., Azusa, CA 91702, Tel.: 1-800-321-6633, Fax: (818)334-5842; 1360 N.W. 88th Ave., Miami, FL 33172, Tel.: (305)592-6136, Fax: (305)592-0087; 647 4th. Ave., Brooklyn, N.Y. Tel. (718)788-2484; **CBP MIAMI** 12020 N.W. 40th Street, Suite 103 B, Coral Springs, FL, 33065, Fax: (954)754-9944, Tel.1-800-985-9971. **GUATEMALA:** Apartado 1135, Guatemala 01901. **HONDURAS:** Apartado 279, Tegucigalpa. **MEXICO: CBP MEXICO:** Vizcaínas Ote. 16, Col. Centro, 06080 México, D.F.; Madero 62, Col. Centro, 06000 México, D.F.; Independencia 36-B, Col. Centro, 06050 México, D.F.; F. U. Gómez 302 Nte. Monterrey, N. L. 64000. **NICARAGUA:** Reparto San Juan del Gimnasio Hércules, media cuadra al Lago, una cuadra abajo, 75 varas al Sur, casa #320. **PANAMA:** Apartado E Balboa, Ancon. **PARAGUAY:** Casilla 1415. **PERU:** Pizarro 388, Trujillo. **PUERTO RICO:** Calle San Alejandro 1825. **URUGUAY:** Casilla 14052, Montevideo 11700. **VENEZUELA:** Apartado 3653, El Trigal 2002 A, Valencia, Edo. Carabobo.

LA ADORACION QUE AGRADA AL ALTISIMO

© Copyright 1999 Casa Bautista de Publicaciones. Todos los derechos reservados.
No se podrá reproducir o transmitir todo o parte de este libro en forma o medio alguno sin el permiso escrito de los publicadores, con la excepción de porciones breves en revistas y/o periódicos.

Clasificación Decimal Dewey 781.71

Tema:
Adoración

ISBN: 0-311-32444-4

CBP Art. 32444

3M 3 99

Printed in USA



Contenido

Prefacio	5
Introducción	7

Primera Parte: Perspectivas del Antiguo Testamento...9

1. La Adoración en el Pentateuco	11
2. La Adoración en los Libros Históricos	25
3. La Adoración en los Libros Poéticos.....	53
4. La Adoración en los Libros Proféticos.....	75
5. La Adoración en el Antiguo Testamento: Un Resumen	105

Segunda Parte: Perspectivas

en el Nuevo Testamento	107
6. La Adoración en los Evangelios	109
7. La Adoración en Los Hechos	141
8. La Adoración en las Epístolas de Pablo	147
9. La Adoración en Apocalipsis.....	151

Tercera Parte: Una Síntesis de la Adoración

que Agrada al Altísimo	167
10. Una Síntesis de los Principios Bíblicos sobre la Adoración	169

Apéndice: Las Referencias en la Biblia a la Adoración..	197
---	-----

Prefacio

Hay un dicho que dice: "La confesión es saludable para el alma del hombre." Este libro en un sentido es la confesión del autor quien, con no poco dolor y vergüenza, a los 57 años de edad y después de 35 años de ministerio, vino a descubrir por primera vez los principios bíblicos de la adoración.

Este viaje comenzó en un restaurante, una noche en 1985, cuando cenaba con Dan Hall, promotor de música para la Convención Bautista del Estado de Mississippi, EE.UU. de América. El que escribe había cumplido más de tres décadas como misionero en el Uruguay, haciendo lo que hacen muchos misioneros: evangelizando, formando nuevas iglesias y enseñando en el seminario. Mientras cenábamos, Hall, ya un hombre maduro y con vasta experiencia en dirigir cultos de adoración, tocó el tema de la adoración y lo que estaba descubriendo en su propio peregrinaje espiritual. Se notaba en sus ojos, gestos y el tono de su voz, que estaba compartiendo algo que había revolucionado su vida espiritual. Este encuentro marcó la vida del que escribe como pocas cosas lo han hecho. Se dio cuenta de que, a pesar de haber leído tantas veces la Biblia de tapa a tapa, enseñado su contenido y predicado tantos sermones, nunca había hecho un estudio a fondo sobre el tema de la adoración en la Biblia. Sí, había leído artículos y libros sobre el tema, pero no había investigado lo que Dios dice al respecto en su palabra.

Regresando al Uruguay, se hizo el propósito de comenzar un estudio sistemático sobre el tema de la adoración en toda la Biblia. Comenzó a descubrir verdades y enfoques sobre el tema que no había visto antes. El estudio sirvió para enriquecer su propia vida espiritual, resultando en algo como un avivamiento personal. Tal fue su entusiasmo que decidió presentar una serie de estudios-sermones en la iglesia que pastoreaba sobre el tema general: *La Adoración que Agrada al Altísimo*. La serie se extendió a 24 temas distintos. Desde ese entonces, ha presentado la serie en seminarios, iglesias y conferencias especiales en varios países, siempre con una respuesta positiva.

Llegó a ser evidente que la mayoría de los pastores, líderes de adoración y creyentes en general ignoran en gran medida los principios bíblicos de la *adoración que agrada al Altísimo*. Lamentablemente, esta ignorancia se ve en muchos cultos tradicionales y no-tradicionales, en iglesias casi muertas y en grupos renovados. En ambos extremos, y en todos los puntos intermedios, esta ignorancia suele llevarles a prácticas que no armonizan con la revelación bíblica.

Al preguntar en conferencias cuántos habían hecho un estudio bíblico sistemático sobre el tema de la adoración, ni siquiera uno respondió en sentido

positivo. Al mismo tiempo, los mismos mencionados arriba manifestaron un vivo interés en aprender más acerca de este tema de vital importancia para el reino de Dios.

Lo que se propone en este estudio, entonces, es examinar algunos de los pasajes, a través de toda la Biblia, que describen un acto de adoración. Se dará atención especial a los pasajes que emplean el término *adorar* o sus derivaciones. En cada caso se procurará descubrir lo que antecede a la experiencia de adoración, en qué consiste la adoración y el resultado.

El que escribe no pretende conocer todo lo que la Biblia enseña sobre la adoración, ni que este tomo abarque todos los principios bíblicos del tema. Sin embargo, está seguro de que sólo en la Biblia, la Palabra de Dios, descubriremos en qué consiste la adoración que es agradable a Dios. La Biblia es la revelación de Dios al hombre, sí, pero también es la historia de los intentos del hombre de adorar a Dios. Por eso, la Biblia llega a ser nuestro manual de adoración, nuestro texto único. Por cierto hay muchos libros buenos sobre el tema, pero ninguno de ellos, ni todos juntos, se comparan con el valor de la enseñanza bíblica sobre la adoración.

La adoración es un tema que demanda un estudio serio de la Biblia y el ajustar nuestra práctica a la revelación de Dios *a lo largo de toda la vida*. En gran medida, nuestra adoración depende de nuestro conocimiento de Dios. Ya que Dios es infinito, y nosotros finitos, nunca lo conoceremos perfectamente. Sin embargo, el gran desafío para todo creyente es el de crecer en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 Pedro 3:18). Donde estamos en ese camino no es tan importante como la orientación hacia adonde vamos y el ritmo de marcha. Entre que lo conozcamos, mejor podremos adorar-lo.

Nota del editor: El autor comparte estos estudios con el fin de despertar en los creyentes, y en especial en los líderes de cultos de adoración, la determinación de tomar su Biblia y hacer su propia investigación sobre el tema. Está seguro de que la aplicación de estos principios es el camino certero para el avivamiento espiritual que todos deseamos, tanto en el nivel personal como en el colectivo.

Introducción

La primera expresión de adoración en la Biblia se encuentra en la ofrenda de Caín y Abel (Génesis 4) y la última referencia es el mandato del ángel: "¡Adora a Dios!" (Apocalipsis 22:9). Entre estas referencias se encuentra una serie continua de intentos del hombre de adorar a su Dios. Este hecho, más la conclusión de los antropólogos de que sin excepción todas las civilizaciones han practicado alguna forma de culto a un ser superior, nos convence de que Dios creó al hombre con un anhelo inherente de adorar a su Creador. Por ejemplo, hace sólo dos años que se descubrieron evidencias en una excavación cerca de Drusseldorf, Alemania, de un culto religioso realizado en el tiempo del hombre de *Neandertal*. Se calcula que esta civilización vivió hace unos 200.000 años.

Hay por lo menos cuatro razones por las cuales los creyentes debemos adorar al Dios revelado en Jesucristo. Primero, *debemos adorar a Dios porque él lo manda* (Apocalipsis 22:9) y por lo tanto es el deber de todo ser humano. Segundo, *debemos adorar a Dios porque él lo merece*. Por ser nuestro Creador, dueño, Salvador, proveedor y protector, él merece nuestro reconocimiento y gratitud que expresamos en la adoración. Tercero, *la adoración tiene un efecto correctivo y edificante para nuestra vida espiritual*. Recién cuando nos encontramos en la presencia del Dios tres veces santo, el Espíritu Santo nos muestra nuestros grandes defectos y necesidades. Vemos la perfección de Dios y nuestra imperfección. El Espíritu despierta en nosotros un vivo anhelo de ser semejantes a Cristo. En ese proceso, que se llama la santificación, el creyente es edificado en la gracia de Dios. Cuarto, *en la adoración los creyentes cumplen los requisitos de Dios para recibir la plenitud del Espíritu Santo*, asegurando la vitalidad dinámica para todas las funciones de las iglesias.

Entendemos que hay cinco funciones básicas que toda iglesia neotestamentaria debe llevar a cabo: la predicación (*kerygma*), la enseñanza (*didaskalia*), la comunión entre miembros (*koinonía*), el servicio a los necesitados (*diakonía*) y la adoración (*proskunía*). Frecuentemente se discute la pregunta: ¿Cuál de estas funciones debe ser primaria? La mayoría de los líderes evangélicos consideran que la función primaria de la iglesia es ganar a los perdidos, o edificar a sus miembros. Durante muchos años el que escribe tenía ese concepto. Pero se espera que este estudio nos convenza de que la adoración es la función primaria de toda iglesia, y todas las demás funciones dependen de ésta para su vitalización y orientación. Por ejemplo, la pasión y motivación sostenidas para la proclamación del evangelio surgen de la adoración. Podemos decir lo mismo en cuanto a las demás funciones de la iglesia. Por eso, entendemos ahora que la

adoración debe ser la función primaria de la iglesia y confiamos en que el estudio que sigue confirmará esta tesis.

Esperaremos hasta el fin del estudio para intentar una definición de la adoración, pero de entrada podemos decir que los términos más usados en el Antiguo y el Nuevo Testamentos, al referirse a la adoración, señalan una sumisión de todo el ser a Dios. Más concretamente, los términos se traducen *postrarse*, o *arrodillarse ante el Ser Supremo*. Esta adoración se expresa en a lo menos cinco modos o maneras:

1. como *respuesta* a lo que Dios ha hecho o dicho
2. como *diálogo* con él
3. como *celebración* de sus obras maravillosas
4. como *drama*, representando sus actos de misericordia y
5. como *ofrenda* de nuestra vida y/o bienes

A continuación examinaremos varios pasajes en cada una de las cuatro divisiones del Antiguo Testamento: el Pentateuco; los Libros Históricos; los Libros Poéticos; y los Libros Proféticos. No se pretende cubrir todos los pasajes que tratan el tema de la adoración. Daremos atención especial a los casos donde se emplea el término adoración, sus derivados y sinónimos. Prestaremos atención especial al término hebreo *shachah* que aparece 101 veces en el Antiguo Testamento y se traduce en la RVA *adorar* 57 veces, *postrarse* 39 veces e *inclinarse* 5 veces. Otros términos hebreos que se relacionan con la adoración son: *sagad* (Daniel 2:46; 3:5, 6, 7, 10, 11, 12, 14, 15, 18, 28); *atsab* (Jeremías 44:19); *abad* (2 Reyes 10:19, 21, 22, 23, 24). Por su uso limitado no los trataremos. En el Nuevo Testamento, el sinónimo griego de *shachah* es *proskuneo* y aparece un total de 61 veces, siendo traducido en la RVA 54 veces como *adorar*, 6 veces como *postrarse*, y una vez como *rendir homenaje*.



Primera Parte

Perspectivas del Antiguo Testamento

La Adoración en el Pentateuco

Génesis

Génesis es el libro de los comienzos: el comienzo del universo, los primeros seres humanos, el primer matrimonio, el primer acto de desobediencia, los primeros hijos, el primer acto de adoración y el primer asesinato. Esta primera expresión de adoración reúne algunos de los principios que siguen en pie hasta el día de hoy. Es de interés notar que el relato de la ofrenda de Abel y Caín sigue inmediatamente después de la caída de Adán y Eva, aunque es evidente que muchos años pasaron entre esos dos eventos.

Adoración por medio de ofrendas (Génesis 4:1-5)

La ofrenda fue presentada a Jehovah (4:3). Estos dos primeros hijos no presentaron ofrendas a sus padres, ni al sol, ni a otra parte de la creación, sino al Creador mismo. Parece ser que los dos sentían un deseo natural de expresar su gratitud por la bondad de su Creador, dándole ofrendas. Reconocían a su Creador como proveedor del bien que habían obtenido.

La ofrenda fue voluntaria. No hay evidencia de un mandato de ofrendar, ni de sus padres, ni de su Dios. Luego en la ley Dios reveló su plan para las ofrendas, pero en los albores de la creación aún no hubo tal revelación. Las ofrendas presentadas por Caín y Abel fueron expresión de un impulso libre, natural, espontáneo.

La ofrenda era fruto de su vocación. El texto bíblico indica la vocación de cada uno: Caín era agricultor y Abel pastor de ovejas. Aun hoy día, en algunas partes del mundo, los creyentes ofrecen el producto de su vocación. Para muchos, sin embargo, el único fruto que reciben es el dinero. Así, el dinero ha llegado a ser la ofrenda de bienes que la mayoría de los creyentes alrededor del mundo ofrece a Dios.

La ofrenda de los dos fue evaluada por Dios. A Dios le interesa qué tipo de

ofrenda le presentamos, pero más todavía le interesa la condición del corazón del que ofrenda. Algunos erróneamente piensan que Dios aceptó la ofrenda de Abel porque era un animal con sangre y rechazó la de Caín porque no era ofrenda con sangre. La Biblia no apoya tal conclusión. Más todavía, a esa altura Dios no había revelado el plan de expiación por sangre derramada.

Nótese que el texto dice que Jehovah miró con agrado a Abel y su ofrenda. Miró primero el corazón del que ofrendaba y luego a la ofrenda. Es importante este orden y se nota a través de la Biblia (p. ej. Mateo 5:23, 24). El texto no dice cómo Dios manifestó su agrado, pero seguramente Abel y Caín lo entendieron.

Pero no miró con agrado a Caín ni su ofrenda. Otra vez se establece el orden del interés de Dios: —primero la persona y luego su ofrenda (cf. Isaías 1:11-13¹). En alguna manera Dios comunicó su desagrado a Caín. Sólo esta conclusión explica por qué Caín se enfureció mucho, y decayó su semblante.

En el capítulo de los héroes de la fe (Hebreos 11) Abel figura primero. El autor, bajo inspiración de Dios, nos permite ver la razón por qué Dios miró con agrado la ofrenda de Abel y no la de Caín. Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio superior al de Caín. ¿Qué significa “por la fe” en este contexto? Al describir la ofrenda de Abel, el texto dice que trajo una ofrenda de los primogénitos de sus ovejas, lo mejor de ellas (Génesis 4:4). Es decir, ¡Abel ofreció lo mejor de lo mejor! Su fe le llevó a presentar una ofrenda digna de su Creador, lo mejor que tenía. Era una ofrenda de fe. Nació en la fe y expresaba su fe.

En cambio, el texto dice sencillamente que Caín “trajo una ofrenda a Jehovah”, nada más. Parece que escogió cualquiera cosa que serviría como ofrenda, sin rebuscar entre todo el fruto de la tierra algo especial. Quizás no tomó el tiempo suficiente como para escoger lo mejor, o habría reservado lo mejor para sí mismo. Si fue así, no sería una ofrenda de fe.

Entonces, la adoración que agradó al Altísimo fue una ofrenda de lo mejor que Abel había logrado en su vocación. En alguna manera Dios comunicó su agrado a él y su desagrado a Caín.

Adorando sobre un altar (Génesis 8:20, 21)

La primera cosa que Noé hizo cuando salió del arca fue construir un altar y sacrificar animales limpios sobre él.

El altar es mencionado por primera vez. Esta es la mención más antigua en la historia del uso de un altar en la adoración. No se sabe si fue el resultado del instinto natural del hombre, o si fue por revelación de Dios. El texto no aclara esta interrogante.

El altar, su significado. El término hebreo, traducido altar, significa el lugar donde se ofrecen los animales. Parece ser que el altar, o lugar elevado,

¹ El uso de *cf.* significa “compárese con”.

miraba hacia el cielo, morada del Dios a quien se ofrecía el sacrificio. De este concepto viene el término ofrenda, o lo que asciende. La idea parece ser que la esencia del animal quemado en holocausto subía a Dios en humo o vapor, representando la esencia del hombre que presentaba la ofrenda.

El altar, expresión de gratitud a Dios por su protección durante el diluvio y súplica por su misericordia en el futuro. Noé y su familia recién habían salido de la experiencia de una tumba. Era algo como la resurrección de en medio de la muerte y destrucción de la raza humana. Dios había instruido a Noé en la construcción del arca y la preservación de su esposa y sus tres hijos y nueras, más los animales. El buscó la manera más apropiada para expresar su gratitud por la bondad de Dios en salvarlos de la destrucción.

El altar, expresión de entrega personal. Los animales siendo quemados en el altar representaban la entrega personal de Noé y su familia a Dios, su esencia siendo ofrecida a él.

El altar, adoración agradable al Altísimo. El humo y vapor de los animales quemados subían a Dios y el texto dice que Jehovah percibió el grato olor, es decir, el acto de adoración fue agradable a Jehovah. No fue tanto el olor de los animales quemados, sino que fue el olor de corazones sinceros que se entregaban a él por medio del sacrificio lo que le agradó a Dios.

La adoración como postración (Génesis 17:3)

Tanto en el Antiguo como el Nuevo Testamentos, el concepto céntrico de la adoración es la postración voluntaria e intencional ante Jehovah. No se trata de una caída involuntaria. La primera mención explícita de la postración como acto de adoración se encuentra en este pasaje. La expresión “se postró sobre su rostro” describe gráficamente el sentido del verbo hebreo, es decir: plano en el piso.

La adoración es precedida por la obediencia. Abram había oído el llamado de Dios en Ur de los caldeos, saliendo de su patria sin saber a dónde iba. Luego de este acto de fe y obediencia, Dios hizo un pacto con Abram (Génesis 12:1-3). La fe de Abram se manifestaba en la obediencia y la obediencia le preparaba para una genuina experiencia de adoración. Fe-obediencia-adoración es una fórmula que se repite a través de la Biblia y siempre agrada al Altísimo.

La adoración-postración expresaba sometimiento a la voluntad soberana de Jehovah. Abram había obedecido antes. Aquí Dios le recuerda del pacto que había hecho, pacto condicionado a su obediencia en el futuro. Al postrarse en adoración, Abram está diciendo que sí al plan de Dios para su vida.

La adoración es aprobada por Dios. El agrado de Dios en este acto de adoración se expresa en la confirmación del pacto perpetuo que había hecho de

bendecirle y por medio de él bendecir a todas las naciones. La aprobación se ve también en el hecho de que Jehovah cambió el nombre de Abram a Abraham, o padre de multitudes, de acuerdo a la promesa en el pacto. Finalmente, y como muestra de su aprobación de su adoración, Dios le dijo: "yo seré su Dios" (v. 8) y prometió darles a él y a Sara, en su extrema vejez, un hijo por quien el pacto se cumpliría.

La adoración abre nuevas dimensiones de servicio. La fe, obediencia y adoración de Abram abren camino para un ministerio universal y eterno. No hay límite a lo que Dios puede hacer por medio de un siervo suyo que practica esta clase de adoración.

Adoración y ofrenda (Génesis 22)

Este pasaje describe la magna prueba que Jehovah hizo a la fe de Abraham. Este había esperado muchos años para el nacimiento del hijo de promesa. Ahora Dios le pidió el sacrificio de Isaac, su único hijo, el nacido por un verdadero milagro, el que sería heredero de las promesas del pacto. Los cananeos, vecinos paganos, practicaban el sacrificio de hijos como prueba de su lealtad a sus dioses. ¿Sería tan leal Abraham a su Dios como los vecinos a los suyos? El relato aclara que Dios no deseaba el sacrificio de Isaac sobre el altar, sino la sumisión completa de Abraham y su disposición de ofrecer a su hijo a Dios. Sin embargo, Abraham obedeció, sin entender el propósito último de su Dios.

Sören Kierkegaard describe este evento en su libro *La Pureza del Corazón Es el Deseo Una Sola Cosa*. Su tesis es que en esta prueba Abraham llegó a definir su deseo más caro, el deseo de una sola cosa, el obedecer a su Dios. Kierkegaard entiende que el deseo de obedecer a Dios por encima de todo lo demás es la evidencia de un corazón puro, no dividido.

La primera mención bíblica (en la RVA y la RVR-1960) del término adoración (hebreo, *shachah*) se encuentra en este pasaje. Significa inclinarse, o arrodillarse en una postura de sumisión sin reserva. Hay cuatro términos hebreos que se traducen *adorar* en el Antiguo Testamento, pero éste es el que se usa con mayor frecuencia. Aparece en noventa y siete versículos.

La adoración por medio de una ofrenda. Desde el principio la ofrenda es un modo de expresar gratitud a Dios por su bondad, pero también de sumisión personal. La ofrenda que agrada a Dios es una en la cual lo mejor es ofrecido a Dios, como en el caso de Abel. La ofrenda que Abraham iba a ofrecer ciertamente era lo mejor, lo más valioso para él y Sara. Sin embargo, no demoró ni un instante en poner en marcha el cumplimiento de la orden de Dios.

La adoración en la cual se expresa la fe. La fe es esencialmente confianza obediente en la palabra de Dios. La ofrenda que Abraham estaba dispuesto a

hacer revelaba su fe sin reserva en la palabra y propósito de Dios (Hebreos 11:17), aun sin entenderlos. Tal era su fe que dijo a sus siervos: "Yo y el muchacho iremos hasta allá, adoraremos y volveremos a vosotros" (v. 5). Confiaba en que Dios era poderoso para resucitar a Isaac de la muerte (Hebreos 11:19), a fin de poder cumplir su pacto. Aun cuando Isaac preguntó dónde estaba el cordero para el holocausto, Abraham contestó, diciendo: "Dios mismo proveerá..." (Génesis 22:8), indicando hasta donde llegaba su fe.

La adoración sobre un monte y sobre un altar. Dios había indicado el lugar, "tierra de Moriah... sobre uno de los montes que yo te diré" (v. 2). Abraham edificó allí un altar (v. 9). El nombre hebreo Moriah significa señalado por Jehovah y, según muchos comentaristas, es el lugar donde luego Salomón edificó el templo. Paso a paso iba cumpliendo lo que entendía que era el mandato de Dios en muestra de una fe obediente. Llevó leña, fuego y un cuchillo, todo lo necesario para llevar a cabo la triste misión, y caminaron tres días para llegar al lugar señalado.

La adoración aprobada por Dios. En dos maneras explícitas Dios indicó su agrado y aprobación de la adoración de Abraham. Primero, "detuvo la mano de Abraham y proveyó un sustituto para morir en el altar" (vv. 12, 13). Luego, ratificó el pacto que había hecho antes, de que Abraham sería padre de multitudes, y que por medio de su descendencia "serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste mi voz" (v. 18).

El que ofrece lo mejor a Dios en adoración recibirá la aprobación y bendición de él, y será el medio por el cual Dios ha de bendecir multitudes.

Adoración motivada por la dirección divina (Génesis 24:26, 48, 52)

La palabra hebrea *shachah* se encuentra tres veces en este pasaje que describe la búsqueda de una esposa para Isaac. El siervo de Abraham, siguiendo sus órdenes, salió a la Siria mesopotámica en busca de una esposa para Isaac, de entre los parientes de su amo. Pidió la dirección de Dios para acertar en la persona que él había designado para ser esposa de Isaac. Al ver cumplirse la señal que había fijado, adoró.

La adoración precedida por la obediencia. El siervo de Abraham, siguiendo las instrucciones de su amo, buscó y siguió la dirección de Dios en una misión vital para el cumplimiento del pacto. Era obediente a su amo y a Dios. La obediencia es una condición esencial y nos capacita para experimentar adoración que agrada al Altísimo.

La adoración motivada por la dirección precisa y acertada. El siervo de Abraham, al comprobar que Dios le había guiado con toda precisión a encontrar

a la señorita que sería la esposa de Isaac, y como expresión espontánea de su gratitud, adoró a Dios. Cuán importante es que el siervo de Dios busque y siga la dirección de Dios en sus decisiones. Al comprobar la sabia dirección de Dios, la respuesta apropiada es la adoración.

La adoración aprobada por Dios. El padre de Rebeca, Betuel, y su hermano, Labán, reconocieron la mano de Dios en la misión del siervo de Abraham (v. 50). Esta disposición del padre de Rebeca es una indicación del agrado y la aprobación de Dios sobre la actuación del siervo de Abraham. "Y aconteció que cuando el siervo de Abraham oyó sus palabras, se postró a tierra delante de Jehovah" (v. 52). "Se postró" traduce la misma palabra que normalmente se traduce adorar. Así, el siervo de Abraham adoró a Dios cuando vio en Rebeca el cumplimiento de su misión y adoró otra vez cuando el padre dio su permiso para que fuera esposa de Isaac. En estos actos el siervo estaba expresando su gratitud a Dios por su dirección en una misión difícil e importante.

Exodo

El término hebreo *shachah* aparece siete veces en el libro de Exodo (4:31; 12:27; 24:1; 32:8; 33:10; 34:8, 14). El pacto que Dios hizo con Abraham estaba llevándose a cabo y esto incluía su propósito de sacar a su pueblo de la esclavitud de Egipto y llevarlos a la tierra prometida.

La adoración de un pueblo en aflicción (Exodo 4:31)

El pueblo de Dios había descendido a Egipto en búsqueda de comida durante un período de gran escasez. José, habiendo sido vendido en esclavitud por sus hermanos y habiendo sido elevado a un puesto de alta autoridad en Egipto, invitó a toda su familia a descender y vivir en Egipto. Cuatrocientos treinta años pasaron, el pueblo de Dios prosperó y se multiplicó notablemente, pero las autoridades egipcias lo sometieron a una dura servidumbre. Los israelitas clamaron a Dios por su intervención. Moisés, quien había huido a Madián por temor de su vida, recibió el llamado de Dios para regresar a Egipto y guiar a su pueblo a la libertad y a la tierra prometida. Dios envió a Aarón al desierto al encuentro con Moisés (v. 27) y los dos vinieron y se presentaron al pueblo.

La adoración fue precedida por una gran aflicción. El pueblo había sufrido la opresión e injusticias del faraón egipcio por largos meses. Su única esperanza sería una intervención directa de su Dios, pues no tenían los recursos propios para librarse. Su situación era crítica y desesperante.

La adoración motivada por la llegada de un mensajero enviado por Dios.

La llegada de Moisés fue motivo de gran gozo en el pueblo. Vino como mensajero enviado de Dios con buenas nuevas para el pueblo en aflicción. Moisés convenció al pueblo de que había sido enviado por Dios por las señales que hacía. Señales que pueden referirse a la vara que se convertía en serpiente (v. 3), o a algunas de las señales que luego haría delante del faraón. De todos modos, el pueblo pudo ver en ellas la mano de Dios.

La adoración se basaba en la liberación prometida. Moisés contó al pueblo el plan de Dios para su liberación. El pueblo, aún en aflicción, creyó en el mensaje de Moisés; es decir, tuvieron fe en la palabra de Dios que vino por medio de Moisés. Este líder enviado por Dios sería un tipo de libertador o salvador. Entonces, el pueblo creía en la liberación prometida por Dios.

Es importante notar que los israelitas no esperaron experimentar la liberación de su opresión para adorar a Dios, sino que se inclinaron y se postraron, o adoraron, estando aún en aflicción. La adoración de los creyentes, en base a su confianza en las promesas de Dios, aún antes de gozarse de ellas, agrada a Dios. Esta confianza en las promesas de Dios es la esencia de la fe bíblica. La fe del pueblo, y la adoración por la cual su fe fue expresada, probó que la promesa del pacto que Dios hizo con Abraham todavía ardía en sus corazones.

La adoración en medio de la liberación (Exodo 12:27)

El pueblo había adorado a su Dios a base de promesas hechas de liberación. Moisés y Aarón se habían presentado ante Faraón nueve veces, exigiendo que él librara a los israelitas para que fueran al desierto a servir a su Dios. Al negar el permiso, Dios envió plagas cada vez más desastrosas por medio de Moisés con el fin de convencer a Faraón de liberar al pueblo de Israel. La décima plaga sería la muerte de todos los primogénitos egipcios. Pero la sangre del cordero pascual, rociada sobre la puerta de la casa de los israelitas, sería la señal para el ángel de mortandad de no entrar en esas casas. Entonces, la sangre sería señal de protección y liberación del juicio de Dios.

La adoración fue precedida por señales poderosas de Dios. El pueblo de Dios observaba con cada vez más asombro cómo Dios iba castigando a los egipcios por su rebeldía ante las demandas de Dios. Eran testigos oculares de los grandes milagros que Dios realizaba, cumpliendo fielmente lo que había prometido. Contemplaban las nuevas dimensiones de la persona de Dios quien se revela tanto, o más, por lo que hace que por lo que dice. Su admiración por la grandeza, fidelidad y poder de Dios crecía. Una visión de la grandeza de Dios es esencial para la adoración que agrada a Dios.

La adoración se basaba en la revelación del plan divino para su liberación. Dios reveló a los israelitas lo que iba a hacer con el fin de convencer a los

egipcios a librarlos. No sólo iba a destruir a los primogénitos egipcios, sino proveyó para la protección de los primogénitos de Israel. Vieron que su Dios no era sólo un Dios justo, como para castigar a los opresores de su pueblo, sino un Dios protector y libertador para su pueblo.

La adoración resultó en la obediencia del mandato de Dios. El acto de adoración motivó y capacitó al pueblo a poner en marcha las instrucciones de su Dios. En seguida de adorar, el texto dice que “los hijos de Israel fueron y lo hicieron; como Jehovah había mandado a Moisés y a Aarón, así lo hicieron” (v. 28).

La adoración que agrada al Altísimo siempre motiva a la obediencia inmediata, espontánea y gozosa. No es una obediencia general, indefinida, o según nuestro parecer, sino en estricto cumplimiento de lo que Dios manda. Estaban atentos y dispuestos. Recibieron las instrucciones y las siguieron al pie de la letra.

La adoración ante el Dios tres veces santo (Exodo 24:1)

El pueblo de Dios salió de la servidumbre en Egipto, cruzó el mar Rojo y acampó ante el monte de Sinaí, donde Moisés recibió la ley (moral y civil) de Dios. Recibió instrucciones para la construcción de altares donde adorar a Dios con ofrendas y sacrificios de animales (20:24-26). En el capítulo 24 se registra la confirmación del pacto en Sinaí. Para este acto, Dios mandó que Moisés y su hermano Aarón, con los dos hijos de éste y setenta ancianos, subiesen al pie de Sinaí. Sólo Moisés tendría que subir al monte a la misma presencia de Dios. Los otros serían espectadores a distancia.

En la RVA se traduce el término hebreo *shachah* con el verbo “os postaréis”, pero en varias versiones inglesas se traduce con adorar, pues es el sentido básico que el verbo comunica.

La adoración es un mandato de Dios. La adoración no es una práctica optativa para el creyente. En este caso fue un mandato para una ocasión especial y para un grupo limitado de personas. Sin embargo, como iremos observando a través de la palabra de Dios, éste desea la adoración de los suyos y la manda como práctica diaria.

La adoración es un mandato específico para los líderes. Moisés era el líder principal, pero Aarón y sus hijos fueron los designados por Dios como sacerdotes para ofrecer sacrificios (Exodo 28, 29). Luego los setenta eran los líderes principales elegidos y reconocidos como los gobernadores del pueblo desde el principio de la nación israelita (cf. 3:16; 12:21). Todos estos líderes representaban al pueblo en los asuntos religiosos y civiles. Serían responsables por recibir la palabra de Dios y comunicarla al pueblo. Por lo tanto, ellos necesitaban una experiencia directa con Dios en adoración, y así Dios lo mandó.

La adoración de los líderes resultó en la obediencia del pueblo. Cuando Moisés y los otros comunicaron la palabra de Dios al pueblo, hubo una respuesta inmediata y unánime: “Haremos todas las cosas que Jehovah ha dicho” (24:3b). Normalmente cuando los líderes experimentan un encuentro personal con Dios en adoración, el pueblo recibirá su palabra con gusto y gratitud, como de Dios, será edificado y habrá disposición de obedecer.

La adoración que ofendió al Altísimo (Exodo 32:8)

Moisés subió al monte de Sinaí otra vez (Exodo 24:15) para recibir las instrucciones de Dios sobre la construcción del tabernáculo, las vestiduras de los sacerdotes y la consagración de Aarón y sus hijos como sacerdotes. Estuvo en el monte 40 días y 40 noches. El pueblo se puso impaciente y demandó que Aarón hiciese dioses (ídolos), dándole sus alhajas de oro para la tarea. En vez de disuadirlos de su intención y recordarles de las obras de Dios en la liberación del pueblo, como un líder fiel y responsable, Aarón cedió a la demanda del pueblo. Quizá la exigencia de sus alhajas de oro fuera un débil intento de parte de Aarón de cambiar el propósito de ellos, pensando que no estarían dispuestos a entregarle sus artículos de valor. De todos modos, Aarón cooperó con el pueblo en cometer una grave ofensa a su Dios.

El ídolo que Aarón hizo fue una copia del becerro que los egipcios usaban en su adoración. La imagen del becerro era elaborada de madera y cubierta de una chapa de oro. Sabemos esto porque luego fue quemada (la madera) y molido (el oro), quedando como polvo (Deuteronomio 9:21). La intención era de adorar al Dios infinito con la réplica de un animal finito. Para colmo, dijeron: “¡Israel, éste es tu dios que te sacó de la tierra de Egipto!” (Exodo 32:4) y luego edificó un altar delante del becerro. Parece increíble que un líder que recién había estado en la presencia del Dios glorioso hiciera una cosa así.

La adoración ofendió a Dios por usar una práctica prohibida. No todo acto de adoración, aun dirigido hacia Dios, le agrada. En este caso lo que hicieron fue una imitación de la adoración pagana de los egipcios. Además, fue una violación del segundo mandamiento que recién habían recibido, en el cual Dios prohibió explícitamente el uso de cualquier clase de imagen en su adoración (Exodo 20:4, 23; cf. 34:13). Dios había revelado la clase de adoración que le agradaba, y lo que no aceptaría. En vez de seguir la revelación de Dios, el pueblo siguió sus propias ideas, gustos, emociones e influencias paganas.

La adoración que ofendió a Dios fue permitida por un líder consagrado. Prácticas paganas del pueblo serían graves, pero la aprobación tácita y cooperación del líder responsable era mucho más grave. Dios establece en su palabra que mientras más frecuente y clara la revelación, mayor es la responsabilidad de obedecer. En este caso Aarón, sus hijos y los ancianos eran más responsables

ante Dios que el pueblo en general porque tuvieron el privilegio de estar más cerca de Moisés y de Dios en el monte de Sinaí.

La adoración que ofendió a Dios trajo vergüenza y muerte al pueblo. La adoración pervertida de parte de los israelitas hizo que fuesen “una vergüenza entre sus enemigos” (v. 25). Es decir, su adoración dejó la impresión a sus enemigos que su Dios era como los dioses paganos. Más grave todavía es que incitó la ira de un Dios celoso y tres veces santo. El pueblo volvió las espaldas a su Dios en su adoración; Dios también se apartó del campamento donde estaba reunido su pueblo. Luego, los levitas ejecutaron la ira de Dios, matando a espada a los rebeldes que no querían arrepentirse y así borrando del pueblo las influencias paganas.

La adoración en su propia casa (Exodo 33:10)

Encontramos aquí otra vez la traducción del término hebreo *shachah* en la RVA como “se postraba”, que es el sentido esencial de la adoración. El pueblo había pecado gravemente, procurando adorar a Jehovah con un becerro de oro. Dios lo castigó severamente, se retiró del campamento y se manifestaba en la tienda de reunión. Los que querían buscar a Jehovah tenían que salir del campamento y caminar hasta la tienda de reunión.

Con este arreglo, Dios quería enseñar a su pueblo que él era santo y separado de ellos. Quería despertar en ellos un sentido de su propia pecaminosidad y la necesidad de prepararse para entrar en la presencia de Dios. A la vez, la tienda de reunión proveía una oportunidad para entrar en comunión con Dios. Su Dios estaba separado de ellos, sí, pero a la vez accesible a los que lo buscaban de corazón.

La adoración del pueblo arrepentido. Recién habían cometido un grave pecado. Fueron castigados severamente. Luego, buscaron a Dios para adorarlo en la tienda de reunión y en su propia casa. Dios se agrada de que los creyentes, una vez arrepentidos de su mal, le busquen para adorarlo por su misericordia y perdón.

La adoración al ver la manifestación visible de Dios. El pueblo pudo comprobar la presencia de Dios en la tienda de reunión por la columna de nube que descendía sobre ella cuando Moisés entraba. Esta manifestación convencía al pueblo también de que Moisés era el líder consagrado y aprobado por Dios. Una visión de la gloria de Dios, aun en una columna de nube sobre la tienda de reunión, motiva la adoración que agrada al Altísimo.

La adoración al aire libre. El creyente puede adorar a su Dios en cualquier lugar, como individuo o en grupos. En este caso, cada familia adoraba a Dios en la entrada de su tienda, al aire libre. “Todo el pueblo se levantaba y se postraba”,

pero por familias. La familia como unidad adoraba, dejando un testimonio para sus hijos y para el público de su fe en Jehovah.

La adoración en el monte de Sinaí Exodo 34:8

Moisés logró la restauración del pacto de Dios con su pueblo por medio de la intercesión (33:14). Dios prometió que su presencia iría con Moisés en su misión de guiar al pueblo de Dios a la tierra prometida. A continuación, Dios instruye a Moisés a preparar dos tablas de piedra y subir al monte Sinaí para recibir de nuevo la ley, pues en su ira había roto las primeras tablas.

La mañana siguiente cuando Moisés ascendió el monte, Dios prometió mostrarle su gloria, como había pedido (33:18; 34:5ss.). No se sabe lo que Moisés vio, pero se registran las palabras con que Jehovah proclamó toda la gloria de su ser. La manifestación fue única y extraordinaria. Este “sermón acerca del nombre de Jehovah”, como Lutero lo llama, dio a conocer la esencia de la naturaleza de Jehovah. En un sentido real, el monte de Sinaí se convirtió en lo que luego fue el Lugar Santísimo del tabernáculo.

La adoración precedida por un reconocimiento de su dependencia de Dios. Moisés reconoció que no era capaz de guiar al pueblo de Dios aparte de la presencia y dirección de Jehovah. Este reconocimiento de nuestra dependencia de él, de que aparte de él nada podemos hacer, es agradable a Jehovah y un excelente paso en la preparación para la adoración.

La adoración precedida por un vivo anhelo de ver la gloria de Dios. Moisés no sólo reconoció su dependencia de Dios, anhelaba y pedía ver la gloria de Dios (33:18). Dios no permitió a Moisés ver su rostro, porque como él mismo dijo: “ningún hombre me verá y quedará vivo” (33:20b). Otros vieron el brillar de la gloria de Dios y quedaron marcados para el resto de su vida (1 Reyes 19:11-18; Isaías 6:1-13; Hechos 9:1-12). Moisés vio el resplandor de la presencia de Dios y oyó su voz potente.

La adoración de Moisés fue motivada por su visión de Dios. Al contemplar la gloria de Dios y escuchar la descripción de su ser (34:6, 7), Moisés no pudo menos que bajar su cabeza y postrarse o adorarlo. Esta experiencia es parecida a la de Isaías cuando vio al Señor glorioso en su trono (Isaías 6) y respondió adorándolo.

La adoración de Moisés le llevó a confesar sus pecados y los del pueblo de Dios. Moisés se identifica con el pueblo y ruega por el perdón de “nuestra iniquidad y nuestro pecado” (v. 9; cf. Isaías 6:1-6). La confesión de nuestros pecados es una condición esencial para tener comunión con Dios y adorarlo. También, al contemplar a Dios en la adoración, nos damos cuenta más que nunca de nuestros pecados y la necesidad de confesarlos y pedir perdón.

La adoración de Moisés fue agradable a Dios. El agrado de Dios en la adoración de Moisés se ve en lo que siguió. Dios comunicó su voluntad al pueblo por medio de Moisés y, cuando él descendió del monte de Sinaí, su rostro brillaba "por haber estado hablando con Dios" (34:29). Algo de la gloria de Dios se reflejaba en el rostro de su siervo. El pueblo lo contemplaba y reconocía a Moisés como mensajero consagrado por Dios, pero Moisés ni se daba cuenta del aspecto de su rostro. Generalmente el siervo que ha estado en la presencia de Dios irradia la gloria de Dios, pero es inconsciente de ello.

Deuteronomio

El término adorar y sus derivados no aparecen en dos de los libros del Pentateuco: Levítico y Números. Hay cuatro citas donde se encuentra adorar, o sinónimos, en Génesis, siete en Exodo y siete en Deuteronomio. En todos los casos se emplea el mismo término hebreo *shachah*, que significa postrarse o inclinarse. La RVA lo traduce con los tres términos, según el énfasis del contexto: adorar, postrarse, inclinarse.

El libro de Génesis tiene que ver con los comienzos, la formación del pueblo de Dios y el traslado de éste a Egipto; Exodo trata de la salida de Egipto, la recepción de la ley en Sinaí y la peregrinación en el desierto; Deuteronomio tiene que ver mayormente con la preparación para entrar en la tierra prometida. En este quinto libro del Pentateuco, seis de las siete referencias a la adoración presentan una advertencia en contra de la idolatría en su culto a Dios. Una referencia ofrece instrucciones positivas en cuanto a la adoración.

La adoración prohibida por Dios

El hecho de que Dios repita seis veces en Deuteronomio la advertencia en contra de la idolatría indica dos cosas: la propensión del pueblo a incorporar prácticas paganas en su culto a Dios, y la importancia para Dios de que su pueblo le adorara en la forma establecida por él. En cada una de las seis referencias se repiten algunos de los elementos básicos de la advertencia, pero también Dios agrega nuevos elementos en algunas de ellas.

La adoración que incluye culto a cosas creadas. El Creador, y no lo creado, debe ser el objeto de la adoración. Toda cosa creada es una pobre reflexión del glorioso Creador. Una imagen, es decir cualquier objeto tangible, distrae la atención del orador y pervierte su concepto de Dios. Dios, de acuerdo con el segundo mandamiento (Exodo 20:4), prohíbe específicamente la formación de imágenes para usar en el culto a Dios: "No sea en forma de hombre o de mujer,

ni en forma de cualquier animal que esté en la tierra, ni en forma de cualquier pez que haya en las aguas debajo de la tierra" (Deuteronomio 4:16-18). Desde la antigüedad las civilizaciones han tendido a adorar los cuerpos celestiales. Por eso, Dios prohíbe también la adoración del sol, luna, estrellas y/o otros del ejército del cielo (4:19; 17:3).

La adoración rendida a dioses paganos. Por supuesto, Dios siendo muy celoso, prohíbe la adoración rendida por su pueblo a otros dioses (8:19; 11:16; 17:3; 29:26; 30:17). La formación del becerro de oro por Aarón y el pueblo, cuando Moisés estaba en el monte de Sinaí, es un ejemplo de la tendencia de adoptar formas del culto pagano rendido a otros dioses.

La adoración prohibida tiene consecuencias severas. Dios no sólo advierte a su pueblo en contra de la idolatría, sino que dice específicamente cuáles serían las consecuencias de caer en tal práctica. Básicamente, prácticas prohibidas en la adoración ofenden a Dios y provocan su ira, o furor (11:16). Dios pone delante de los seres humanos dos opciones: la vida y el bien, por un lado, y la muerte y el mal, por otro. La consecuencia de desobedecer a Dios en la práctica de la adoración se expresa en varios términos: perecer totalmente (8:19; 11:17; 30:18); muerte (17:5); maldición (29:27); cielos cerrados; falta de lluvia; fracaso en cosechas (11:17).

La gravedad de prácticas prohibidas se ve en el hecho de que significan volver las espaldas al Dios libertador y proveedor y rendir culto a dioses falsos. Dios recuerda a su pueblo una y otra vez, en relación con su advertencia en contra de la idolatría, de su bondad generosa para con ellos. Él es su Creador, los había formado como pueblo, los había sacado de Egipto con milagros asombrosos, con mano poderosa y brazo extendido (26:8), les había dado la ley, había entrado en una alianza con ellos, llamándoles su pueblo, los había conducido a una tierra que fluye leche y miel y los había tratado como un padre amante (cf. 4:20; 8:7-10; 11:10-15; 29:1-13; 30:1-14).

Por estas razones el pueblo de Israel era la posesión de Jehovah, pertenecía a él y le debía una gratitud perpetua y una adoración sincera de acuerdo con sus instrucciones.

La adoración según las instrucciones de Jehovah (Deuteronomio 26:1-11)

Dios había conducido a su pueblo Israel desde Egipto hasta la orilla oriental del río Jordán. Por medio de Moisés, instruyó a su pueblo sobre cómo tomar posesión de la tierra prometida, cómo trabajarla, cómo vivir en ella y cómo adorar a su Dios. Prometió su presencia, protección y prosperidad bajo la condición de la obediencia de su pueblo. Los actos de adoración, rendidos por el pueblo, tendrían lugar en el tabernáculo durante las tres fiestas anuales (16:1-17).

La adoración a practicarse en la tierra prometida. Dios había prometido conducir a su pueblo a la tierra prometida, como parte del pacto que hizo con Israel. Esa promesa estaba por cumplirse. La adoración que Dios esperaba de su pueblo estaba basada en su fidelidad de cumplir lo que había prometido. La tierra prometida para Israel era un tipo de salvación, habiendo sido rescatado del horno de hierro (4:20), y provisto de una tierra que fluía leche y miel. Así, las instrucciones son válidas para nosotros hoy día, los que hemos sido librados del horno de hierro del pecado y su condenación, y bendecidos con una salvación mucho más rica que la tierra prometida de Canaán, aun con su leche y miel.

La adoración por medio de ofrendas. La manera correcta de acercarse a Dios en adoración era con una canasta de primicias del fruto de la tierra. La ofrenda se relaciona estrechamente con la adoración a través de la Biblia, comenzando con Abel y Caín. Antes era un acto espontáneo y voluntario, no como mandato, pero a partir de ese momento entra a formar parte de la voluntad expresa de Dios. Las primicias de la tierra, ofrecidas en adoración, expresaban gratitud y reconocimiento de que esa tierra pertenecía a Dios y que él la había concedido a Israel de pura gracia. Esta verdad se enfatiza en forma notable en los versículos 1, 2, 3, 9, 10 y 11. En la misma manera, nuestra salvación y sus beneficios han venido de pura gracia y sirven de base para nuestra adoración.

La adoración por medio de una confesión. El adorador, al presentar la canasta de primicias de la tierra, daría un testimonio de la bondad de Dios en toda la trayectoria entre Egipto y la tierra prometida (26:5-10). "Arameo errante" del versículo 5 se refiere a Jacob cuando huyó de Israel y fue a Padan-aram, a la casa de Labán, donde se casó y donde nacieron sus hijos (Génesis 29-31). En esta confesión, el adorador traía a la memoria para sí mismo, su familia y el público, la vida miserable que tenía antes y la vida abundante que gozaba ahora. Sería un testimonio amplio con detalles descriptivos. La repetición de este acto conservaba fresca en su conciencia la misericordia y bondad de Dios.

La adoración que produce gran gozo. El hecho de recordar "el bien que Jehovah tu Dios te haya dado a ti y a tu casa" (26:11) servía para llenar el corazón con gozo y alabanza. Este gozo se extendería a todos los miembros de la familia del adorador, a los visitas y a los siervos en su casa (26:11). Las principales fiestas de los judíos, en que adoraban a Dios, eran ocasiones de gran júbilo y celebración. Eran dramas históricos en acción.

2

La Adoración en los Libros Históricos

Josué

Nuestra búsqueda por las perspectivas bíblicas de la adoración que agrada al Altísimo nos lleva ahora a la segunda división del Antiguo Testamento, es decir, los libros históricos. Esta sección comprende doce libros, pero solamente en nueve de ellos se encuentra el término hebreo *shachah* que se traduce adoración. Hay dieciséis referencias de este término en el Pentateuco, pero en los libros históricos hay treinta y seis. Casi la mitad de estas referencias tiene que ver con la práctica de la idolatría por el pueblo de Dios, o la advertencia de Dios en contra de ella. Estas referencias a la idolatría se encuentran mayormente en los libros de Reyes.

La adoración del jefe de Israel (Josué 5:14)

El pueblo de Dios había cruzado el río Jordán, entrando en la tierra prometida bajo el mando de Josué. Las aguas del río se abrieron y todos pudieron cruzar por tierra seca. Obedeciendo la orden de Dios, un hombre de cada tribu levantó una piedra de en medio del río como memorial para las generaciones sucesivas de esta provisión milagrosa de Jehovah. Dios instruyó a Moisés a circuncidar a todos los varones, los cuales habían nacido después de la salida de Egipto. Luego cesó la provisión del maná, pues ya podían comer del fruto de la tierra. Con este trasfondo Josué, el jefe de Israel, tuvo un encuentro con el Jefe del Ejército de Jehovah. Esta experiencia nos instruye en cuanto a la clase de adoración que agrada a Dios.

La adoración precedida por la obediencia. Josué y los israelitas habían seguido las instrucciones de Dios en el cruce del río, la entrada a la tierra prometida, la colección de las piedras memoriales y la circuncisión de los varones. Este factor se encuentra explícita o implícitamente en todos los casos de la adoración que agrada a Dios.

La adoración ante un obstáculo formidable. Jericó era una ciudad en la

cima de un monte fortificado de modo que sería muy difícil, o casi imposible, vencerla con los recursos que Josué y el pueblo de Dios tenían. Josué estaba contemplando este obstáculo que impedía la toma de la tierra prometida, y pensando cómo podría vencerlo para poder continuar con su misión.

La adoración motivada por una manifestación celestial. Dios se presentó por medio del Jefe del Ejército de Jehovah y su presencia gloriosa y misteriosa llevó a Josué a postrarse y adorarlo. ¿Quién era el Jefe del Ejército de Jehovah? Algunos piensan que era un ángel, pero el hecho de que recibiera la adoración de Josué parece indicar otra cosa (cf. Apocalipsis 22:9). Las referencias al ángel de Jehovah (Génesis 16:7; 21:17; 22:11; 31:11, etc.) suelen indicar a Jehovah mismo. Comparando Josué 5:2 y 9 con 5:14 y 15, nos convence de que el Jefe del Ejército de Jehovah es Jehovah mismo, manifestado en una forma visible. No se trata de una visión sino de un encuentro literal. "Quita las sandalias de tus pies" (v. 15) nos hace recordar el encuentro de Moisés con el ángel de Jehovah, o Dios mismo, en la zarza que ardía (Exodo 3:5).

El Jefe del Ejército de Jehovah, con una espada desenvainada en su mano, era una manifestación para asegurar a Josué que Dios estaba presente para luchar a su favor.

La adoración en la cual el adorador desea oír la palabra de Dios. Josué expresó su deseo de saber la voluntad de Dios, diciendo: "¿Qué dice mi Señor a su siervo?" Se humilla ante Dios, postrándose en tierra sobre su rostro, como su siervo dispuesto a oír y obedecer su voluntad. La adoración no es sólo respuesta de nuestra parte a lo que Dios ha dicho o hecho, sino que es diálogo. Dios se presentó, Josué respondió con esta pregunta, y Dios contestó.

La adoración en la cual Dios revela su plan de victoria. Josué estaba frente a un gran obstáculo, Jericó, pensando cómo iba a vencer la ciudad. Dios se manifestó al líder de Israel, presentó un plan de ataque y le aseguró de la victoria. Dios suele revelar su solución a nuestros problemas y obstáculos durante un período de adoración, sea privada o pública.

La adoración de Josué le agradó a Dios y esto se ve en el hecho de que el plan revelado por Dios salió tal cual prometió. Humanamente pensando, el plan era ridículo. Uno pensaría: "¿Cómo el hecho de rodear la ciudad las siete veces lograría la caída de los muros?" A pesar de ello, Josué llevó al pueblo a obedecer a Dios y el obstáculo fue vencido, sin que tuvieran que batallar. La solución de Dios a nuestros problemas y obstáculos es siempre eficaz. A veces es también la solución más fácil, menos costosa y más definitiva.

Jueces

En el libro de Jueces encontramos la historia de Israel después de la entrada a la tierra prometida bajo el mando de Josué, y el reparto de la tierra a las doce tribus. Era un período que abarcó unos 300 años: un tiempo de anarquía, de apostasía, de grandes conflictos dentro del pueblo de Dios y con sus vecinos. Dios levantó jueces quienes tenían la responsabilidad de unificar a Israel y defenderlo del ataque de sus vecinos, o librarlo de ellos (Jueces 2:16).

Gedeón fue el quinto juez, el que siguió inmediatamente a Débora y Barac. Era tiempo de gran opresión y amenaza de los madianitas desde afuera y apostasía e idolatría dentro del pueblo. Dios levantó a Gedeón para eliminar la idolatría y librar al pueblo de la opresión. En primer lugar, destruyó el altar que su padre había construido a Baal. Pidió y recibió una señal de Dios para asegurarse de que Dios lo había comisionado para librar a Israel de los madianitas. Una vez convencido por las señales, juntó un ejército de 32.000 hombres para la guerra. Dios le mandó probarlos y después de la prueba quedaron sólo 300 fieles para ir contra un ejército tan numeroso como langostas (Jueces 7:12). Durante la noche Gedeón se acercó secretamente al campamento de los enemigos para espiar y escuchó una conversación entre dos. Uno contaba al otro de un sueño que tuvo. El amigo entendió del sueño que Dios les había entregado a Gedeón y sus soldados.

Gedeón entendió de esa conversación que Dios de veras iba a derrotar a los madianitas. Adoró a Dios por la victoria prometida en ese sueño. Hay una sola referencia a la adoración en Jueces, pero de este acto se desprenden varios principios que demuestran el agrado de Dios.

La adoración precedida por la obediencia. Gedeón, yendo en contra de la tradición de su padre y las costumbres de los vecinos, obedeció a Dios destruyendo el altar a Baal. También obedeció a Dios, juntando a 32.000 soldados y luego reduciendo el número a 300 fieles, lo cual humanamente era un acto necio, si no suicida. Luego, obedeció cuando Dios le mandó ir a espiar el campamento de los madianitas. Gedeón obedeció a Dios en todo detalle de su voluntad revelada.

La adoración basada en la fidelidad de Dios. Dios había prometido librar a Israel de sus enemigos por mano de Gedeón. El había pedido una señal de Dios para asegurarse de que había entendido bien la voluntad de Dios y la señal le fue dada. Más tarde, o sea la noche antes de la batalla, al ir a espiar el campamento del enemigo, escuchó la comprobación final de que la promesa de Dios estaba en proceso de cumplirse. Esta evidencia le dio total seguridad de que Dios era fiel a su promesa y produjo en Gedeón el deseo espontáneo de adorar a Dios.

La adoración que conduce a la obediencia. Gedeón adoró a Dios por su

fidelidad en cumplir sus promesas y este acto de adoración le dio coraje para salir a una misión imposible. La misión cumplida por la intervención directa de Dios es la prueba de que la adoración de Gedeón le agradó. Así, se cumple el círculo: la obediencia precede a la adoración que agrada al Altísimo, y esa adoración capacita y motiva al siervo de Dios para cumplir la voluntad de Dios.

1 Samuel

En el libro 1 Samuel hay cinco versículos donde aparece el término hebreo *shachah*, adorar, pero estas referencias se agrupan en dos eventos. El primero tiene que ver con el nacimiento de Samuel y el segundo con la desobediencia de Saúl. Recordamos que Samuel fue el último de los jueces y el primer profeta con ministerio continuo. Fue el eslabón entre los jueces y los reyes, y tuvo el honor de ungir a los primeros dos reyes: Saúl y David.

Adoración en todo tiempo (1 Samuel 1:3, 19, 28)

La adoración en tiempo de aflicción, 1:3. En el tiempo del Antiguo Testamento se pensaba que había tres evidencias del favor y bendición de Dios: prosperidad material, larga vida y muchos hijos. Ana, una de las dos esposas de Elcana, era estéril. Aunque Elcana la amaba de corazón ella se sentía olvidada, o rechazada, por Jehovah. Además, Penina, la otra esposa de Elcana, tenía hijos y se burlaba de Ana, causándole más tristeza y aflicción. A pesar de esta situación de angustia Ana, con su familia, subía cada año a adorar en Silo donde estaba el arca de Jehovah (1:3, 21). Era la costumbre de Elcana y su familia, como fieles judíos, presentar ofrendas y sacrificios a Jehovah (1:4, 21, 24, 25). Como hemos observado, la ofrenda era una parte integral de la adoración que agradaba a Dios desde el principio.

La adoración en tiempo de expectativa a base de la promesa de Dios, 1:19. Cuando estaban en Silo, Ana oraba intensamente por un hijo, a tal punto que gemía y lloraba. Hizo un voto delante de Jehovah prometiendo que, si le diera un hijo, ella lo devolvería para que fuera siervo en la casa de Dios. Elí, el sacerdote, al verla en el tabernáculo llorando, saltó a la conclusión de que estaba ebria. Cuando ella le compartió cuál era su angustia, Elí le expresó su deseo y oración de que “el Dios de Israel le otorgara la petición que había hecho” (1:17). Ella lo tomó como promesa de que pronto tendría un hijo. La mañana siguiente ella y Elcana adoraron en Silo y regresaron a su casa en Ramá. No había recibido aún la contestación de Dios, todavía era estéril y sufría por la burla de Penina, pero su condición había cambiado. Ahora se aferraba a la promesa de Elí y, con esta promesa en mente, adoraba.

La adoración en tiempo de bendición y prosperidad, 1:28. “Jehovah se acordó de ella” (1:19b) y pronto estaba encinta. Ya Penina no podía irritarla más y se sentía aceptada por Jehovah. Al cumplirse el tiempo, dio a luz su primer hijo y le puso por nombre Samuel, lo que significa “pedido de Dios”. Estaba llena de gozo, se sentía completa por tener ese hijo tan deseado.

Ana, sin embargo, no se olvidó del voto hecho de devolver a su hijo a Jehovah (1:11). Jehovah había dado lo que ella pedía y Ana cumplió su parte. Tan pronto como lo destetó, probablemente a los tres años de edad, lo llevó a Silo y se lo presentó a Elí para que sirviera a Dios para el resto de su vida. En medio del gozo por la fidelidad y bendición de Dios, Ana adoró allí a Jehovah (1:28).

El agrado de Jehovah en la fidelidad y adoración de Ana y Elcana se ve en varios hechos que siguen. Después de haber tenido su primer hijo, Samuel, tuvo tres hijos y dos hijas (2:21). Más importante aun es el hecho de que Samuel, concedido por milagro, jugó un papel de tan tremenda importancia en el pueblo de Dios. Fue hijo de promesa y fruto de la adoración.

Samuel fue el instrumento de Dios en la selección de Saúl y en el ungimiento de Saúl y David. Con este paso se introdujo la monarquía en el pueblo de Dios. Fue el vocero de Dios como profeta para reprender a Saúl por su desobediencia. Los dos libros, que originalmente fueron uno solo, llevan su nombre, no porque él los haya escrito, sino porque él es el personaje central en los dos. Samuel jugó un papel importante en la unificación de las doce tribus de Israel, terminando el período caótico de los jueces.

En resumen, Ana adoraba a Dios en toda situación y en todo tiempo. Esta adoración agradó a Jehovah y su agrado se expresó en la prosperidad que dio a Ana y a su familia, y en el hecho de que escogió a Samuel como representante personal suyo ante su pueblo durante muchos años. Era un verdadero varón de Dios.

La adoración que ofende a Dios (1 Samuel 15:25, 31)

Dios había escogido a Saúl como rey sobre Israel por la demanda de su pueblo. Querían tener un rey como tenían sus vecinos. Aunque no era la voluntad primaria de Dios, él lo permitió como una concesión a su pueblo de dura cerviz. Reveló a Samuel su decisión y éste fue el instrumento para la selección de Saúl y para su ungimiento como rey. Al principio Saúl fue humilde y procuró obedecer a Dios, pero más tarde, en un momento de temor y debilidad, ofreció holocaustos a Jehovah, tarea prohibida a todos menos a los sacerdotes. Al terminar este acto de adoración Samuel llegó para reprenderlo y anunciar que Jehovah le iba a quitar el reino (13:14).

En el capítulo 15 se relata otro acto de desobediencia de parte de Saúl cuando perdonó la vida de Agag, rey de Amalec, enemigo que Dios había mandado matar. También, guardó todo lo que tenía valor de los enemigos, que Dios había mandado destruir. Cuando Samuel vino a su encuentro y lo reprendió, Saúl pretendió que había guardado los animales para ofrecerlos a Jehovah (15:15). Es decir, Saúl iba a presentar ofrendas a Dios y adorarlo con el fruto de su desobediencia.

La respuesta de Samuel fue al grano del asunto: “¿Se complace tanto Jehovah en los holocaustos y en los sacrificios como en que la palabra de Jehovah sea obedecida? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención es mejor que el sebo de los carneros” (15:21). En efecto, Samuel le dijo a Saúl que Dios no aceptaría tal ofrenda. Ciertamente, hay ofrendas que, por más generosas que sean, no serán aceptadas por Dios.

Saúl reconoció su pecado y rogaba a Samuel que lo acompañara para adorar a Jehovah (15:24, 25). Las evidencias indican que Saúl no se arrepintió de corazón, sino que quería preservar su puesto como rey. Parece que lo que más quería era que el pueblo pudiera ver que Samuel le estaba acompañando en la adoración, lo cual sería una aprobación implícita de su reinado por el profeta de Dios (15:30).

Al principio Samuel se negaba, pero luego consintió en acompañarlo (15:31). Sería una ocasión para repetir la decisión de Dios de arrancarle el reino y también para aplicar el juicio de Dios sobre Agag. En este episodio se destacan los siguientes principios de la adoración a Jehovah.

La adoración precedida por la desobediencia no agrada a Dios. Saúl desobedeció a Dios públicamente en dos ocasiones. Se había convencido de que podría desobedecer a Dios en su afán de acumular posesiones materiales y obtener el perdón de Dios, ofreciéndole una parte del producto de su desobediencia. Samuel, el verdadero profeta de Dios, no sólo denunció el acto de desobediencia de Saúl, sino que reprendió su intención de ofrecer algo de los despojos a Jehovah.

La adoración con un motivo ajeno no agrada a Dios. De este episodio aprendemos que Dios no se agrada en la adoración de uno que tiene un motivo ajeno al propósito de honrar a Dios. Saúl quería honrarse a sí mismo ante el pueblo. Quería actuar como si nada grave hubiera pasado. Su preocupación principal tenía que ver con lo qué dirán los demás en vez de qué dirá Dios. Tal adoración no sólo no agrada a Dios, sino lo ofende.

La adoración que ofende a Dios traerá su rechazo. Dios se ofendió por la actuación de Saúl y cumplió su promesa de arrancarle el reino. La ofensa de Saúl fue doble. Desobedeció a Dios como individuo, pero más grave aun puso un ejemplo pésimo delante del pueblo. Saúl, siendo rey de Israel, era el representante de Dios ante el pueblo. El que ocupa un puesto de liderazgo en el reino de

Dios es responsable como creyente individual, pero es responsable también como representante de Dios.

Vemos el desagrado de Dios por la adoración de Saúl en la denuncia de Samuel, su muerte prematura y violenta y el traspaso de su reino a otro que sería más fiel.

2 Samuel

En 2 Samuel se encuentran sólo dos referencias al término hebreo *shachah* que se traduce adorar, o adoración. Una se refiere a la experiencia personal de David después de la muerte de su hijo nacido de Betsabé, y la otra a un lugar en el monte donde se acostumbraba adorar a Jehovah.

La adoración de un pecador arrepentido (2 Samuel 12:20)

A pesar de ser un hombre según el corazón de Dios (1 Samuel 13:14), y a pesar de gozar de las más grandes bendiciones de Dios, David cometió dos graves pecados-crímenes, uno cerca del principio de su reinado de 40 años y otro cerca del fin. El experimentó la comunión más íntima con Dios, como se refleja en los Salmos, pero también la profundidad más baja del pecado.

David, el rey escogido por Dios para reinar sobre todo Israel, en un momento de debilidad y a pesar de tener múltiples esposas y concubinas, codició a la única esposa de Urías, uno de sus soldados más fieles. Cuando Urías estaba lejos de su casa en una batalla defendiendo la casa de David, éste mandó traer a Betsabé a su casa y cometió adulterio con ella. Cuando se enteró de que ella había concebido un niño de esa relación sexual, arregló la muerte de Urías en un intento de cubrir el adulterio que había cometido. Así, cometió dos gravísimos pecados: adulterio y asesinato premeditado.

Dios, que había observado todo lo que había pasado, y seguramente con gran dolor por la actuación de su siervo, mandó al profeta Natán a apuntar con un dedo acusador al rey. Natán, en nombre de Dios, le recuerda a David del honor, prosperidad y protección que Dios le había dado (12:7, 8). Le acusa de haber menospreciado “la palabra de Jehovah y de haber hecho lo malo ante sus ojos” (12:10a). Ante esta acusación de Natán, David confiesa: “He pecado contra Jehovah” (12:13). Es de notar que no menciona el mal que hizo a Betsabé, ni el crimen contra Urías, pero era agudamente consciente de su ofensa contra Jehovah.

Dios en su gran misericordia perdonó a David, pero las consecuencias de sus actos llevarían su precio. El niño que iba a nacer moriría y “jamás se apartaría la

espada de su casa" (12:10b). Ambas sentencias se cumplieron al pie de la letra. Mientras que el niño agonizaba, David rogaba a Dios por el niño, ayunaba y pasó la noche postrado en el suelo. Nadie podía consolar al rey en su angustia. Pero, cuando el niño murió, "David se levantó del suelo, se lavó, se ungió, se cambió de ropa, entró en la casa de Dios y adoró" (12:20).

Esta es a la vez una de las páginas más negras de la Biblia y una experiencia que nos enseña otra lección acerca de la adoración que agrada a Dios. También demuestra hasta donde llega la misericordia y perdón de Dios cuando uno de los suyos, que ha tenido una gran caída moral, se arrepiente de corazón.

La adoración precedida por la confesión. Aunque David sabía perfectamente que era culpable y sin duda, perdió la comunión dulce con Jehovah que acostumbraba gozar (cf. Sal. 32:3, 4), procuró encubrir su pecado de los demás hasta que el profeta de Dios vino, enviado por Dios, y le acusó. Hubiera sido más noble que David hubiera tomado la iniciativa para confesar su pecado, sin que Dios tuviera que enviar al profeta para señalarle como el culpable. Por lo menos David, al ser acusado por Natán, no demoró más en confesar su pecado contra Jehovah.

La adoración de un hombre quebrantado por las consecuencias de su pecado. Después de confesar su pecado y recibir el perdón de Dios, David fue quebrantado por las consecuencias de su pecado. Era consciente de que el niño agonizaba por su culpa. Rogaba a Dios por el niño, ayunaba y estuvo postrado en el suelo toda la noche (12:16). Sus siervos procuraban que tomase alimento y se levantara del suelo, pero su quebrantamiento era tal que nadie podía consolarle. La mano de Dios pesaba fuertemente sobre él y hasta el polvo fue humillado. El niño agonizaba, pero también fue un tiempo de tremenda agonía para David.

La adoración de un hombre que reconocía la justicia de Dios. David reconoció, a pesar de su gran tristeza por la muerte de su hijo, que Dios había actuado con toda justicia. Al enterarse de que el hijo estaba muerto, dejó atrás todo lo que representaba su quebrantamiento, "se levantó del suelo, se lavó, se ungió, se cambió de ropa" (12:20). Luego, fue a la casa (tienda) de Dios y adoró. Había experimentado en carne propia el perdón y la justicia de Dios. Su adoración seguramente se concentraba en esos dos atributos de Dios: la grandeza de su misericordia en perdonar dos graves pecados, y su perfecta justicia en castigar a David en la muerte de su hijo.

Esta adoración fue agradable para Dios. Su agrado se ve en el hecho de que permitió a David continuar como rey, y aun pudo extender su reino pero con algunas limitaciones. La espada nunca se apartó de su casa, como Dios había dicho por medio de Natán (12:10). Tampoco Dios le permitió construir el templo.

La adoración en el monte de los Olivos (2 Samuel 15:32)

Una de las consecuencias del pecado de David con Betsabé fue la violencia en su propia casa. Muchas veces lamentaba su pecado. Veía día a día cómo la sentencia de Dios se cumplía. Amnón, uno de los hijos de David, se enamoró de Tamar, su hermana, y la violó. Al enterarse Absalón, se llenó de ira y quiso vengar la deshonra de su hermana; arregló la muerte de Amnón. Huyó de la casa para evitar el castigo de su padre. Después de mucho tiempo David consintió en que Absalón regresara (14:21), pero no lo perdonó del todo. Absalón pudo con astucia ganar el corazón de los hombres del pueblo y robar el trono a su padre. No sólo se rebeló contra su padre, sino que procuró matarlo.

David tuvo que huir de Jerusalén para salvar su vida del intento de Absalón. Luego, volvió hacia Jerusalén y subió el monte de los Olivos (15:30) donde se solía adorar (15:32) y donde siglos después Jesús mismo iba a orar (Lucas 21:37; 22:39). Evidentemente, David iba al lugar dedicado a la adoración, en el monte de los Olivos, donde él y otros muchas veces habían ido a adorar. Iba con la intención de adorar en un momento de gran crisis personal y nacional. Iba con tres señales de quebrantamiento: "subió llorando, con la cabeza cubierta y los pies descalzos" (15:30). ¿Qué lecciones aprendemos de esta experiencia de David? ¿Dios se agradó en el acto?

La adoración en un lugar dedicado a esa función. El monte de los Olivos era el lugar dedicado a la adoración. Era un lugar de adoración privada y pública. No fue el único lugar donde la gente podía adorar, pero tenía un valor especial para los que iban allí. Estando en el monte la gente se sentía más cerca del Dios de los cielos. Hemos visto cómo solían construir altares en los montes para adorar. Siendo un lugar apartado y dedicado a la adoración, estaba libre de distracciones. Todos los que subían el monte iban con el mismo propósito, el de tener un encuentro con Dios, dando lugar a la adoración en grupos.

La adoración en un tiempo de crisis. David se dirigió al monte de los Olivos en tiempo de crisis personal y nacional. El futuro de su familia y el de la nación estaban en juego. Sentía agudamente la necesidad de la dirección de Dios para resolver el conflicto con Absalón. A pesar de ser hombre sabio y rey de la nación, se daba cuenta de su dependencia de Dios.

La adoración de un hombre quebrantado. David se acordaba de la sentencia de Dios sobre su vida y su hogar como una de las consecuencias de su pecado con Betsabé, "jamás se apartará la espada de tu casa" (12:10). Su quebranto, reflejado en su lloro, cabeza cubierta y pies descalzos, se debía en parte al hecho de que era consciente de que todo este mal personal y nacional se debía a su propio pecado. Dios le había perdonado, sí, pero las consecuencias personales y sociales continuaban. Durante toda su vida seguiría pagando el precio por ese

solo acto de violación de las leyes de Dios. ¡Qué caro es el pecado!

A pesar de todo lo que sufría de la mano de Dios, David seguía volviéndose a él como su única fuente de socorro, reconociendo su dependencia de él y que Dios era justo en lo que hacía (cf. Juan 6:68). El agrado de Dios en la adoración de David en el monte de los Olivos se ve en un hecho concreto. Dios le reveló un plan para vencer a Absalón por medio de los consejos de Husai (17:14). Este siervo mantuvo a David informado de los planes de Absalón hasta que éste fue matado. Así, David pudo regresar a Jerusalén y ocupar su casa y trono. Con todo, la victoria fue amarga y David lloró la muerte de su hijo.

1 Reyes

En el libro de 1 Reyes se encuentra cinco veces el término hebreo *shachah*, traducido adorar. Dos veces tiene que ver con la advertencia contra la adoración a los ídolos, o sea idolatría, y tres veces con la condenación de la idolatría que se practicaba durante el reinado de tres reyes. Tristemente, no hay ni un caso de la adoración que agrada al Altísimo en todo este libro.

Salomón fue puesto en el trono del pueblo de Dios en Jerusalén antes de la muerte de David, su padre, a instancia de Betsabé, su madre, para evitar que Adonías, otro hijo de David, lo adelantara. Tuvo un comienzo muy auspicioso, "amaba a Jehovah y caminaba en los estatutos de su padre David" (3:3). Dios le ofreció cualquiera cosa que pidiera (3:5) y Salomón pidió sabiduría para gobernar al pueblo (3:9). Dios se la concedió y, además, le prometió riquezas y gloria por encima de todos los reyes de su tiempo. Construyó una casa suntuosa para su uso y luego un templo que era la admiración de las naciones. El arca fue puesta en el templo y el templo dedicado en un acto muy solemne.

Después de la fiesta de dedicación del templo, Dios se manifestó a Salomón e hizo un pacto de bendecirle a él y a la nación, bajo la condición de obedecer sus mandamientos y no servir y adorar a otros dioses (9:6). En caso de que Israel perdiera su tierra y el templo quedara abandonado, la razón sería su adoración a otros dioses (9:9). Así, no sólo prohibió la adoración a otros dioses, sino que advirtió de las consecuencias funestas de tal práctica. Esta advertencia se basa en Deuteronomio 28:37, 45 y 63, y 29:23-26. La maldición con que antes advirtió la nación de Israel, ahora pasaría al templo (9:8, 9).

Esta casa, que es sublime, se refiere a la edificación del templo sobre un monte para que todos los que pasaban cerca pudieran verlo y admirarlo. Pero si Israel desobedeciera a Jehovah y adorara a dioses ajenos, el templo sobre el monte, abandonado y deteriorado, llamaría la atención de todos y preguntarían: "¿Por qué ha hecho así Jehovah a esta tierra y a esta casa?" Tendrían que constatar, o confesar la causa: "abandonaron a Jehovah su Dios... y se aferraron a adorar y servir a otros dioses" (9:9).

Consecuencias de la adoración a otros dioses (1 Reyes 11:33)

Salomón, después de un comienzo muy prometedor y agradable a Dios y de haber logrado gran fama, riqueza y extensión de su reino, comenzó un largo proceso de enfriamiento espiritual y desobediencia. Se olvidó de la prohibición de Dios de casarse con mujeres paganas, o deliberadamente la desobedeció. Cedió a la influencia de sus muchas esposas paganas (11:1-5). Al principio, sólo permitió la idolatría, pero luego se olvidó de Jehovah y comenzó a adorar a otros dioses. Se olvidó también de la advertencia de Dios en contra de la adoración de ídolos.

Jeroboam se rebeló contra Salomón y se dividió el reino como consecuencia directa de la idolatría (11:33). Este mal ejemplo del rey Salomón fue un desastre para él, su familia y la nación. Su hijo, Roboam, quedó como rey sobre una sola tribu, Judá, y esto fue solamente por la misericordia de Dios quien quiso honrar en esta forma el reinado de David. Esta historia queda como una advertencia a todas las generaciones sucesivas de que Dios no permitirá que el pueblo del pacto ofrezca lealtad y adoración a otros dioses, sean cuales fueren. Los creyentes en el día de hoy constituyen el pueblo del pacto.

La adoración que desagrada a Dios sigue (1 Reyes 16:31; 22:53)

El mal ejemplo de Salomón se transmitió a Acab y Ocozías, reyes del reino del norte, o sea Israel, compuesto de diez tribus. Sólo se menciona el nombre de estos dos reyes en relación con la idolatría, pero de casi todos los reyes de Israel se dice que hicieron lo malo ante los ojos de Jehovah, expresión que se repite en relación con casi todos los reyes del norte. Seguramente, esta expresión incluye idolatría.

El reinado de Acab dio un paso más por el camino de la decadencia en la adoración del pueblo de Dios. Jeroboam y los reyes sucesivos hasta Acab habían adorado a Jehovah con la imagen de un becerro. Acab no estaba satisfecho con esta profanación. Se casó con Jezabel, hija del rey de los sidonios, pueblo pagano que practicaba culto a Baal. Reinó veintidós años en Israel y encaminó al pueblo de Dios a la adoración a Baal. Ocozías reinó dos años en Israel y siguió la misma idolatría (22:53).

Jehovah levantó profetas para pronunciar su sentencia sobre estos y otros reyes que le ofendieron por su adoración a Baal. Veremos que, a pesar del castigo de Dios sobre su pueblo, éste siguió practicando la idolatría obstinadamente durante generaciones y hasta la cautividad babilónica.

2 Reyes

En este libro se encuentra el término hebreo *shachah* ocho veces. Otra vez notamos la advertencia de Dios en contra de la adoración a otros dioses. Sin embargo, la idolatría sigue dominando los dos reinos del pueblo de Dios: Israel en el norte y Judá en el sur. Primero, la idolatría se practicaba sólo en el reino del norte, pero ahora vemos cómo los mismos reyes de Judá cayeron en este mal. Veremos en este repaso cómo Dios castiga a su pueblo por este adulterio espiritual, enviándolo al cautiverio.

La adoración prometida por un pagano (2 Reyes 5:18)

Naamán, jefe del ejército del rey de Siria (5:1), era leproso. El ejército de Siria había secuestrado a una muchacha israelita en una batalla; la llevaron cautiva a su país donde servía a la esposa de Naamán. Esta señorita le dijo a su ama que el profeta de Jehovah que vivía en Samaria podría curar a Naamán. En su desesperación, este capitán sirio fue al profeta Eliseo en busca de ayuda. Eliseo ni salió personalmente a hablar con Naamán, sino que le mandó un mensaje con su siervo Guejazi. Tendría que sumergirse siete veces en el río Jordán como condición para sanar. Al principio resistió cumplir con estas condiciones, pero al hacerlo se sanó. Volvió buscando a Eliseo para ofrecerle presentes en gratitud por el milagro de sanidad, pero Eliseo se negó a aceptarlos.

Naamán, entonces, pidió permiso para llevar una carga de tierra de Samaria a Siria para poder construir un altar en ella y adorar a Jehovah. Todavía tenía el concepto pagano de que ningún dios podía ser adorado adecuadamente sino en el país de ese dios, o en un altar construido sobre tierra de ese país. Declaró que de aquí en adelante “tu siervo no ofrecerá holocausto ni sacrificio a otros dioses, sino sólo a Jehovah” (v. 17). Sin embargo, en el cumplimiento de su deber oficial, tendría que entrar en un templo pagano con su señor y esperaba que Jehovah le perdonaría esa falta. Eliseo le despidió sin aprobar o desaprobador ese propósito.

No hay evidencia de la aprobación o desaprobación de Jehovah sobre la intención de Naamán. El hecho de que no se registra otro dato sobre la vida de Naamán podría indicar que su profesión de fe, fue la expresión de una emoción sincera, pero de poca profundidad y duración. De todos modos, sabemos que Dios condena expresamente la identificación de los suyos con el culto a otros dioses. El hecho de entrar en un templo pagano y arrodillarse ante el altar, aun en el cumplimiento de un deber oficial, es una falla seria a la fe en Jehovah.

La adoración condenada y castigada (2 Reyes 17:16)

El capítulo 17 de 2 Reyes describe la idolatría que se practicaba en Israel, el reino del norte. Cuando se dividió el pueblo de Dios en dos reinos, Jeroboam fue elegido rey de Israel compuesto de diez tribus. Ordenó sacerdotes e introdujo la adoración a Jehovah con la imagen de un becerro, figura empleada también en el culto pagano. Con el pasar del tiempo se olvidaron de Jehovah y se entregaron a los excesos paganos más crueles y desagradables a Jehovah. El término hebreo *shachah*, traducido frecuentemente como adorar, aquí se traduce “se postraron” (v. 16). Los versículos 14 al 17 constituyen el colmo de su idolatría: adoraron a Baal, sacrificaron a sus propios hijos en fuego, practicaron encantamientos y adivinaciones.

El escritor de 2 Reyes, para demostrar la magnitud del pecado de Israel, recuerda a sus lectores de las bendiciones que Jehovah había derramado sobre Israel desde la liberación de la esclavitud de Egipto hasta la entrada en la tierra prometida. Según el escritor de 2 Reyes, esta gran bondad y fidelidad de Jehovah constituyen una obligación del pueblo de adorarlo a él, y solamente a él. Sin embargo, el pueblo obstinadamente eligió adorar a otros dioses que no les habían dado ningún beneficio. “Fueron tras la vanidad y se hicieron vanos” (v. 15).

Dios demostró gran paciencia con su pueblo rebelde. Durante generaciones estuvo aconsejando, exhortando, advirtiendo, pero sin lograr una respuesta positiva. Finalmente, “se enojó en gran manera contra Israel, y los quitó de su presencia” (17:18). Decidió castigar a su pueblo por medio de la cautividad a manos de los asirios. Cuando Oseas era rey de Israel, Salmanazar, rey de Asiria, subió contra Samaria, sede del reino del norte, lo sitió durante tres años, lo venció y lo llevó en cautiverio en el año 722 a. de J.C. (17:1-6).

De este pasaje aprendemos que cuando la adoración a Jehovah incluye elementos paganos, como la imagen de un becerro, corrompe la vida moral de los adoradores, conduce a la apostasía completa y trae el castigo de Dios. Si los israelitas tuvieron la obligación moral de adorar solamente a Dios, por causa de su gran bondad en la liberación de Egipto, provisión en el desierto e introducción en la tierra prometida, cuánto más los creyentes en Jesucristo hoy día.

La adoración, un mandato de Jehovah (2 Reyes 17:35, 36)

A continuación, en el capítulo 17, el escritor describe cómo surgió la adoración idólatra en Samaria. Parece que hay una contradicción, pues el escritor dice en dos versículos que ellos “temían a Jehovah” (vv. 32, 33), pero en el versículo siguiente dice que “no temen a Jehovah; no actúan conforme a sus estatutos ni a sus decretos...” Evidentemente, ellos decían que temían a Jehovah, pero

sus hechos negaban ese temor, pues seguían su práctica de servir y sacrificar a otros dioses.

En este pasaje se encuentran dos menciones más al término *shachah*; primera, Jehovah prohíbe adorar a otros dioses y, segunda, manda a su pueblo a adorar únicamente a Jehovah. En el versículo 35, al prohibir la adoración a otros dioses, el texto dice “no temeréis a otros dioses..., ni los serviréis, ni les ofreceréis sacrificios”. Es decir, tres acciones acompañan la adoración: temer, servir y ofrecer sacrificios. En el mandato positivo que sigue, de adorar únicamente a Jehovah, se repiten estas tres acciones (vv. 36, 37). En base a estos textos podemos afirmar que:

La adoración que agrada a Dios incluye temor reverencial. El que agrada a Dios en la adoración es consciente de su poder, su grandeza, su justicia, su santidad. Estas cualidades de su carácter infunden en el creyente sensible un temor reverente y una conciencia de su propia indignidad, como en el caso de Isaías (Isaías 6:1-8).

La adoración que agrada a Dios incluye el servicio a él. La fidelidad en el servicio a Dios y en guardar sus mandamientos es la mejor evidencia de que el creyente ama a Dios (cf. Juan 14:21).

La adoración que agrada a Dios incluye ofrendas y sacrificios. La ofrenda es una parte integral de la adoración que agrada a Dios. Sin embargo, no cualquier ofrenda agrada a Dios, como hemos visto en el caso de Abel y Caín, sino la ofrenda de fe que representa lo mejor que tenemos y aun la ofrenda que representa un sacrificio, como en el caso de la viuda pobre que dio todo lo que tenía (Marcos 12:41-44).

La adoración a Jehovah, conceptos de un pagano (2 Reyes 18:22)

El capítulo 18 describe el reinado de Ezequías, rey de Judá. Este rey “puso su esperanza en Jehovah Dios de Israel. Ni antes ni después de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá” (v. 5). Además, el escritor dice que “él hizo lo recto ante los ojos de Jehovah, conforme a todas las cosas que había hecho su padre David” (v. 3). Destruyó los ídolos paganos y los lugares altos donde adoraban a la diosa Asera. Aun “hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta aquel entonces los hijos de Israel le quemaban incienso” (v. 4). En una palabra, Ezequías quiso limpiar el país de idolatría y llevar al pueblo a adorar a Dios en la forma que sería de su agrado.

Durante el reinado de Ezequías, Senaquerib, rey de Asiria, conquistó el reino del norte. Luego vino contra Judá en el sur, y logró que Ezequías le diera todo el oro y plata del templo como precio para no destruir Jerusalén. No

contento con estas riquezas, el rey de Asiria mandó su ejército contra Jerusalén y demandó entrevista con Ezequías. Este se negó a negociar con el Rabsaces, vocero del ejército asirio, pero envió a tres de sus ministros de más confianza para este encuentro. El Rabsaces intentó convencerles de que su confianza en Jehovah para librar Jerusalén del ejército asirio era en vano. En sus argumentos Rabsaces reveló conceptos paganos de la adoración a Jehovah.

La adoración en que los lugares altos eran esenciales. El Rabsaces se burlaba de los habitantes de Jerusalén porque, según él, Ezequías animaba a la gente a confiar en Jehovah y, sin embargo, el había quitado lo que era esencial en la adoración (v. 21). Los paganos tenían la costumbre de adorar a sus dioses en lugares altos, pensando que así estarían más cerca a los que moran en los cielos. Ezequías había eliminado estos lugares altos y sus altares porque se identificaban con otros dioses. No solamente no eran esenciales en la adoración, sino que eran una ofensa a Jehovah.

La adoración limitada al altar en Jerusalén. El Rabsaces, siguiendo el concepto pagano, consideraba que la demanda de Ezequías de adorar en un altar en Jerusalén sería una limitación, porque los paganos adoraban a muchos dioses en muchos altares. Ezequías insistía en el monoteísmo mientras que el Rabsaces era politeísta.

La adoración en que confiaban en otras naciones para salvarlos. La tentación constante de los reyes de Judá e Israel, al ser amenazados por fuerzas de enemigos, era la de pagar a Egipto para que enviara tropas a defenderlos. El Rabsaces sabía esto y pensaba que Ezequías estaba confiando en tropas de Egipto para salvarlos en vez de confiar en Jehovah. El capítulo 19 relata lo que hizo Ezequías ante la amenaza del Rabsaces. En vez de enviar a buscar tropas de Egipto, el rey de Judá fue al templo, se humilló y rogó la intervención de Jehovah para salvarlos. No tardó la respuesta de Dios por medio del profeta Isaías. El juicio divino caería sobre Senaquerib, rey de Asiria, y Jerusalén sería librada de su burla y amenaza.

La adoración pagana por tres reyes (2 Reyes 19:37; 21:3, 21)

Las tres restantes referencias a la adoración en 2 Reyes presentan el caso de tres reyes que adoraban a otros dioses. En el primer caso, Dios mandó su juicio divino sobre Senaquerib por su burla de Ezequías y la confianza de éste en Jehovah. “Aquella misma noche salió el ángel de Jehovah e hirió a 185.000 en el campamento de los asirios” (19:35). Ante esta gran pérdida, el rey Senaquerib volvió a Nínive humillado. Entró en el templo de su dios Nisroc y mientras que adoraba dos de sus mismos hijos lo mataron (19:37).

Los dos reyes de Judá, Manasés y Amón, que siguieron a Ezequías en el trono, volvieron a implantar la idolatría en el pueblo de Dios. Cada uno “hizo lo

malo ante los ojos de Jehovah, conforme a las prácticas abominables de las naciones que Jehovah había echado de delante de los hijos de Israel" (21:2). Los versículos 3-7 describen el largo reinado de Manasés, de 55 años, en los cuales cometió todo sacrilegio y abominación concebibles. En el versículo tres se dice que "se postró ante todo el ejército de los cielos y les rindió culto". Aquí el término hebreo *shachah* se traduce "se postró", lo cual capta la idea central de la adoración. Su hijo Amón pudo reinar solamente dos años y fue muerto por sus siervos en su propia casa. En 2 Reyes 21:21 el escritor dice que este rey "se postró" ante los ídolos a los cuales su padre, Manasés, adoró. Otra vez se postró es la traducción del término hebreo *shachah*.

En el caso del rey Manasés, no siguió el notable ejemplo de su padre Ezequías, un hombre valiente que adoraba solamente a Jehovah y confiaba plenamente en él. Por otro lado, en el caso de Amón, sí siguió el mal ejemplo de su padre. Josías, hijo de Amón, comenzó a reinar cuando tuvo sólo ocho años de edad y reinó 31 años en Jerusalén. El término "adorar" no figura en el caso de este rey, sin embargo, logró que el pueblo volviera a la adoración sincera a Jehovah. Realizó una gran campaña contra la idolatría en Judá. Así, Josías no siguió el mal ejemplo de su padre Amón.

Aprendemos de estas historias que el buen ejemplo de un padre que agrada a Dios en la adoración no asegura lo mismo en su hijo. Por otro lado, aprendemos que el mal ejemplo de un padre, un idólatra, no necesariamente condena a sus hijos a la idolatría. Por supuesto, la influencia pesa, pero cada uno está libre y es responsable de decidir si adorará solamente a Jehovah o adorará a los dioses creados por los hombres.

1 Crónicas

Si la experiencia de adoración, registrada en 1 y 2 Reyes, fue negativa, la de 1 y 2 Crónicas es mayormente positiva. Hay solamente dos versículos en 1 Crónicas donde se emplea el término hebreo *shachah* (adorar). En ambos casos es el rey David quien es la figura principal, el que practica la adoración y exhorta al pueblo a adorar a Jehovah.

La adoración y acción de gracias (1 Crónicas 16:29)

El ejército israelita, bajo el mando directo de David quien había sido recién ungido como rey, derrotó a los filisteos en una batalla gloriosa. David buscó la dirección de Dios y la siguió con gran fe y valor: "David hizo como Dios le había mandado y derrotaron al ejército de los filisteos" (14:16). Los filisteos

muchos años antes habían capturado el arca durante el sacerdocio de Elí (1 Samuel 4:11), pero Dios los hirió por causa de la posesión del arca y éstos decidieron devolverla a Israel. También Dios hirió a Uza con muerte por haber tocado el arca en el traslado hacia Jerusalén y por esa razón decidieron dejarla en la casa de Obed-Edom (2 Samuel 6:11).

Ahora, después de muchos años, David se enteró de que Dios había bendecido grandemente la casa de Obed-Edom por tener allí el arca de Jehovah. Hizo con sumo cuidado todos los preparativos para llevar el arca, inclusive una tienda especial para ella. Escogió a los levitas que cargarían el arca y a los que dirigirían la música instrumental y el canto del pueblo (1 Crónicas 15). Fue un día de gran alegría y festejo de parte de todos, desde el rey hasta el más humilde. Todos participaron en las actividades, siguiendo el ejemplo de David. "Ofrecieron holocaustos y sacrificios de paz delante de Dios" (16:1). Así, las ofrendas y el canto eran parte también de la adoración. El motivo de la alegría era el retorno del arca a Jerusalén, la cual representaba la presencia de Jehovah en medio de su pueblo. ¿En qué consistía este acto de adoración?

La adoración dirigida por el rey David. Dios se agrada cuando los líderes de su pueblo toman la iniciativa, hacen con cuidado los preparativos y dirigen a los creyentes en la adoración.

La adoración motivada por la intervención de Dios en la derrota de los enemigos. Recién el ejército israelita, bajo el mando de David y siguiendo cuidadosamente la dirección de Dios, había logrado una victoria categórica sobre los enemigos que habían perturbado el pueblo de Dios durante muchos años. David y el pueblo entendían que la victoria se debía a la intervención de Dios, y ellos sentían una profunda gratitud. La eliminación de su enemigo principal trajo paz y tranquilidad otra vez al pueblo. Ahora, sí, podrían traer el arca de Jehovah a Jerusalén.

La adoración motivada por la presencia de Dios en medio del pueblo, representada en el arca. El motivo principal por las acciones de gracias expresadas en la adoración fue la llegada a Jerusalén del arca de Jehovah. Este objeto tangible inspiraba confianza entre los judíos y la seguridad de que, estando su Dios en su medio, gozarían de su protección y prosperidad.

La adoración expresada por sacrificios y ofrendas. Los sacrificios comenzaron cuando iniciaron el traslado del arca a Jerusalén (15:26) y continuaron con holocaustos y sacrificios de paz delante de Dios cuando llegaron a Jerusalén (16:1). Aquí se mencionan dos clases, de las ocho, de ofrendas ofrecidas a Dios. Los holocaustos eran animales quemados totalmente como ofrenda de olor grato a Jehovah (Levítico 1:3-17). En cambio, las ofrendas de paz eran animales también, pero no se quemaban totalmente, pues una parte estaba destinada como comida (Exodo 20:24; 24:5; 32:6). Esta ofrenda indicaba una relación correcta y comunión con Dios; también expresaba gratitud y compromiso personal.

La adoración expresada por la música y el canto. La música era un elemento céntrico en la adoración realizada por David y el pueblo. David encargó a los levitas el ministerio musical, con toda clase de instrumentos, canto y baile (15:16-22, 28, 29; 16:5, 6). Parece que David compuso un canto de acción de gracias para esa ocasión, el cual se cantó por primera vez allí (16:7-36). Este canto se concentra en la persona gloriosa de Jehovah y las obras que él había realizado a favor de su pueblo escogido. Es una combinación de tres salmos (16:8-22; Salmo 105:1-15; 16:23-33; Salmo 96; 16:34-36; Salmo 106:1, 47, 48).

Dios mostró su agrado en este acto de adoración por medio de las promesas que hizo a David en el capítulo 17. Prometió prosperarlo grandemente, diciendo: "Lo estableceré en mi casa y en mi reino para siempre, y su trono será estable para siempre" (17:14).

La adoración exhortada por el rey David (1 Crónicas 29:20)

David quiso edificar un templo para Jehovah, pero Dios no se lo permitió. Hay que reconocer el hecho de que no siguiera adelante con el proyecto a pesar de la prohibición de Dios. En cambio, aceptó humildemente el plan de Dios. David levantaría una gran ofrenda y reuniría los materiales, pero Salomón tendría el honor de edificar la casa de Dios.

Así, David reunió al pueblo y lo exhortó a dar sus posesiones para la edificación del templo que no sería "para hombre sino para Jehovah Dios" (1 Crónicas 29:1b). Pero antes de exhortarles a dar con sacrificio, él mismo puso el ejemplo dando de sus tesoros grandes sumas de oro y plata (29:3, 4). Las ofrendas serían voluntarias: "Y ahora, ¿quién de vosotros se consagrará hoy a Jehovah, haciendo una ofrenda voluntaria?" (29:5b).

Es interesante notar que, en la mente de David, uno se consagra por medio de ofrendar algo a Dios. Su concepto está de acuerdo con la enseñanza bíblica de que la ofrenda representa la entrega de uno mismo a Dios. Uno obtiene el valor ofrendando por medio de invertir horas, semanas o meses de su vida. Entonces ese valor viene a representar una parte de su vida y, cuando se entrega en ofrenda, en efecto está entregando una parte de su vida. Esa parte ofrendada representa la consagración de toda su vida.

La ofrenda incluyó grandes sumas de materiales y valores que serían utilizados en la edificación del templo. David se alegró mucho y "bendijo a Jehovah a la vista de toda la congregación" (29:10). A continuación, el autor registra uno de los actos más sentidos de alabanza que David rindió a Dios. El reconoce la grandeza, poder, fidelidad y gloria de Dios, y que es el dueño de todas las cosas. Se conmueve y se alegra por la generosidad del pueblo en la ofrenda que entregara. Termina exhortando al pueblo a bendecir a Jehovah. El

pueblo obedeció: "se inclinaron y se postraron delante de Jehovah y delante del rey" (29:20). "Se postraron" es la traducción del vocablo hebreo *shachah*. Este fue el último acto público de David como rey, pues el día siguiente Salomón fue ungido rey y al poco tiempo David murió. Este acto de adoración incluye los siguientes elementos:

La adoración del pueblo precedida por la de su líder máximo. David puso un notable ejemplo en un acto público de alabanza y adoración (29:10-19). El pueblo fue impactado por la sinceridad, humildad y gratitud de su rey. El ejemplo de su rey predispuso y orientó al pueblo en cómo adorar a Dios.

La adoración del pueblo en respuesta a la exhortación del rey. Cuando David terminó su acto personal de alabanza y adoración, el pueblo estaba preparado para escuchar la exhortación de su rey. La exhortación, respaldada por un ejemplo tan noble, recibió una respuesta inmediata y entusiasta del pueblo.

La adoración del pueblo precedida por ofrendas. Tanto el acto de adoración de David como el del pueblo fueron precedidos por ofrendas voluntarias y muy generosas. Las ofrendas representaban su vida consagrada a Dios (29:5), la mejor preparación para asegurar que su adoración sería agradable a Jehovah.

La adoración del pueblo que anticipaba la construcción del templo. La adoración del pueblo miraba hacia atrás a la bondad y fidelidad de Dios en traerlos a este momento glorioso, pero también miraba hacia adelante en la confianza de que Jehovah iba a hacer aun mayores cosas. Las ofrendas aseguraban los recursos necesarios para la construcción del templo, obra que habían anhelado durante muchos años.

Las evidencias del agrado de Dios en este acto y en la vida de David se ven en que éste murió en buena vejez y lleno de años, de riquezas y de gloria (29:28). También Jehovah engrandeció a Salomón hasta lo sumo ante la vista de todo Israel, y le dio un esplendor real como ningún otro rey lo tuvo antes de él en Israel (29:25). A continuación el templo fue construido y la gloria de Dios descendió sobre él.

2 Crónicas

En este libro hay nueve referencias al término hebreo *shachah* (adorar), pero ya hemos considerado cuatro de ellas en 1 y 2 Reyes (7:19, 22; 1 Reyes 9:1-9; 32:12; 2 Reyes 18:22; 33:3; 2 Reyes 21:3). Tres (29:28, 29, 30) de las cinco restantes se refieren al mismo evento, de modo que nos corresponde tratar solamente tres ocasiones de adoración en 2 Crónicas. En estos tres casos son los reyes del pueblo de Dios los que guían al pueblo en la adoración que agrada a Jehovah: Salomón, Josafat y Ezequías.

La adoración ante la presencia gloriosa de Dios (2 Crónicas 7:3)

David, durante su reinado, reunió materiales y valores para la construcción del templo en Jerusalén donde pondrían el arca y adorarían Jehovah. Dios no le permitió edificar el templo por haber derramado tanta sangre (1 Crónicas 22:8), pero designó a Salomón como su instrumento para llevar a cabo el proyecto. Tan pronto como subió al trono, Salomón inició la construcción (capítulos 1-4). Cuando terminaron los trabajos, los levitas, acompañados por el rey y los ancianos, trasladaron el arca desde la ciudad de David al templo.

Salomón dirigió la dedicación del templo y tuvo una oración, estando arrodillado, que abarca casi todo el capítulo 6. En la oración destacó la grandeza, gloria, fidelidad y misericordia de Dios. Intercedió por el pueblo de Dios, pidiendo misericordia cuando cometía pecado, pero también intercedió por los extranjeros cuando venían a Jerusalén. Finalmente, invitó y rogó a Dios que viniera a ocupar el templo. Cuando terminó de orar, la gloria de Dios descendió sobre el templo en una manifestación tan gloriosa que ni los sacerdotes pudieron soportarla. Todo el pueblo miraba lo acontecido y se postraron y adoraron al Dios de gloria. Fue una experiencia parecida a la de Isaías (Isaías 6:1-9), excepto que en este caso todo el pueblo participó en el acto. Los elementos más destacados en este acto de adoración son:

La adoración al finalizar una gran obra. El rey David y todo el pueblo habían anhelado durante muchos años tener una casa permanente y digna donde adorar a Dios. Ese deseo se iba postergando por distintos motivos, pero al fin el sueño del hombre y el propósito de Dios se encontraron. Es difícil imaginarnos la expectativa y alegría desbordante que el pueblo experimentaba al contemplar la obra completada. Fue motivo de gratitud y alabanza a Dios, expresadas en un acto de adoración.

La adoración del pueblo precedida por la oración del rey. En esta oración Salomón exaltó la grandeza, misericordia constante y la fidelidad de Dios. Sin lugar a dudas, esta oración tan sentida y ferviente conmovió al pueblo y lo predispuso a adorar.

La adoración motivada por la manifestación gloriosa de Dios. El motivo inmediato de la adoración del pueblo fue la gloriosa manifestación de Dios. "Descendió fuego del cielo y consumió el holocausto y los sacrificios y la gloria de Jehovah llenó el templo" (7:1), ¿cómo no caer sobre el rostro y adorar al Dios de gloria y poder! Nadie puede contemplar una manifestación tan real y gloriosa de Dios sin ser quebrantado, humillado, impactado y motivado a adorar.

La adoración que motivó al pueblo a ofrendar generosamente. No solamente el rey y el pueblo ofrendaron generosamente antes de la dedicación del templo (5:6) y la adoración que siguió, sino que el mismo acto de adoración

despertó en ellos el deseo espontáneo de ofrecer aun más animales a Dios en sacrificio (7:4, 5). Esta es una evidencia más de que la ofrenda es una parte integral de la adoración que agrada a Dios.

Adoración acompañada por la música. La música fue otro elemento destacado en la adoración. Cuando los sacerdotes salieron del santuario, después de haber colocado el arca en el lugar santísimo, los músicos levitas comenzaron a celebrar con toda clase de instrumentos que David había inventado para adorar a Dios (7:6): ¡címbalos, liras, arpas y 120 trompetas! Luego el gran coro se unió con los instrumentos cantando el tema: "Porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia" (5:13). Luego de la dedicación del templo y la adoración que todo el pueblo rindió a Dios, los levitas tocaron y cantaron el mismo tema (7:6).

El agrado de Dios en la adoración de su pueblo se ve en la aparición de Dios a Salomón durante la noche. Hizo pacto con Salomón y el pueblo en el cual prometió vigilar de día y de noche sobre el templo, oír sus oraciones, perdonar los pecados de los que se arrepienten y establecer allí el trono de David. Dios hizo el pacto con Salomón y el pueblo, con promesas tan generosas, pero con la condición de la fidelidad en la adoración únicamente a él (7:12ss.)

La adoración por una victoria prometida (2 Crónicas 20:18)

Salomón terminó su reinado habiendo caído en prácticas idólatras por la influencia de sus muchas mujeres extranjeras. El reino se dividió; Roboam, hijo de Salomón, se quedó sólo con el reino del sur compuesto de una tribu (Judá), mientras que Jeroboam fue nombrado rey sobre el reino del norte (Israel). Los reyes de Judá fueron más fieles a Dios que los del reino del norte. Abías reinó tres años sobre Judá después de la muerte de su padre, Roboam, y "anduvo en todos los pecados que había cometido su padre antes de él" (1 Reyes 15:3). En cambio, Asa, hijo de Abías, reinó 41 años sobre Judá e "hizo lo bueno y lo recto ante los ojos de Jehovah su Dios" (2 Crónicas 14:2). Josafat, hijo de Asa, también tuvo un reinado fiel y agradable a Jehovah durante 25 años.

Josafat tuvo que enfrentar a Moab y Amón: dos pueblos enemigos y guerreros, fuertemente armados y numerosos, que se unieron para invadir a Judá. En vez de buscar ayuda de Egipto o de otra nación pagana, Josafat decidió consultar a Jehovah y esperar en él. Exhortó al pueblo a reunirse, ayunar y orar a Dios por su dirección y liberación. Josafat mismo se puso en pie y oró fervientemente a Jehovah, recordándole el pacto y promesas hechos a su pueblo. Reconoció que el pueblo no tenía recursos como para enfrentar un ejército tan numeroso y que su única esperanza estaba en Jehovah.

Jehovah respondió a la intercesión de Josafat por medio del levita Jeiel

dando instrucciones y asegurándoles una victoria sobre sus enemigos. Inclusive, indicó que su pueblo ni tendría que batallar, sino que podrían ver con sus propios ojos cómo él destruiría a los enemigos: "Deteneos, estaos quietos y ved la victoria que Jehovah logrará para vosotros" (20:17). Ante esta promesa de Dios, de su intervención directa para liberar a su pueblo, todos desde el rey hasta los más pequeños (20:13) se inclinaron y "adoraron a Jehovah" (20:18). Otra vez un gran coro de músicos levitas se levantaron y alabaron a Dios con fuerte y alta voz (20:19). De este acontecimiento aprendemos varias facetas de la adoración que agrada a Dios.

La adoración precedida por una gran crisis. La crisis en la vida del creyente es una oportunidad de definir sus prioridades y lealtades. Ante la amenaza de dos poderosos ejércitos enemigos, el rey tuvo que decidir cómo responder. El texto dice que se propuso consultar a Jehovah (20:3). Dios se complace cuando los suyos lo buscan en tiempo de crisis, confiando en su protección.

La adoración precedida por oración y ayuno. El rey decidió reunir a todo el pueblo en Jerusalén y exhortarlos a orar y ayunar. El mismo rey inspiró al pueblo por su noble ejemplo, orando de pie y demostrando total confianza en Jehovah como el Dios soberano sobre todo el mundo que nadie podría resistir. Reconoció que su única esperanza estaba en Jehovah y confesó que "no sabemos qué hacer, pero en ti ponemos nuestros ojos" (20:12b).

La adoración motivada por la promesa de liberación. El motivo inmediato de la adoración fue el mensaje que Dios mandó a su pueblo por medio de Jeiel, asegurándolo de una victoria sobre sus enemigos (20:14-17). La oración, ayuno y confianza del pueblo en su Dios dio lugar a una respuesta inmediata. Dios mandó a su pueblo en los siguientes términos: "Deteneos, estaos quietos y ved la victoria que Jehovah logrará para vosotros... Jehovah estará con vosotros" (20:17). Recordemos que el pueblo adoró a Dios en base a una promesa, pero antes de ver la victoria. Tal actitud revela hasta dónde llegaba la confianza en su Dios. Esta promesa de intervención directa de Dios nos recuerda la experiencia cuando el pueblo salía de Egipto y pudo cruzar el mar Rojo en tierra seca, mientras que los egipcios eran destruidos.

La adoración en la que todos participaron. Si Dios se agrada en la adoración sincera de un creyente, cuánto más cuando todo el pueblo le adora, como en este caso. ¡Una gran sinfonía de alabanza y adoración! La población entera de Judá se había reunido para orar y ayunar durante la crisis. Cuando recibieron la promesa de liberación, todos se quedaron para adorar, expresando así su gratitud a Dios por su salvación del enemigo.

La adoración acompañada con instrumentos y coro. Los líderes musicales, todos levitas, se levantaron... "para alabar con fuerte y alta voz a Jehovah Dios de Israel" (20:19). Fue David quien asignó el ministerio musical a los levitas los

cuales, en ese entonces, contaban con 288 expertos maestros (1 Crónicas 25:1-31). Sin embargo, el número total de levitas que servían en el ministerio musical llegó a 4.000 (23:5). Estas cifras nos dan una idea de la gran importancia que la música tenía en el culto que los judíos rendían a Dios.

La evidencia de que Dios se agradó en la confianza que su pueblo le tenía y que manifestaba por medio de la oración, ayuno y adoración, es que él no sólo les prometió la victoria, sino que cumplió el día siguiente todo lo prometido.

La adoración dirigida por el rey (2 Crónicas 29:28-30)

Como hemos observado, los reyes de Judá, en general, procuraban guiar al pueblo en adorar y servir a Jehovah, aunque varios de ellos se corrompieron y practicaban idolatría. Tenían un solemne deber, siendo representantes de Dios, de guiar al pueblo en la fidelidad a su Señor. Después de Josafat (reinó 25 años), reinaron los siguientes: Joram (8 años), malo; Ocozías (1 año), malo; Joás (40 años), muy bueno; Amasías (29 años), regular; Uzías (52 años), regular; Jotam (16 años), bueno; Acáz (16 años), malo; y Ezequías (29 años), bueno. Dios juzgó a todos estos reyes según el modelo de David. Por ejemplo, dice el escritor acerca de Ezequías: "El hizo lo recto ante los ojos de Jehovah, conforme a todas las cosas que había hecho su padre David" (29:2).

Ezequías reparó el templo y exigió que los levitas se purificasen y que limpiasen el templo de toda cosa ajena a los cultos a Jehovah. Entendió que la ira de Jehovah había venido sobre Judá por su infidelidad (v. 8), y exhortó a un retorno sincero a Jehovah. Los levitas obedecieron al rey en todo lo que había mandado. Llegó el día para celebrar el retorno a Jehovah y se hizo con ofrendas, sacrificios, holocaustos y música instrumental y cantada, dirigida por los levitas. Fue un verdadero avivamiento espiritual en que todo el pueblo participó, dirigido por el mismo rey. Se destacan los siguientes elementos en la adoración que el pueblo rindió a su Dios.

La adoración iniciada por un líder máximo. El ejemplo del líder tendrá un impacto incalculable en los creyentes. Aquí vemos la influencia fuerte y positiva que Ezequías tuvo en el pueblo de Dios. Por el mal ejemplo de los reyes anteriores el pueblo había descuidado el mantenimiento del templo y la práctica de los ritos establecidos por Moisés. En el mismo principio de su reinado, Ezequías dijo: "Ahora pues, yo he decidido hacer un pacto con Jehovah Dios de Israel, para que aparte de nosotros el furor de su ira" (29:10). Asumió su responsabilidad como líder espiritual y con gran valor decidió iniciar un avivamiento espiritual, un retorno a Jehovah.

La adoración precedida por una limpieza radical de parte de los líderes religiosos. Ezequías entendió que Dios demanda corazones limpios a los que desean adorarlo. Reunió a todos los líderes religiosos y les dio órdenes dicién-

do: "Oídmelo, o levitas: Purificaos ahora, y purificad luego la casa de Jehovah, Dios de vuestros padres, sacando del santuario la inmundicia" (29:5). La limpieza espiritual comienza en el corazón de los líderes religiosos, se extiende al pueblo y a la casa de adoración.

La adoración precedida y acompañada por sacrificios y ofrendas. Ezequías ordenó el sacrificio de animales para hacer expiación por el pecado del pueblo, según el plan revelado por medio de Moisés, para obtener el perdón de Dios (29:20-24). El reconocimiento, confesión y perdón del pecado son esenciales para agradar a Dios en la adoración y para iniciar un avivamiento.

La adoración acompañada por la música. La música jugó una parte céntrica de la adoración que el pueblo rendía a Dios. Los músicos estaban todos en su lugar esperando el comienzo de los sacrificios. Al iniciarse éstos, los levitas comenzaron a tocar sus instrumentos y cantar. Hay tres referencias a la adoración en los versículos 28-30 y tres prácticas sobresalen: se arrodillaron o se inclinaron, cantaron y alababan con gran gozo y ofrendaron. ¡Quién no desearía participar en un acto de adoración con estas características!

La adoración que motivó al pueblo a ofrendar más generosamente. Los sacrificios precedieron la adoración y también la siguieron. Parece ser que el encuentro con Dios en la adoración resultó en un deseo de ofrendar más generosamente (vv. 31-35). Además de los sacrificios y holocaustos por el pecado antes de adorar, luego hubo sacrificios de paz, celebrando la reconciliación y paz que ya gozaban por el perdón recibido.

La evidencia del agrado de Dios en este acto de adoración se ve en el resultado final. El escritor dice: "Ezequías y todo el pueblo se alegraron por lo que Dios había realizado a favor del pueblo" (v. 36). No se nos dice qué es lo que Dios había realizado a favor del pueblo, pero ellos se dieron cuenta de que Dios había respondido con bendiciones, hecho que produjo gran gozo en el pueblo. Dios siempre bendice a la persona o al pueblo que lo adora en la forma que le agrada.

Nehemías

En el libro de Nehemías hay tres referencias a *shachah* y cada una de las veces se traduce adorar. Estas referencias tienen que ver con la fiesta del séptimo mes.

La adoración y la palabra de Dios (Nehemías 8:6)

La fiesta del séptimo mes era una fiesta de gratitud por la ayuda generosa

que habían recibido de Dios en la construcción de la muralla de la ciudad de Jerusalén, bajo la dirección del gobernador Nehemías y el sacerdote Esdras. Pudieron terminar rápidamente las murallas a pesar de los intentos de los enemigos de frenar o impedir el trabajo. Su sentido de gratitud despertó en ellos un deseo ferviente de escuchar la palabra de Dios con el fin de saber su voluntad y obedecerla. Tanto hombres como mujeres y aun niños de edad como para entender, todos se reunieron para oír la lectura de la ley de Jehovah.

El primer día del séptimo mes, es decir, día de luna nueva, se destacaba como la fiesta de las trompetas, iniciando así el paro de toda labor (Levítico 23:23-25). "Esdras leyó el libro de la ley desde el alba hasta el medio día... Y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al libro de la ley (Nehemías 8:3), un período de aproximadamente seis horas. Se debe entender, sin embargo, que la lectura estaba intercalada por explicaciones y aclaraciones de modo que entendieron la lectura (8:8). Esdras estaba parado sobre una plataforma alta de modo que todos podían ver el libro que tenía en sus manos; sus ayudantes estaban a su costado.

Cuando Esdras abrió el libro de la ley, todos se pusieron de pie, alzaron las manos, gritaron: ¡Amén! ¡Amén!, que quiere decir así sea, así sea; "se inclinaron y adoraron a Jehovah con el rostro a tierra" (8:6). "El pueblo lloraba al oír las palabras de la ley" (8:9), quizá del libro de Deuteronomio. La lectura y las explicaciones de ella produjeron una profunda impresión en el pueblo al enterarse ellos de la gravedad de sus pecados y del castigo resultante. Al ver la humillación y quebrantamiento del pueblo, evidencia del reconocimiento de sus pecados y el deseo de la restauración con su Dios, Esdras quiso asegurarles de la misericordia de Dios. Los animó a dejar su tristeza y comenzar a gozarse del perdón y la restauración a la comunión con Jehovah "porque el gozo de Jehovah es vuestra fortaleza" (8:10). El pueblo obedeció y comenzó a regocijarse con gran alegría, "porque habían entendido las palabras que les habían enseñado" (8:12). Algunos de los elementos más destacados de este acto de adoración son:

La adoración precedida por la lectura de la palabra de Dios. Se despertó en el pueblo un vivo anhelo de oír la palabra de Dios cuando se dieron cuenta de la bendición de Dios evidenciada en la rapidez con que pudieron levantar las murallas de Jerusalén. Fue el deseo de todo el pueblo de escuchar la palabra de Dios, y todos escucharon con atención durante seis horas, estando de pie. No era una lectura corrida, sino que estaba intercalada con explicaciones y quizá con preguntas de los oyentes. Lo importante es que la gente llegó a entender las demandas de Dios y el hecho de que no las habían obedecido. La lectura y comprensión de la palabra de Dios predisponen al creyente a la adoración que agrada a nuestro Dios.

La adoración de un pueblo quebrantado por su pecado. La palabra de Dios,

leída y entendida, es algo como un espejo que nos permite vernos como Dios nos ve. Revela la santidad de Dios y nuestra pecaminosidad, pero también revela la misericordia de Dios en perdonar a los suyos que se arrepienten. Revela, además, la provisión de Dios para el perdón de nuestros pecados, en la cruz de Cristo, y exhorta al hombre al arrepentimiento. Como en el caso de Isaías, el encuentro personal y directo con el Dios tres veces santo produce el quebrantamiento y conduce al perdón y restauración. La adoración del pecador arrepentido y restaurado agrada a Dios porque ese es su anhelo más ferviente.

La adoración que produjo restauración y gran gozo. Después del quebrantamiento, lágrimas, confesión y restauración, el creyente experimenta un gozo profundo y celestial. La adoración siempre debe terminar con esa nota de gozo y bienestar espiritual que el creyente siente cuando está en íntima comunión con Dios. Esta fue la exhortación de Esdras: "No os entristezcáis, porque el gozo de Jehovah es vuestra fortaleza" (8:10). Este gozo es la voluntad de Dios, el derecho del creyente y el fruto del Espíritu Santo.

La adoración que motivó al pueblo a obedecer los decretos de Dios. Durante largos años el pueblo se había olvidado de los decretos de Dios, de la adoración, del mantenimiento del templo y de la participación en las fiestas anuales. Cuando se enteraron del mandato de Dios en cuanto a la manera de celebrar la fiesta de los Tabernáculos (Levítico 23:39-43), no demoraron en cumplirlo al pie de la letra. Construyeron las cabañas y habitaron en ellas para recordar los años que pasaron en el desierto entre Egipto y la tierra prometida, cuando habitaban en cabañas precarias, y "había una alegría muy grande" (8:17b).

La adoración y confesión de pecados (Nehemías 9:3-6)

Los judíos que se reunieron en Jerusalén habían participado en los actos de adoración y la fiesta de los Tabernáculos. Nadie tenía ganas de dejar la santa ciudad. Todos deseaban oír más de la lectura de la palabra de Dios. Las experiencias anteriores crearon en ellos un alto grado de sensibilidad espiritual, una aguda conciencia de su propia pecaminosidad. Se dieron cuenta como nunca antes de su culpabilidad ante Dios. En su angustia y quebrantamiento ante Dios perdieron el apetito por la comida. Comenzaron a ayunar, se vistieron de cilicio y polvo, símbolos de gran dolor y angustia. Confesaban públicamente sus propios pecados y los de sus padres. Intercalaban la lectura de la palabra de Dios, la confesión de pecados y la adoración. ¡Todos los elementos de un verdadero avivamiento espiritual!

A medida que leían la palabra de Dios, entendían más y más de las demandas de Dios y de sus propias faltas. A medida que adoraban en la presencia del

Dios vivo y verdadero, considerando su santidad, gloria y fidelidad, cada vez más se sentían indignos de estar delante de él. La lectura bíblica y la adoración son las dos disciplinas más eficaces para despertar en el creyente una conciencia de Dios.

Los levitas que guiaban al pueblo en la adoración lo exhortaban a levantarse y bendecir a Jehovah. Señalaban especialmente el hecho de que su Dios era creador de todo, sustentador de toda vida y el Dios personal, protector y proveedor de Israel (9:5-37). No sólo todos los seres humanos deben adorar a Dios, sino que los levitas afirmaban que los ejércitos de "los cielos te adoran" (9:6b). Los ejércitos de los cielos son los ángeles, o mensajeros celestiales, que sirven y adoran a Dios (Salmo 148:2; 103:21). Si los ángeles tienen motivo de adorar a Dios, ¡cuánto más los que hemos sido redimidos por la sangre de Jesucristo, el único Hijo de Dios!

Este acto de adoración llevó al pueblo a comprometerse solemnemente para "andar en la ley de Dios y guardar y cumplir todos los mandamientos de Jehovah" (10:29). En este capítulo se detallan los mandamientos que Dios comunicó al pueblo por medio de Moisés, incluyendo las varias ofrendas que debían llevar a la casa de Dios. Todos los líderes del pueblo gustosamente firmaron ese pacto en un acto público.

Aprendemos de esta experiencia del pueblo las siguientes facetas de la adoración que agrada a Dios:

La adoración arraigada en la lectura de la palabra de Dios. La lectura y exposición de la palabra de Dios servían como estímulo y guía en la adoración. Los rollos sagrados eran para Israel a la vez la revelación de la persona de Dios y la revelación de su plan para la humanidad. En esta ocasión el pueblo deseaba oír la lectura y explicación de la palabra de Dios y se guiaba en su adoración por lo que oía y entendía.

La adoración acompañada por el arrepentimiento y confesión de sus pecados. La misma lectura de la palabra de Dios trajo convicción sobre los oyentes quienes se daban cuenta de que estaban muy lejos del plan de Dios para sus vidas y que estaban en un camino hacia su propio castigo y destrucción. Anhelaban volver a la reconciliación y comunión con su Dios, y entendieron que el único camino establecido para ello era el arrepentimiento y confesión de sus pecados. El arrepentimiento y confesión son elementos esenciales en la adoración que agrada a Dios.

La adoración en que todo el pueblo participa. Una y otra vez el escritor indica que todo el pueblo participaba en la adoración desde el gobernador Nehemías, el sacerdote Esdras, los levitas, jefes del pueblo y "todos los que podían comprender y discernir" (10:28b). Hasta los mismos niños acompañaban a sus padres en las actividades. Sin lugar a duda, Dios miraba desde lo alto con sumo agrado, pues al fin su pueblo reconocía quién era su Dios, qué es lo que él

demandaba de ellos, y determinaron obedecerlo.

La adoración que produce un compromiso solemne de guardar los mandamientos de Dios. La adoración que no lleva a un compromiso de obediencia no es auténtica y seguramente no agrada a Dios. En este caso, sin embargo, el pueblo demostró lo genuino de su adoración por medio de un compromiso formal. Esta es la prueba final del amor y adoración del hombre para con su Dios. Recordamos que Jesús dijo: "él que tiene mis mandamientos y los guarda, él es quien me ama..." (Juan 14:21).

3

La Adoración en los Libros Poéticos

De los cinco libros poéticos, o seis según Francisco, sólo dos emplean el término *shachah*, traducido adoració; ellos son: Job y Salmos. En Job hay una sola referencia, pero en Salmos hay dieciséis como es de esperarse, siendo un libro de carácter más devocional.

Job

El problema del sufrimiento ha sido un desafío para la mente humana desde el comienzo de la historia. ¿Cómo se explica el hecho de que el Dios de amor y compasión, todopoderoso, permita en su dominio las injusticias y el sufrimiento de inocentes? Los judíos de aquel entonces tenían una respuesta sencilla, aunque inadecuada a la luz del Nuevo Testamento. Según ellos, los justos prosperan material y físicamente mientras que los impíos sufren toda clase de adversidad. Así, los amigos de Job procuraron convencerle de que su tragedia se debía a sus muchos pecados. Job luchó contra este concepto, consciente de que era justo delante de Dios. En el mismo comienzo del libro encontramos a Job destrozado por la noticia de la pérdida de todas sus posesiones, materiales y la muerte de todos sus hijos, hijas y criados. ¿Qué actitud tendría Job hacia su Dios en tal situación? ¿Blasfemarle, negar su existencia, acusarlo de ser injusto? Job respondió humillándose y adorando a su Dios.

La adoración de un hombre afligido (Job 1:20)

La adoración en medio de una magna catástrofe. Pocas personas tendrán que recibir golpes tan grandes como los que cayeron sobre Job. En el espacio de pocas horas perdió bienes y familia, excepto su esposa. Satanás, el autor directo o indirecto de la mayoría de las catástrofes, estaba seguro que Job negaría o blasfemaría a Dios al sufrir estas pérdidas. Esta fue una verdadera prueba de su carácter y su fe.

La adoración, a pesar de ignorar el por qué de la aflicción. Cuando uno entiende el por qué de una adversidad —por culpa propia, o por la de otros— es más fácil aceptarla y aun recibir un beneficio de ella. Por ejemplo, cuando el hijo de David y Betsabé murió, David adoró a Dios, pero sabía muy bien que ese desenlace se debía a su propio pecado. El caso de Job fue distinto, pues no se daba cuenta de mal alguno que hubiera hecho como para merecer el castigo que estaba recibiendo. Dos de sus pérdidas se debían a dos grupos de enemigos que atacaron para matar y robar: los sabeos y los caldeos. Más difícil habrá sido para Job la pérdida debida a fuerzas naturales: fuego de Dios (probablemente relámpagos) y un fuerte viento. En el caso de los destrozos de hombres malvados, Dios no tendría parte directa en los hechos, pero en el caso de la destrucción causada por fuerzas naturales es otra cosa. Muchos piensan que puesto que Dios tiene control directo sobre la naturaleza, sería responsable por tales destrozos. Sin embargo, “en todo esto Job no pecó ni atribuyó a Dios despropósito alguno” (1:22).

La adoración que revela una fe inquebrantable en Dios. Dios permitió que Satanás probara a Job para demostrar la calidad de fe que éste tenía. La adoración de Job vino a revelar el grado de fe que él tenía para con Dios y, a la vez, vindicar la confianza que Dios tenía en él. Sin lugar a dudas, Dios se agradó en este acto de adoración rendida a él por un hombre severamente probado. No defraudó Job la confianza que Dios tenía en él. No sólo es que Job no defraudó a Dios, al contrario, se humilló, adoró y bendijo a Dios: “¡Sea bendito el nombre de Jehovah! En todo esto Job no pecó ni atribuyó a Dios despropósito alguno” (1:21b, 22).

La fe inquebrantable de Job sigue manifestándose a través de más pruebas: una aflicción física muy dolorosa, insensibilidad y acusaciones falsas de sus amigos y finalmente el desprecio de su esposa. Llegó hasta decir: “He aquí, aunque él me matare, en él esperaré” (13:15). De sus labios sale uno de los testimonios más solemnes de fe y de confianza en la vida venidera: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de desecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios” (19:25, 26). No existe otra afirmación en todo el Antiguo Testamento de la resurrección y vida eterna más clara que ésta. ¡Y pensar que expresó esa clase de fe cuando aun la mano de Dios pesaba terriblemente sobre él! Sí, ¡la adoración de Job habrá subido como un incienso suave y agradable a Dios!

Más adelante otro gran hombre de fe dijo: “Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones sabiendo que la tribulación produce perseverancia, y la perseverancia produce carácter probado, y el carácter probado produce esperanza” (Romanos 5:3, 4). Se puede traducir la expresión “carácter probado” como “carácter aprobado”. En su tribulación, el carácter de Job fue

aprobado por Dios. El agrado de Dios y su aprobación se ve en la restauración y bendiciones que Job luego recibió (42:7-17).

Los Salmos

En los Salmos hay dieciséis referencias al término hebreo *shachah* (5:7; 22:27, 29; 29:2; 45:11; 66:4; 81:9; 86:9; 95:6; 96:9; 97:7; 99:5, 9; 106:19; 132:7; 138:2). Nuestro estudio nos llevará a examinar estas referencias; pero antes, y como introducción, será provechoso considerar el análisis de un escritor conocido. C. T. Francisco menciona seis salmos que dan un énfasis especial a la adoración (26, 73, 84, 100, 116, 122). Es interesante notar que los Salmos que enfatizan más la adoración no emplean *shachah*, el término hebreo de interés particular para nuestro estudio, ni otros términos hebreos que se traducen “adoración”. Sin embargo, estos Salmos describen actitudes y acciones que son propias de la adoración que agrada a Dios.

Francisco encuentra seis razones en los Salmos que explican el por qué los israelitas apreciaban tanto la adoración que se realizaba en el templo en Jerusalén. Para ellos era el lugar más sagrado y anhelado en toda la tierra, porque entendían que allí Dios moraba en forma personal y exclusiva. En su adoración privada y en casa, se inclinaban hacia Jerusalén en la confianza de que Jehovah moraba allí.

(1) *El salmista anhelaba ir al templo principalmente para experimentar comunión con Dios.* Si fuera posible, gustosamente pasaría su vida entera en el templo (27:4). En el templo encontraba quietud, paz y fortaleza espiritual (84). El templo ubicado en Jerusalén es lo que daba a esa ciudad un lugar de honor y preeminencia entre todas las ciudades.

(2) *El salmista iba al templo porque ofrecía oportunidad para experimentar comunión con otros que adoraban.* Practicaba la adoración privada y en familia, pero entendía que había un valor especial en la adoración del pueblo reunido. Al compartir su experiencia con otros, en la casa de Dios, se deleitaba y era enriquecido (26:12).

(3) *El salmista descubría que en la adoración del pueblo reunido, los problemas más grandes de la vida solían encontrar una solución.* No entendía por qué los justos sufrían y los malos prosperaban “hasta que, venido al santuario de Dios, comprendí el destino final de ellos...” (73:17). Hay problemas que la razón humana no puede resolver, pero en la comunión íntima con Dios uno descubre su mente y su propósito. Si no se resuelve el problema, por lo menos uno puede dejarlo en las manos de Dios con toda confianza de que él tendrá un propósito en el asunto y una salida para su siervo fiel (73:23-26).

(4) *El salmista aprendió que en la adoración en la casa de Dios recibía fortaleza física y espiritual que otros no conocían.* El Salmo 84 describe el anhelo del hombre por la casa de Dios y la bendición de reunirse allí con otros.

(5) *Uno de los propósitos principales en la adoración es la alabanza a Dios.* El Salmo 100 exhorta a la gente de todas las naciones a reunirse para alabar al único y verdadero Dios. El es el creador de todo y los creyentes constituyen su pueblo. El salmista menciona especialmente tres motivos de alabanza: (1) Jehovah es bueno, (2) misericordioso y (3) fiel en todas las generaciones.

(6) *Finalmente, el salmista iba a Jerusalén para adorar a Dios con el fin de testificar a otros acerca de la paz que había recibido.* El Salmo 116 describe la experiencia de gracia que el salmista había recibido de Dios, habiendo estado en una profunda depresión y sido levantado. Por esta experiencia deseaba presentar una ofrenda a Dios, la cual sería un testimonio a otros de su gratitud a Dios. Nótese los verbos en los versículos 13-17: “Alzaré, invocaré, cumpliré mis votos, ofreceré...”, los cuales describen acciones y actitudes propias de la adoración que agrada a Dios.

La adoración y la naturaleza de Dios (Salmo 5:4-7)

En este Salmo vemos la importancia de un conocimiento amplio de quién y cómo es Dios, como condición para agradarlo en la adoración. Sencillamente, es imposible adorar a Dios en la forma que le agrada si uno ignora su naturaleza y sus hechos. Este Salmo destaca dos de las virtudes básicas de la naturaleza de Dios: su santidad y misericordia. El salmista era agudamente consciente de que su Dios era santo y misericordioso.

El Salmo describe la experiencia de oración matutina. Delitzsch dice referente al salmista que: “la oración para él era su primer trabajo al comenzar el día”. “Me presentaré” (v. 3) es la traducción del verbo hebreo que se usaba para la preparación del sacrificio diario del cordero: colocando la leña sobre el altar, poniendo el pan de proposición y el cordero sobre el altar. De modo que el salmista trae sus oraciones ante Dios como un sacrificio espiritual y espera una contestación de Dios.

Hay dos consideraciones aquí en relación con la adoración: (1) una conciencia del adorador de la naturaleza de Dios y, (2) las decisiones que toma al contemplar la gloria de su Dios.

La naturaleza del Dios que adoramos, 5:4-6. Al acercarse el salmista a su Dios, era consciente de su santidad perfecta y gracia abundante. Estos dos atributos deben mantenerse en un sano equilibrio. Por su santidad perfecta odia y rechaza todo lo sucio y pecaminoso y por eso bien podría destruir toda la humanidad pecaminosa, pero por su gracia, o misericordia operante, ofrece perdón y restauración a los que se arrepienten y se vuelven a él.

La santidad de Dios se expresa en dos emociones y tres acciones. El salmista dice que Dios no “se complace en la perversidad... y aborrece a los que obran iniquidad”. Dios no es indiferente a la maldad, sino que surge de su misma naturaleza santa una fuerte emoción de desagrado (negativo, “no se complace”) y de odio (positivo, “aborrece”).

No sólo siente una emoción fuerte de rechazo al mal, sino toma tres acciones a base de esa emoción. (1) “La maldad no habitará junto a ti” y “Los arrogantes no se presentarán ante tus ojos”, o más bien Dios no los permitirá en su presencia. (2) “Destruirá a los que hablan mentira.” La mentira es un acto que choca directamente con la naturaleza de Dios, fuente de toda verdad, y con la de su Hijo quien dijo: “yo soy...la verdad...” (Juan 14:6). (3) “Al hombre sanguinario y engañador abomina Jehovah.” “Abominar” aquí quiere decir “condenar” o “sentenciar” a tales personas. Entonces, Dios no los aceptará en su presencia, los condena y los destruirá. Estas tres acciones surgen de su naturaleza santa.

Las buenas nuevas para todo hombre es que Dios no sólo es santo y justo, sino que es misericordioso, o abundante en gracia, para los que se arrepienten y confían en él. Esta gracia, o don no merecido, incluye básicamente el perdón de pecados y el derecho de comunión con Dios. Ahora toda la gracia de Dios llega al hombre a base de la obra redentora de Jesucristo.

Delitzsch observa que el salmista emplea en este texto siete términos para describir a los pecadores o el pecado: (1) perversidad, (2) maldad, (3) arrogantes, (4) iniquidad, (5) los que hablan mentira, (6) hombre sanguinario y engañador. Algunos opinan que el número siete aquí podría tener un significado simbólico.

Así que, el salmista entraba en el templo para adorar a su Dios teniendo un concepto bien claro de quién y cómo era su Dios. Este concepto le permitió adorarle en una forma que le agradaba.

Decisiones tomadas considerando la naturaleza de Dios, 5:7. El salmista sentía no sólo un fuerte rechazo al pecado sino, a la vez, una fuerte atracción por la casa de Dios. Deseaba entrar allí y adorarlo. La RVA traduce el verbo hebreo *shachah* como “me postraré”. El término normalmente se traduce “adorar”, pero, como hemos observado repetidas veces, la idea esencial de adorar es postrarse. Y el salmista se postraba en adoración con un temor reverencial. Su concepto de la naturaleza santa de Dios infundía en él un santo temor.

Seguramente la falta de entusiasmo de ir a la casa de Dios y adorarlo muchas veces se debe a la falta de conciencia de quién y cómo es Dios. Uno sería el peor ingrato si fuera consciente de la abundante y no merecida gracia de Dios en su vida y no tuviera interés en la asistencia a la casa de Dios, ni en la comunión allí con Dios y con los hermanos.

La adoración y angustia (Salmo 22:27, 29)

Este es uno de los salmos más conocidos por el hecho de que Jesús citó varios versículos de él estando colgado en la cruz. Sin embargo, no hay consenso en cuanto al origen histórico, es decir, cuándo y quién lo escribió. Por el contraste entre la primera y la última parte, algunos opinan que son dos salmos que fueron unidos en algún momento. Algunos dividen el Salmo en tres secciones (2-12, 13-22, 23-32 [cf. Delitzsch]), mientras otros encuentran sólo dos divisiones (1-21 y 22-32 [cf. Anderson]). La posición quizá más conservadora asigna el Salmo al tiempo de David cuando era perseguido por Saúl, siendo humillado y luego restaurado. Otros entienden que refleja la situación durante la enfermedad y sanidad de Ezequías, o la de Jeremías durante y después de su encarcelamiento, o el exilio babilónico y el retorno del pueblo, o en el tiempo de los Macabeos, o en el tiempo inmediatamente antes de la era cristiana.

Sea cual fuere el origen histórico, el Salmo presenta a un creyente quien pasa por una terrible experiencia de angustia y abandono por sus amigos y por Dios, se burlaban de él sus compatriotas, pero durante toda su tribulación mantiene una firme esperanza en Dios. Su testimonio de sufrimiento y esperanza en Dios servirá para que multitudes se postren ante Dios y le adoren. Por eso es considerado por muchos como un Salmo mesiánico describiendo proféticamente el sufrimiento de Jesús, su abandono por amigos, compatriotas y su Padre, con el fin de proveer salvación para multitudes quienes se postrarían y adorarían a Jehovah. Tres principios de adoración que se destacan son:

La adoración precedida por la angustia, 22:1-21. El salmista describe la profundidad de su angustia empleando la figura de animales feroces para simbolizar a sus enemigos que procuran su muerte. El lamenta y clama a Dios de día y de noche, sintiendo que ha sido abandonado por todos y que aun Dios no le hace caso. Sí, lamenta y clama a Dios, pero no como un desesperado o perdido, sino como uno seguro de que en el momento oportuno Dios vendrá a salvarlo. Recuerda como Dios ha salvado a sus antepasados de semejantes situaciones y este recuerdo le anima a mantener su esperanza únicamente en Dios.

La adoración de uno que testifica de la salvación de Dios, 22:22, 23, 25. La angustia ha pasado, pero el salmista no se olvida de las promesas hechas a Dios durante su angustia. Hace tres cosas importantes: (1) anuncia a sus compatriotas la intervención y salvación de Jehovah, (2) invita y exhorta a los suyos a alabar, glorificar y temer a Jehovah, y (3) presenta las ofrendas (sus votos) que había prometido.

La adoración de multitudes estimulada por la fe probada, 22:26-29. Las multitudes recibirán el beneficio de la angustia y fidelidad del salmista. Los pobres podrán comer de la ofrenda de paz que el salmista ofrece sobre el altar y saciar su hambre. Tendrán motivo de alabar a Dios por los beneficios que ya

reciben, que son producto directo de la angustia y fidelidad del salmista. Este tiene la visión de que su experiencia tendrá resultados universales: "todos los confines de la tierra" y "todas las familias de las naciones se postrarán delante de Jehovah". Los versículos 27 y 29 reflejan la confianza del salmista en la adoración casi universal de su Dios. En ambos versículos la expresión se postrarán es la traducción del verbo hebreo *shachah*. No sólo adorarán a Dios, sino que le servirán (v. 30), el resultado siempre de la adoración que agrada a Dios.

"Se doblegarán todos los que descienden al polvo" se refiere a los que están a punto de morir, o sea, los moribundos. El versículo 29 se refiere específicamente a dos clases de personas que adorarán a Dios: "los gordos", traducido "los ricos", y los que están muy enfermos o muy ancianos. Quizá el salmista quiere incluir a dos extremos de la sociedad, los cuales adorarán a Dios: los autosuficientes ("los ricos") y los extremadamente "pobres" cuya vida ya acaba.

Este Salmo nos enseña que Dios se agrada en la adoración del que ha sufrido las profundidades de angustia física y emocional y ha mantenido su fe. Más, enseña que esa experiencia, cuando compartida, resultará en bendición para muchos y aportará para la extensión del reino de Dios en el mundo. Este principio fue operante en grado máximo en la vida, muerte y resurrección del señor Jesucristo. Los versículos 15-18 en particular describen la experiencia de Jesús estando colgado en la cruz, y la última parte del Salmo presenta los resultados que surgen de su resurrección. Este hecho explica por qué Jesús citó este Salmo mientras que estaba en la angustia indescriptible, pagando el precio por nuestros pecados en la cruz. Por su sufrimiento, muerte y resurrección, multitudes de todas las naciones ahora tienen acceso a la salvación y el reino de Dios seguirá extendiéndose hasta el fin del mundo.

La adoración de los seres celestiales (Salmo 29:1-11)

El Salmo 29 aparentemente fue un himno, compuesto por David, que el pueblo cantaba al finalizar la Fiesta de los Tabernáculos. Esta fiesta servía para recordar a los israelitas de la experiencia en el desierto entre Egipto y Palestina cuando vivían en tiendas portátiles, y cuando Dios proveía comida y agua en forma milagrosa. Así que fue un tiempo culminante de gozo, alegría y alabanza por la protección y provisión de Dios. Como en la segunda parte del Salmo 19 la revelación de Jehovah se presenta con siete adjetivos descriptivos, en el Salmo 29 los "truenos", o voz de Jehovah, se presentan siete veces.

El Salmo se divide en tres partes: la introducción, vv. 1, 2; los siete truenos ("voz de Jehovah"), vv. 3-9; y la afirmación de su confianza en la bondad del Dios soberano, vv. 10, 11. Es curioso que el salmista, en la introducción, exhorta a los seres celestiales a adorar a Jehovah. "Hijos de los fuertes" o hijos de

dioses (según algunas traducciones) probablemente se refiere a los ángeles (cf. Génesis 6:2, 4; Job 1:6; 2:1; 38:7; Salmo 82:6; 89:6). Sin embargo, algunos comentaristas entienden que hijos de los fuertes se refiere a las estrellas.

La razón por la cual el salmista exhorta a los seres celestiales a adorar a Dios puede encontrarse en el hecho de que él consideraba que el lenguaje humano es muy limitado para describir la gloria de Dios y que ellos no tendrán tal limitación. O, puede ser también que el salmista quería sugerirles otros motivos para alabar a Dios, esto es, las experiencias del pueblo de Dios cuando estaban en el desierto, o la revelación del poder de Dios que estaba a punto de exhibirse (29:3-11).

La adoración que agrada a Dios se concentra en la gloria de su persona. Cinco veces el salmista se refiere a la gloria de Jehovah en este Salmo 29. Jehovah se describe como "el Dios de gloria" (v. 3). "La hermosura de la santidad" probablemente se refiere a la vestidura sagrada y gloriosa con que Dios se vestía (cf. Isaías 6:1). El adorador que puede visualizar en su mente la gloria de Dios no se cansará de alabarlo y darle "la gloria debida a su nombre" (v. 2).

La adoración que agrada a Dios se concentra en su poder y bondad. El Salmo 29 describe el poder soberano de Dios (vv. 3-10) y la confianza en su bondad para con su pueblo (v. 11). Las bendiciones principales que Dios proporciona a su pueblo son la fortaleza y la paz. Jehovah soberano, que "se sentó como rey para siempre", comparte su poder con su pueblo, dando seguridad contra cualquier enemigo. El Salmo comienza con una descripción de la gloria en el cielo y termina con la paz en la tierra (cf. Lucas 2:14).

El uso no religioso del término *shachah* (Salmo 45:11)

El Salmo 45 describe las bodas del rey, un evento de gran importancia por ser tanto civiles como en lo religioso. El rey era la autoridad suprema tanto en asuntos civiles y religiosos. Desde que el término *shachah*, traducido aquí "inclínate" (v. 11), se refiere a la acción de la nueva esposa hacia el rey, no se tratará extensamente en nuestro estudio. Se menciona con el fin de establecer el hecho de que el término para "adorar" no se usa exclusivamente para referirse a Dios.

La adoración universal {Salmo 66:1-7}

No hay consenso en cuanto a la época cuando el Salmo 66 fue escrito, ni quién lo escribió. Algunos encuentran evidencias de un período preexílico y otros postexílico. Los dos motivos más frecuentes que servían de base para la alabanza, antes del exilio babilónico, fueron la creación y el éxodo de Egipto.

Aquí hay una clara referencia al éxodo (v. 6), pero ninguna apuntando al exilio y retorno de Babilonia.

El Salmo se compone de tres secciones distintas. La primera (vv. 1-7) parece ser un himno de alabanza a Dios que el pueblo cantaba; la segunda (vv. 8-12) describe las aflicciones del pueblo y la liberación que experimentaron; la tercera (vv. 13-20), en cambio, adopta la primera persona singular, o sea, la experiencia de una persona en su acción de gracias a Dios. Algunos dividen el Salmo en solamente dos partes: la adoración nacional (vv. 1-13) y la adoración personal (vv. 14-20). Nos interesa especialmente la primera sección porque en el versículo cuatro encontramos la palabra *shachah*, "adorar". Observaremos el acto de adoración en sí y Dios, objeto de la adoración.

El acto de la adoración universal, vv. 1, 2. El salmista exhorta a toda la tierra a adorar a Dios. Su adoración se expresa por medio del canto. El escenario es el universo entero, como una gran cámara de coro. Los participantes son todos los habitantes de la tierra, millares y millares. Su participación es con alegría (v. 1; cf. Salmo 100:1, 2). Aun los enemigos serán obligados a someterse a Dios y reconocer su soberanía (v. 3b; cf. Filipenses 2:9-11).

El tema de su canto es "gloria de su nombre". Para los hebreos, el nombre era solemne y representaba la misma persona, o Dios en acción. Por lo tanto, la expresión "gloria de su nombre" significa "gloria de su misma persona". Hay varias traducciones de la segunda parte del versículo dos: la RVA tiene "dadle la gloria en la alabanza"; la RVR-1960 lo traduce "poned gloria en su alabanza", otros lo traducen "dadle gloria como su alabanza", o "haced que su alabanza sea gloriosa". Realmente, Dios es ya supremamente glorioso y no podemos agregar más gloria que la que ya tiene. Lo que sí podemos y debemos hacer es reconocer esa gloria, cantar a ella, alabarle por ella y vivir reflejando la gloria que procede de él. El creyente que se asemeja más a Cristo en su vida es el que permite que la gloria de Dios se manifieste en su persona, pues Cristo "es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza..." (Hebreos 1:3). En ese sentido podemos dar gloria a Dios, o más bien dejar que su gloria se vea en nosotros.

El Dios que es adorado, vv. 3-7. A continuación el salmista describe algunos aspectos de la gloria de Dios: poderoso en obras, salvador y soberano. Las obras de Dios son "admirables", o "asombrosas" o "terribles". Sus poderosas obras inspiran, dan confianza a su pueblo y son motivo de adoración; pero infunden un terrible temor entre los enemigos. El salmista repasa algunas de las obras asombrosas que Dios realizó durante la salida de los israelitas de Egipto (v. 6).

El salmista invita a todos los habitantes de la tierra a acercarse y considerar las obras de Dios por medio de las cuales libró a su pueblo de la esclavitud de Egipto y lo salvó de los propósitos del faraón de destruirlo. Fue de veras una salvación milagrosa y la introducción milagrosa en Canaán, en ambos casos

cruzando en tierra seca, entre las aguas divididas. Canaán, o la tierra prometida, vino a simbolizar la morada celestial. Por estas obras Dios se reveló como salvador de su pueblo creyente, otra evidencia de su gloria y motivo de adoración.

El tercer aspecto de la gloria de Dios es su soberanía: "Se enseño con su poder para siempre" (v. 7a). No sólo reina soberanamente sobre todo el universo, sino su dominio es desde la eternidad y hasta la eternidad. En su señorío de las naciones, observa en particular a los rebeldes quienes se oponen a Dios y persiguen a su pueblo. Los rebeldes tienden a ser arrogantes, egoístas, y procuran enaltecerse. Dios los tiene marcados y controlados; están siempre bajo su ojo vigilante. Nunca podrán levantarse en contra del Dios soberano; por lo contrario, tendrán que humillarse ante él (v. 3b).

En resumen, la adoración que agradece a Dios puede expresarse en canto, con alegría, por medio de ofrendas (vv. 13, 15), pero siempre destacando su persona gloriosa y sus obras asombrosas.

La adoración que desagrada al altísimo (Salmo 81:8-10)

No hay consenso en cuanto a la fecha cuando este Salmo fue escrito, pero es casi seguro que se refiere a la celebración o de la fiesta de los Tabernáculos o la Pascua. Puesto que tiene referencias a la liberación de Israel de Egipto y a los Diez Mandamientos que Moisés recibió en Sinaí, muchos opinan que el autor tiene en mente la Pascua. En el subscrito del título, se atribuye el Salmo a Asaf, el músico principal de David, o quizá a un descendiente de Asaf, o al líder de los cantores en el templo. El salmista echa una mirada retrospectiva a la historia de Israel en que Dios mostró su amor constante para con su pueblo, con el fin de motivarlo a la adoración y fidelidad.

El Salmo se divide en tres partes: la primera (vv. 1-5b) toma la forma de un himno recordando la liberación de Egipto; la segunda (vv. 5c-10) adopta un estilo de exhortación, advertencia y promesas; la tercera (vv. 11-16) representa un lamento de Jehová por la infidelidad de su pueblo y las medidas disciplinarias que él había aplicado. Es la segunda sección que nos interesa en este estudio, pues en el versículo nueve el autor emplea el término *shachah*, donde prohíbe la adoración a otros dioses. ¿Cuáles son las lecciones que este pasaje nos enseña referentes a la adoración a Jehová?

La adoración defraudada. Dios, siendo creador y libertador de su pueblo de la esclavitud de Egipto, tenía todo derecho de esperar de su pueblo el reconocimiento, adoración y obediencia. Esta expectativa justa fue defraudada por su pueblo que pronto se olvidó del amor constante de Dios comprobado una y otra vez a través de la historia, y corrió tras dioses paganos. Este, sí, fue el colmo de la ingratitud.

La adoración prohibida. Dios, con todo derecho, demanda la adoración de

su pueblo (positivo) y prohíbe la adoración de otros dioses (negativo). Esta prohibición se encuentra en forma explícita como el primero de los Diez Mandamientos (Exodo 20:3; Deuteronomio 5:7). Un dios extranjero se refiere a cualquier persona u objeto que no sea Jehová, el Dios creador, libertador, guía y proveedor revelado en las Escrituras. La prohibición de adorar a dioses extranjeros y la demanda de adorar únicamente a Jehová no tiene en mente tanto la gratificación personal de Dios como el bienestar espiritual de su pueblo. La adoración sincera y continua a Jehová es la receta para la felicidad del creyente.

La adoración y las actitudes del adorador Salmo 86:1-13

El Salmo 86 es una oración de un individuo en gran necesidad quien confía en la bondad de Dios y que al fin será librado de su apremio. "Oración de David" es el subtítulo del Salmo, pero hay un consenso de que David no escribió este Salmo en la forma que lo tenemos, sino que parece que el autor toma varias expresiones de salmos davídicos. No se compara con el nivel poético de David, siendo éste más bien litúrgico. Una característica del Salmo es que emplea siete veces el nombre Adonai, o Señor, al referirse a Jehová. No hay consenso en cuanto a la fecha cuando se escribió el Salmo, pero algunos se inclinan a un período postexílico.

El Salmo puede dividirse en cuatro secciones: la primera (vv. 1-7) es una súplica por la ayuda de Dios, dando razones por las cuales Dios debería considerar su pedido; la segunda (vv. 8-11) es una expresión poética de la confianza absoluta que el salmista tenía en Jehová; la tercera (vv. 12, 13) es una acción de gracias por la liberación por mano de Jehová; la cuarta (vv. 14-17) es un lamento y oración de confianza en Dios. Lo que se destaca es la actitud correcta del que adora a Dios:

La actitud del adorador hacia su propia persona. La actitud humilde del salmista ante Dios se destaca, una actitud que siempre es bien mirada por Dios. En primer lugar, reconoce su propia necesidad física y espiritual: "soy pobre y necesitado". La RVR-1960 lo traduce "afligido y menesteroso" y expresa la actitud del Salmo 51:1-5. En segundo lugar, el salmista sabía a donde ir con su necesidad, pues apela únicamente a Jehová. En tercer lugar, es consciente de ser un creyente sincero y fiel: es piadoso (v. 2); es siervo (v. 2); confía en Jehová (v. 2); es constante en la oración (3, 4b, 6, 7); está deseoso de aprender como discípulo (v. 11).

La actitud del adorador hacia la persona de su Dios. Un concepto definido y correcto de Dios es imprescindible de parte del adorador si su adoración ha de ser aceptada. Notemos cuatro conceptos que este salmista tenía de Dios, indicando

su relación personal y conocimiento definido en relación con Jehovah. Según el salmista: (1) Dios es "bueno y perdonador" (v. 5a). Su bondad se expresa concretamente en el hecho de ofrecer perdón a los que se arrepienten y se vuelven a él. (2) Dios es "grande en misericordia para con los que le invocan" (v. 5b), como el padre del hijo pródigo quien fue movido a misericordia. (3) El salmista había comprobado que su Dios responde a las oraciones de los suyos (v. 7) y oraba en esa confianza (cf. Hebreos 4:16). (4) El salmista había aprendido que su Dios era incomparable en poder y obras (vv. 8, 10). La historia de Israel es rica en relatos de ocasiones cuando Dios intervino con poder milagroso para rescatar a su pueblo, un caso concreto siendo las diez plagas para librar a su pueblo de Egipto.

La actitud del adorador hacia las naciones. El salmista tenía una visión del plan misionero y universal del reino de su Dios. Podría, por fe, visualizar el día cuando todas las naciones vendrían a adorar y glorificar a su Dios. En medio de un pueblo que frecuentemente era miope en cuanto a su concepto del reino de Dios, y aun mezquino y orgulloso, el salmista era de otro espíritu. Aquí vemos claramente que el corazón del salmista estaba en perfecta armonía con el de su Dios misionero. Estas tres actitudes del salmista, y de cualquier creyente, serán agradables a Jehovah y traerán su aprobación y bendición.

La adoración y la obediencia (Salmo 95:1-11)

No hay consenso en cuanto a la fecha cuando el Salmo 95 fue escrito, ni quién es el autor, ni la ocasión histórica. Algunos opinan que fue compuesto y cantado como salmo de entronización, o quizá en la fiesta de los Tabernáculos, o en la del Año Nuevo. En todo caso, parece ser que el contexto del Salmo tenía que ver con la entrada de los adoradores en el templo (cf. vv. 2, 6). Anderson encuentra cuatro temas prominentes en el Salmo: (1) el reinado de Jehovah, (2) el hecho de ser dueño del universo porque lo creó, (3) su cuidado por el pueblo del pacto y (4) las responsabilidades de los miembros de ese pueblo para con su Dios. En una palabra, no hay adoración que agrada a Dios aparte de la obediencia.

Hay tres divisiones evidentes en el Salmo: (1) la adoración al creador del universo y roca de nuestra salvación (vv. 1-5); (2) la adoración al Dios del pacto (vv. 6, 7a-c); (3) la advertencia contra la desobediencia como la de su antepasados (vv. 7d-11). Tres principios de adoración que se destacan en este pasaje son:

La adoración al creador del universo, 95:1-5. El salmista emplea cinco imperativos como exhortación a la adoración: (1) venid, (2) cantemos, (3) aclamemos, (4) acerquémonos, (5) aclamémosle. Parece que el escenario presenta algunos fieles parados a la entrada de Jerusalén, o al templo, exhortando a

la gente a venir y adorar a Jehovah. La exhortación, o invitación, tomó forma de un canto y animaba también a los fieles a unir sus voces en las alabanzas cantadas a Dios.

La RVR-1960 introduce tres versículos con "porque" (vv. 3, 4, 7), pero la RVA lo omite en el versículo cuatro, aunque se sobreentiende. Lo que el salmista hace es dar razones por las cuales los fieles deben adorar a su Dios. No sólo exhorta a la adoración, sino que señala atributos de Dios que deben motivar a los fieles a adorarlo. Primero, porque "Dios es soberano sobre los supuestos dioses" (v. 3), es decir, los dioses paganos, que realmente no son dioses (cf. Exodo 15:11) y aquí se consideran como no existentes. Segundo, porque Dios es soberano sobre el mundo que él mismo creó (vv. 4, 5). "Desde las profundidades de la tierra hasta las alturas de los montes", o sea, de un extremo al otro de la creación, y todo lo que cae entre los dos, Dios es soberano. Nada escapa a su dominio. Tercero, debemos adorarlo "porque él es nuestro Dios y nosotros somos el pueblo de su prado..." (v. 7).

La adoración al Dios del pacto, 95:6, 7a-c. En esta sección encontramos cuatro imperativos de exhortación más, entre los cuales tres son sinónimos: "¡adoremos y postrémonos! Arrodillémonos..." Cada una de estas exhortaciones describe una postura que corresponde en la adoración al soberano del universo. El salmista reconoce a Jehovah como el Dios que entró en un pacto con su pueblo (Exodo 19:5ss; 2 Samuel 7:24; Salmo 100:3; Jeremías 31:22; Ezequiel 11:20, 14:11; 34:31), empleando términos que describen esta relación. Dios sigue siendo nuestro Dios del pacto, pero ahora es el nuevo pacto que hizo con nosotros por medio de Jesucristo. Este hecho constituye la base de nuestra adoración como creyentes.

La adoración sin obediencia no aceptada, 95:7d-11. Dios advierte que no aceptará la adoración de un pueblo incrédulo y desobediente. La condición que Dios establece para que la adoración sea aceptable es "si oís hoy su voz" con el propósito de obedecer. Esa voz se refiere a lo que Dios había establecido en el pacto en cuanto a las responsabilidades de su pueblo. Oímos su voz ahora principalmente por medio de su palabra inspirada, la Biblia.

Dios advierte a su pueblo a no seguir en el camino rebelde de los antepasados, mencionando concretamente "Meriba", que significa rencilla o contención (Exodo 17:2, 7) donde pusieron a prueba a Dios con su incredulidad, estando en el desierto entre Egipto y la Tierra Prometida. "Masá" significa "prueba" o "provocación" y se refiere al mismo evento. Cuando Dios dice que su pueblo "no ha conocido mis caminos", no quiere decir que no hayan tenido la oportunidad, sino que no quisieron ni escuchar cuando él había intentado hablarles repetidas veces.

Uno de los principios más obvios que corre a través de la Biblia es éste: la adoración que agrada a Dios procede de un corazón humilde y obediente.

La adoración y misión (Salmo 96:9)

Este Salmo se considera como uno de los de entronización del rey en que se celebraba también el reinado de Jehovah. Normalmente esta clase de salmo se cantaba durante la fiesta de Tabernáculos que probablemente coincidía con la del Año Nuevo, según el calendario israelita. La Septuaginta, o traducción del Antiguo Testamento al griego, obra realizada unos 200 años antes de Cristo, asigna este Salmo a David, pero siguió siendo cantado después del cautiverio en la expectativa de la reconstrucción del templo como casa de adoración para todas las naciones. Sin embargo, no es probable que David haya compuesto el Salmo. La mayor parte del Salmo 96 aparece en 1 Crónicas 16 (vv. 23-33) que, según parece, se cantó cuando David trajo el arca a Jerusalén. Algunos comentaristas explican este fenómeno, postulando que el Salmo fue compuesto en una fecha postexfílica, pero utilizando expresiones de origen antiguo.

El Salmo se asemeja a muchos otros salmos y a algunos pasajes en los profetas mayores. Se enfatiza la vanidad de los ídolos, la creación como evidencia de la grandeza de Dios y la convicción de que todas las naciones vendrán a adorar a Jehovah. Esta nota de lo universal del reino de Dios se acentúa en forma creciente en los escritos postexfílicos y es una nota destacada en este Salmo. Dios estaba preparando a su pueblo para ser una nación misionera. Aunque el Salmo no menciona al Mesías en forma explícita, apunta al nacimiento de Jesús, clave en el plan de Dios para alcanzar las naciones con las buenas noticias de su perdón y salvación. Es posible que Jesús tuviera en mente este Salmo cuando dijo que era necesario que se cumpliesen todas estas cosas que están escritas de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos (Lucas 24:44). Notaremos que el tema de misión corre a través de cuatro aspectos de la adoración.

La adoración por medio del canto, 96:1-3. En la sección inicial del Salmo, hay una doble exhortación: cantar alabanzas a Dios y evangelizar la naciones. Cuatro veces el salmista exhorta o manda que los fieles canten. Su canto se dirige a Jehovah. Deben cantar “un cántico nuevo”. Aunque la melodía y la letra fueran compuestas siglos atrás, será siempre “nuevo” cuando se canta como expresión personal de alabanza. Algunos opinan que lo nuevo tiene que ver con la nueva visión del reino universal que amanecía, cuando todas las naciones vendrían a adorar a Jehovah. Israel sería una nación misionera para anunciar la gloria y salvación de Jehovah “entre las naciones” y a “todos los pueblos”. A partir de David, el canto ocupaba una parte céntrica de la adoración entre los israelitas, pero ahora comienza a adquirir una dimensión nueva, universal.

Adoración justificada, 96:4-6. El salmista da razones por las cuales los creyentes deben adorar a Jehovah; es decir, justifica la demanda. El versículo cuatro establece los porque en la naturaleza de Jehovah mismo: él es grande,

“digno de suprema alabanza” y “temible sobre todos los dioses”. El segundo porque que justifica su demanda de adoración se basa en el hecho de que Jehovah es el creador; “hizo los cielos” mientras “los dioses de los pueblos son ídolos”. Los israelitas consideraban que los ídolos no eran nada, sin realidad, vanos. El término ídolo en el hebreo lleva el concepto de negación, no-entidad, o un cero a la izquierda. La naturaleza, creada por Jehovah, es prueba de su realidad, superioridad y gloria. El hecho de ser creador de todo implica misión universal, pues todos tienen el derecho de conocer a su creador y la responsabilidad de comunicar ese conocimiento es el mismo pueblo de Dios.

La adoración en sus elementos esenciales, 96:7-10. En estos versículos el salmista exhorta al pueblo, con siete imperativos, a adorar al único, glorioso y viviente Dios. La adoración consiste en dar o rendir gloria y poder a Dios (cf. 29:1), es decir, reconocer y alabar a Dios por su gloria y poder manifestados en las maravillas de la creación. “Gloria debida a su nombre” significa gloria que “Dios en acción” (nombre) ha logrado.

La adoración consiste también en las ofrendas que su pueblo le entrega con el fin de expresar su gratitud por la bondad de Dios, pero también como símbolo de la entrega de su propia persona sobre el altar. “Traer ofrendas” y “venid a sus atrios” implica que uno debe presentarse ante Dios en su casa siempre con una ofrenda como parte esencial de su adoración (cf. 1 Crónicas 16:29). Hubo varios atrios en el templo: atrio de los gentiles, de las mujeres, de los israelitas y de los sacerdotes. Puesto que el salmista incluye a los gentiles en sus exhortaciones: “familias de pueblos” y “toda la tierra” parece que los invita a unirse con los israelitas en la adoración.

En la adoración ante Jehovah, el salmista exhorta a toda persona a acercarse con un temor reverencial, considerando su poder y santidad. “En la hermosura de su santidad” puede referirse a sus vestimentas que son resplandecientes y limpias, pero algunos opinan que se refiere más bien a una teofanía (manifestación, o revelación divina). Si aceptamos esta interpretación, quedaría así: “Adorad a Jehovah en la hermosura de su manifestación gloriosa.”

La adoración que agrada a Jehovah lleva irremediablemente a la evangelización y a la misión. El salmista exhorta a su audiencia, judíos y gentiles, a publicar las buenas nuevas de Jehovah, enfatizando tres funciones: (1) es rey, (2) es creador y (3) es juez justo sobre las naciones.

La adoración en el mundo natural, 96:11-13. El salmista incluye todo el mundo natural en la adoración que se rinde a Jehovah. Representa los cielos, la tierra, el mar, el campo, los árboles del bosque y todo lo que habita en ellos, como capaces de alegrarse y rendir culto a su creador. El hecho de ser creador y juez de todo el mundo implica la necesidad de la obra misionera. Puesto que “juzgará al mundo con justicia y... con verdad” requiere que toda la humanidad

conozca esa justicia y esa verdad que ha sido revelada por Dios a su pueblo. El hecho de que “¡Jehovah reina!” también tiene implicaciones misioneras, pues la única manera en que podrá reinar efectivamente es que los pueblos lo conozcan personalmente y se sometan a él. La única manera en que las naciones lo podrán conocer es que su pueblo lo anuncie entre ellas. Así que aun en los Salmos encontramos que la adoración que agrada al Altísimo conlleva el compromiso misionero.

La adoración de los dioses paganos (Salmo 97:7)

El Salmo 97 se clasifica como otro de los salmos de entronización en el que se celebra el reinado de Jehovah. Se inicia con esa exclamación “¡Jehovah reina!” y el tema sigue hasta el último versículo. La Septuaginta atribuye este Salmo “a David” cuando su tierra fue restaurada, pero la mayoría de los comentaristas opinan que fue compuesto para celebrar la restauración del exilio babilónico. Todo el Salmo parece ser una expresión de la conciencia religiosa de los israelitas cuando salieron del exilio. La idea céntrica es que Jehovah vendrá en forma poderosa y gloriosa con el fin de juzgar con justicia y castigar a todos los que se oponen a su reinado.

El término *shachah* aparece en el versículo siete y se traduce “póstranse”, que es la esencia del concepto bíblico de la adoración. La RVA y la RVA-1960 traducen el verbo como imperativo de mandato, pero otras traducciones (cf. RSV) lo consideran como un perfecto de lo que en efecto sucede: “¡Todos los dioses se postran ante él!”, o “Todos los dioses se han postrado ante él”. La Septuaginta sustituye “ángeles” por “dioses”, pero en los textos hebreos es claramente “dioses”. En este contexto pueden referirse a poderes sobrehumanos, que han sido deificados por los paganos. Sin embargo, ellos mismos se postran ante Jehovah y lo reconocen como supremo. Algunos intérpretes ven en este texto la victoria de Jehovah sobre los dioses de otras naciones.

A pesar de repetidas victorias de naciones paganas, indicando para muchos que sus dioses eran superiores, aquí el salmista afirma su plena confianza en la superioridad de Jehovah y que al fin vendrá en poder y gloria para ocupar su trono. Cuando eso suceda, juzgará a todas las naciones y establecerá su dominio sobre ellas. Entonces aun los supuestos “dioses” se postrarán ante Jehovah para reconocerlo supremo, y los que los han adorado tendrán vergüenza, reconociendo lo inútil de su religión, y el pueblo de Dios se llenará de gozo y alegría.

La adoración y la santidad de Dios (Salmo 99:5, 9)

Este es el tercer salmo que se inicia con la consigna “Jehovah reina” (93; 97; 99). También es el último de los salmos de entronización. El contexto

histórico sería la Fiesta de Tabernáculos, con referencias al pacto (vv. 4, 7), quizá en el momento de la ratificación o renovación de él.

No hay consenso en cuanto a la estructura del Salmo. Hay básicamente dos alternativas: algunos toman el refrán “¡Exaltad...!” (vv. 5 y 9) como base de dos divisiones, pero es más lógico encontrar una triple división a base de la declaración “¡El es Santo!”, quedando las divisiones así: 1-3; 4-5; 6-9 (cf. Isaías 6:3). Bengel ha observado que en cada división se destaca un aspecto del reinado de Jehovah: el que ha de venir; el que es; el que era. Cada uno cerrándose con la atribución, “él es santo”.

El término hebreo que nos interesa en particular, *shachah*, se encuentra dos veces y esto en los mismos versículos donde el salmista exhorta a la exaltación de Jehovah (vv. 5, 9). El versículo nueve es esencialmente una repetición del cinco. En ambos versículos la adoración, o postración física del creyente, se relaciona con la exaltación y la santidad de Dios.

Adoración al Dios que reina, 99:1-3. El salmista presenta a Jehovah como el que reinará sobre todos los pueblos; su reinado será universal. Es tan alto y sublime que “tiene su trono entre [o sobre] los querubines”, quizá con referencia a los seres misteriosos, celestiales, o a los querubines sobre el arca en el lugar santísimo.

Adoración al Dios que es justo, 99:4, 5. El salmista emplea tres términos que son esencialmente sinónimos: derecho, rectitud y justicia. Los tres son expresión de la santidad de Dios. Jehovah no sólo “ama el derecho”, sino que lo ha establecido, con referencia probablemente a la ley revelada a Moisés. El ejerce el derecho y la justicia; es decir, lo aplica en su relación con la humanidad. Su reinado se caracteriza por la equidad y el trato justo con todos. Este es un motivo básico para la adoración que el creyente le debe. A pesar de ser “poderoso Rey”, no es un dios arbitrario, vengativo, parcial, despota, ni injusto.

Los fieles, por lo tanto, deben postrarse ante él en toda humildad y reconocimiento de su derecho de reinar sobre ellos y sobre el mundo entero. “El estrado de sus pies” se interpreta en distintas maneras: como el “templo” (Isaías 60:13); como el “arca” (1 Crónicas 28:2); como la “ciudad de Jerusalén” (Lamentaciones 2:1), o quizá como “toda la tierra” (Isaías 66:1; Mateo 5:35).

Adoración al Dios que responde y perdona, 99:6-9. El salmista cita el buen ejemplo de los líderes destacados en la historia de Israel (vv. 6, 7) para motivar la fidelidad del pueblo en su día. Moisés y Aarón representaban a los sacerdotes y Samuel el último de los jueces y el primer profeta de ministerio continuo. El salmista recuerda al pueblo en qué manera bondadosa Dios respondía a ellos, perdonando a los que se arrepentían de sus pecados y obedecían, expresión de su amor. Por otro lado, castigaba a los que persistían en la rebeldía y desobediencia, aun a los de su propio pueblo, expresión de su justicia. Cuando el salmista

dice que Jehovah "les respondía", tenía en mente a los dioses falsos que tenían ojos pero no veían, tenían oídos pero ni oían, ni respondían a sus adoradores.

Las dos facetas de la santidad de Dios son su justicia y su amor, motivos más que suficientes para que su pueblo lo adore eternamente. "Su santo monte" probablemente se refiere a Sion, es decir, Jerusalén. Este monte se llamaba santo porque el Dios santo moraba allí, por lo tanto es una santidad derivada. Sólo Dios es santo en su naturaleza esencial.

La adoración que no agrada al Altísimo (Salmo 106:19)

El Salmo 106, así como el 78 y el 105, repasa la historia de Israel, pero con énfasis en la terrible e inconcebible rebeldía del pueblo en contraste con la abundante y paciente misericordia de Dios. Probablemente el salmo fue compuesto en relación con la Fiesta de los Tabernáculos, en un intento de animar a los judíos a confesar sus pecados y humillarse ante Dios.

El Salmo se inicia con un llamado a alabar a Jehovah por razón de su gran misericordia (vv. 1-3); luego una oración personal (vv. 4, 5); y una confesión colectiva de pecado, reconociendo que habían seguido el mal ejemplo de sus antepasados (v. 6); un repaso de la historia del éxodo de Egipto en que Dios una y otra vez protegió, guió y proveyó para su pueblo con mano fuerte y bondadosa (vv. 9-12); el pueblo se rebeló y Dios tuvo que castigarlo (vv. 13-15); un caso concreto de rebeldía del pueblo y el castigo de Dios (vv. 16-18); otro caso concreto cuando los líderes formaron el becerro de oro para adorarlo, en desobediencia directa y airada contra Dios (vv. 19-23).

La única referencia a la adoración en este Salmo es la adoración al becerro, o toro, de oro, "que come hierba". El colmo de su rebeldía se describe cuando se postraron ante "una imagen de fundición" y "olvidaron al Dios de su salvación". A pesar de estos hechos, y otros tan terribles, Dios esperaba paciente que el pueblo se arrepintiera y se volviera a él, lo cual no sucedió. El apóstol Pablo, refiriéndose a la gran misericordia de Dios, dice: "Pero en cuanto se agrandó el pecado, sobreabundó la gracia" (Romanos 5:20).

El desagrado de Dios demoró en llegar, por su infinita misericordia, pero llegó en su tiempo y con fuerza. Por ejemplo, los que llegaron a Cades Barnea y se negaron a entrar en Canaán, como fue la voluntad de Dios, murieron en el desierto durante cuarenta años de castigo, sin haber puesto pie en la tierra prometida. Los desobedientes que fueron llevados a Babilonia, como castigo, murieron allí durante los setenta años de exilio. Aunque el pueblo seguía cumpliendo ciertos ritos religiosos, su corazón estaba lejos de Dios, su desobediencia fue cada vez más evidente y Dios no aceptó su adoración (cf. Isaías 1:1-23).

La adoración al Rey exaltado (Salmo 132:7)

Este es el único Salmo en que se menciona explícitamente el arca de Jehovah. El salmista cita de varios otros salmos y del libro de Crónicas, recordando como David anhelaba proveer una casa permanente y digna donde guardar el arca y donde adorar a Jehovah. Por lo menos en los versículos ocho y siguientes, que se encuentran también en 2 Crónicas 6:41ss. el autor cita la parte final de la oración de Salomón que fue elevada durante la dedicación del templo en Jerusalén. Implora el favor divino sobre el ungido de Jehovah, por amor de David. Muchos, quizá la mayoría, de los comentaristas opinan que Salomón mismo compuso el Salmo en el tiempo cuando el arca del pacto fue llevada del tabernáculo portátil al nuevo templo construido bajo su supervisión.

Los temas principales en el Salmo son el arca del pacto, la elección por Dios de Sion como ciudad de su morada y la decisión de Dios de establecer el trono davídico allí. Por estas razones el Salmo se usaba no solamente cuando entraba un nuevo rey en el trono de David, sino también para celebrar el reinado de Jehovah.

Otra cosa interesante de este Salmo es que se compone de cuatro estrofas, de diez líneas cada una (vv. 1-5; 6-10; 11-13; 14-18), y el nombre de David se menciona en cada una de ellas. En este Salmo encontramos por lo menos cuatro aspectos de la adoración que agrada a Jehovah:

La adoración de los que toman inspiración del ejemplo de David, 132:1-6. El salmista se refiere al ejemplo de David en su ardiente deseo de edificar una casa permanente y digna donde adorar a su Dios. David decidió privarse de las comodidades reales y aun no descansar hasta no hacer todo lo posible para la realización de este propósito. En una palabra, David se propuso dar prioridad a su Dios con su vida y sus bienes. Este noble ejemplo serviría para animar y desafiar a los israelitas a adorar a Dios con todo su corazón. Dios siempre se agrada en tal compromiso de parte de los suyos.

La adoración en el lugar designado como morada de Jehovah, 132:7a, 13-18. "Entremos en su tabernáculo" es una exhortación a los adoradores que toman parte en la procesión festival. "El tabernáculo" se refiere al templo en Jerusalén.

En la formación de Israel, Dios designó un lugar definido para su morada, con el fin de unir e instruir a su pueblo. Ese lugar en el principio era el tabernáculo portátil, y más concretamente el arca del pacto que se ubicaba en el lugar santísimo. Luego, Dios escogió Sion, es decir, Jerusalén, donde el tabernáculo tendría un lugar fijo. Más tarde, Salomón edificó allí el templo en el cual se guardó el arca del pacto, siempre en el lugar santísimo. Dios se agradaba en que su pueblo viniera a ese lugar santo para adorarlo. Los que vivían cerca lo hacían con regularidad, pero los que vivían lejos lo hacían solamente durante las fiestas principales cada año.

En el evangelio de Juan aprendimos que Dios ahora ha elegido para su

morada el corazón de cada creyente. Jesús dijo a la mujer samaritana: "Créeme, mujer, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre" (Juan 4:21), indicando que el lugar geográfico no sería de vital importancia para la adoración en el futuro. Pablo fue más allá para decir que tanto el cuerpo físico del creyente como también el cuerpo de creyentes (la iglesia) se consideran como templo o morada de Dios por el Espíritu Santo (1 Corintios 3:16; 6:19). Este concepto permite que todo creyente en todo lugar, todos los días, pueda adorar a Dios donde está, sin tener que viajar a grandes distancias dos o tres veces al año. Sin lugar a dudas, el edificio donde se reúne el cuerpo de creyentes tiene su importancia, pues permite que muchas personas se reúnan con comodidad y sin distracciones, pero no es esencial para la adoración que agrada a Dios.

La adoración a los pies de Jehovah, 132:7b. El estrado de sus pies se refiere al arca del pacto. Jehovah se representa como sentado en su trono entre los querubines que extendían sus alas sobre el arca del pacto (cf. 99:1), y el arca se consideraba como el estrado de sus pies (1 Crónicas 28:2). Probablemente el versículo se refiere a la veneración ante el rey humano, pero también, sin lugar a dudas, reconociendo el reinado soberano de Jehovah. El creyente que se postra, humillado y rendido, a los pies de Jehovah está ocupando el lugar y la postura que le corresponden, siendo pecador y siervo del gran Rey. Tal actitud en la adoración agrada a Dios.

La adoración en que invitamos a Jehovah a ocupar el lugar que le corresponde, 132:8. El salmista invita a Jehovah a ocupar el lugar designado para su morada en el lugar santísimo en el templo de Jerusalén. El creyente, en su adoración diaria, agrada a Dios cuando le invita a ocupar el trono en su vida para reinar con libertad en todos los aspectos de su existencia.

La adoración y visión misionera (Salmo 138:1-8)

La mayoría de los comentaristas opina que este Salmo es una acción de gracias por un individuo, mientras algunos entienden que es una expresión de la comunidad que ofrece gratitud a Dios por su liberación del exilio babilónico. Estos señalan que hay muchos puntos similares entre este Salmo y la sección entre los capítulos 44 y 66 de Isaías. Si este es el caso, el Salmo sería postexílico.

Consiste de tres secciones: vv. 1-3, una exhortación a alabar y dar gracias a Jehovah por su ayuda; vv. 4-6, se describe la majestad y gracia de Jehovah, y su efecto sobre los gobernantes de la tierra; vv. 7, 8, el autor expresa su confianza en Jehovah como gran Dios protector. Este es el último de los salmos que mencionan el término *shachah* y, como hemos aprendido, significa postrarse o adorar. Del Salmo resaltan a lo menos tres aspectos de la adoración que aseguran el agrado y aprobación de Dios.

Es el acto de adoración de uno o más creyentes agradecidos, 138:1-3. El

espíritu de gratitud y la acción de gracias es una faceta esencial en la adoración que agrada a Dios. El salmista era sincero y ferviente en su acción de gracias: "con todo mi corazón" (v. 1). Si de veras es un salmo postexílico, quizá el autor tiene en mente la timidez y temor de los israelitas que impidieron que cantasen alabanzas a Dios mientras que estaban en Babilonia como esclavos (cf. Salmo 137), pero ahora está dispuesto a cantar sus alabanzas aun "delante de los dioses" (v. 1); es decir, las autoridades más potentes, sin temor, ni vergüenza.

No le faltaban al salmista motivos para su acción de gracias: recuerda "tu misericordia y tu verdad", con referencia probablemente a la salvación de Babilonia y la restauración a Palestina. "Tu misericordia y tu verdad" son un par de atributos que se encuentran en varios lugares (25:10; 57:3; 61:7; 89:1ss.; Exodo 34:6).

El salmista se goza y alaba a Dios porque su nombre y su palabra fueron engrandecidos; es decir, su fama se extendió "sobre todas las cosas" y "todas las naciones". Otra versión traduce la expresión así: "porque has engrandecido tu palabra sobre tu nombre". En todo caso, parece que quiere decir que las obras de Jehovah habían sobrepasado aun la fama de su nombre. "Tu palabra" puede referirse a las promesas de Dios a su pueblo.

Recuerda también las oraciones contestadas y el ánimo que su Dios le había dado: "El día que clamé, me respondiste; mucho valor infundiste a mi alma" (v. 3).

¡Qué contraste entre este salmista y los nueve leprosos que fueron sanados y no regresaron a agradecer a Jesús (Lucas 17:11-19)! Uno de los desafíos más provechosos que el que escribe ha oído fue el de dedicar un mes entero no pidiendo nada a Dios en oración, sino formando y repasando una lista de motivos por los cuales alabar y agradecerle.

Es un acto de adoración dirigida a Jehovah, 138:3. Se requiere una concentración deliberada y decidida para mantener nuestra atención enfocada en Dios en la adoración privada y en la colectiva. Una vez durante una conferencia un hermano preguntó al que escribe cuál ha sido su dificultad mayor en mantener una disciplina de adoración. Sin demora la contestación vino: "Mantener mi atención puesta en el objeto de la adoración, en Dios mismo."

El salmista dirigía su adoración "hacia tu santo templo" (v. 2). Esta expresión quizá se refiere a un adorador quien está postrándose en uno de los atrios del templo, pero inclinándose hacia el lugar santísimo, donde entendía que Dios moraba entre los querubines. O posiblemente se refiere a un judío que vivía lejos del templo y lo mejor que podía hacer sería inclinar su cuerpo en la dirección de Jerusalén. Gracias a Dios ahora no tenemos que postrarnos a gran distancia y dirigirnos a un lugar donde supuestamente mora Dios. Cristo, con su muerte en la cruz, abrió un camino eficaz directamente al trono de la gracia. Ahora

podemos llegar con toda confianza directamente a los pies de Dios en nuestras alabanzas y adoración (Hebreos 4:16).

“A tu nombre” significa “a tu persona”. En el Salmo 20:1, “El nombre del Dios de Jacob te defiende” quiere decir que el nombre de Dios es equivalente a Dios mismo.

Es un acto de adoración con expectativa misionera, 138:4, 5. En el Salmo 137 los fieles quedaron mudos en la presencia de los paganos, pero ahora no sólo los judíos cantarán con gozo y confianza a su Dios, sino que el salmista tiene una visión del día cuando “todos los reyes de la tierra te alabarán” (v. 4). Es notable que en medio de un pueblo tan exclusivista, tan encerrado en su fe, tan orgulloso por ser el “pueblo escogido” y favorito de Dios y que despreciaba a las otras naciones, encontremos esta expectativa misionera.

La visión misionera del salmista va más allá que una vaga expectativa de los gentiles adorando a Dios. Entiende que si esa visión algún día ha de ser realidad, las naciones tendrán que escuchar el mensaje por medio de los que ya conocen a Dios. Sólo el pueblo de Dios reúne ese requisito. “Los reyes alabarán a Jehovah” cuando escuchen los dichos de tu boca, y la única manera en que escucharán será por medio de mensajeros, siervos de Jehovah (cf. Romanos 10:12-15). Si han de cantar “acerca de los caminos de Jehovah”, tendrán que saber cuáles son esos caminos.

Es un acto de adoración de uno consciente de la naturaleza de Dios, 138:6-8. Una y otra vez hemos observado que la adoración que agrada a Dios proviene de uno quien es consciente de quién y cómo es Dios. Este conocimiento viene de dos fuentes: de un estudio sistemático, diario, de la Palabra de Dios y, en segundo lugar, por la comunión íntima y personal con él en oración y obediencia.

En este pasaje el salmista se refiere al carácter moral de Dios: “Mira al humilde; pero al altivo lo reconoce de lejos” (v. 6). Hace una clara distinción entre el humilde y el orgulloso (cf. Lucas 18:9-14). Pero también el salmista tiene plena confianza en la misericordia de Dios para proteger, proveer y salvar a los fieles (vv. 7, 8).

La Adoración en los Libros Proféticos

Profetas Mayores

Isaías

El libro de Isaías se encuentra en el canon bíblico como el primero de los profetas mayores. Algunos lo consideran como el “príncipe de los profetas”, en parte por su descripción tan precisa del “Siervo Sufriente” (cap. 53). Otros se refieren al “Evangélio en Isaías”, en buena parte por la revelación tanto de la profundidad del pecado del hombre como de la magnitud de la misericordia de Dios para perdonar y restaurar al pecador (o nación) arrepentido. La provisión misericordiosa para el perdón se ve en el Mesías.

El libro toma su nombre del profeta cuyo mensaje registra. Se divide en dos secciones: capítulos 1-39 y 40-66 (algunos dividen la segunda sección en dos: 40-55 y 56-66). La primera sección describe la condición antes de la caída de Judá, cuando el profeta Isaías ministraba en Jerusalén (742-687 a. de J.C.); la segunda describe un período después del cuativerio babilónico, o mayormente de 540 a 520. Algunos piensan que la primera sección fue escrita por el profeta Isaías y la segunda por otro, quizás con el mismo nombre; pero la opinión tradicional opta por la unidad de Isaías, o sea, que todo el libro fue escrito por la misma persona.

El profeta Isaías nació entre 770 y 760 a. de J.C. y tendría unos cuarenta años de edad cuando Asiria llevó en cautiverio a Israel, el reino del norte (722 d. de J.C.). Este evento sirve de fondo histórico para el libro de Isaías y como advertencia gráfica del juicio de Dios. Isaías fue hijo de Amós, con buena educación, casado con una profetiza y de su matrimonio nacieron dos hijos (7:3; 8:3). Su nombre es equivalente a Josué, o Jesús, y significa “El Señor es salvación”. Era contemporáneo con Amós, Oseas y Miqueas.

Denunció fuertemente la hipocresía e injusticia del pueblo de Dios que vivía

en prosperidad material y con mucha actividad religiosa —el templo lleno de adoradores, muchos sacrificios, numerosos sacerdotes— pero también abundaban los ídolos paganos en el país. Los ricos oprimían a los pobres y débiles y su religión estaba mezclada con prácticas paganas. Los gobernantes eran corruptos y frecuentemente hacían alianzas con sus vecinos paganos en vez de confiar en Jehovah para librarlos de sus enemigos. Isaías advertía al pueblo del juicio inminente de un Dios justo sobre tales condiciones, pero siempre extendía la esperanza de la misericordia y perdón de Dios para aquellos que se arrepentían de corazón.

En la segunda sección del libro (capítulos 40–66) encontramos el más alto concepto de Dios en todo el Antiguo Testamento. En la primera sección se revela como Dios tres veces santo (6), pero en la segunda como el Dios perdonador y salvador (53). Ciertamente, como Dios santo y justo ha castigado a su pueblo por su infidelidad —enviándolo al cautiverio babilónico—, pero no se ha olvidado de su pueblo y extenderá su perdón y lo restaurará a la tierra prometida.

Isaías enseña que Dios es santo y justo, pero también es amante y perdonador. Su amor es tan tierno como el del esposo para con su esposa (54:5, 10). El profeta vislumbra la creación de un nuevo cielo y una nueva tierra (61:1-3; 65:17-25; 66:22), muestra del propósito bondadoso de Dios.

Entonces, a través del libro se revela la dimensión cabal del juicio y salvación de Dios. El juicio que caerá sobre Israel tendrá lugar en “el día del Señor”; será terrible, más allá de las palabras para describirlo. Sin embargo, la promesa de perdón y restauración, o salvación, da la nota dominante del libro. Como respuesta a este concepto de Dios, y su promesa a las naciones, el nuevo pueblo de Dios se levantará en alabanza y adoración al Santo de Israel. Isaías enfatiza la adoración única a Jehovah, la alabanza gozosa, oración sincera y la observancia fiel del día de descanso (56:1-7; 58:13, 14; 63:15–64:12).

El libro tiene el propósito de revelar la naturaleza verdadera de Jehovah, de advertir al pueblo que él no aceptará adoración insincera y comprometida con ídolos, y de recordarle que está siempre dispuesto a perdonar y restaurar a los arrepentidos y humildes de cualquier nación del mundo. El renovado interés en la adoración, especialmente en los capítulos 56–66, se manifiesta en tres áreas: la idolatría condenada (57:3-13; 65:1-12; 66:17); la insistencia en guardar el sábado como día de adoración colectiva (56:1, 2; 58:13, 14); y el énfasis en la eficacia de la oración (56:6, 7; 64:1-12).

Isaías emplea el término *shachah* diez veces, cinco en la primera sección (1-39) y cinco en la segunda (40-66). A pesar de que el término adorar no se encuentra en el capítulo seis, por razón de su importancia relacionada con el tema de adoración lo hemos puesto en la lista de pasajes a examinar.

El rechazo de la adoración comprometida (Isaías 2:8, 20)

Con una serie de figuras y metáforas, Isaías proclama el juicio de Jehovah contra la maldad de su propio pueblo, Judá, en el capítulo uno, pero en los últimos versículos predice la restauración. Jerusalén será llamada Ciudad de Justicia (26). En el capítulo dos el profeta vislumbra el escenario en los últimos días cuando Judá será una nación misionera y todas las naciones vendrán a Jerusalén a aprender de su Dios y a adorarlo (2:1-5).

En marcado contraste, en la segunda parte del capítulo dos el profeta vuelve a denunciar la rebeldía e idolatría del pueblo de Dios. Describe la opulencia del pueblo, su abundancia de plata, oro y otros bienes materiales. En su prosperidad material se habían olvidado de Jehovah y habían fabricado sus propios ídolos que adoraban, copiando las prácticas de sus vecinos paganos. Lo irónico, lo insensato, lo increíble es que se postraban en adoración ante el producto de sus manos, dejando atrás al Dios vivo y tres veces santo, creador del universo, libertador de la esclavitud de Egipto, proveedor y protector para su pueblo escogido durante siglos.

Dios, disgustado con la rebelión de su pueblo, anuncia por medio de Isaías la temible presencia de Jehovah (2:19, 21). En su desesperación por huir de esa “temible presencia” arrojarán sus ídolos al aire y se esconderán en “las grietas de las rocas y en las hendiduras de las peñas”. En el día de su crisis, sus ídolos no ayudarían, por el contrario, serían un “estorbo”, es decir, impedirían una huida rápida. Hay algunas lecciones obvias de la experiencia de Judá en cuanto a la adoración que no agrada a Dios:

La adoración de los orgullosos. La altivez y orgullo son siempre despreciables delante de Dios. Algunos opinan que el orgullo es la esencia del pecado desde Adán hasta nuestros días. El orgullo lleva a la desobediencia y rebeldía, al pensar que uno no necesita a Dios, o que puede prescindir de él, se cree autosuficiente. La adoración de ídolos tiende a reforzar el orgullo del hombre puesto que el fabricante es siempre superior a lo que él fabrica. Si uno puede fabricar su propio “dios”, es superior a ese “dios”. Es notable la repetida referencia al orgullo y altivez de los israelitas a través del libro de Isaías.

La adoración de los injustos. La adoración de ídolos no cultiva una conciencia de justicia. Los gobernantes y los ricos eran fieles en adorar a sus ídolos, pero no descuidaban los ritos en el templo dedicados a Jehovah. Eran fieles también en aprovechar toda oportunidad para oprimir a los débiles y pobres en su afán de acumular más y más riqueza. No querían reconocer que Dios evalúa la adoración de los suyos, tomando en cuenta su proceder referente a sus semejantes.

La adoración de ídolos anima el orgullo en el hombre, y el orgullo conduce a la injusticia, pues el orgulloso piensa que tiene derecho a explotar a los débiles

y pobres, porque se piensa superior a los demás. Dios es justo y demanda justicia de los suyos. Por eso, el mensaje de los profetas era uniforme en contra de la injusticia social.

La adoración dirigida al producto de nuestras manos. Dios es celoso y no admite lealtades divididas en la adoración. El segundo de los Diez Mandamientos establece para siempre la voluntad de Dios en cuanto a ídolos (Exodo 20:4-6). No solamente contribuye a nuestro orgullo y fomenta la injusticia, sino distorsiona nuestro concepto de Dios. Dios es espíritu y toda representación física o material comunica un concepto equivocado.

Además, los ídolos son vanos, ineficaces e inservibles, pues en el día de crisis no ofrecen ayuda alguna. Por el contrario, son un estorbo y un impedimento para que lleguemos a la única fuente de bien y bendición. Más aun, en el día de crisis lo que era de sumo valor antes,—ídolos de plata y oro— perderá por completo su valor. El profeta dice que arrojarán sus ídolos a los topes y a los murciélagos (2:20).

El pueblo de Dios practicó la idolatría desde su estancia en Egipto hasta el exilio babilónico. Parece que los setenta años en Babilonia, bajo el duro juicio de Dios, los curó para siempre de ese mal, pues luego prácticamente desapareció la idolatría entre los judíos, por lo menos en su forma más obvia.

La adoración humilde y sincera, no comprometida, agrada a Dios, nos salva del orgullo y la práctica de la injusticia en nuestra relación con los demás. Son los verdaderos adoradores los que están construyendo la "Ciudad de Justicia" (1:26).

Un cuadro de la adoración que agrada a Dios (Isaías 6:1-9)

Si buscáramos en toda la Biblia el cuadro más completo de la adoración que agrada al Altísimo, sin lugar a dudas este pasaje ganaría el primer lugar. Incluye la mayoría de los principios más básicos de la adoración aprobada por Dios. Muestra con claridad lo que es la adoración y el impacto que tiene en la vida de los verdaderos adoradores.

Una gran crisis se produjo en Judá cuando el rey, Uzías, murió después de cincuenta y dos años como jefe supremo. Murió como leproso por haber obrado en arrogancia y rebeldía en el templo (2 Crónicas 26:16; cf. Isaías 2:17). Además, Dios amenazaba al pueblo con la invasión de enemigos para castigar su idolatría e injusticias sociales (cap. 5); su paciencia había llegado al límite. Con este trasfondo político y social pesando sobre su corazón, Isaías, como profeta y buen judío, se dirige al templo a adorar y buscar la dirección de Dios.

La adoración celestial como modelo para la terrenal (vv. 1-4). Isaías acostumbraba adorar en el templo, pero esta visión fue una experiencia fuera de serie

y que lo marcó para el resto de su vida. Dios corrió las cortinas del cielo y permitió que el profeta viese la actividad de los seres celestiales alrededor del trono de Dios. Algunos hasta piensan que Isaías fue llevado literalmente al cielo para presenciar este evento. Tres cosas se destacan en esta visión.

El centro de la atención y de las actividades era el Señor mismo sentado en su trono. Todo estaba enfocado en la gloria y esplendor de su persona. El trono era "alto y sublime", es decir, exaltado por encima de todo, de dominio absoluto, soberano, preeminente, sobresaliente. "El borde de su manto llenaba el templo" es una expresión que describe su majestad y gloria. El manto largo era símbolo de gloria y realeza. En este caso su manto se extendía por todos lados y ocupaba todo el espacio disponible en el templo. El cuadro del Señor sentado sobre un trono aseguraba su dominio. El rey Uzías de Judá había muerto, había desaparecido, pero el Rey del universo, que vive eternamente, seguía firme en su trono. Las riendas del universo estaban en sus manos.

Después de observar esa Figura ~~cétrica~~ por un tiempo, Isaías volvió su atención a la actividad que se realizaba en ~~derredor~~ del trono (vv. 2, 3). Los serafines son seres que no se mencionan otra vez en toda la Biblia, fuera de este pasaje (cf. v. 6), pero algunos los identifican con los querubines (cf. Génesis 3:24; Exodo 25:18; Ezequiel 10:3, etc.), o con los ángeles. El nombre serafín significa seres ardientes (cf. Hebreos 1:7), relacionado con llama de fuego. El término se usa para describir serpientes en el Antiguo Testamento, quizá por el ardor que su mordedura produce (14:29; 30:6; Números 21:4-9; Deuteronomio 8:15).

Los serafines son los seres que se acercaban más al Señor soberano. Tenían tres pares de alas: con un par cubrían sus rostros (reverencia), con otro sus pies (vergüenza e indignidad) y con otro volaban (prontitud para servir). En la presencia del Santo, aun los seres más resplandecientes del cielo y sin pecado ni se atrevían a mirar el rostro de Dios, ni dejarse ver por él. Los serafines (no se sabe el número) formaban algo como un coro, o conjunto, para entonar alabanzas al Señor santo (v. 3).

El canto antifonal era parte esencial de la adoración que los serafines rendían a Dios; el tema era su santidad. En la primera línea del canto la naturaleza, nombre y poder de Dios se proclaman con la potencia de truenos. Estos seres misteriosos reconocían y proclamaban que el Señor sentado en el trono era santo en su naturaleza esencial. El título "Santo de Israel", que afirma y refuerza ese concepto, se repite por lo menos veinticinco veces en Isaías (12 veces en capítulos 1-39; 13 veces en 40-66). La repetición triple de ese atributo aquí indica dos cosas: que Dios es santo en el sumo grado y es único. El término santo significa algo que es separado de lo demás. Dios es separado y por encima de su creación en pureza moral, poder y gloria. Esto no quiere decir, sin embargo, que Dios sea remoto, retirado, o indiferente a su creación (cf. Oseas 11:9b). Es diferente

pero no distante de su creación. "Jehovah de los ejércitos" indica los enormes recursos disponibles y sujetos a Dios en los cielos y en la tierra para llevar a cabo sus propósitos.

Los serafines cumplen en los cielos lo que es el propósito para los creyentes en la tierra: proclamar la gloria de Dios en toda la tierra. Vemos en esta segunda línea el alcance y carácter de su dominio sobre su creación. "¡Toda la tierra está llena de su gloria!", o más literalmente, ¡La plenitud de toda la tierra es su gloria!, es decir, toda la creación brilla de su gloria (cf. Salmo 139:1-18). Sin embargo, gloria es esencialmente la irradiación o manifestación saliente de la naturaleza de Dios. El profeta estaba experimentando la total conciencia de Dios (Page H. Kelley), la cual es la esencia de la adoración.

En la visión Isaías observó dos efectos visibles de la adoración (v. 4). Los "umbrales de las puertas", o sea, los postes o marcos temblaban ante el impacto de las actividades que se realizaban adentro, indicando probablemente el entusiasmo y potencia de la adoración. También observó que el templo se llenó de humo. El humo, la nube y el fuego son símbolos del juicio o la gloria de la presencia de Dios. Por ejemplo, cuando Dios destruyó Sodoma y Gomorra humo salió como de un horno (Génesis 19:28). Cuando Salomón dedicó el nuevo templo en Jerusalén, éste se llenó de una nube (2 Crónicas 5:14; cf. Exodo 19:18; Apocalipsis 15:8).

Algunos ven en la descripción de los efectos físicos un eco de la experiencia en el Sinaí cuando Dios se hizo presente para confirmar el pacto y dar su ley a Moisés. Hubo truenos, relámpagos, nube y humo (Exodo 19:16-18). En esa ocasión fue el mismo pueblo "se estremeció" (v. 16b) primero, y luego el monte (v. 18b). Seguramente Isaías diría que él también se estremeció, o fue sacudido hasta la planta de sus pies.

La adoración que produce quebrantamiento y confesión (v. 5). Isaías experimentó un tremendo impacto en su propia vida ante la visión tan real de la majestad y santidad de Dios y de los seres que le adoraban. "Los umbrales de las puertas se estremecieron", pero también los umbrales del corazón de Isaías fueron sacudidos. Ante la visión clara de la santidad de Dios, porque "mis ojos han visto al Rey, a Jehovah de los Ejércitos", no pudo menos que darse cuenta de su indignidad personal y de la de sus semejantes. La profundidad de su quebrantamiento se expresa en las palabras "¡Ay de mí, pues soy muerto!" Sintió una aguda conciencia de su propia condición moral y espiritual ante Dios, como si estuviera muerto, o condenado a la muerte, o que merecía la muerte. Fue un verdadero quebrantamiento total. Isaías confiesa su condición como "labios impuros", quizás reconociendo que no siempre había glorificado a Dios con su habla. Toda adoración en la que uno tiene una visión clara de quién y cómo es Dios resultará necesariamente en un reconocimiento de su propia indignidad y

pecaminosidad personal (Exodo 33:20; Isaías 33:14), es decir, una apreciación realista, de verse como Dios lo ve.

Después de reconocer su propia condición personal ante Dios, reconoce y confiesa la condición de sus semejantes: "y habito en medio de un pueblo de labios inmundos". Es importante el orden: primero reconoce su necesidad y luego la de sus semejantes. Siendo profeta, Isaías no se sentía superior a sus semejantes; se identificaba con ellos, una actitud indispensable en adoración que agrada a Dios y en un ministerio eficaz hacia el pueblo (cf. Lucas 18:9-14).

La adoración da acceso al perdón y limpieza (vv. 6, 7). El simbolismo del "carbón encendido tomado del altar", tocando sus labios, es una manera de expresar la purificación por fuego de su pecado. Quizá se refiere al proceso establecido en la ley de Moisés por el cual se logra la purificación del pecado por el sacrificio quemado del todo de un animal sin defecto en el altar (holocausto). Nótese que el "carbón encendido" fue tomado de ese altar. El carbón viene a simbolizar todo lo que representaba el altar. Así, se le dice a Isaías: "tu pecado ha sido perdonado". Parece que es el mismo serafín quien pronuncia su perdón.

La adoración nos prepara para oír y responder a la voz de Dios (vv. 8, 9). Estando ya limpio de los impedimentos en su relación con Dios, es decir, sus pecados, ahora Isaías está en una condición de oír la voz de Dios que llama al servicio. ¿Será que el llamado se dirigió a los seres celestiales? Algunos ven en la pregunta ¿Quién irá por nosotros? el resultado de una reunión de Dios con su consejo celestial, en la cual se declara el juicio sobre Judá. Faltaba un voluntario para comunicar la noticia.

En todo caso, éste es un llamado general que Dios extiende a todo creyente que llega a su presencia y experimenta el perdón. El ha dado su veredicto sobre el pecador individual y sobre las naciones rebeldes. Faltan mensajeros para comunicar el mensaje que incluye la oferta de perdón y restauración para los que se arrepienten. Primero, él quiere saber si el creyente está dispuesto para el servicio, sin especificar la tarea a realizar. La respuesta de Isaías es la que Dios espera de todo creyente: "Heme aquí, envíame a mí." Con esta respuesta Isaías se entrega sin condiciones a su Señor soberano. Reconoce que Dios tiene derecho previo sobre su vida como dueño y señor.

Cuando Isaías declara su disponibilidad incondicional, Dios procede a definir su misión (v. 9). Falta sólo la obediencia del profeta, lo cual se concretó de acuerdo con el relato que continúa.

Observamos ocho etapas en la adoración que agrada al Altísimo: (1) el adorador llega a una clara conciencia de la santidad de Dios, (2) vuelve a darse cuenta de su indignidad y pecado, (3) se humilla y confiesa su mal, (4) recibe el perdón de Dios, (5) oye el llamado general al servicio, (6) declara su disponibilidad, (7) recibe una misión específica y (8) sale a obedecerla.

La adoración del pueblo restaurado (Isaías 27:13)

Israel, el reino del norte, fue llevado en cautiverio por Asiria en el año 722 a. de J.C. Judá, el reino del sur, fue protegido por Dios. Sin embargo, Judá no aprendió la lección de sus hermanos de Israel, de que Dios no esperará para siempre la obediencia de su pueblo. Siguió en su rebeldía, injusticia e idolatría, negando la adoración que tanto Dios esperaba de su pueblo. Isaías profetiza la derrota de Judá a manos de los babilonios, pero vislumbra "aquel día" (27:12, 13) cuando Dios extendería su mano misericordiosa a los exiliados en Egipto y Asiria, a su pueblo escogido, y los traería de vuelta a Sion.

Entonces "adorarán a Jehovah en el monte santo", es decir, en Jerusalén. Dios esperaba que su pueblo volvería a la tierra prometida con el firme propósito de corregir sus males y darle a él, y solamente a él, la adoración y servicio que correspondía.

Este pasaje enseña dos lecciones importantes en cuanto al trato de Dios con los suyos: primero, es paciente, perdonador, y dispuesto a dar una segunda oportunidad de aprender a adorarlo, después de un largo período de disciplina. Segundo, vemos aquí la gran importancia de la adoración en los planes de Jehovah. El establece la adoración como el motivo principal para restaurar a su pueblo. Jesús dijo siglos después que Dios busca verdaderos adoradores que le adoren (Juan 4:23). ¡Siempre fue así! ¡Siempre será así!

La adoración mal interpretada (Isaías 36:7)

Para la exposición de este pasaje véase 2 Reyes 18:22. 2 Crónicas 32:12 es otro pasaje paralelo.

La adoración pagana (Isaías 37:38)

Después de sitiar a Jerusalén Senaquerib, rey de Asiria (cf. 36:7; 2 Reyes 18:22; 2 Crónicas 32:12), Dios intervino para librar a su pueblo según la profecía de Isaías (37:36). El rey regresó a Nínive, capital de Asiria. Fue al templo del dios Nisroc y mientras adoraba, sus dos hijos entraron y lo mataron. Su dios no le dio la victoria sobre Israel, a pesar de sus burlas, amenazas y gran ejército, ni lo libró de la espada de sus propios hijos.

La adoración de los necios (Isaías 44:15, 17; 46:6)

Uno de los temas recurrentes en Isaías es la denuncia de la adoración a los ídolos. Los pasajes que más atacan la idolatría son: 2:8, 20; 40:19, 20; 41:6, 7; 42:17; 44:9-20; 45:16, 17, 20; 46:1-7. Es importante notar que, con poca excepción, estos pasajes se encuentran en la primera parte de la segunda división del

libro (capítulos 40-55). Se piensa que estos capítulos reflejan la situación de los judíos durante su estadía en Babilonia, o sea, antes del año 538. Siendo así, parece que Dios, por medio de su profeta, hace todo lo posible por convencer al pueblo de la necesidad de adoptar las prácticas idólatras de los babilonios, especialmente en vista de su pronto retorno a Palestina.

Consideraremos tres de estos pasajes que se relacionan directamente con la adoración. Haremos bien en recordar cuán grande era la tentación de los israelitas de adoptar la religión de la nación que hacía poco los había vencido. Para muchos de ellos, por lo menos, parecía que Jehovah o los había abandonado (cf. 49:14), o que no era tan fuerte como los dioses que los babilonios adoraban. Por otro lado, sus vecinos babilonios no perderían la oportunidad para recordarles de este hecho. Según esta lógica, sería aconsejable adoptar el culto al dios que se había mostrado más fuerte en batallas.

El mensaje de Isaías, para contrarrestar tal pensamiento, hizo dos cosas: les recordó quién es Jehovah, su fidelidad para con el pueblo del pacto durante siglos, que no hay otro como él, y que fue él mismo quien los había enviado en la cautividad por causa de su rebeldía e injusticias. Por otro lado, señalaba la total necesidad de adorar a los ídolos muertos en lugar del Santo de Israel. En los capítulos 44 y 46 encontramos los pasajes más extensos sobre lo insensato de la adoración a los ídolos. Las lecciones principales derivadas de estos pasajes se presentan a continuación.

Los que adoran ídolos se olvidan del Dios verdadero. Antes, después y a través de estos pasajes corre un recuerdo de quién es Jehovah, que no hay otra "Roca", que él ha sido fiel como un padre que ama a sus hijos, que él es su "Redentor". Es cierto que los había entregado a los enemigos para disciplinarlos, pero los perdonaría y los haría volver a Palestina (cf. 44:1-8). El profeta apela al razonamiento de los judíos, comparando al Dios misericordioso y viviente con ídolos inanimados y fríos.

Los que adoran ídolos se engañan en cuanto a su valor. El profeta sigue apelando al razonamiento del pueblo de Dios, indicando que los que adoran ídolos son como ciegos, que no ven la realidad de lo que hacen; tampoco tienen entendimiento, ni razonan con inteligencia. Hablando de los que fabrican ídolos, dice todos "son sólo vanidad, lo más precioso de ellos no sirve para nada" (44:9). Vanidad es un término que Isaías emplea a menudo en referencia a los ídolos y a los que los adoran. Su significado esencial es lo que es vacío, sin consistencia, sin valor, o caos, expresado en el término un cero a la izquierda. Isaías se refiere al proceso en la formación de ídolos. Algunos son formados de leña; del mismo trozo de madera se calienta la casa, se cocina el pan y la carne y se fabrica un "dios" delante del cual se postran para adorar. Otros reúnen todo el oro y plata disponible, lo llevan a un platero, éste lo calienta, lo forja y forma un "dios". Luego, lo cargan en el hombro, lo llevan a la casa, lo colocan en un sitio

y allí permanece y no se mueve... ni responde ni lo libra de la tribulación (46:7). Con esta descripción, Isaías llega al punto culminante de su contraste entre los ídolos y Jehovah. El contraste es entre lo eterno y lo perecedero, el Creador y lo creado, lo espiritual y lo material, lo inanimado y lo viviente, lo estático y lo dinámico, lo insensible (sordo) y el que oye y responde, lo impotente y el Todopoderoso (cf. Romanos 1:25).

Esta descripción de los ídolos y los que los fabrican tiene el propósito de mostrar la vanidad, la estupidez, la necedad y la insensatez de la idolatría. ¿Qué hombre con el uso de su razón sería tan necio como para adoptar tal práctica? A pesar de todo, lo hubo en aquel entonces y lo hay hoy en día. Alguien ha resumido bien la esencia de la idolatría en los siguientes términos: Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y el hombre le devolvió el favor, creando a dios en su imagen y semejanza. ¡Pero hay más!

Los que adoran a ídolos acarrearán el juicio de Dios. Les costó a los del pueblo de Dios aprender que él es celoso, que no admite lealtades divididas. ¡Si tan solamente hubieran reconocido que su condición de cautivos en Babilonia se debía en buena parte a su desobediencia manifestada en la adoración a ídolos! Isaías procuraba grabar esta realidad en el corazón de los judíos, que merecían plenamente toda la aflicción que estaban sufriendo.

Hay otra consecuencia de la idolatría que no aparece tan obvia en estos pasajes. La inmoralidad sexual estaba asociada frecuentemente con la idolatría de los vecinos de Israel y hay evidencias de que esta práctica entró en el pueblo de Israel. Más aun, Pablo dice que la idolatría se manifiesta en la avaricia (Colosenses 3:5), una de las características más prominentes en nuestras sociedades a fines del siglo XX. Por otro lado, la adoración sincera y fiel al Dios verdadero es la mejor garantía de la pureza moral y el antídoto más eficaz en contra de la avaricia.

La adoración anticipada de los gentiles (Isaías 49:7)

El capítulo 49 inicia una sección en la cual el profeta anima al pueblo de Dios con una visión de un tiempo cuando ellos pasarían de su situación desesperante en que vivían en Babilonia a un glorioso futuro como nación restaurada. En los versículos uno al seis, el mensajero de Dios se dirige a las naciones en las cuales los miembros del pueblo escogido de Dios están esparcidos, asegurándoles que todavía constituyen el pueblo del pacto, que serán restaurados a la tierra prometida, que serán el siervo del Altísimo y que serán como luz para las naciones, a fin de que seas mi salvación hasta el extremo de la tierra (49:6). Se debe entender "mi siervo" en este contexto como referencia al pueblo escogido de Dios.

En el versículo siete, Isaías asegura a sus lectores que el mensaje proviene

de Dios mismo, descrito en términos mesiánicos, y se dirige a su pueblo, descrito en términos inequívocos, anticipando un gran movimiento evangelístico. De esta referencia a la adoración de las naciones se desprenden algunos principios:

La adoración de las naciones es el plan de Dios. El mensaje de los profetas del Antiguo Testamento es que Dios tiene el propósito de ofrecer sus bendiciones a toda la humanidad. Nótese que la bendición que Dios ofrecerá a las naciones no se expresa en salvación sino en adoración a él. La salvación no es un fin en sí; Dios salva con el fin de que los hombres lo adoren, lo cual incluye servicio. Este principio se reveló tan temprano como en la comisión que Dios encomendó a Abraham (Génesis 12:1-3). Este propósito de Dios no se ha alterado en absoluto desde entonces hasta nuestros días. Dios se describe en el versículo siete como "Redentor de Israel", "Santo de Israel", "fiel", el cual te "escogió". Parecería que estos términos indican interés de parte de Dios sólo en Israel, pero la realidad es otra muy diferente, como se verá a continuación.

La adoración de las naciones se logrará por el testimonio del pueblo escogido. El plan eterno de Dios se logrará por medio de su pueblo escogido, el cual publicará su justicia en todas las naciones. Las bendiciones que Dios prometió a su pueblo se darán sólo en la medida que éste obedezca ese propósito eterno. El gran problema del Israel del Antiguo Testamento fue su negación constante de ser una nación misionera, de cooperar con Dios en la realización de su propósito. El texto dice que "Los reyes lo verán y se levantarán; también los príncipes, y se postrarán a causa de Jehovah, quien es fiel." Los líderes adorarán a Jehovah por lo que él mismo hará con, y por medio de, su pueblo escogido. Esto implica un conocimiento que sólo podría venir de los israelitas quienes habrán de experimentar la bondad de Dios. El testimonio de los israelitas de la fidelidad de su Dios tendrá un efecto evangelístico, será como un imán atrayendo a otros a la fe en el Dios verdadero.

Cuando esta profecía se escribió, el testimonio de los judíos no sería muy convincente. Era un pueblo derrotado, "de alma menospreciada... abominado por las naciones". Fueron esparcidos a través de muchas naciones, maltratados y esclavizados. Pero esa situación cambiaría muy pronto, como se describe a continuación en este capítulo.

La adoración de las naciones tendrá lugar después de la restauración del pueblo escogido. No hay evidencia de que Judá haya logrado ganar a los babilonios a la fe en su Dios durante su estadía en ese país como cautivos. El pueblo tendría que experimentar la gracia de Dios en la restauración a Sion antes de poder tener un testimonio evangelístico. Isaías vislumbra ese día de gran júbilo cuando aun la tierra y los montes gritarán de gozo (49:13). Este es el mensaje de consolación (40:1, 2) que el mensajero de Dios anuncia a su pueblo escogido, pero en ese momento derrotado.

Aplicado a nuestra situación, diríamos que los creyentes que viven en el

“cautiverio babilónico”, presos de Satanás, habiendo fabricado sus propios ídolos y habiendo perdido de vista el propósito de su salvación, harán bien en escuchar el mensaje de Isaías. Como en el caso de Judá, Dios desea restaurarlos a los privilegios y bendiciones de Sion, con el fin de que participen en su plan eterno de traer a todas las naciones a sus pies para reconocerlo como el único Dios verdadero y adorarlo eternamente. A causa de Jehovah, quien es fiel para perdonar y restaurar a los derrotados, los suyos lo adorarán y las naciones serán atraídas a acompañarlos en esa adoración. Tal adoración será de sumo agrado a Jehovah porque está en perfecto acuerdo con su propósito eterno.

La adoración de las naciones (Isaías 66:23)

Se considera que los capítulos 56-66 abarcan el tiempo después del regreso de Judá del cautiverio babilónico, o sea, probablemente entre 538 y 520 a. de J.C. El pueblo de Dios había iniciado la adoración en Jerusalén, pero sin un templo. En los versículos uno a cuatro, Dios expresa su desagrado con la forma de culto que se le rendía, pero dice que mirará con aprobación: “al que es humilde y contrito de espíritu, y que tiembla ante mi palabra” (v. 2b).

La venida de Jehovah tendrá dos resultados dramáticos: juicio y destrucción sobre sus enemigos, pero vindicación y prosperidad para los fieles (66:7-14). El capítulo y el libro terminan con otra visión de la reunión de las naciones delante del Señor con el fin de adorarlo (66:18-23). Los milenaristas entienden que esta profecía se cumplirá durante el milenio que se iniciará cuando Cristo regrese. Otros entienden que se cumplirá durante los “últimos días”, período que se extiende desde la ascensión de Jesús hasta su venida en gloria.

Este pasaje presenta la realización gloriosa del propósito eterno de Dios, el broche de oro de la profecía proclamada por Isaías. El reino de Jehovah será universal, de todas las naciones conocidas. Una nota sorprendente: en vez de que los judíos traigan a los gentiles como ofrenda a Jehovah, serán los mismos gentiles de todas las naciones quienes juntarán a los judíos esparcidos de entre ellas y los traerán a Jerusalén como su ofrenda a Dios. Este cuadro armoniza con el concepto de Pablo en el sentido de que la conversión masiva de los gentiles despertará celo de parte de los judíos y será un factor en su retorno a Dios por fe en Jesucristo (cf. Romanos 11:11-32). Este pasaje repite y reafirma principios de adoración que agradan a Dios, los cuales ya hemos visto.

La adoración de las naciones es la voluntad de Dios. A pesar de la indiferencia y desobediencia de su pueblo escogido, Dios no ha alterado ni su propósito, ni su plan para lograrlo. Isaías vislumbra la venida de representantes de todas las naciones conocidas llegando a Jerusalén para adorar a Jehovah (vv. 18, 19). Allí verán su gloria.

Los gentiles llegarán con una “ofrenda”, como parte de su adoración. Su ofrenda será como la que los judíos ofrecen: “en la misma manera que los hijos de Israel traen su ofrenda en vasijas limpias a la casa de Jehovah” (v. 20). Vasijas limpias podrá indicar que los gentiles ya se habrán sometido a los ritos de purificación establecidos por Moisés. Pero en vez de ser una ofrenda de animales sacrificados, granos de sus campos, o incienso para el templo, serán los mismos judíos, “vuestros hermanos”. ¿Querrá decir esto que los gentiles tuvieron que convencer, u obligar, a los judíos a acompañarlos a Jerusalén?

Los gentiles usarán todos los medios de transporte para traer su “ofrenda”: caballos, carros, literas (coches cubiertos), mulos y camellos. Probablemente esta descripción comunica la idea de grandes multitudes en la procesión, haciendo necesario el uso de todos los animales disponibles.

La adoración de las naciones es la tarea de los creyentes. Otra vez aparece aquí el plan de Dios para alcanzar a las naciones con el conocimiento de su justicia y gloria. Primero, dice el Señor: “pondré en ellos una señal”. Algunos comentaristas entienden que esta señal se refiere a la venida del Mesías, su vida, muerte, resurrección y ascensión. Luego dice: “enviaré algunos de los sobrevivientes de ellos a las naciones”. Desde el tiempo de Abraham (Génesis 12:1-3), el plan de Dios de realizar su propósito es a través de algunos llamados de entre su pueblo.

La adoración de las naciones eliminará toda discriminación racial y nacional. Los adoradores verdaderos reconocerán que Dios es el Creador de todos los seres humanos, que cada uno es de infinito valor ante él y que su voluntad ahora es la de crear una sola familia de hermanos y hermanas, amándose y apreciándose (cf. Efesios 2:11-21). Hay una referencia en este pasaje de que Dios no hace acepción de personas: “Y también de entre ellos tomaré para sacerdotes y levitas, ha dicho Jehovah” (v. 21). Aunque de entre ellos podría referirse a los judíos, es más lógico que se refiera a gentiles porque parece que se trata de un nuevo proceder de parte de Dios. Había sido el plan durante siglos de tomar sacerdotes y levitas de entre los judíos, pero en el futuro no habría tal limitación. Es decir, los gentiles entrarían en el pueblo de Dios con todos los derechos y privilegios, sin ningún tipo de distinción. Esta verdad se revela con mayor claridad en el Nuevo Testamento, como se ve en las enseñanzas y prácticas de Jesús y en las de los apóstoles. Aun el apóstol Pedro llegó a la conclusión de que “Dios no hace distinción de personas” (Hechos 10:34).

Jeremías

Este libro es el producto de la vida y ministerio del profeta cuyo nombre

lleva. Jeremías ministro en Judá desde el reinado de Josías (640-609 a. de J.C.) hasta el de Sedequías (597-587), cuando Babilonia finalmente conquistó la ciudad de Jerusalén. Se calcula que inició su ministerio en el año 627 (1:1), dando un período de cuarenta años de actividad. Durante este período, procuró aconsejar a los reyes de Judá: Joacaz (609), Joacim (609-597) y Joaquín (597), además de los ya mencionados. Después, fue llevado a Babilonia con Ezequiel y los otros cautivos.

Los reyes y líderes religiosos de Judá se negaron a escuchar a las amenazas de Dios comunicadas por los profetas anteriores. Jeremías insistió en una reforma religiosa radical, pero sólo Josías estaba dispuesto a seguir sus consejos. Su mensaje se dirigía principalmente a los reyes por considerarlos los más responsables por la orientación espiritual del pueblo, siendo los ungidos de Dios en un gobierno teocrático.

Al principio, especialmente con la colaboración de Josías, Jeremías abrigaba la esperanza de que podría lograr una reforma que evitaría el castigo de Dios sobre Judá. Luego, entendió que el pueblo había ido demasiado lejos en su provocación de Dios y comenzó a profetizar el cautiverio en Babilonia como castigo por esa maldad. Pero su profecía termina con la visión de la restauración de Judá después de ese cautiverio.

Pocos profetas sufrieron más que Jeremías por su fidelidad en proclamar el mensaje de Dios. Vivió casi constantemente bajo las amenazas de los líderes religiosos y civiles, fue golpeado, encarcelado y dejado en una ocasión para morir en una cisterna (cap. 38). A pesar de tanto desprecio y sufrimiento que él y su familia soportaron, y las quejas que en más de una ocasión él elevó a Dios, cumplió fielmente su ministerio.

En esta profecía hay ocho referencias a la adoración (1:16; 7:2; 8:2; 13:10; 16:11; 22:9; 25:6; 26:2) donde se emplea el término hebreo *Shachah*. En todos los casos se trata de una denuncia de cultos que ofendían a Dios, mayormente la idolatría. Jeremías entendía muy bien que la única manera de asegurar un futuro de paz y bendición para Judá sería la restauración de la adoración a Jehovah según los principios revelados en la ley.

Además de las referencias mencionadas en el párrafo anterior, que son todas negativas, encontramos en la experiencia del llamado de Jeremías un cuadro muy positivo que ilustra la naturaleza esencial de la adoración. Así, examinaremos este caso positivo antes de considerar los casos negativos.

La adoración—diálogo en acción (Jeremías 1:4-12)

Se afirmó en la introducción al estudio de la adoración que agrada al Altísimo el hecho de que ésta consiste en cinco modos de expresión: respuesta,

diálogo, ofrenda, drama y celebración. En el llamamiento de Jeremías vemos un ejemplo de respuesta y diálogo. La adoración es esencialmente la respuesta del hombre a la revelación de Dios. Dios se revela en múltiples maneras y el hombre puede responder en variadas maneras. El primer caso de respuesta y diálogo fue el de Adán y Eva en el huerto de Edén. La implicación de Génesis 3:8 es que, antes del pecado de Adán y Eva, Dios conversaba con ellos en persona, libre y regularmente. Lo triste allí es que ellos se escondieron de Dios en vergüenza, plenamente conscientes de su desobediencia, con temor de enfrentarse con su Creador. A través de toda la Biblia encontramos a Dios procurando atraer al hombre otra vez a la comunión con él, al diálogo que fue perdido en Edén.

En el caso de Jeremías, sin embargo, hubo respuesta, diálogo y obediencia. En el primer capítulo hay cuatro intercambios entre Dios y Jeremías, pero es aquél quien toma la iniciativa y dirige el diálogo: Dios (4, 5); Jeremías (6); Dios (7-10); Dios (11a); Jeremías (11b); Dios (12, 13a); Jeremías (13b); Dios (14-19).

Este diálogo continúa durante la mayor parte del libro, de modo que Jeremías vivía conversando con Dios, adorándole. De este pasaje se desprenden dos principios más de adoración.

La adoración en que Dios toma la iniciativa. Después de una breve introducción, Jeremías relata su testimonio del llamado con las palabras: "Vino a mí la palabra de Jehovah, diciendo": (1:4). Dios siempre toma la iniciativa en el encuentro con el hombre. Si no fuera así, no conoceríamos a Dios, ni mucho menos podríamos adorarlo. Dios había hablado y seguía hablando por la ley revelada a Moisés, por los libros históricos, los poéticos y los proféticos (Hebreos 1:1-3). El salmista escuchó a Dios hablándole por medio de la naturaleza creada (Salmo 19:1), pero había hablado tanto o más por sus acciones de liberación, provisión y protección de su pueblo escogido. Sí, Dios nos ha hablado, y sigue hablando, en voz clara y comprensible por medio de su Hijo Jesucristo, y supremamente en la cruz y resurrección.

Para que haya adoración verdadera el hombre tiene que entender que la comunicación de Dios, sea cual fuere el modo, es un mensaje personal. Una comunicación general, impersonal, no produce adoración verdadera. Jeremías dice: "Vino a mí palabra de Jehovah" (1:4). Era agudamente consciente de que el Santo de Israel le había dirigido una palabra personal a él.

Martín Lutero insistió en que las Sagradas Escrituras llegan a ser la palabra de Dios únicamente cuando el Espíritu Santo la aplica en una forma personal. En otras palabras, uno no siempre oye la palabra de Dios cuando lee la Biblia. Es necesario que el creyente permanezca en la lectura y meditación hasta que Dios mismo le hable por medio de la palabra escrita, hasta que pueda decir con Jeremías: "vino a mí palabra de Jehovah".

La adoración en que el hombre responde. Cuando el hombre recibe la palabra personal de Dios, tiene dos opciones: ignorarla ó responder a ella. En efecto,

el ignorarla significa responder en el sentido negativo. Entonces la única alternativa es responder en forma positiva o negativa. El hombre es responsable por la manera en que responde a la iniciativa de Dios, su Creador. Si un amigo le habla y usted no le presta atención, o no responde, lo más probable es que se ofenda, y con todo derecho. La falta de buena comunicación en el matrimonio es la causa más común de tensión, frustración y aun divorcio. Mayormente sucede cuando el esposo no presta atención, o no contesta, cuando la esposa le habla. Ella se ofende, se siente ignorada o menospreciada, y con todo derecho. ¿Cuántas veces Dios quiere hablarnos y estamos tan ocupados, o distraídos, que no le oímos, o no contestamos? ¡Y Dios también se ofende! ¡Y con más razón todavía!

Dios habló a Jeremías y él respondió sin demora: “y yo dije”: (1:6). En su respuesta quiso excusarse de obedecer la voluntad de Dios, aparentemente por sentirse incapaz, pero lo hizo con toda sinceridad “He aquí que no sé hablar, porque soy un muchacho” (1:6). Se sentía completamente incapaz e inmerecedor de servir en un oficio de tanta responsabilidad, representando al Dios tres veces santo. Tal actitud de humildad sincera nunca ofende a Dios. Todo lo contrario, establece una relación de total dependencia de los recursos de Dios para sus siervos y la gratitud continua de éstos a él por su fidelidad en proveer lo que a ellos les falta.

Esta respuesta de Jeremías constituye el primer y más básico paso en la adoración. Toda adoración debe comenzar aquí, pero no debe terminar aquí. La pronta respuesta positiva de nuestra parte abre el camino para la adoración más profunda, el diálogo.

La adoración en que se produce un diálogo. Al presentar este concepto de adoración ante creyentes de muchos años, algunos se muestran sorprendidos de que uno pudiera pretender dialogar con Dios. A la vez se muestran interesados en como se logra. Si leemos bien la Biblia veremos muchos cuadros en el Antiguo y Nuevo Testamentos de creyentes quienes dialogaron con Dios con hermosos resultados. Desde la experiencia de la primera pareja en el huerto de Edén hasta el apóstol Juan en sus visiones en Apocalipsis, vemos que Dios ha buscado el diálogo con el hombre. ¿No debemos esperar lo mismo hoy en día en nuestra relación con él? Sí, Dios nos habla y recibimos su palabra, pero cuando respondemos no nos quedamos esperando para que él siga hablándonos. La falta puede ser nuestro apuro, o simplemente porque no lo consideramos posible.

Antes de entrar el pecado en el mundo, Dios dialogaba con Adán y Eva en el huerto de Edén, pero el pecado interrumpió su comunión. La expresión de que Enoc caminó con Dios 300 años (Génesis 5:22) parece indicar que esa fue su experiencia continua durante toda su vida. Caminar con Dios indica compañerismo y comunión o diálogo. En muchos casos bíblicos parece que el diálogo tomó la forma de expresiones audibles, pero en otros fue por medio de visiones, fuertes impresiones, terceros, o la misma Biblia.

Adoración en que Dios resuelve nuestros problemas. En el caso de Jeremías, después de entender la comisión de Dios, aquél tenía serias dudas de su propia capacidad de cumplir lo que Dios había mandado (v. 6). Aunque estaba dispuesto a obedecer a Dios, para él sería misión imposible. Jeremías tenía un gran problema que solo Dios podría resolver. Necesitaba dos cosas: una confirmación de que realmente Dios le había dado la misión y, más aun, necesitaba una explicación de cómo se llevaría a cabo. Dios respondió y aseguró a Jeremías de la comisión y de que él mismo le capacitaría para realizarla. Lo único que Dios buscaba en su siervo era su disponibilidad.

La adoración que resulta en obediencia. Un principio que se ve a través de la Biblia en relación con la adoración que agrada a Dios es que siempre resulta en obediencia. En esta experiencia el hombre capta una visión de la santidad y misericordia de Dios, dándose cuenta a la vez de su indignidad, y el resultado es el deseo, nacido en profunda gratitud, de amar y servir a Dios con todo lo que es y todo lo que tiene.

Dios tiene un propósito general y uno particular para todo creyente. El propósito general es el mismo para todo creyente; es el ser conformado a la imagen de su Hijo (Romanos 8:29). Además, él tiene un propósito particular para cada creyente y ese propósito será revelado cuando éste esté en condiciones espirituales como para entenderlo, recibirlo y obedecerlo. Dios encontró en Jeremías uno dispuesto a oír y obedecer. Le comunicó su voluntad durante el diálogo de adoración. Jeremías salió de esa experiencia seguro de que Dios le había hablado y afirmó su rostro para obedecerlo, aun con grandes sacrificios personales.

La adoración condenada por Dios (Jeremías 1:16)

La profecía de Jeremías es esencialmente una denuncia de la infidelidad de Judá y la advertencia del juicio que pronto caería sobre ese pueblo. En seguida de su llamado divino, Jeremías oye la voz de Dios anunciando el juicio inminente; las naciones del norte invadirían y tomarían posesión de Jerusalén. La derrota de Judá frente a los enemigos del norte no indicaría el abandono de Dios de su pueblo escogido, sino el abandono de éste ante su Dios, concretamente su infidelidad e idolatría. Judá se había olvidado de su pacto con Jehovah, confirmado en el Sinaí, y había hecho caso omiso a los repetidos intentos de Dios para encaminar a su pueblo en la adoración exclusiva a él y en la obediencia.

El enemigo del norte no se identifica, pero aparentemente incluye a algunos judíos del reino del norte, en ese entonces bajo el dominio de Asiria. Al decir en el v. 16 que “me abandonaron” parece que se refiere a los que antes formaron parte del pueblo del pacto. De todos modos, en el fondo, su enemigo número uno no era las naciones paganas, ¡sino Jehovah mismo! El estaba reinando sobre

las naciones y guiaría a algunas de ellas, aun naciones paganas, a invadir a Judá y aplicar su juicio contra su propio pueblo.

El abandono de culto exclusivo a Jehovah resultó en dos prácticas especialmente abominables: ofrecieron incienso a otros dioses y se postraron ante la obra de sus propias manos. Ambos actos indicaban una identificación con las naciones paganas y la pérdida de su propia identidad como pueblo de Dios. Hay un tono casi patético, si no sarcástico, en "se postraron ante la obra de sus propias manos". Como hemos visto en el mensaje de Isaías, es tan absurdo que el hombre fabrique con sus propias manos dioses ante los cuales se postra (*shachah*). Bonhoeffer dijo: "cuando buscamos a Dios en imágenes que hemos creado, lo que encontramos no es el Dios eterno, sino a nosotros mismos".

La adoración, confiando en el templo (Jeremías 7:1-7)

El capítulo siete se conoce como "El gran sermón del templo" y fue pronunciado probablemente en 609 a. de J.C., unos 22 años antes de la caída de Jerusalén y la deportación masiva. Josías había muerto, Joacaz llevado en cautiverio a Babilonia y Joacim puesto en el trono como rey títere. Jeremías había observado como aumentaba la superstición e hipocresía en relación con el templo. En este momento de gran crisis nacional, aparentemente los sacerdotes habían intentado calmar al pueblo señalando el templo como su garantía de seguridad. Dios no permitiría que nadie hiciese daño a su propia habitación, decían ellos (cf. 7:4). Probablemente hubo un cierto avivamiento de actividades en el templo, procurando cumplir con los ritos y todo lo externo de la ley de Dios.

Jeremías recibe otra vez la palabra de Jehovah, palabra de dura reprensión para el pueblo de Judá. En vez de proclamar el mensaje desde dentro del templo, Jeremías tenía que ponerse en pie a la entrada y advertir a los que entraban a adorar (*shachah*). Parece que él ni quería identificarse con los ritos que se realizaban dentro de ese recinto. Los sacerdotes anunciaban ¡Templo de Jehovah, templo de Jehovah!, pero Dios ya no moraba allí (cf. Ezequiel 11:22, 23; Mateo 23:38). Lo que antes simbolizaba su morada en medio del pueblo, y tenía el propósito de unificar y asegurar al pueblo de la cercanía y protección de Dios, ya era meramente un símbolo sin valor. ¡Pronto sería destruido!

En efecto anunciaba a cada adorador que Dios no aceptaría su adoración si su conducta diaria no estuviera de acuerdo con las demandas del Dios en el pacto. Los adoradores habían llegado a confiar en el templo en lugar del Dios simbolizado por el templo. ¡Habían hecho del templo un ídolo! Pensaban que el mero hecho de adorar en el templo ganaría el favor de Jehovah.

Dios, por medio de su mensajero señala una serie de faltas y prácticas que condenaba. "Corregid vuestros caminos y vuestras obras" (3b) sirve como una

introducción al mensaje. Luego, todo el capítulo 7 se dedica a detallar las prácticas malas comunes entre el pueblo, como p. ej. "oprimís al forastero, al huérfano y a la viuda... derramáis sangre inocente en este lugar... Después de robar, de matar, de cometer adulterio, de proferir falso testimonio, de ofrecer incienso a Baal y de ir tras otros dioses que no conocisteis..." En una palabra, parece que no había crimen ni injusticia que no se practicaba en Judá. Más adelante en el mismo capítulo reprende la idolatría, el formalismo indolente y la profanación del culto.

La adoración en el templo de Dios no garantiza su aprobación. El pueblo de Dios, apoyándose en las mentiras de los sacerdotes y falsos profetas, confiaban en el templo para su seguridad en tiempo de crisis. Habían cometido el mismo error en el pasado, confiando en el arca del pacto, la vara de Moisés, o en el tabernáculo, en vez de confiar en el Dios simbolizado por ellos. Pensaban que su Dios estaba contenido dentro del lugar santísimo y que los que vivían cerca y cumplían los ritos establecidos en ese lugar sagrado estarían protegidos del ataque de todo enemigo.

La adoración en la casa de Dios requiere vidas santas. Más grave aun era el error de pensar que podrían divorciar su vida personal del culto rendido a Jehovah. Habían llegado a pensar que lo que importaba a Dios era lo que se realizaba dentro del templo. Se olvidaron de que Dios es santo y demanda santidad de vida de los que le confiesen y le adoran TODOS los días de la semana. Dios estableció en su pacto con el pueblo escogido que él era santo y su pueblo sería santo (cf. Exodo 19:6; Levítico 11:44; 19:2; 20:26). El suyo era un ejemplo clásico de lo que es la hipocresía.

La adoración en la casa de Dios requiere prácticas justas. Dios mira primero el corazón del hombre, su carácter, motivos y pensamientos más secretos. Pero considera también sus acciones y especialmente su trato con sus semejantes. La denuncia de Dios, por medio de Jeremías, consiste mayormente de una lista de injusticias que cometían a sus semejantes, y especialmente acciones en contra de los indefensos; p. ej., "forasteros, huérfanos y viudas". Dios es el defensor de los indefensos y a través de toda la Biblia se muestra indignado especialmente por injusticias practicadas contra estos grupos.

El que pretende pertenecer al pueblo de Dios y piensa que puede tener un carácter corrompido y tratar a sus semejantes cruel e injustamente se engaña a sí mismo y se encontrará bajo la condenación más severa de Dios. Tal persona, a pesar de que pueda ser muy religiosa, asistir asiduamente a cultos en los templos más lujosos y presentar grandes sumas de dinero en la ofrenda, nunca podrá adorar al Altísimo en la forma que le agrada. Dios no se engaña tan fácilmente. La preocupación principal de Dios no son la multitud de ritos religiosos sino relaciones correctas (J. L. Green).

La adoración que trae la muerte (Jeremías 8:2)

Los vv. 1-3 del capítulo ocho pertenecen al capítulo siete y forman la parte final del gran sermón del templo. En 7:29-34 el profeta insta al pueblo a entrar en un período de gran lamento y luto, considerando el terrible juicio que estaba a punto de caer sobre ellos. Habían llegado al colmo de maldad de sacrificar a sus hijos sobre un altar pagano, siguiendo la práctica de sus vecinos, una práctica específicamente condenada por Dios y abominable para él (cf. Deuteronomio 12:31; 2 Reyes 16:10; 23:10).

La sentencia de Dios para su pueblo que mataba a sus propios hijos sería no solo la muerte de todos los responsables, desde los líderes civiles y religiosos hasta los habitantes de Jerusalén, sino que sus huesos serían expuestos públicamente. El hecho de no enterrar a los muertos se consideraba una maldición (cf. 7:33; Deuteronomio 28:26; Salmo 79:3; Apocalipsis 11:8-10) y la máxima deshonra. Los familiares que quedaban pasarían extrema vergüenza al ver el cuerpo o huesos de los suyos expuestos a los elementos y la burla de otros. También hay evidencias de que algunos judíos consideraban que los espíritus de los muertos, separados de los huesos, andarían como vagabundos en el Seol.

El que ha visitado las pirámides al sol y a la luna en Teotihuacán, en las afueras de la Ciudad de México, donde se sacrificaban centenares de jóvenes en la época precolombina en un intento de complacer a los dioses, no puede menos que pensar ¡qué tragedia, y qué crueldad! Pero debemos recordar que esos indios no tenían conocimiento de Jehovah, ni de su pueblo escogido. Sin embargo, Judá, el pueblo escogido del Dios Creador y Santo, tenía la palabra escrita y un profeta fiel quien advertía en contra de tales perversidades. A pesar de todo, sacrificaban a sus hijos a dioses paganos. Tales prácticas, por más dolorosas o costosas que sean, si no están de acuerdo con la voluntad de Dios, no serán aceptadas.

Dios prohíbe la matanza de otros como acto de adoración, pero se agrada en que el creyente muera a sí mismo cada día, colocándose sobre el altar y considerándose muerto al pecado pero vivo para Dios en Cristo Jesús (cf. Romanos 6:11).

La adoración de los soberbios rechazada (Jeremías 13:1-11)

Una de las características salientes de la profecía de Jeremías es lo que se llama "parábolas en acción", o acciones simbólicas (Jeremías 13; 16; 19; 27; 28; 32; 43; 51; cf. 1 Reyes 11:20ss.; Isaías 20:1ss.; Ezequiel 4; 5; 12). Estas parábolas encierran un mensaje gráfico, impactante e inolvidable. En este capítulo, Jeremías relata cómo Dios le mandó a comprar un cinto de lino y luego lo escondió en una hendidura cerca del río Eufrates, probablemente un lugar húmedo.

Después de cierto tiempo, le mandó buscarlo. Al sacarlo de la hendidura, Jeremías descubrió que se había echado a perder y ya no "servía para nada" (v. 7).

El cinto con que el hombre oriental ceñía sus lomos era un artículo altamente estimado por la función que cumplía y porque se llevaba adherido al cuerpo. El mensaje era que Dios, al escoger al pueblo de Judá como el suyo particular, se había ceñido del pueblo como el hombre ciñe sus lomos de un cinto, "para que me fuesen pueblo y para renombre, alabanza y honra" (v. 11b). Dios había escogido a Israel para que cumpliera una función especial, lo había atado a su persona en una relación muy íntima por el pacto, como el cinto adherido a sus lomos. ¡Qué hermoso cuadro del propósito de Dios para su pueblo! ¡Pero qué tragedia del pueblo escogido que despreció y defraudó el alto honor al cual fue llamado! El pueblo llegó a ser como un cinto podrido que ya no servía para nada.

Dios menciona dos grandes faltas de su pueblo, que realmente son en esencia una sola. Estas faltas hicieron pudrir el cinto de lino. La soberbia (v. 9) y la porfía (v. 10) del pueblo lo llevaron a rendir culto a otros dioses y postrarse [*shachah*] ante ellos (v. 10). Rehusaron una y otra vez oír la exhortación y amenazas de Dios por sus profetas.

La soberbia y la porfía son actitudes ofensivas a Dios. Tales actitudes ofenden a Dios porque revelan el egoísmo y la autosuficiencia del hombre ante su Creador. Revelan una estima exagerada de sí mismo, el creerse superior y más importante que los demás. Son el polo opuesto a la humildad, virtud alabada por Dios a través de la Biblia (cf. Lucas 18:9-14).

La soberbia y la porfía llevan a la desobediencia. Tales actitudes de superioridad llevan al hombre a negar la soberanía de Dios y su derecho en la vida. El soberbio no es capaz de apreciar la santidad y misericordia de Dios, fuente de la motivación para la obediencia. El hombre lleno de soberbia es incapaz de alabar a Dios y reconocer su bondad, porque cree que merece todo lo que recibe de arriba y de sus semejantes. Su vanidad llega a tal punto que piensa que puede fabricar su propio dios, o adoptar a los dioses creados por otros. Así fue el caso de los habitantes de Judá en el tiempo de Jeremías. Fueron "tras otros dioses para rendirles culto y para postrarse ante ellos", máxima expresión de la soberbia y desobediencia.

La soberbia y la porfía frustran el propósito de Dios. Estas actitudes llevan al hombre, o al pueblo, más y más lejos de Dios. El hermoso plan que Dios tenía, de que fuera como cinto limpio y sano con el cual quería ceñir sus lomos y para que fuese pueblo para renombre, alabanza y honra, todo queda frustrado. Tal persona llega a ser tan inútil como el cinto podrido, ya "no sirve para nada". Su adoración, si es que adora, no lleva a la obediencia y jamás puede agradar a Dios.

La verdadera adoración, todo lo contrario, produce la verdadera humildad, el deseo de obedecer, de cumplir el hermoso propósito para el cual Dios nos ha creado.

La adoración de ídolos obligada por Dios (Jeremías 16:11, 12)

Jeremías sigue con el tema del pecado de Judá y el castigo inminente y muy severo que Dios mandará. En la primera sección del cap. 16, Dios prohíbe que Jeremías se case por causa de los tremendos sufrimientos que vendrán. Tampoco ha de asistir a fiestas, ni mostrar misericordia y consolación para los que sufren, y todo esto como testimonio contra la maldad del pueblo.

Cuando cae el juicio de Dios sobre el pueblo y la gente pregunta por qué Dios permite tantas catástrofes, privaciones y sufrimiento, el profeta contestará que es el juicio de Dios sobre la maldad de sus padres, y sobre la presente generación. Más aun, los contemporáneos habían actuado peor que sus padres.

La maldad del pueblo se resume en tres acusaciones: apostasía, idolatría y desobediencia; las dos primeras son la manifestación de la tercera. Dios había prohibido y advertido repetidas veces en contra de la apostasía y la idolatría. El hecho de practicar tales cosas revela una actitud de rebeldía y desobediencia. Dos veces Dios dice que "me abandonaron" y les acusa de ir "en pos de otros dioses... se postraron [*shachah*] ante ellos... y no guardaron mi ley" (v. 11). Habían abandonado a Dios, habían violado el pacto, entonces Dios los abandonaría hasta que aprendiesen a adorarlo a él, y solamente a él.

El juicio de Dios incluye la destrucción de Jerusalén y el envío de su pueblo al exilio, a Babilonia, donde "allá serviréis a otros dioses día y noche, porque no os mostraré clemencia" (v. 13). Es decir, el pueblo insistía tanto en adorar a los ídolos en Judá que Dios les daría lo que tanto querían. Allí tendrían que aprender lo inútil, lo absurdo, lo inconcebible de adorar a "otros dioses" que no son dioses, sino vanidad.

Tres denuncias a la adoración de ídolos (Jeremías 22:9; 25:6; 26:2)

Como hemos visto, el tema de la persistente práctica de idolatría en Judá sigue como un hilo sin rupturas por buena parte del libro de Jeremías. Puesto que es el mismo tema en estas últimas tres referencias, se tratarán juntas. La maravilla que notamos en estos pasajes es la extrema paciencia de Dios con su pueblo que no quería escuchar sus exhortaciones de amor y advertencias de juicio.

En Jeremías 22:9, Dios señala tres faltas de su pueblo: abandono del pacto de Jehová; postración (*shachah*) ante otros dioses; y rendición de culto a ellos. Estas tres acusaciones se repiten al cansancio en Jeremías. La destrucción de Jerusalén será tan completa que muchas naciones pasarán junto a la ciudad, o las ruinas y preguntarán: "¿Por qué ha hecho así Jehová a esta gran ciudad?"

(22:8).

En Jeremías 25, el profeta recuerda al pueblo que durante veintitrés años había "hablado persistentemente, pero no habéis escuchado" (v. 3). Tampoco habían escuchado a los otros profetas enviados por Dios. El tema de los profetas había sido: "Volveos, pues, cada uno de vuestro mal camino y de la maldad de vuestras obras... No vayáis en pos de otros dioses, para rendirles culto y para postraros (*shachah*) ante ellos" (vv. 5, 6). Puesto que el pueblo no les hizo caso, Dios manda decir por su profeta que Judá sería destruido por "Babilonia, mi siervo" (v. 9). Su paciencia estaba llegando a su término.

La ocasión que sirve de fondo histórico para el cap. 26 fue la entronización de Joacim, hijo de Josías, probablemente en el año 609 a. de J.C. Es un pasaje paralelo al cap. 7 que ya hemos examinado. Allí vimos más bien el contenido del sermón del templo, pero aquí encontramos un énfasis en como fue recibido el mensaje y el sufrimiento experimentado por el profeta. Aquí Jeremías se para en el atrio del templo e intenta hacer volver al pueblo de su maldad (v. 3). Su mensaje se dirigía a los que venían a adorar (*shachah*) en la casa de Jehová.

A pesar de que venían al lugar correcto, la casa de Dios, y venían para cumplir una práctica ordenada por Dios, era evidente que su adoración no sería aceptable a Dios (cf. Isaías 29:13).

Ezequiel

Que Ezequiel mismo haya escrito este libro profético es un hecho aceptado generalmente. Siendo sacerdote, fue llevado a Babilonia con el primer grupo deportado en 597 a. de J.C. A los cinco años de su llegada a Babilonia, viviendo en una colonia de judíos ubicada cerca del río Quebar, recibió el llamado de ser profeta. El libro abarca unos 25 años del ministerio de Ezequiel. En los primeros años él intentó, como Jeremías, convencer a los judíos de que su estadía en Babilonia se debía al juicio de Dios sobre los pecados de su pueblo. Su mensaje cambió en su énfasis hacia el fin del libro, dejando atrás las denuncias y advertencias y mirando hacia adelante al retorno del pueblo a Palestina. Su mensaje termina con una nota resonante de esperanza en la misericordia de Dios y la restauración de Israel.

El profeta sufrió durante su ministerio la misma suerte de muchos de los voceros de Dios: su mensaje fue rechazado. A pesar de este hecho, fue reconocido como hombre de Dios. Los ancianos en varias ocasiones vinieron a su casa para consultarle (8:1; 14:1; 20:1). Además, sufrió otro golpe duro cuando su esposa murió en el sitio de Jerusalén. A pesar de estas dos grandes adversidades, agregadas a la humillación de vivir en el cautiverio, Ezequiel mantuvo una

comunidad abierta con su Dios.

Hay cuatro referencias a la adoración en este libro (8:16; 46:2, 3, 9), pero surgen de sólo dos situaciones distintas.

La adoración abominable (Ezequiel 8:16)

Los caps. 8-16 de Ezequiel contienen una descripción de varias visiones del profeta. La primera tuvo lugar en el "sexto año", poco tiempo después de ser llamado a ser profeta. Estaba en su casa en Babilonia donde los ancianos de Judá vinieron a consultar con él. El entró en un éxtasis y vio una figura que se describe como Jehovah mismo (cf. descripción similar en 1:27). Fue tomado por un mechón de su cabello y llevado por el aire en visiones a Jerusalén. Allí Dios le mostró las grandes abominaciones que se realizaban en el mismo templo de Dios.

El Señor le mostró a Ezequiel cuatro abominaciones (vv. 5, 6, 7-12, 13-15, 16-18), cada una más terrible que la anterior. En la cuarta Ezequiel contempló a los 24 líderes de las clases sacerdotales, más el sumo sacerdote, que estaban con sus espaldas vueltas hacia el templo de Jehovah y sus caras hacia el oriente, postrándose [*shachah*] ante el sol (16).

La adoración de estos 25 líderes era abominable porque violaba deliberadamente uno de los diez mandamientos que ellos conocían muy bien y enseñaban a otros (Exodo 20:3-5, cf. Deuteronomio 4:19; 17:3). Los profetas habían advertido constantemente contra esta práctica y, más todavía, buena parte del pueblo estaba en Babilonia como cautivos justamente por su rebelión contra Jehovah, incluyendo especialmente la práctica de la idolatría.

Este acto de adoración era abominable también porque involucraba "volver espaldas" a lo que estaba establecido por Dios. El hecho de volver espaldas es un gesto de desprecio, rechazo y rebelión.

Era un acto extremadamente abominable por dos razones más: los que lo practicaban eran nada menos que los líderes espirituales del pueblo de Dios y esta adoración se llevaba a cabo en la misma casa de Dios. A través de la Biblia encontramos que los líderes espirituales tenían mayor responsabilidad de ser fieles no sólo en sus enseñanzas, sino también en su testimonio personal. En el Antiguo Testamento, el templo ocupaba un lugar céntrico en la vida de Israel. Era considerado como un lugar sumamente solemne y sagrado, era la morada de Dios mismo. Por lo mismo, el hecho de profanar el templo traía como castigo la muerte por apedreamiento. La práctica de idolatría en el templo sería una profanación del grado máximo y se ha comparado con una mujer casada (la nación de Israel se consideraba como la esposa de Jehovah) recibiendo a sus amantes en su propia casa y cama, estando ausente su esposo. No es solo que adoraban el sol en el templo de Dios, sino en el "atrio interior" (16), tan sagrado que solo los

sacerdotes tenían acceso a él. Estos líderes espirituales se convencieron de que Dios no veía lo que ellos hacían allí (12) (como lo haría a una mujer adúltera). El hecho de que los líderes espirituales adoraran el sol en el templo de Dios, sin la reacción de nadie excepto Ezequiel, indica hasta dónde el pueblo se había apartado de su Dios.

Juntamente con la idolatría, o como resultado de ella, los líderes espirituales habían "llenado la tierra de violencia". Los que tenían la responsabilidad de enseñar y practicar la paz hacían todo lo contrario.

La indignación e ira de Jehovah se manifiesta en dos maneras concretas en este pasaje. La expresión "llevan la rama de la vid a sus narices" (17) ha sido un problema para los intérpretes. Sin embargo la solución más aceptable es que se refiere a una expresión proverbial: "aplicar una rama a la ira", que quiere decir "echar leña al fuego". Es decir, lo que ellos hacían era en efecto echar más leña al fuego de la ira de Dios que ardía en contra de ellos. Pero Dios anuncia su profundo desagrado más claramente en términos de negarles su misericordia en el día de la crisis. "Mi ojo no tendrá lástima, ni tendré compasión. Gritarán a mis oídos a gran voz, pero no los escucharé" (18).

Quizá no hay abominación más terrible que la que practicaban esos líderes espirituales de Israel y probablemente no hay juicio más terrible que el silencio sepulcral de Dios en el día de crisis. Primero ellos volvieron sus espaldas a Dios (16), y en su ira Dios les volvería sus espaldas a ellos (18).

La adoración vital para el pueblo de Dios (Ezequiel 46:2, 3, 9)

Las tres referencias restantes en Ezequiel se encuentran en la sección donde el profeta presenta una descripción simbólica de los tiempos futuros cuando el Mesías traiga la paz (p. 909 de *La Biblia de Estudio*: Mundo Hispano). Dos veces el término *shachah* se traduce "postrarse" (vv. 2, 3; cf. RVR-1960 donde es "adorar") y una vez como "adorar" (9). Ezequiel, guiado por el Espíritu de Dios, ahora vuelve su mirada hacia el futuro glorioso cuando Dios ha de restaurar a su pueblo a la Tierra Prometida. Comenzando en el capítulo 40, Ezequiel vislumbra la reconstrucción del templo y en el capítulo 43 describe como "la gloria de Jehovah vuelve al templo". En el capítulo 47 tiene la visión del río que sale del templo y produce vida (47:9) para todos los que se allegan a él.

El templo sería el lugar predilecto para el encuentro del pueblo con su Dios. Aunque los judíos ciertamente podrían adorar a Dios en sus hogares, y lo hacían, la adoración más satisfactoria para ellos y agradable para Dios tenía que realizarse en el templo. Allí estaban los sacerdotes, los altares, los lugares para sacrificios y, sobre todo, el lugar santísimo donde Dios moraba.

Casi la totalidad de la instrucción de Dios para su pueblo, ante la perspectiva de su retorno a Palestina, tenía que ver con el ritual que se llevaría a cabo en

el templo, o sea la adoración que Dios esperaba de su pueblo. La adoración siguiendo las instrucciones de Dios sería la función principal de Israel. El pueblo fue formado para adorar a Dios, fue conservado para adorar a Dios, fue castigado con el cautiverio de 70 años por negar la adoración prescrita por Dios y fue restaurado a Palestina para adorar a Dios. Solo la adoración que se realiza según las instrucciones de Dios le agrada, y estas instrucciones fueron reveladas claramente y en detalle por medio de Ezequiel. El pueblo tenía dos opciones: obedecer y recibir las bendiciones de su Dios, o desobedecer y ser el objeto de la indignación y castigo de Dios. Esto es la esencia del mensaje de Ezequiel.

Profetas Menores

Uno se sorprende al repasar el mensaje de los doce profetas menores de encontrar tan poca referencia a la adoración. Ellos denuncian las injusticias sociales y la corrupción religiosa, incluyendo la idolatría, a lo largo de más de 350 años. Llaman al pueblo al arrepentimiento y a la necesidad de volverse a Dios de corazón, pero hay solo seis referencias concretas a la adoración (Miqueas 5:13; Sofonías 1:5 [dos veces]; 2:11; Zacarías 14:16 y 17). Por esta razón trataremos todas estas referencias en una sola división.

Miqueas

La adoración en el reino mesiánico (Miqueas 5:13)

Miqueas vivió y profetizó durante los reinados de Jotam, Acáz y Ezequías, o sea, antes de la caída del reino del norte (722 a. de J.C.). Advirtió del juicio y castigo venideros de Dios sobre su pueblo, pero también dio una nota de esperanza, describiendo la restauración y gloria futura del reino de Dios. Bajo inspiración, pudo vislumbrar el nacimiento del Mesías en Belén Efrata (5:2), uno de los textos más citados de Miqueas. En relación con el reino del Mesías, el profeta anuncia algunas de las medidas que Dios tomará para asegurar la fidelidad de su pueblo. Entre ellas eliminará todas las cosas en que el pueblo había puesto su confianza: caballos, carros, ciudades fortificadas, fortalezas, hechicerías y los que practican la magia y, finalmente, los ídolos y las piedras rituales ante los cuales se habían inclinado para adorar (5:10-13).

En una palabra, Jehovah quería asegurarse de que el pueblo rindiese culto

únicamente a él, que toda su esperanza se cifrara en él, que reconociera que él era capaz de suplir todas sus necesidades. El pueblo no hizo caso al mensaje de Miqueas y por eso el reino del norte fue llevado al cautiverio en 722 a. de J.C. y el reino del sur sufrió la misma suerte a partir de 597. Ni del mensaje de los profetas, ni la caída del reino del norte, sirvió para eliminar del pueblo de Dios el afán por la idolatría. Fue necesario que pasaran 70 años en el cautiverio babilónico para aprender que Dios no tolerará en su pueblo la devoción a otros seres, ni a otros objetos. La Biblia presenta a Dios como celoso por la lealtad exclusiva de su pueblo (cf. Exodo 20:5; 34:14; Deuteronomio 4:24). El celo de Dios, sin embargo, es muy distinto al del hombre. El celo del hombre normalmente surge de su deseo de autosatisfacción, de lo que recibirá él mismo; al contrario del de Dios que surge de su interés por el bienestar de los que le adoran.

El cautiverio no curó a Israel de todos sus males, pero desde ese evento histórico no se practicaba la idolatría entre el pueblo de Dios, por lo menos en su forma más obvia. Y así Jehovah sigue buscando pacientemente adoradores que le adoren en espíritu y en verdad (Juan 4:23, 24).

Sofonías

Sofonías es el segundo de los profetas menores que se refiere explícitamente a la adoración. Este profeta, cuyo nombre significa "el que Jehovah esconde", nació durante el reinado de Manasés, rey idólatra, pero profetizó en los primeros años del reinado de Josías, alrededor de 625 a. de J.C. y antes de iniciar éste sus reformas. "El día de Jehovah" fue el énfasis principal de su mensaje; se refería a la manifestación de Dios en juicio contra las naciones rebeldes y en bendición para el remanente fiel de su propio pueblo.

La profecía se divide naturalmente en tres secciones: la advertencia de juicio (capítulo 1); una exhortación al arrepentimiento (2:1-3:8); y una promesa de salvación que se concretaría para el remanente después de finalizar el juicio (3:9-20). La primera referencia a la adoración aparece en la primera sección y la segunda en la segunda sección.

La adoración idólatra condenada (Sofonías 1:5)

En el primer pasaje de Sofonías (1:1-6) se anuncia la destrucción del culto a Baal, sus sacerdotes y los judíos que participaban en ese culto. Dios estaba airado por la extensión de la idolatría aun entre su pueblo escogido. "Extenderé mi mano contra Judá y contra todos los habitantes de Jerusalén" (1:4) expresa la determinación de Jehovah de castigar a su pueblo por haberlo abandonado para alabar a dioses paganos. La descripción del culto que rendían en sus azoteas ante el ejérci-

to de los cielos (cf. Hechos 7:42) se refiere al culto de Baal en el cual adoraban al sol, la luna y las estrellas como portadores de los poderes de la naturaleza. En vez de adorar al Creador, adoraban la creación como la fuente de vida y poder.

Esta adoración indignaba a Dios porque su pueblo, que conocía bien la historia de su salvación, provisión y protección, tan fácilmente lo había abandonado para adorar objetos de su creación, siendo arrastrados por el ejemplo de los vecinos paganos.

Pero otra cosa que despertaba la ira de Dios es que los judíos intentaban adorar según el culto a Baal y, a la vez, adorar a Jehovah: se postran y juran por Jehovah, y al mismo tiempo juran por Moloc (1:5b). Tal cosa era completamente imposible porque eran dos objetos de adoración mutuamente exclusivos, se dirigen en direcciones opuestas el uno del otro. El pueblo del pacto no había aprendido que su Dios no aceptaría lealtades divididas. Jesús lo expresó en estas palabras: "no podéis servir a Dios y a las riquezas" (Mateo 6:24).

La adoración de naciones paganas (Sofonías 2:11)

En el capítulo 2:1-15 Dios anuncia su juicio contra las naciones vecinas de Judá, y en particular contra Moab y Amón (vv. 8-10). Estas naciones habían sido enemigos de Israel durante siglos, aprovechando toda oportunidad para afrentar al pueblo de Dios. En su juicio, Dios los destruirá a tal punto que llegarán a ser como Sodoma y Gomorra, es decir, desolación. Además, Dios promete exhibir a los dioses de la tierra como impotentes e incapaces de ayudar a sus adoradores. Como resultado de esta doble acción de Dios, esas mismas naciones llegarán a reconocer que Jehovah es el único Dios vivo y verdadero. Esas naciones que antes afligían al pueblo de Dios, ahora destruidas y convencidas de que sus dioses eran falsos, vendrán a adorar a Jehovah.

La expresión "cada uno se postrará ante él desde su lugar" podría dejar la idea de que la adoración sería rendida a Jehovah desde las naciones vecinas y no en Jerusalén. Sin embargo, Keil y Delitzsch observan acertadamente que la preposición traducida "desde" implica movimiento hacia y seguramente significa que irían a Jerusalén para rendir culto a Dios, de acuerdo con varias otras profecías.

La lección de esta profecía es que Dios buscará la manera de lograr la adoración de las naciones que en un momento despreciaban y afrentaban a su pueblo escogido. En esta ocasión lo hará por medio de dos acciones poderosas: destruir las naciones vecinas con el remanente de su pueblo, hacer que todos los dioses de la tierra vengan a menos. Hay múltiples ejemplos de tales acciones de parte de Dios a lo largo de la historia humana. Concretamente, lo que ha sucedido en la Unión Soviética en la última década del siglo veinte es un ejemplo clásico.

Zacarías

La prioridad de la adoración (Zacarías 14:16, 17)

El tercer profeta menor que emplea el término *shachah* es Zacarías, el más largo de los doce. Este profeta, cuyo nombre significa "aquél a quien Dios recuerda", era contemporáneo de Hageo y ministro en el período después del regreso de los cautivos de Babilonia, pero antes de completar la edificación del segundo templo, o sea, más o menos en 520 a. de J.C. El propósito principal de su mensaje parece ser el de estimular al pueblo a continuar en la reedificación del templo, proyecto detenido por varios inconvenientes. El entendió que el templo era el símbolo de la restauración completa de Israel y elemento céntrico en el futuro del reino de Dios. Por eso exhortaba al pueblo a completarlo con un sentido de urgencia.

Zacarías era un sacerdote joven y con habilidad poética. Tuvo una serie de siete visiones en una sola noche (1:7—6:15) en las cuales Dios le mostró el futuro glorioso de su pueblo. Luego en los capítulos 9-14 se encuentra una descripción profética del futuro del reino de Dios en su conflicto con los reinos de este mundo.

En el capítulo 14 el profeta describe cómo será "el día de Jehovah" cuando venga. Todas las naciones de la tierra vendrán a pelear contra Jerusalén. Luego, Jehovah mismo se hará presente para pelear contra esas naciones enemigas (3) y los judíos también tendrán parte en la batalla (14). Como hemos visto en Sofonías 2:11, los sobrevivientes de las naciones paganas subirán a adorar a Jehovah en Jerusalén y los que no lo hacen sufrirán grandes sequías, pues no habrá lluvia para ellos. En esta profecía el énfasis en la construcción del templo, como prioridad del pueblo y parte esencial en el futuro reino, es una indicación más de la importancia de la adoración para Jehovah. No sólo se interesa en la adoración del pueblo del pacto, sino anhela atraer a personas de todas las naciones a participar en esa adoración.

5

La Adoración en el Antiguo Testamento: Un Resumen

Al finalizar el examen de los pasajes del Antiguo Testamento que mencionan el término “adoración”, y especialmente los que emplean el término hebreo *shachah*, intentaremos un breve resumen de los conceptos más obvios en relación con este tema. Estos conceptos son importantes como trasfondo para el estudio que haremos en el Nuevo Testamento, pues casi todos siguen en pie.

Como primera aseveración, y la más obvia, la adoración de Dios se resalta como uno de los temas, quizá el tema, más céntrico del Antiguo Testamento. Dios, en la revelación registrada en el Antiguo Testamento, establece la adoración como el primer deber del hombre ante su Creador. El propósito de Dios no es sólo el de traer a los hombres a una reconciliación con él, sino que al ser reconciliados con él lo adoren como el único y verdadero Dios.

En la creación, Dios estableció el séptimo día como día de descanso de los deberes comunes y de adoración a su Creador. Para facilitar la adoración, Dios reveló su plan de morar entre su pueblo escogido en el tabernáculo, dando instrucciones precisas y detalladas para la construcción del mismo. El tabernáculo vino a ser el foco de la adoración del pueblo. Luego, todos los ritos ordenados por Dios tenían el propósito de facilitar la adoración, recordando en forma gráfica quién era Dios y cuál la necesidad del hombre de mantener una relación íntima con él. Así los sacrificios y altares fueron los medios establecidos por Dios para que el hombre pudiera lograr el perdón de sus faltas y afirmar su relación con Dios, parte esencial en la adoración. El arca del pacto y el lugar santísimo, parte del tabernáculo y luego del templo, sirvieron para unir al pueblo alrededor del culto a su Dios. Las fiestas anuales y los días sagrados tenían el propósito de traer a los hombres a la reconciliación con su Dios, o de guiarlos a alabarlos por su bondad. Las ofrendas llegaron a ser parte integral y esencial de la adoración, representando una expresión de gratitud a Dios por su bondad y una entrega personal de la vida a él como fuente de “toda buena dádiva y todo don perfecto”. La obediencia a los preceptos de Dios era la evidencia, de parte del

hombre, de que su adoración era sincera. La adoración sin obediencia, a los ojos de Dios, era una hipocresía.

Jehovah se revela como creador y dueño de todo. Es el Dios de todas las naciones y su propósito es el de reunir a todas las naciones en su reino, un reino universal, en el cual todos tienen el mismo conocimiento de Dios y la misma oportunidad de adorarlo y servirlo. En el Nuevo Testamento veremos cómo este propósito eterno de Dios se define con más precisión en y por medio de su Hijo Jesucristo con el fin de que todas las naciones lo adoren. También Dios se revela como santo y la santidad de vida es un requisito para rendir adoración a él. Dios es celoso por su pueblo y no tolera lealtades divididas.

Dios se agradaba cuando los fieles de su pueblo se acercaban a él, con sinceridad y pureza de corazón, con el fin de adorarlo como el único y verdadero Dios. Mostraba su agrado al recibir la adoración de los suyos, defendiéndolos, guiándolos y prosperándolos en todas las áreas de su vida. Todo lo contrario para los que pervertían la adoración, o se negaban a reconocer y a adorar a Dios según sus instrucciones. Estos eran privados de la misericordia y bendiciones de Dios y llegaron a ser objetos de su castigo. Tristemente la historia sagrada presenta a Israel como olvidándose continuamente de su Dios y de todos sus favores, fácilmente dejándose arrastrar a la idolatría, resultando en injusticias sociales y toda suerte de perversión moral y espiritual.

Segunda Parte

Perspectivas en el Nuevo Testamento

La Adoración en los Evangelios

El tema de la adoración sigue siendo céntrico en el Nuevo Testamento como lo es en el Antiguo Testamento. Encontramos en el Nuevo Testamento por lo menos 61 referencias al término griego *proskuneo* que se reparten en la siguiente manera: Mateo (13); Marcos (2); Lucas (3); Juan (12); Hechos (4); 1 Corintios (1); Hebreos (2); Apocalipsis (24). El término se traduce mayormente "adorar", pero también "postrarse", "arrodillarse" o con algún sinónimo, según la versión en que uno lee. Resalta a la vista el hecho del poco uso del término en las epístolas paulinas y generales. Intentaremos más adelante una explicación por este fenómeno. De entrada podemos observar que aunque muchas de las características de la adoración en el Antiguo Testamento continúan en el Nuevo Testamento, la venida del Mesías en la persona de Jesucristo eleva la adoración a un nuevo nivel. Su persona, enseñanzas y obras revelaron más perfectamente quién y cómo es Dios, lo cual permite una adoración más perfecta y agradable para Dios y de mayor bendición para el adorador. La revelación que Jesucristo trajo de Dios, en comparación con la del Antiguo Testamento, es como la luz del sol en relación con la luz de una vela.

Una de las obras más insólitas que Jesús realizó durante su ministerio terrenal fue la limpieza del templo. Mateo ubica este evento dramático después de la "entrada triunfal" en la ciudad de Jerusalén en la última semana de su vida terrenal (21:12ss.) mientras que Juan lo ubica al mismo principio (2:13). Se discute si sucedió el evento una vez y que los escritores solamente lo ubicaron en distintos lugares, o si sucedió dos veces. El que escribe se inclina a favor de la repetición de esta obra como si fuera el evento para iniciar y terminar su obra, faltando sólo la cruz, resurrección y ascensión.

Sea cual fuere el caso, señala como quizá ninguna otra cosa la tremenda importancia que Jesús atribuía a la adoración de su Padre celestial. P. ej. es la única ocasión cuando asumió una actitud de tanta indignación, y hasta violencia, que amenazó a personas con hacerles daño físico.

Es impresionante el hecho de que todos los vendedores hayan salido apresurados, sin al parecer ofrecerle la más mínima resistencia. ¡Un hombre contra una multitud! Evidentemente ellos veían en sus ojos y en la expresión de

su rostro la ira divina, capaz de asustar aun al más valiente. La pregunta surge: ¿Qué es lo que era capaz de despertar en Jesús tal reacción y determinación, inclusive para desafiar a las autoridades judías? El texto bíblico contesta la pregunta. Ellos habían convertido la casa de oración en una cueva de ladrones (Mateo 21:13). Juan cita a Jesús: "¡Quita de aquí estas cosas y no hagáis más de la casa de mi Padre casa de mercado!" (2:16).

Jesús entendía que el templo era el lugar designado por su Padre para la adoración colectiva que él esperaba recibir de su pueblo escogido. La adoración era vital para la relación entre Dios y su pueblo, y Jesús veía con tremenda tristeza cómo el pueblo, con la autorización de los líderes, había suplantado la adoración por el comercio, el colmo de la secularización. Aun los que venían con el sincero deseo de adorar a Dios encontraban que el ruido de los animales y el regateo de los negociantes hacía imposible un ambiente favorable para ese propósito. Con esta actitud Jesús continuaba la preocupación de los profetas del Antiguo Testamento, y su denuncia al pueblo por haber abandonado la adoración a Jehovah, o por haberla pervertido con la idolatría y el comercio.

Entre los cuatro Evangelios encontramos veintisiete referencias al término *proskuneo*, o sea, casi la mitad de todas las referencias en el Nuevo Testamento. Mayormente estos textos se refieren a la actitud de los discípulos hacia Jesús, en vez de su actitud hacia Dios el Padre. Los incluimos en este estudio por considerar que Jesucristo es Dios, la segunda persona de la Trinidad. Lentamente, los discípulos llegaron a reconocer a Jesús como el Mesías enviado por Dios y entendemos que también llegaron a reconocer su plena deidad aun antes de su crucifixión.

Mateo

El Evangelio de Mateo tiene el honor de abrir el Nuevo Testamento, no por ser el primer Evangelio escrito, ni mucho menos por ser el primer libro escrito del Nuevo Testamento, sino porque sirve como puente entre el Antiguo y el Nuevo Testamentos. Las múltiples citas del Antiguo Testamento, la genealogía legal de Jesús y otras evidencias apuntan a este hecho. En este primer libro vemos sin demora un cambio fundamental de la adoración: la adoración que se rendía exclusivamente a Dios Jehovah en el Antiguo Testamento ahora se rinde a Jesús, comenzando cuando él era un bebé recién nacido. Es evidente que esta adoración agradaba al Padre.

En Mateo el término *proskuneo* se repite nada menos que trece veces, más que en cualquier otro libro del Nuevo Testamento, con la excepción de Apocalipsis. La adoración rendida a Jesús comienza con su nacimiento y se

extiende hasta la décima aparición del Cristo resucitado, poco antes de su ascensión, o sea, a lo largo de toda su vida terrenal. Sin duda, la adoración iba cobrando cada vez más valor y amplitud a medida que los discípulos iban ampliando su comprensión de quién era Jesús.

La adoración con ofrenda (Mateo 2:2-11)

En la introducción a este estudio mencionamos que la ofrenda es uno de los modos de adoración (respuesta, diálogo, ofrenda, drama, celebración). En el Antiguo Testamento la ofrenda se presentaba como una parte integral de la adoración, comenzando tan temprano como la de Abel y Caín. Los israelitas sencillamente no iban al tabernáculo, ni al templo, a adorar sin presentar una ofrenda. Los pobres podían llevar cosas de poco valor, en vez de animales de más valor, como su ofrenda de expiación (cf. Levítico 5:7, 11).

Es de notarse que el primer acto de adoración en el Nuevo Testamento incluye como parte integral la presentación de una ofrenda. La ofrenda puede ser expresión de gratitud a Dios por su provisión de lo necesario para la vida, pero también lleva la idea de la entrega personal, o rendición de la vida a Dios, reconociéndolo como creador y dueño absoluto.

En el pasaje bajo consideración, unos magos vinieron del oriente a Jerusalén. Sigue siendo un misterio quiénes eran y de dónde precisamente habían venido. Varios escritores sugieren que lo más probable es que habrían venido de Persia (Irak o Irán modernos) y que se habrían enterado de la promesa de un Mesías venidero por medio de los judíos que vivían en colonias en esa zona. Parece que ellos asociaron la aparición de la estrella con la esperanza mesiánica y no demoraron en emprender el largo viaje a Jerusalén. De estos misteriosos paganos, hombres buscadores de la luz y la verdad, estudiosos, astrólogos, aprendemos lecciones valiosas acerca de la adoración que agrada al Altísimo.

La primera lección es que vinieron con el propósito definido de adorar. El texto bíblico emplea tres veces el término griego *proskuneo* en este pasaje. Dos veces se refiere al propósito de los magos: "hemos venido para adorarle" (2) "y postrándose le adoraron" (11). Es importante el hecho de que no vinieron para satisfacer su curiosidad, o meramente hacer acto de presencia, o cumplir con una obligación, u obtener algún beneficio social o financiero, ni para sanidad física. Ellos vinieron del oriente a Belén con un propósito en mente: adorar al rey de los judíos. Dios se agrada cuando los seres humanos se acercan a él motivados con el solo deseo de adorar al "Rey de reyes".

Todo lo contrario el caso de Herodes. Lleno de celos, ideó un plan para deshacerse de este nuevo rival a su reino. Era capaz de decir que quería ir y adorarle: "para que yo también vaya y le adore" (8), pero su intención era otra muy

distinta. Dándose cuenta luego de que los magos no habían cumplido su orden, y con el fin de asegurarse de la eliminación del niño recién nacido, mandó matar a todos los niños de dos años para abajo. Es obvio que el solo hecho de decir vengo a adorarlo no le engaña, ni le agrada, porque él lee los corazones como si fueran un libro abierto. La intención con que el adorador llega a Dios en el acto de adoración determina si es agradable y aceptable, o no.

La segunda lección es que vinieron desde muy lejos para adorar. “Vinieron del oriente.” No había una ruta directa del oriente a Palestina por causa del vasto desierto de Arabia que los separaba. Como en el caso de Abraham cuando fue llamado, los viajeros tenían que ir hacia el noroeste por lo menos 1.500 kms. y luego hacia el sudoeste unos 600 kms. más para llegar a Jerusalén. Aun en camellos yendo a galope, sería un viaje de por lo menos un mes (más probablemente varios meses). Una evidencia de la demora de ellos para llegar a Jerusalén es que ya José, María y Jesús estaban en una casa (11). Otra es que Herodes mandó matar a todos los niños de la zona de dos años de edad para abajo (16).

Además de ser un viaje largo, con grandes desgastes físicos y abundantes peligros, sería muy costoso en términos de dinero. Pero ningún obstáculo podría detenerlos en su deseo de conocer al nuevo rey y rendirle culto. En términos modernos sería comparable con hacer un viaje alrededor del mundo, o más.

La tercera lección es que vinieron con muy poca revelación. Vieron una estrella (vv. 2, 9). Lo único que estos magos sabían era que iba a nacer un Mesías. No sabían dónde, ni cuándo nacería, ni qué tipo de Mesías sería. Pero, al ver una estrella nueva y espectacular saltaron a la conclusión de que sería una señal anunciando el nacimiento de ese personaje sin igual. Quizá fueron motivados en parte por la curiosidad, pero sin duda también sentían un vacío espiritual que anhelaban llenar. Siguieron la única luz que tenían, por más débil que fuera, como uno que anda a tientas en la oscuridad. Es irónico que los judíos, los del oriente y los de Palestina, que conocían tan bien las Escrituras, y que éstas encerraban una revelación más plena, no se presentaron para celebrar el evento del nacimiento del nuevo rey. Y ahora para nosotros la revelación del Nuevo Testamento es supremamente más perfecta que la del Antiguo Testamento.

La cuarta lección es que vinieron a adorar con gran gozo. “Al ver la estrella, se regocijaron con gran alegría” (10). Habían seguido la estrella durante semanas, llegando hasta Jerusalén. Parece que fue el plan de Dios que los líderes de los judíos se enterasen, por boca de los magos (paganos), que Dios estaba cumpliendo una promesa hecha siglos atrás. Los líderes sabían dónde iba a nacer el Mesías, pero no indicaron ningún interés en investigar, por lo menos a esa altura. Herodes, el malvado rey, mostró más interés que los mismos líderes religiosos, pero su motivación fue estimulada por un celo descontrolado.

En cambio y en contraste, los magos tenían un propósito sencillo y puro.

Cuando salieron de la presencia de Herodes, vieron otra vez la misma estrella que habían seguido desde el oriente, pero ahora se dirigía hacia el sur, a Belén. Era la confirmación que buscaban de que estaban en buen camino, y este hecho produjo gran gozo. Seguramente su emoción se intensificaba al acercarse al destino de un largo viaje. Estaban descubriendo que Dios da orientación a los que le buscan de corazón. No los dejaba a tientas en la oscuridad. La dirección era tan precisa que la estrella llegó hasta parar sobre la casa donde estaba el niño Jesús. ¡No había forma de equivocarse! Este evento hace recordar la experiencia similar de Cornelio y sus mensajeros enviados a Jope a buscar a Pedro (Hechos 10:1-6).

La quinta lección es que vinieron a adorar con ofrendas en mano. Aun con su poca revelación, como fue el caso de Caín y Abel, sintieron el deseo natural de presentar una ofrenda en su acto de adoración. Pero, antes de presentar la ofrenda, se presentaron a sí mismos, es decir postrándose le adoraron (11). Mateo une dos verbos que significan esencialmente lo mismo: “postrarse” y “adorar”. Frecuentemente el verbo *proskuneo* se traduce “postrarse”. En este contexto, probablemente postrarse (lit. habiendo caído al piso) indica la postura del cuerpo y adorar significa una expresión verbal. ¿Qué habrán dicho? Es muy posible que a esta altura el niño Jesús caminaba y quizá María tenía que sujetarlo en la falda durante el acto. De todos modos, ya no estaba en un pesebre.

Como parte de su adoración, los magos presentaron sus ofrendas, después de presentarse a sí mismos. A Dios le agrada que el creyente se rinda a él primero y que la ofrenda represente esa rendición a él como dueño y señor soberano (cf. 2 Corintios 8:5). Sus ofrendas eran valiosas: oro, incienso y mirra. Muchos opinan que las ofrendas tenían un valor simbólico: el oro es valioso, un regalo digno de un rey; el incienso es un regalo apropiado para la divinidad; la mirra se usaba para la sepultura de muertos.

El dinero que obtenemos legítimamente realmente representa una parte de nuestra vida, ya que para ganarlo tuvimos que entregar horas y energía de nuestra vida trabajando. Hacemos un trueque, dando vida por dinero. Por eso, el sueldo vine a ser sagrado, pues representa la vida. Luego, al ofrendar parte de ese dinero a Dios en adoración, estamos ofreciendo en efecto parte de nuestra vida que simboliza la entrega de toda la vida.

Así que los magos vinieron desde lejos, no reparando en gastos de dinero, tiempo y energías; vinieron con muy poca revelación, por lo menos en comparación con los judíos de antaño y más en comparación con la revelación que nosotros tenemos; vinieron con gran gozo, lo que debe caracterizar la adoración; y vinieron con ofrendas en mano.

Cuánto tiempo se habrán quedado los magos en Belén, no lo sabemos. Pero, una cosa es segura, volvieron a su tierra con una nueva experiencia, una nueva visión del universo, y un concepto más claro de quién y cómo es Dios. Habían

estado en la presencia de Dios en un acto sincero de adoración, lo que asegura cambios fundamentales en la vida. Una evidencia de un cambio en los magos es que decidieron obedecer a Dios antes que a los hombres (cf. Hechos 4:19). Siendo advertidos por revelación en sueños no regresaron a Jerusalén para informar a Herodes en cuanto a Jesús, sino que regresaron a su país por otro camino (12).

La evidencia de que este acto de adoración haya sido del agrado de Dios se ve en el hecho de que el relato del mismo se encuentra en detalle en un lugar prominente del Nuevo Testamento. Y lo que está escrito en el Nuevo Testamento, fue escrito bajo inspiración de Dios y para nuestra instrucción (cf. Romanos 15:4; 1 Corintios 10:11).

Adoración a quién (Mateo 4:9, 10)

Dos referencias más del término griego *proskuneo* se encuentran en el capítulo cuatro de Mateo. En el pasaje de Mateo 4:1-11 encontramos la descripción de las tres tentaciones que el diablo lanzó contra Jesús en el mismo principio de su ministerio público, o sea, inmediatamente después de su bautismo (cf. Lucas 4:7, 8). Estas tentaciones tenían que ver con la naturaleza del reino que Jesús vino a establecer. Probablemente las tentaciones, según el relato de Mateo, se arreglan en orden ascendente, de menor a mayor intensidad y referencia al reino. En todo caso, la tercera de las tres tenía referencia directa al reino.

El diablo, con suma astucia, quiso desviar a Jesús de su propósito de fundar un reino espiritual en el cual los hombres adorarían sólo a Dios. Jesús era muy consciente de que el establecer el reino espiritual según la voluntad del Padre involucraba un camino de sufrimiento y rechazo, terminando en su crucifixión. Tasker resume este episodio así: "Para evadir el camino de la cruz por medio de ser desobediente a la vocación del Siervo sufriente despreciado y rechazado por los hombres, sobre el cual se colocaría la iniquidad de todos nosotros, era la más grande y persistente tentación de Jesús... fue el clímax de las tentaciones del desierto."

"Todo esto te daré, si postrado me adoras" (9) constituye una oferta de camino fácil, libre de sufrimiento y humillación, y el dominio inmediato sobre el mundo material en un sentido limitado. Algunos cuestionan si el diablo tenía el derecho de ofrecerle los reinos del mundo. En un sentido tenía ese derecho porque Dios le había concedido un poder limitado sobre el mundo, de modo que era conocido como el príncipe de este mundo (Juan 12:31; 14:30; 16:11; Efesios 2:2).

Pero Jesús, empleando la "espada del Espíritu" (Efesios 6:17) e indicando a quién debemos adorar, cita Deuteronomio 6:13. La respuesta de Jesús se basa en

la Septuaginta (versión griega del Antiguo Testamento), la cual se usaba generalmente en el primer siglo por los judíos. Esta cita altera ligeramente la versión hebrea en dos puntos: El hebreo dice "A Jehovah tu Dios temerás" y omite "solo" en la segunda línea. Así, en el comienzo de su ministerio terrenal, como luego en el huerto de Getsemaní, Jesús escoge el camino de obediencia del Padre para poder establecer un reino espiritual, un camino de sufrimiento y muerte para él, pero de salvación para el mundo y gloria para el Padre.

Las tentaciones de Jesús son las mismas que los creyentes enfrentan en este mundo. El diablo sigue procurando desviar a los seres humanos de la obediencia de la voluntad de Dios para aceptar un camino fácil, sin sufrimiento, ni humillación, con la sola condición de que se le adore a él. Sigue ofreciendo el dominio del mundo en el cual él es príncipe. La respuesta de Jesús es un modelo para nosotros si es que deseamos agradar al Padre y participar en el establecimiento de su reino.

Adoración y aflicción (Mateo 8:2; 9:18; 14:33; 15:25)

El ministerio de Jesús involucró tres áreas: enseñando... predicando... y sanando (4:23). La sanidad física era un ministerio de compasión y de revelación. Jesús se compadecía de la necesidad humana en todas sus dimensiones y actuaba en base a esa compasión. Pero sus obras también cumplían otro fin, el de revelarlo como el Mesías de Dios. Mateo relata muchos de estos milagros, o señales, entre los cuales se encuentran los tres casos que hemos de considerar aquí. Estos tres casos tienen algo en común: existía una necesidad triste y urgente, cada uno acudía a Jesús buscando solución a su aflicción, le adoraba y luego recibía la sanidad. Lo que resalta de estos pasajes es que su adoración precede a su bendición. No adoraron por haber recibido una bendición, sino en fe y anticipación de ella.

Un leproso sanado, Mateo 8:2. Aunque Mateo menciona en general las sanidades que Jesús realizaba antes (4:23), en este pasaje encontramos el primer milagro de sanidad que él describe en detalle. Siendo este Evangelio de carácter didáctico, Mateo agrupa varios milagros en los capítulos 8 y 9, pero la sanidad del leproso es el primero. La expresión "se postró" es la traducción del término griego *proskuneo*, el cual ciertamente significa "postrarse", pero más, significa postrarse para rendir honor o culto.

Notemos la gran aflicción del leproso, un caso que ofrecía poca o ninguna esperanza de sanidad en aquel entonces. Seguramente había probado todo remedio casero que le hubieran ofrecido, había consultado con los médicos, pero no había experimentado ninguna mejoría. Más, era un excluido, un rechazado, alguien que tenía por ley que clamar continuamente "inmundo" con el fin de

advertir a los que se acercaban del peligro de tocarlo. Tenía que vivir aparte en colonias de leproso, separado de familiares y amigos de antes.

En medio de su aflicción y angustia, se acercó a Jesús y le adoraba. El verbo está en el tiempo imperfecto, indicando acción repetida o continua. Este concepto en sí indica que lo que Mateo estaba diciendo era más que "postrarse", pues no hay indicación de que se postraba, se levantaba y volvía a postrarse varias veces. Pero, sí, indica que sus palabras de adoración salían de su boca repetidas veces. Lo más importante en este pasaje para nosotros es el hecho de que el leproso adoraba a Jesús antes de recibir la sanidad y aun antes de tener una promesa de ella. ¡Adoraba a Jesús estando aún en su angustia! ¡Qué lección para nosotros!

Obsérvese la humildad y fe del leproso: "¡Señor, si quieres, puedes limpiarme!" No había duda en su mente en cuanto al poder de Jesús de realizar este gran milagro, pero sólo dudaba de si estaría dispuesto a aplicar su poder milagroso a un miserable leproso. Esta clase de humildad y fe siempre obtiene la atención y agrado de Dios ante personas con necesidades.

Esta actitud de parte del leproso agradó a Jesús sobremanera y la evidencia de su agrado es que no demoró en realizar el milagro. "Jesús extendió la mano y le tocó" (3), indicando el grado de su compasión y su aprobación de su adoración. El milagro fue instantáneo y completo. "Al instante quedó limpio de la lepra" (3). Otra evidencia del agrado de Jesús, y de Dios Padre, es que el relato figura en el Nuevo Testamento.

La hija de un hombre principal resucitada, Mateo 9:18. En la misma sección donde Mateo agrupa la primera serie de milagros, demostrando la autoridad de Jesús sobre distintas áreas de la vida y de la naturaleza, encontramos este emocionante relato. En este caso, el afligido y angustiado no es la persona enferma, sino el padre de una niña que estaba moribunda. Pocos pueden comprender la desesperación de un padre que está a punto de perder a uno de sus hijos, en este caso una niña. El que escribe, con su esposa, pensaron durante una hora que habían perdido a uno de sus hijos en las olas del Atlántico en la costa del Uruguay. Sencillamente no se puede poner en palabras la emoción desesperante que sentían, o el alivio al descubrir que estaba a salvo.

Jairo, que era un principal de la sinagoga en Capernaum (Marcos 5:22), un líder religioso de alto prestigio, llegaba a Jesús con un ruego urgente. Mientras esperaba la respuesta de Jesús, vino la mujer con flujo de sangre que Jesús atendió, seguramente probando la fe y paciencia de Jairo. Sería algo como si una ambulancia, llevando a un enfermo moribundo al hospital, se detuviera para socorrer a otro en el camino.

Notemos cómo vino Jairo: "se postró" delante de Jesús, un joven profeta criticado por muchos, exponiéndose a la crítica de sus conocidos en Capernaum.

Probablemente su posición y prestigio estaban en juego, como fue el caso de Zaqueo que trepó al árbol para ver a Jesús. Nada le importaba en ese momento sino la sanidad de su preciosa hija. "Se postró" otra vez traduce el término griego *proskuneo*, cuando mejor sería la traducción "adoró". También, como en el caso anterior, el verbo está en el tiempo imperfecto, por lo tanto sería mejor traducirlo como "lo adoraba".

Pero quizá la lección más importante para nosotros es que la adoración precede el milagro de la resurrección. Es decir, Jairo adoraba a Jesús cuando todavía estaba en su aflicción y sin ni siquiera una palabra de promesa de Jesús de que iba a atender su ruego. Es la adoración de fe y confianza en la bondad y misericordia de Dios, de que él le daría lo que es mejor para su gloria y la extensión de su reino. En el caso de Jairo, esto significaba uno de los milagros más espectaculares de todos, la resurrección de un muerto. Es el primero de tres casos cuando Jesús resucitó a un muerto.

El agrado de Jesús de la adoración de Jairo se ve en dos maneras: resucitó a su hija de la muerte y este relato se incluye en la lista de los milagros del Nuevo Testamento. Debemos leer la lista de los milagros del Nuevo Testamento. Debemos recordar que hubo muchas otras señales que hizo Jesús, las cuales no están registradas en el Nuevo Testamento. Esta fue incluida por la voluntad de Dios y como ejemplo para nosotros (Juan 20:30, 31). No es siempre su voluntad sanar a los enfermos, o resucitar a los muertos, pero siempre la ayuda celestial está al alcance del que adora con la fe y humildad de Jairo. Tampoco debemos asumir que Dios no se agrada de nuestra adoración cuando no viene la sanidad que pedimos. Se agradaba en la adoración y ministerio del apóstol Pablo, pero no le quitó el "aguijón en la carne" (2 Corintios 12:7-9).

La hija de la mujer cananea sanada, Mateo 15:25. Jesús fue con sus discípulos a Tiro y Sidón, dos ciudades de Fenicia, al noroeste de Palestina, sobre la costa del Mediterráneo, buscando un lugar donde descansar y tener un retiro. La mujer cananea era griega, es decir, una pagana que se enteró de la presencia de un sanador a su alcance. Ella describe su angustia, diciendo: "Mi hija es gravemente atormentada por un demonio" (22), pero ella también estaba gravemente atormentada al contemplar la condición desesperante de su hija. Apela a la misericordia de Jesús, no a sus propios méritos.

La actitud de Jesús es sorprendente: primero guarda silencio (23); sus discípulos quieren despedirla sin atender a su necesidad; luego él prácticamente la rechaza diciendo que su misión se limitaba a los judíos. Nótese qué hace ella ante tales actitudes. "Entonces ella vino y se postró delante de él diciéndole: ¡Señor, socórreme!" (25). Es necesario observar otra vez que la expresión "se postró" traduce el mismo verbo *proskuneo* y está en el tiempo imperfecto, dando la idea de acción continuada, o repetida: "le adoraba", o "estaba adorándole".

La lección que nos interesa aquí es que ella rindió a Jesús una adoración humilde y de fe antes de recibir la bendición que tanto anhelaba, estando aún en su aflicción y, más, por todas las apariencias siendo despreciada. La combinación de humildad y de fe siempre agrada a Dios. El agrado de Jesús por la adoración de esta mujer pagana se ve en tres maneras: sanó a su hija, la felicitó por su fe (28) y el relato se incluye en el Nuevo Testamento.

Es interesante que Jesús nunca felicitó a un judío por su fe, ni aun a uno de sus discípulos, pero lo hizo aquí con esta mujer griega y con el centurión romano (Mateo 8:10). Las dudas, despertadas por el trato de Jesús a la mujer, desaparecen cuando consideramos las expresiones de su agrado por el acto de ella.

De estos tres casos se puede cuestionar la motivación de las personas que venían con sus necesidades, adorando antes de recibir lo que buscaban. ¿Adoraron sólo con el fin de conseguir lo que más necesitaban? ¿Era su adoración sólo un medio para lograr un fin egoísta, sin tener en mente el propósito de honrar a Jesús, fuere lo que fuere su respuesta? Es posible, aun probable, que tal motivación existía. Nos preguntamos "si" tal motivación agrada a Dios. Evidentemente, en esos casos Jesús aceptó y aun felicitó la actitud de fe y adoración. Pero, hay una diferencia entre esos casos y el nuestro hoy en día. En primer lugar, la única evidencia para ellos de que Jesús era realmente el hijo de Dios era su poder de realizar milagros. También, debemos recordar que estos eventos tuvieron lugar antes de la cruz y resurrección de Jesús, cuando la revelación de Dios y la naturaleza de su reino estaban muy limitadas. En tercer lugar, ni los mismos discípulos habían captado la naturaleza verdadera del reino de Dios, mucho menos estas tres personas que llegaron a Jesús con sus necesidades.

El caso nuestro es otro muy distinto. Tenemos el beneficio de la revelación del Nuevo Testamento, de la historia del cristianismo y de la presencia del Cristo resucitado reinando en miles de creyentes en nuestros días. Por las enseñanzas de Jesús y el mensaje de los apóstoles, sabemos que a Dios le agrada la adoración de los suyos tan solamente porque él es Dios y merece la alabanza de su pueblo. Por otro lado, la actitud que dice "te adoraré siempre y cuando me concedas lo que pido y soluciones todos mis problemas" es egoísta, desacredita el evangelio y deshonra a Jesús.

Adoración y revelación (Mateo 14:33)

En el episodio relatado en Mateo 14:22-36, Jesús realizó tres milagros: caminó sobre el agua, mandó a Pedro caminar sobre el agua y calmó la tempestad. Como resultado de haber presenciado estos milagros, los discípulos adoraron a Jesús. A lo largo de los tres años de ministerio público los discípulos iban comprendiendo poco a poco quién era Jesús. Sus enseñanzas, sus milagros y su vida

sin igual iban revelando que en medio de ellos había uno que era más que hombre y más que profeta. Llegaron a reconocerlo como el Mesías, el Hijo de Dios.

Jesús había alimentado a los cuatro mil en el lado oriental del mar de Galilea. Obligó a sus discípulos a subir en el barco para cruzar al lado oriental mientras él despedía a las multitudes, sin indicar cómo él mismo pensaba cruzar el mar. Subió al monte y pasó la noche en comunión con el Padre. En la cuarta vigilia de la noche, o sea, entre las tres y seis de la madrugada, Jesús vino caminando sobre el agua. Alcanzó a los discípulos que estaban luchando con el viento y las olas, sin avanzar casi nada. Al verlo caminando sobre el agua ellos se espantaron, pensando que era un fantasma. Jesús les calmó con tres mandatos que se pueden traducir así: ¡seguid confiando!, ¡yo, el eterno soy!, ¡no sigáis temiendo! Primero, su temor se debía a la falta de confianza en Jesús y les manda a seguir confiando en él. Segundo, Jesús se identifica con "Yo Soy" en la misma manera que Jehovah se identificó ante Moisés en el desierto desde la zarza que ardía (Exodo 3:14). El "Yo Soy" indica "ser eterno", sin principio ni fin, el mismo ayer, hoy y por los siglos (Hebreos 13:8). Tercero, prohíbe la continuación del temor. La presencia de Jesús en su medio debe disipar todo temor como el sol disipa la neblina matutina. Uno puede en un momento de susto tener temor, pero Jesús prohíbe que el creyente siga temiendo. El temor no debe ser característico de sus seguidores.

La súplica de Pedro a Jesús de permitirle caminar sobre el agua emplea la partícula *si*, en lo que se llama una construcción de primera clase condicional. Esta construcción presume la realidad de la premisa, dando una traducción así: "ya que eres tú, manda que yo camine sobre el agua". Es decir, Pedro no dudaba de que fuese Jesús. El texto indica que Pedro, sí, caminó algunos pasos sobre el agua, pero luego desvió su vista de Jesús mirando hacia las olas, y comenzó a hundirse. Jesús lo levantó, reprendiéndole por su falta de fe, y los dos entraron en el barco.

Jesús realizó el tercer milagro cuando, al entrar en el barco, se calmó el viento, o lit. "se cansó el viento", o "se gastó". Marcos indica que los discípulos estaban sumamente perplejos (6:51; cf. RVR 1960 "se asombraron en gran manera, y se maravillaban") ante esta exhibición de la autoridad de Jesús. Mateo, en cambio, dice que su reacción fue otra: "le adoraron diciendo: ¡Verdaderamente eres Hijo de Dios!" (14:33). Mateo estaba presente allí como testigo ocular de estos milagros y pudo recordar más precisamente cómo respondió él y los demás discípulos.

Señalamos arriba que uno de los propósitos de los milagros de Jesús fue el de revelar quién era él, es decir, su identidad verdadera. En este caso los milagros lograron ese propósito, resultando en revelación y adoración. Dios siempre toma la iniciativa en revelarse a los hombres, como en este caso de Jesús, y la respuesta que corresponde es asombro, maravilla y adoración.

En el principio de su ministerio público, Jesús escogió a doce hombres quienes tendrían la tremenda responsabilidad de extender su reino (cf. Mateo 28:16-20). Durante tres años Jesús dio prioridad a la preparación de los doce, en manera especial llevándolos paso a paso a reconocerlo como el Mesías, el Hijo de Dios. Roberto Coleman llama a ese propósito el *Plan Supremo de Evangelización*. Nada era más importante para Jesús en su misión que asegurar este reconocimiento. Por lo tanto, grande fue su gozo y agrado cuando los discípulos lo adoraron y exclamaron: "Verdaderamente eres Hijo de Dios." En su confesión de Cesarea de Filipos, Pedro exclamó esencialmente lo mismo, pero agregando que Jesús era el Cristo, o Mesías (Mateo 16:16). Lo importante para nuestro estudio es que la revelación produjo adoración.

Toda revelación que el creyente recibe de Dios debe llevarlo a la adoración. La fuente principal de la revelación de Dios es la Biblia, aunque vemos aspectos de Dios en la naturaleza, eventos diarios, relaciones humanas, etc. Al leer y estudiar la Biblia diariamente debemos estar atentos a la revelación que Dios quiere darnos, cada día recibiendo un nuevo concepto de Dios, o ampliando y perfeccionando un concepto que ya tenemos. Esta revelación nos da un nuevo motivo para adorar a Dios y la adoración que rendimos a él, como resultado de la revelación que hemos recibido, agrada a Dios. Ese es el propósito principal de toda revelación, que los hombres lleguen a conocer y adorar al Dios revelado en Jesucristo.

La adoración como temor ante seres humanos (Mateo 18:26)

Al contar una parábola, ilustrando la necesidad de perdonar a los hermanos sus ofensas, Jesús empleó el término *proskuneo* para describir la acción de un siervo ante su rey. El término en este contexto lleva la idea de respeto y temor, incluyendo la humillación para rogar misericordia. Es la única ocasión en los cuatro Evangelios cuando se usa de un ser humano ante otro semejante, no llevando la idea de rendición de culto. Por eso, aquí la traducción apropiada sería "se postró", como en la RVA.

La adoración egoísta (Mateo 20:20)

Este estudio intenta descubrir los principios bíblicos de la adoración que agrada al Altísimo. En este pasaje bajo consideración, sin embargo, encontramos un intento de adoración que ciertamente no agradó a Jesús, ni a Dios Padre. Hemos visto en varios pasajes el hecho de que la actitud o intención del adorador es de suma importancia si es que realmente nuestro propósito es el de agradar a Dios. Jesús recién había anunciado su muerte inminente. Parece que la madre

de Juan y Jacobo, al darse cuenta de que muy pronto Jesús iba a faltar, aprovechó el momento para solicitar un favor personal y egoísta. Quería nada menos que sus dos hijos ocupasen los puestos de mayor honor en el nuevo reino.

Antes de mencionar las implicaciones de este acto, conviene aclarar dos puntos. Primero, parece ser que la madre de Juan y Jacobo, o sea la esposa de Zebedeo, era Salomé, hermana de María, madre de Jesús. Llegamos a esta conclusión por comparar dos textos bíblicos: Mateo 27:56 y Marcos 15:40. Aceptando esta conclusión, Jesús sería su sobrino y quizá Salomé pensaba que, siendo su tía, tenía cierto derecho de pedir esto. Segundo, según el relato de Marcos (10:35ss.), fueron los mismo hijos, Juan y Jacobo, que se presentaron y pidieron los lugares de privilegio directamente a Jesús. Algunos sugieren que la solución a esta aparente discrepancia es que Salomé habrá hablado a Jesús privadamente, o en voz baja, para que los demás discípulos no pudiesen escuchar. Parece, sin embargo, que la idea de la solicitud tuvo origen en Juan y Jacobo por el hecho de que Jesús se dirige a ellos cuando contesta. De todos modos, el origen final de la solicitud no afecta las lecciones que queremos sacar del evento. En base a este pasaje bíblico, a continuación presentamos la adoración que no agradó a Jesús.

La adoración en que uno busca el engrandecimiento personal. Salomé tenía una cosa en mente al pedir los lugares de honor para sus hijos, el engrandecimiento de ellos e indirectamente el de ella también. Toda madre desea lo mejor para sus hijos, que sobresalgan en todo, y eso es natural y bueno siempre y cuando lo obtengan legítimamente y según la voluntad de Dios. Pero en este caso lo quería como un favor especial, no considerando si lo merecían o no. Entonces, era un pedido egoísta. Adoración y solicitudes egoístas no agradan a Dios. La actitud de Salomé se puede resumir así: "yo y los míos primero, no importa los demás".

La adoración en que se olvida de la base de los premios espirituales. La base de los premios espirituales es la fidelidad a la voluntad de Dios, no favoritismos personales. Jesús dice que en el día final Dios dirá a los justos: "Bien, siervo bueno y fiel. Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor" (Mateo 25:23). Dios es el que reparte soberanamente los premios en su reino, teniendo en cuenta la fidelidad de los suyos.

Nuestra sociedad opera frecuentemente a base de favoritismos de amigos y familiares. Es una cosa común ver a personas buscando a alguien que le dé una mano para ascender otro escalón de honor, privilegio, poder, o ganancia material. En el proceso, muchos que merecen esos avances no los reciben y la nación sufre. ¡Pero en el reino de Dios no será así!

La adoración en que uno busca cualquier cosa menos la voluntad de Dios. Salomé y sus dos hijos, al hacer su solicitud, no consideraron que Dios tiene un propósito para cada uno de nosotros y que lo que le agrada es que tengamos más interés en conocer y obedecer su voluntad que en procurar la nuestra. En vez de

preguntar por la voluntad de Jesús para sus hijos, ella estaba buscando llevar a cabo su propia voluntad, pero con el beneplácito de Jesús. Los creyentes que agradan a Dios en la adoración son los que dicen: "Señor, que se haga tu voluntad en mi vida." Ese es el ejemplo que Jesús nos dejó (cf. Mateo 20:28; 26:42).

La adoración en que uno quiere exigir o mandar a Dios. Notemos la actitud mandona que Salomé asume ante Jesús. Realmente la suya no era una solicitud, sino una orden. Ella dice: "Ordena que en tu reino estos dos hijos míos se sienten el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda" (21). El término *ordena* es un imperativo (*aoristo*), de acción puntual, que implica que ella esperaba que Jesús lo hiciera en el momento. Algunos piensan que pueden mandar, o demandar de Dios algo, es decir, obligándole a ceder en cualquier cosa que se les antoje. A veces oímos la expresión: "nómbrale y reclámalo", como si pudiéramos reclamar o demandar algo de Dios. Tal actitud es una afrenta a Dios, es contraria al ejemplo de Jesús, y cuando se manifiesta en el curso de la adoración no será de ninguna manera aceptada.

La adoración que produce animosidad y división (24). La solicitud de Salomé, como era de esperarse, produjo división y animosidad de parte de los otros discípulos. Quizá su reacción se debe al hecho de que ellos también esperaban esas posiciones de honor y se enojaron al ver que Salomé se les había adelantado. En todo caso, la actitud de egoísmo siempre produce una reacción negativa, y frecuentemente divisiones y animosidad entre los mismos creyentes. Es otra razón más por lo que decimos que tal adoración no agrada a Dios.

La adoración en que uno tiene un concepto errado del reino (21, 25-28). En resumen podemos decir que la actitud de Salomé y sus hijos manifestaba una total falta de comprensión de la naturaleza del reino que Jesús estaba iniciando. Evidentemente abrigaban el concepto común entre los judíos de un reino terrenal, político y quizá militar en el cual los que ocupaban los puestos más altos serían reconocidos, honrados, favorecidos materialmente y podrían ejercer autoridad sobre los demás.

Contrario a la actitud de la madre de Juan y Jacobo, el adorador que agrada a Dios es el que reconoce a Dios como santo y misericordioso, como el que está en el trono reinando, como el soberano y nosotros sus siervos indignos. En su contestación a la solicitud de los hijos de Zebedeo, Jesús aclara que su reino es radicalmente distinto al del mundo donde los grandes son los que se enseñorean de los demás. ¡El más grande en el reino de Cristo es el que ocupa el puesto de servidor de todos! Lo cierto es que no hay mucha competencia allí. Sólo con esta actitud, y motivado por este principio, es que la adoración del creyente agradará al Altísimo.

La adoración y anuncio de buenas nuevas (Mateo 28:1-10)

Jesús había sido crucificado, resucitó al tercer día y se manifestó en once ocasiones a sus seguidores. Mateo registra la segunda aparición en los versículos 1-10 del capítulo 28 (la primera se describe en Juan 20:11ss.). Este pasaje describe los acontecimientos que tuvieron lugar temprano en la mañana del día de la resurrección cuando María Magdalena y la otra María fueron a ver la tumba donde habían puesto el cuerpo de Jesús. Un gran terremoto sacudió la tierra, removiendo la piedra que tapaba la entrada de la tumba y el ángel del Señor se les apareció, asegurándoles de la resurrección de Jesús y encomendándoles la tarea de llevar las buenas nuevas a los discípulos que estaban reunidos en Jerusalén.

En este pasaje descubrimos varios principios relacionados con la adoración que agrada a Jehovah: Dios satisface la búsqueda sincera de la verdad de sus adoradores; la obediencia precede a la adoración y abre el camino al encuentro con Jesús; el encuentro con Jesús en la adoración reafirma la comisión de anunciar las buenas nuevas; y la adoración provee renovada motivación para la obediencia continuada.

La adoración precedida por la búsqueda de la verdad. Parece ser que María Magdalena había ido más temprano a la tumba en búsqueda de la verdad en relación con la promesa de Jesús de que resucitaría al tercer día. ¿Había resucitado de veras, o no? Era sumamente importante para ella resolver esa pregunta, o duda. Jesús salió a su encuentro y esa pregunta quedó resuelta, lo vio con sus propios ojos y aun se prendió a sus pies (Juan 20:15-18). Ya no había dudas para ella. Pero un poco más tarde, María Magdalena vuelve con la otra María quien deseaba también comprobar la verdad de la resurrección.

Encontraron la piedra removida de la boca del sepulcro y un ángel sentado encima. El ángel calmó el temor de las mujeres, pero no el de los guardas (4). Pudieron comprobar que la tumba estaba abierta y el ángel del Señor les aseguró que Jesús había resucitado. Les dio una comisión de anunciar las buenas nuevas de la resurrección y el plan de reunirse con Jesús en Galilea.

La adoración precedida por la obediencia. Las dos Marías salieron "a toda prisa del sepulcro con temor y gran gozo, y corrieron a dar las buenas nuevas a sus discípulos" (8). Las expresiones "a toda prisa" y "corrieron" indican una obediencia inmediata y con urgencia. Su gozo era incontenible y no podían esperar para compartir buenas tan tremendas como éstas a los otros creyentes. La obediencia no sería una carga, ¡sería un privilegio gozoso! Tal obediencia a la comisión de compartir las buenas nuevas, que ha sido encomendada a todo creyente, es la mejor manera para asegurar la adoración que agrada a Dios.

La adoración precedida por un encuentro personal con Jesús. Nótese la secuencia de la búsqueda de la verdad que hoy en día se realiza mayormente en

el estudio de la Palabra de Dios, la obediencia y el encuentro con Jesús. Las dos Marías habían ido a la tumba buscando la verdad acerca de la resurrección, ahora estaban corriendo a obedecer la comisión recibida del ángel y en el camino de la obediencia tienen un glorioso encuentro con Jesús. La obediencia de la voluntad revelada de Dios suele ponernos en el camino del encuentro con Jesucristo porque es allí donde él anda. El creyente no sólo experimentará un encuentro allí con él, sino también íntima comunión con él (cf. Juan 14:21; 15:10, 15). Veremos que estos pasos preceden una experiencia inolvidable de adoración.

“Y he aquí, Jesús les salió al encuentro” (9a) a las dos Marías, estando ellas en plena marcha de obediencia. Ellas responden con tres acciones definidas: acercándose, abrazaron sus pies y le adoraron (9b). “Adoraron” aquí traduce el término griego *proskuneo*, el cual es el foco de atención en este estudio. El se presentó a su alcance, pero ellas luego se acercaron a él. El tomó la iniciativa y ellas respondieron. (Dios sigue acercándose a los hombres y espera la respuesta de ellos.) Las mujeres querían estar tan cerca a él como fuera posible. El abrazo de sus pies revela a la vez humildad, amor y el deseo de retenerlo. Es el cuadro perfecto de lo que debe ser la adoración del creyente: postración a sus pies en una expresión de humildad, amor, alabanza y el deseo de nunca, nunca soltarlo.

Primero, Jesús calma el temor de ellas y luego les encomienda la misma misión que habían recibido del ángel, pero con una gran diferencia. El mensaje del ángel fue de segunda mano, pero ahora tienen la comisión del mismo Señor resucitado, ¡buenas nuevas de primera mano! Las buenas nuevas que convencen más son éstas. La gente quiere oír un mensaje que procede del mismo Señor, no de ángeles, ni muchos menos de hombres.

La adoración provee renovada motivación para anunciar las buenas nuevas. Si las dos Marías salieron a toda prisa para obedecer la comisión del ángel, ¡con cuánto más gozo y convicción salieron del encuentro personal con Jesús y del acto de adoración! La comisión que Jesús les dio incluía sólo dos temas: la seguridad de su resurrección y la cita que tendría con ellos en Galilea. La comisión que los creyentes tienen para compartir hoy en día incluye la totalidad del evangelio, tanto de salvación para los incrédulos como de edificación para creyentes.

Se afirmó en la introducción del estudio que la iglesia tiene cinco funciones: adoración, proclamación, enseñanza, comunión para los creyentes y ministerio a los necesitados. Pero la adoración es la función primaria porque provee dirección y motivación sostenida para las otras cuatro funciones. Las dos Marías cumplieron su misión, avisaron a los discípulos y todos (más de quinientos, Mateo 28:16; 1 Corintios 15:6) fueron a Galilea.

Adoración y misión (Mateo 28:16-20)

Inmediatamente después del nacimiento de Jesús, Mateo presenta el caso de la adoración de los magos. Aquí, terminando su Evangelio, como “broche de oro”, presenta otro caso de adoración en relación con la entrega de la “gran comisión”. Entre la mención con que abre y cierra el Evangelio, hay once referencias más al término *proskuneo* incluidas. Hay muchos estudios y mensajes sobre la “gran comisión”, su contenido y obligación misionera, pero brilla por su ausencia la consideración de lo que precede a este evento culminante del Evangelio. En este estudio deseamos enfocar la luz de la Palabra sobre los eventos preparatorios.

La adoración que agrada a Dios es precedida por la obediencia, v. 16. Tanto el ángel como el Señor mismo habían instruido a los discípulos a hacer el largo viaje a Galilea para reunirse con él allí. Se trata de un viaje de unos 150 kms., probablemente más si siguieron la ruta más transitada por los judíos, cruzando el río Jordán y subiendo por la orilla oriental para evitar entrar en Samaria. Seguramente algunos de los seguidores se preguntaban ¿por qué era necesario hacer un viaje tan largo? Todos estaban en Jerusalén y Jesús (ya resucitado) podía trasladarse sin mayores molestias de un lado a otro, pero ellos tendrían que caminar esa larga distancia. Pero, ¿qué hubiera sucedido si no hubieran obedecido? Jesús tendría un propósito importante en la cita en Galilea: quizá porque había pasado la mayor parte de su ministerio allí, o quizá deseando estar lejos del templo y los líderes religiosos, o quizá quería dar oportunidad a los creyentes en Galilea de verlo en su gloria. Algunos opinan que los citó en el mismo monte donde había pronunciado el “Sermón del monte”.

Pero no nos compete siempre saber las razones de Jesús cuando manda algo. Lo importante es que los discípulos obedecieron y la Biblia establece un premio para los que obedecen (cf. 2 Samuel 15:22; Mateo 7:21; Juan 13:21; 15:10). “Por la fe Abraham, cuando fue llamado, obedeció...” (Hebreos 11:8) y obedeció cuando Dios le mandó sacrificar a Isaac. Fue el testimonio de los demás héroes de la fe registrados en Hebreos 13.

La adoración como producto de una visión del Cristo resucitado, v. 17a. El texto dice: “Cuando le vieron, le adoraron”. La adoración fue el resultado de la visión del Cristo resucitado, victorioso sobre la muerte, triunfante, glorioso. Nótese la secuencia: mandato de Cristo, obediencia de los mandados, visión de los seguidores y adoración. El hecho de ver al Cristo en toda su gloria sería semejante a la visión de Isaías del Señor Santo, en el trono alto y sublime, en el templo (Isaías 6:1ss.). Es una pena que los discípulos no hayan dejado algo escrito sobre la gloriosa apariencia de Cristo en ese momento. Pero los detalles y la magnitud de su gloria no es lo que el Espíritu quería comunicarnos. Lo que sí quería comunicar es que “cuando le vieron, le adoraron”.

Todo creyente genuino tendrá un deseo insaciable de ver al Cristo de gloria y, por medio de él, de ver a Dios Padre en toda su santidad y misericordia. Muchos han creado cuadros de lo que se imaginan sería semejante a Cristo, o a Dios Padre. Otros han creado imágenes para representarlo. Uno podría simpatizar con el deseo de tener algo gráfico, o tangible, para ayudarnos a ver a Dios, pero la verdad es que toda representación del Cristo glorificado estaría tan lejos de la realidad como para restarle gloria.

Dios nos ha dado algo infinitamente superior a cuadros e imágenes para facilitar la visión de cómo él es. Es la figura de él que vemos en la lectura de su Palabra inspirada. Sí, al leer la descripción de Jehovah en el Antiguo Testamento y de Jesús en el Nuevo Testamento podemos formarnos una idea bastante definida de cómo es Dios. De allí lo imprescindible de la lectura bíblica cada día porque en ella veremos a Dios en toda su gloria. Por más que lo veamos allí, más tendremos el deseo de adorarlo. Y por más preciso que sea el concepto que tenemos de Dios, mejor y más acertadamente podemos adorarlo. Y esa adoración será agradable para él, porque se ajusta a su propia revelación, tal cual es él.

La adoración disipa dudas, v. 17b. Uno de los beneficios de la adoración de Dios es que disipa nuestras dudas. Fue así con los seguidores en el monte con Jesús. La RVA dice "pero algunos dudaron", pero otras versiones, en base a una traducción literal del texto, dicen que "ellos dudaron". Lo importante es que hubo dudas, como es la experiencia de la mayoría de las personas que tienen una mente investigadora. Pero el verbo está en el tiempo pretérito que habla de acción puntual. Tuvieron dudas, sí, pero eran momentáneas. No es un pecado dudar, pero uno se expone al peligro si no resuelve las dudas sin demora. La adoración sirvió para disipar las dudas, y es el remedio divino para los creyentes que hoy en día tienen dudas sinceras.

El dudar significa vacilar entre dos alternativas, estar dividido entre dos opiniones. El creyente querrá estar absolutamente seguro sobre los puntos fundamentales de su fe, si no es así no puede haber paz en su corazón, ni seguridad en cuanto a su relación con Dios. El hecho de ir venciendo las dudas es el proceso necesario en la maduración de la fe inteligente. Nos ayuda saber que aun los discípulos pudieron dudar momentáneamente. Jerónimo, refiriéndose a la resurrección de Jesús, dijo: "las dudas de ellos aumentan nuestra fe".

La adoración acondiciona a los creyentes para oír y obedecer la Gran Comisión. Ahora llegamos al punto que consideramos el más importante en la preparación de los discípulos para oír y obedecer a Jesús. Es la opinión firme del que escribe que Jesús esperó hasta este momento dramático para comisionar a sus discípulos para una tarea humanamente imposible, la de evangelizar al mundo entero. Uno se pregunta por qué Jesús esperó hasta este momento final, poco antes de su ascensión, para abordar este tema de la misión mundial. Por

supuesto fue necesario que él cumpliera su obra redentora en la cruz para salir victorioso de la tumba.

Es en el momento de la adoración verdadera, la que agrada a Dios, que el creyente está capacitado para oír, entender y obedecer una misión que humanamente es imposible. No hubo protesta, ni queja, de que eran demasiado pocos, o demasiado pobres, etc. para asumir una misión tan grande. Ya les había prometido que no los dejaría huérfanos, les iba a acompañar en la persona y poder del Espíritu Santo. ¡Nada más necesitaban para la tarea!

Se completa así el círculo dinámico: mandato-obediencia-adoración-obediencia.

Marcos

El Evangelio de Marcos ofrece sólo dos referencias al término *proskuneo* (5:6 y 15:19), en contraste con el de Mateo donde encontramos trece menciones. Más, las referencias en Marcos tienen que ver con situaciones ajenas a la adoración que agrada a Dios. Si aceptamos la prioridad de Marcos, como es el caso de la mayoría de los comentaristas, vemos la importancia que Mateo dio al tema, agregando un énfasis que no vio éste en aquél. Quizá la razón por esta diferencia se encuentra en el hecho de que Marcos escribía mayormente para los romanos, mientras que Mateo escribía en una comunidad de judíos y para judíos.

La adoración de demonios (Marcos 5:6)

El episodio de la curación del endemoniado se relata en los tres sinópticos (Marcos 5:1-20; Mateo 8:28-34; Lucas 8:26-39). En Mateo son dos endemoniados, pero Marcos y Lucas mencionan sólo uno. Probablemente uno se destacaba más entre los dos y por eso la descripción de Marcos y Lucas. En esta ocasión, Jesús y los discípulos cruzaron el mar de Galilea al lado oriental, a la región de los gadarenos (unos mss. dicen "gerasenos", otros "gergesenos") una zona probablemente cerca de la ciudad de Gadara que estaba ubicada en la provincia de Decápolis. La presencia de cerdos nos asegura que era territorio gentil.

Nuestra atención se enfocará sólo en el hecho de la adoración que el hombre endemoniado rindió a Jesús. Ciertamente fue un caso excepcional por varias razones: la morada del hombre en los sepulcros, la fuerza sobrehumana que poseía, la lastimosa condición del hombre causada por los demonios gritando de día y de noche, hiriéndose con piedras, la percepción sobrenatural de los demonios de la identidad de Jesús, la súplica (¿oración?) de los demonios de poder

entrar en los cerdos, y la locura de éstos cuando Jesús les concedió lo que pedían. Hay varias referencias a un solo demonio habitando en el hombre, pero luego se identifica diciendo "me llamo Legión, porque somos muchos" (9b). Lucas habla de demonios en el plural y agrega que el endemoniado andaba desnudo (cf. Lucas 8:27).

Por la descripción del caso, es evidente que el hombre afectado no tenía control de su lengua, y que los demonios la dominaban y se expresaban libremente por ella. En el relato de Marcos y de Lucas los demonios usaron el mismo título al dirigirse a Jesús: "¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?" (7), una expresión claramente mesiánica. ¿Cómo sabían los demonios la identidad de Jesús? Por cierto, el hombre afectado no había tenido ocasión de aprender quién era Jesús. La única explicación de esta percepción de parte de los demonios es que tenían un conocimiento sobrenatural. Con esta afirmación no queremos dar la impresión de que el diablo y sus demonios tengan conocimiento sin límites, como es el caso de Dios. Tienen tremendo poder, como para romper cadenas, pero no tienen poder absoluto, como lo tiene Dios quien es omnipotente.

Entonces viene la pregunta: ¿Por qué los demonios van hacia Jesús y le adoran? Por lo menos es evidente que el endemoniado temía a Jesús, reconoció quién era y que tenía autoridad sobre él (o ellos), como se implica en la expresión "Te conjuro por Dios que no me atormentes" (7b). Por otro lado, ese reconocimiento no significa un sometimiento. El demonio estaba comprometido con su señor, el diablo, pero entendía que al fin su reino sería derrotado. En un pasaje paralelo los demonios dicen a Jesús: ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo? (Mateo 8:29b). La expresión "antes de tiempo" parece señalar el juicio en la consumación de los siglos cuando todos los enemigos de Dios serán sometidos y echados al infierno.

Este extraño caso nos enseña una lección importante en relación con la adoración: es posible postrarse y adorar ante Jesús, temerle, reconocer su poder y autoridad, aun creyendo en él (Santiago 2:19), pero sin someterse a él para obedecerle. Tal acto de adoración, sin embargo, no agrada a Dios, es esencialmente hipócrita, porque representa una cosa que no es. La obediencia es un elemento indispensable en la adoración que Dios acepta.

La adoración como parodia (Marcos 15:19)

Pilato, habiendo afirmado por lo menos tres veces que Jesús era inocente de las acusaciones lanzadas contra él por los líderes judíos, y habiendo intentado en varias maneras de soltar a Jesús, finalmente lo entregó a los judíos para ser crucificado. Al lavarse las manos Pilato de la responsabilidad de esta tremenda

injusticia, los soldados llevaron a Jesús de vuelta al pretorio donde le sometieron a la tortura e insultos más indignos e inhumanos que pudieron inventar. En una parodia vergonzosa, lo vistieron como "rey", inclusive colocándole una corona de espinas, y le aclamaban con "¡Viva, rey de los judíos!" (18). Sin saberlo, y como gran ironía, estaban coronando al que realmente era el "rey de los judíos" y también de todos los creyentes.

Como si todo eso no fuera más que suficiente, realizaron tres actos más: "le golpeaban la cabeza con una caña, le escupían y puestos de rodillas le rendían homenaje" (19). Es evidente que los traductores de la RVA y otras versiones [cf. RVR-1960, "le hacían reverencias"] tuvieron dificultad para usar el término "adorar" para traducir el vocablo griego *proskuneo*. Literalmente debería ser "le adoraban", porque el verbo está en el tiempo imperfecto, indicando acción continua. Todo esto se hizo como burla (20), pero los soldados probablemente no tuvieron la oportunidad de saber quién era Jesús. El hecho de que Jesús haya orado desde la cruz: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34) indica cierto grado de ignorancia de ellos.

Lucas

Lucas, como Marcos, registró sólo dos ocasiones cuando utilizó el término griego *proskuneo*, aunque la palabra aparece tres veces (4:7, 8; 24:52). De estas dos ocasiones, la primera prácticamente abre su ministerio terrenal y la segunda lo cierra. La primera tiene que ver con las tentaciones iniciales de Jesús, inmediatamente después de su bautismo; la segunda mientras Jesús ascendía al cielo después de la última aparición después de la resurrección. Puesto que las referencias durante las tentaciones fueron tratadas en Mateo (4:9, 10), no las examinaremos aquí.

Viene la tentación de especular un poco sobre la cuestión de si Lucas deliberadamente ubicó estas dos ocasiones cuando menciona "adoración" para abrir y cerrar el ministerio terrenal de Jesús, o fue meramente una coincidencia. En la primera ocasión, fue el diablo quien tentó a Jesús a adorarlo, pero en la segunda fueron los discípulos quienes le adoraron. Lo más que se puede decir, a ciencia cierta, es que el diablo intentó desviar a Jesús del camino de la cruz, ofreciéndole un tipo de señorío sobre las naciones del mundo. Jesús rechazó esa tentación, obedeció el plan del Padre, fue a la cruz, y finalmente fue reconocido y adorado por sus seguidores como el Señor soberano de sus vidas y del mundo entero.

Uno esperaría encontrar más énfasis en la adoración en Lucas, sobre todo considerando que enfatizó tanto la oración, un tema relacionado. Una posible explicación por la escasez de referencias en Lucas es que, como en el caso de Marcos, sus escritos Lucas y Hechos fueron dirigidos a Teófilo, un gentil. Otra

posible razón es que Lucas recibió mucho de su material de Pablo, como Marcos de Pedro, y es notable la ausencia de referencias a *proskuneo* en sus trece epístolas (sólo 1 Corintios 14:25). Pero debemos recordar que tanto Pablo como Lucas usaron otros términos relacionados con la adoración, tales como, p. ej. "glorificar", "alabar", etc. No es correcto, entonces, decir que Pablo y Lucas dieron poco énfasis a la adoración. Con esta introducción, pasaremos a examinar la segunda referencia de Lucas en su Evangelio.

La adoración del Cristo ascendiendo (Lucas 24:52)

Hemos visto muchos ejemplos de la adoración de Jesús en su nacimiento, durante su vida terrenal y después de la resurrección. En relación con la undécima aparición como el Cristo resucitado, condujo a sus discípulos fuera de Jerusalén a un lugar entre el huerto de olivos y Betania, pronunció una bendición sobre ellos y se separó por última vez. Sólo Lucas relata la adoración y regocijo de los discípulos mientras que Jesús iba ascendiendo. En su Evangelio describe la ascensión en breves palabras, pero en más detalle en su segunda obra (Hechos 1:9-11). Notemos por lo menos tres aspectos de esta experiencia de adoración.

La adoración estaba basada en su convicción de que Jesús era divino. A lo largo de tres años de su ministerio terrenal, sus discípulos iban lentamente ampliando y profundizando su comprensión de quién era Jesús y cuál el carácter del reino que vino a establecer. Su vida piadosa, sus enseñanzas y sus obras milagrosas se unieron para convencerlos de su divinidad. Pero nada les había impactado tanto como la crucifixión y resurrección. Si en algún momento habían dudado de la naturaleza verdadera de Jesús, ya no más. Por lo tanto, él era digno de toda la lealtad y adoración de sus seguidores. La adoración era la respuesta natural y espontánea de los discípulos ante la ascensión gloriosa de su Señor.

La adoración se expresaba en un espíritu de gran gozo. Es sumamente interesante que, habiendo expresado tristeza e incertidumbre por la anticipada separación de Jesús antes de la crucifixión, ahora los discípulos se llenan de gozo al verlo alejándose (cf. Juan 14:28). La razón por este cambio radical en sus emociones es que ahora estaban comprendiendo que su salida era necesaria para el cumplimiento de la misión que les había encomendado. Si su crucifixión y resurrección se habían realizado tal cual él había prometido, estaban seguros de que su promesa de enviar "otro consolador" se concretaría también y que no se quedarían "huérfanos". La confianza en el poder sobrenatural y la fidelidad del Cristo ascendido, siendo divino, les dio seguridad en cuanto al futuro y buena base para gozarse.

La adoración dio como resultado la obediencia de sus discípulos. Antes de ascender, Jesús había encargado a sus discípulos esperar en Jerusalén el

cumplimiento de la promesa de la venida del Espíritu Santo (cf. Hechos 1:4). Inmediatamente después de este acto de adoración de Cristo mientras que ascendía, los discípulos regresaron a Jerusalén en obediencia. Esperaron los diez días que faltaban para cumplir los cincuenta, llegando así al día de Pentecostés. Pero esta espera no se hizo con brazos cruzados. Lucas describe la manera como pasaron esos días: "y se hallaban continuamente en el templo, bendiciendo a Dios" (Lucas 24:53), una expresión que es esencialmente un sinónimo de alabanza y adoración. De modo que mientras esperaban el cumplimiento de la promesa, llenaban sus días adorando a Dios.

Leon Morris observa que Lucas comienza su Evangelio en el templo (1:5) y ahora lo termina con los discípulos "continuamente en el templo". Por ahora el templo era el lugar céntrico en la adoración, pero pronto la adoración de Cristo se efectuaría en todos los rincones del Imperio Romano y, un poco más adelante, el templo sería destruido definitivamente (70 d. de J.C.). El lugar de adoración no es el factor que la hace agradable a Dios, sino la actitud del adorador antes y durante el acto y su obediencia después.

Juan

El Evangelio de Juan se dirigió mayormente al pueblo judío y procuraba convencer a los lectores de que Jesús era el Mesías de Dios. El autor presenta, entre otras evidencias de la divinidad de Jesús, siete señales o milagros para que todos lleguen a creer en Jesús como el Hijo de Dios y recibir la vida eterna (20:30, 31). El verbo *proskuneo* se emplea nueve veces en Juan y el adjetivo, derivado del verbo, se emplea una vez. En todos los casos el término griego se traduce con "adorar", o "adoradores". Diez de las referencias al verbo y una al adjetivo se encuentran en sólo cinco versículos (4:20-24), donde Juan relata el diálogo entre Jesús y la mujer samaritana.

La adoración según Jesús (Juan 4:20-24)

Sin lugar a dudas, la lección más importante sobre la clase de adoración que agrada al Altísimo fue pronunciada por Jesús en este pasaje. No hay otro pasaje tan breve donde el término *proskuneo* se repite con tanta frecuencia. Sorprende el hecho de que esta lección tan importante y tan concentrada se haya presentado a una sola persona en un lugar solitario y en territorio despreciado por los judíos, es decir, en Samaria. La sorpresa es más grande todavía cuando consideramos quién fue la persona a la cual Jesús dio esta lección. Juan no menciona el nombre de ella, pero el hecho de entablar una conversación con una mujer en

público era mal mirado y, mucho más, siendo una mujer de mala fama. Sin embargo, gracias al Señor este episodio fue preservado en las Escrituras para nuestra edificación, de modo que la lección quedó grabada para todas las generaciones sucesivas.

Probablemente, Juan y los otros discípulos hablaron con la mujer cuando regresaron de la compra de comida en la ciudad y consiguieron los detalles de esta conversación. O, quizá, fue Jesús mismo quien compartió su experiencia con ellos.

El que escribe entiende que la conducta de uno revela la naturaleza del Dios que él adora. Si es así, la conducta miserable de la mujer revelaba que su dios, o su religión, dejaba mucho que desear. No es que ella no practicaba una religión. Se identificaba con los que adoraban en "este monte en Samaria". Tenía una linda tradición religiosa, como decía Juan Wesley de su vida antes de convertirse, pero también una gran sed espiritual. En el pasaje descubrimos tres verdades esenciales en la verdadera adoración.

La verdadera adoración no depende de cierto lugar geográfico, 4:20, 21. Hubo una controversia que provenía de más de quinientos años acerca del lugar más aceptable donde adorar a Dios. Cuando los primeros judíos regresaron del cautiverio babilónico en 537, con el permiso de Ciro, inmediatamente levantaron las murallas caídas de la ciudad de Jerusalén y luego reconstruyeron el templo bajo la dirección de Zorobabel. Los de Samaria querían colaborar en la reedificación del templo, pero su oferta fue rechazada (Esdras 4:2ss.) porque los judíos los consideraban como raza mixta. ¡No querían contaminar el templo de Jehovah!

Cuando Asiria conquistó el reino del norte en 722 a. de J.C., que incluía Samaria, muchos judíos de ese territorio fueron llevados en cautiverio y fueron reemplazados por los asirios (2 Reyes 17:23ss.). Como es natural, hubo casamientos entre judíos y asirios produciendo una raza mixta. Pero más importante es que los asirios trajeron sus propios dioses y agregaron a ellos la adoración a Jehovah (2 Reyes 17:29-41), resultando en una especie de politeísmo. Con el pasar del tiempo, los samaritanos dejaron la adoración de otros dioses y se concentraron en la de Jehovah, pero en base a la revelación encontrada sólo en el Pentateuco. En esta manera se privaron de toda la riqueza de los libros históricos, poéticos y proféticos. Por esta razón, su concepto de Dios estaba limitado a una fracción de la plena revelación de Dios. P. ej. los samaritanos no aceptaban los pasajes proféticos que señalaban la venida del Mesías y la salvación que él ofrecería al mundo. Parece que ellos tenían la idea de un mesías que sería un buen maestro, de acuerdo a lo que la mujer samaritana expresó: "Cuando él venga, nos declarará todas las cosas" (4:25).

Cuando los judíos rechazaron la oferta de los samaritanos de ayudar en la

reconstrucción del templo, se produjo una amarga y prolongada animosidad entre ambos. Los samaritanos se negaron a venir a Jerusalén a adorar y construyeron su propio templo en el monte de Gerizim c. 400 a. de J.C. Los judíos quemaron ese templo c. 128 a. de J.C. y la amargura se ahondó todavía más. Esta rivalidad explica el por qué los judíos se negaban a atravesar Samaria cuando viajaban de Judá a Galilea; cruzaban el Jordán y subían por la orilla oriental del río. Esta rivalidad duró siglos y se manifestaba fuertemente durante el primer siglo; sin embargo, Jesús no tenía problema en visitar Samaria. Este era el nombre del territorio y de la capital. Al decir "mujer samaritana" (4:7) Juan indicaba que ella era del territorio de Samaria, pero no de la capital.

Los judíos consideraban que Jerusalén era el portón abierto al cielo, lugar de oración eficaz, y que cuando uno se encontraba allí, estaba más cerca a Dios que en cualquier otro lugar en el mundo. Era la santa ciudad, el centro de la fe judía, el lugar donde Dios mandó edificar su templo y en el cual él moraba. Allí se realizaban los sacrificios y las fiestas anuales más importantes. Allí estaba el arca del pacto y el lugar santísimo. Todo varón de Israel tenía el deber de participar en por lo menos una de las grandes fiestas anuales en Jerusalén. Aun los discípulos, la noche antes de la crucifixión, con orgullo señalaban a Jesús la hermosura del templo y los edificios: "Maestro, ¡mira qué piedras y qué edificio!" (Marcos 13:1).

El templo en sí tenía un propósito bueno y la adoración allí podría agradar a Dios. Debemos recordar que Dios mismo mandó construir el primer templo, el de Salomón, y dio las instrucciones detalladas para su construcción. Sin embargo, los judíos habían pervertido los propósitos originales, realizando comercios en él y considerándolo como la absoluta garantía de la presencia y protección de Dios, sin importar la fidelidad y santidad de su pueblo. Dios no permitiría que nadie tocara su santo templo, ni a los que entraban allí a adorar, pensaban ellos. No se percataron de que Dios ya se había retirado del templo y pronto los romanos lo destruirían.

Una de las acusaciones lanzadas contra Jesús por los líderes religiosos es que él había dicho: "destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan 2:19). Sabemos que él se refería al templo de su propio cuerpo, o sea la crucifixión y resurrección, pero los líderes lo tomaron como referencia al mismo templo, lugar altamente sagrado. Pero, acerca del templo Jesús profetizó su completa destrucción, la cual tuvo lugar en 70 d. de J.C.

Jesús, en su conversación con la samaritana, terminó el tema de la rivalidad entre los dos lugares de adoración profetizando que "la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre" (21). Con esta afirmación estaba diciendo en efecto que la adoración que agradaba a Dios no se limitaba a Jerusalén ni a Gerizim, ni a cualquier otro lugar. Estos lugares sagrados desaparecieron, pero la adoración que agrada a Dios sigue en pie porque no depende

de cierto lugar, ni edificio. Es una lección que la iglesia del siglo XXI haría bien en atender. Entonces aprendemos de Jesús que el lugar de adoración es de relativa importancia, la actitud y condición espiritual de los adoradores es de absoluta importancia.

La verdadera adoración se dirige al Dios identificado con el pueblo judío, 4:22. Más importante que la controversia sobre el lugar donde se adora es la identificación clara del Dios a quien se debe adorar. Jesús lo identifica, negando que sea el Dios de los samaritanos y afirmando que es el Dios de los judíos, porque la salvación procede de los judíos. Es obvio que Jesús quería decir que la salvación procede del Dios a quien los judíos conocían y adoraban. ¿En qué consistía la diferencia entre la religión de los samaritanos y los judíos? Como hemos explicado arriba, los samaritanos tenían un concepto parcial de Dios que no incluía las profecías del Mesías, el mismo Hijo de Dios, quien traería salvación. Jesús les acusa de una adoración vana: "vosotros adoráis lo que no sabéis". Los antenienses, a semejanza de los samaritanos, adoraban "AL DIOS NO CONOCIDO" (Hechos 17:23). La adoración que agrada a Dios requiere un conocimiento personal del Dios verdadero revelado por medio de Jesús, nacido del pueblo judío y registrado en todas las Escrituras.

La verdadera adoración se realiza conforme a la naturaleza de Dios, 4:23, 24. Para poder agradar a Dios en la adoración es imprescindible conocerle tal como él es, si no uno estaría adorando "lo que no sabe". La adoración se concentra en la persona de Dios, su naturaleza y sus obras, las cuales están reveladas únicamente en las Escrituras. Esta es la tercera etapa del argumento de Jesús ante la mujer samaritana: primero, descartaba la importancia de adorar en un lugar determinado; segundo, afirma que el único Dios verdadero se identifica con el pueblo judío y concretamente en la persona de Jesucristo, un judío, el Mesías prometido en los libros proféticos; tercero, señala la naturaleza básica del Dios verdadero.

"Pero la hora viene, y ahora es" apunta al comienzo de un nuevo tipo de culto a Dios que Jesús mismo estaba inaugurando. No puede referirse simplemente a un principio que siempre fue verdadero. La adoración futura no se basaría ni en el sistema samaritano ni en el judío; tampoco estaría atada a algún lugar sagrado en particular (Leon Morris).

"Los verdaderos adoradores adorarán... en espíritu y en verdad" es una expresión que abarca varios elementos importantes. Primero, al decir "verdaderos adoradores" Jesús reconoce que hay adoradores que no son verdaderos, es decir, los que no adoran "en espíritu y en verdad". Entonces, es crucial determinar lo que significa "en espíritu y en verdad". Algunos entienden que en espíritu significa en y por medio del Espíritu Santo. Es cierto que el Espíritu nos ayuda en la oración y adoración (cf. Romanos 8:26), pero lo más probable es que aquí Jesús se refiere al espíritu humano. Para agradar a Dios es necesario adorar

no solamente en las cosas externas --en el lugar correcto y con objetos materiales, aun ofrendas, sino en espíritu, en su interior. "En espíritu" incluye absoluta sinceridad y atención concentrada, reconociendo que Dios lee nuestros pensamientos y actitudes como "libro abierto". El reconoce y rechaza toda pretensión, toda hipocresía, toda falsedad. La adoración que Dios acepta nace en el recinto más íntimo del ser y surge de adentro como una fuente espontánea e incontenible.

"En verdad" es el segundo factor esencial en la adoración que agrada a Dios. Esta expresión se refiere a la verdad acerca de la naturaleza y obras de Dios. El que es sincero, pero adora el sol o la luna, no agrada a Dios porque no adora en verdad, o de acuerdo con la verdad. Jesús dijo: "Yo soy la verdad". No es que él dijo la verdad, o enseñaba la verdad, lo cual es cierto, pero significa mucho más. El es esencialmente la verdad, la realidad última reside en él, siendo divino y la perfecta revelación de Dios Padre. La adoración que agrada a Dios requiere una comprensión creciente de su naturaleza. Por supuesto, no requiere la misma comprensión de un nuevo creyente como de uno de largos años en la fe. El que escribe ama mucho más ahora a su esposa y puede satisfacer sus expectativas más de lo que era posible hace 45 años durante el noviazgo. Su conocimiento de ella ha ido creciendo a través de los años por vivir en íntima comunión con ella. Así es con nuestra adoración y servicio a nuestro Padre celestial. Como en el matrimonio, tal conocimiento requiere comunión íntima cada día, requiere atención y la determinación de agradarle. Conocemos a Dios principalmente por la lectura bíblica, oración, y el andar en su voluntad.

"El Padre busca a tales adoradores que le adoren" es una revelación sorprendente. No busca cualquier clase de adoradores, sino "tales", es decir, los que le adoran en espíritu y en verdad. Dios no espera pasivamente a que nosotros lleguemos a él, sino que activamente sale en busca de personas que le adoren. El es un Dios de amor, un Dios que busca lo mejor para los seres humanos, y por lo tanto un Dios que busca activamente a los hombres (Leon Morris). Siendo un Dios de amor desinteresado, como lo es, esa búsqueda no tiene el fin de satisfacer su orgullo, sino que tiene en mente lo que es mejor para los hombres. La verdadera adoración abre las puertas del cielo para enriquecer y bendecir espiritualmente a "tales adoradores".

"Dios es espíritu" es la afirmación categórica de la naturaleza divina. Por lo tanto, es un grave error el procurar crear, o imaginar, una figura física de Dios. Toda figura imaginada por los hombres restaría gloria de Dios y limitaría o pervertiría el mismo concepto de Dios. Por esto Dios prohíbe tan terminantemente la formación de imágenes para representarlo. Ya que Dios es por naturaleza espíritu, no debemos pensar en él en términos materiales, o limitado a lugares o cosas. La adoración que le traemos, por lo tanto, debe ser de naturaleza espiritual y gobernada por la verdad revelada en Jesús y en las Escrituras. La entrega

de nuestra vida y bienes llega a ser la manifestación exterior de la adoración que expresamos interiormente.

Cuando Jesús dice "es necesario" (4:24) emplea un verbo griego que lleva la idea de un deber moral y urgente. Está hablando de algo que es absolutamente necesario, como lo es el nacer de nuevo (cf. Juan 3:7). Si realmente deseamos agradar a Dios en la adoración es absolutamente necesario adorarlo en espíritu y en verdad.

Pasos previos a la adoración (Juan 9:38)

No todas las personas pueden adorar a Jehovah. La fe en Jesucristo, como Hijo divino de Dios, es la condición básica para la adoración que agrada a Dios, de modo que los que no han nacido de nuevo no pueden agradar a Dios en la adoración. Más aun, no todos los creyentes pueden agradar a Dios en la adoración porque hay condiciones previas que es necesario reunir. P. ej., el creyente debe primero reconocer la santidad (Isaías 6) y misericordia (Salmo 103) de Dios, es decir, su naturaleza básica. También, es necesario confesar sus propios pecados y recibir la limpieza de ellos.

Recordemos que no hay un solo caso de sanidad de ciegos en el Antiguo Testamento (cf. Juan 9:32), ni hay un caso realizado por los apóstoles. Sin embargo, el milagro que Jesús realizó con mayor frecuencia es precisamente éste, la sanidad de ciegos. En este hecho vemos la superioridad de Jesús sobre todos los obradores de milagros; en el caso relatado en Juan 9 se trata de uno nacido ciego, de todos los casos el más difícil. Es otra evidencia de que Jesús era el Mesías de Dios; realizaba las obras del Prometido (Lucas 4:18).

Al ver al hombre nacido ciego, los discípulos hicieron una pregunta natural para los judíos quienes creían que toda enfermedad y adversidad tenía una explicación y generalmente se pensaba que la causa sería algún pecado cometido. Pero, ¿cómo pudo haber pecado el hombre antes de nacer, ya que nació ciego? Efectivamente, algunos rabíes enseñaban que durante los nueve meses de gestación, la criatura podría tener malos pensamientos y así pecar. Leon Morris cita a un escritor judío, R. Ammi: "No hay muerte sin pecado, y no hay sufrimiento sin iniquidad." A veces los judíos citaban el Salmo 89:32 para apoyar esa creencia.

En el relato de la sanidad del hombre nacido ciego encontramos tres pasos previos a la experiencia de adoración: el toque de la gracia de Dios; la conciencia de las bendiciones de Dios; y la respuesta obediente a la revelación divina.

El toque de la gracia de Dios, 9: 6. Es llamativo el hecho de que Jesús haya extendido su mano para sanar a este ciego aparentemente sin ninguna solicitud, ni manifestación de fe de parte de él. Fue totalmente un acto de gracia y de iniciativa divina. El hombre comenzaba a experimentar la misericordiosa bondad

de Dios por mano de Jesús. La verdad es que todos los seres humanos, buenos y malos, justos e injustos, hemos experimentado esa bondad de Dios en alguna medida y en alguna manera (cf. Mateo 5:45; Santiago 1:17). La conciencia de esta bondad debe despertar en el corazón de todo ser humano el deseo de conocer a Dios y, conociéndolo, adorarlo. ¡Dios mismo ha tomado la iniciativa y ha provisto el primer paso para la adoración! Le toca al hombre responder a esa iniciativa.

El toque de gracia divina que el ciego recibió fue lo que necesitaba, pero no era merecido ni solicitado. Le habrá tomado por sorpresa, como cosa increíble, pues a esta altura de la vida habría perdido toda esperanza de poder ver (cf. Juan 9:32). A menudo la gracia de Dios alcanza a los hombres cuando menos lo esperan y en una manera increíble. Así fue el caso del que escribe, estando lejos del hogar, en el servicio militar, en un cuartel donde había doscientos marineros y sólo uno que vivía un testimonio claramente cristiano. Dios lo puso al lado de la cama del que escribe y se produjo el toque de gracia una noche después de apagarse las luces. Estando en la obscuridad material y espiritual, vino la luz celestial.

Es interesante que Jesús, en relación con esta iniciativa de sanar al ciego, dijo: "Mientras yo esté en el mundo, luz soy del mundo" (5). Juan describía el mundo separado de Dios y hostil a él y a su reino como "tinieblas". Entendía que Jesús no sólo trajo luz a ese mundo en tinieblas, sino que él mismo era la luz del mundo, cosa que Jesús afirmó en más de una ocasión (cf. 1:4; 8:12). El hombre ciego estaba en las tinieblas espirituales y en la obscuridad física sin vista. Jesús solucionó ambos problemas, pero uno a la vez.

Conciencia de las bendiciones de Dios es el segundo paso, 9:7. No perdamos de vista la obediencia inmediata del hombre ciego cuando Jesús le mandó ir al estanque de Siloé y lavarse. Probablemente iba con un alto grado de duda, pues no sabía quién era Jesús y no tenía ninguna base para confiar en que se efectuaría la sanidad o, más bien, en que crearía la visión que nunca había tenido. Más, tendría que haber escuchado muchas veces de los líderes religiosos que Dios nunca había curado ciegos, y aun menos uno que había nacido ciego. Pero aunque hubiera sólo una remota posibilidad de que sería así como ese profeta había prometido, valdría la pena probarlo.

Juan escribe en la forma más escueta, empleando tres verbos en una breve frase para describir uno de los milagros más grandes de todos los tiempos. Quería llegar a la parte que él, guiado por el Espíritu, consideraba de más importancia. Los tres verbos están en el tiempo pretérito indefinido lo que enfatiza lo puntual y cabal de la acción: fue, se lavó y regresó viendo. Difícilmente podemos imaginarnos la emoción gozosa de ese hombre al ver por vez primera toda la belleza de la creación de Dios en su derredor. Sin lugar a dudas, se volvió

tremendamente consciente de la gracia de Dios en su vida. No sabía quién era el profeta que le había mandado al estanque de Siloé, pero estaba absolutamente seguro de que Dios le había concedido la bendición. Es seguro también que volvía alabando a Dios en su corazón, contando a todos lo que había experimentado.

Respuesta obediente a la revelación divina: el tercer paso previo a la adoración que agrada a Dios, Juan 9:38. El hombre ciego, ahora sano y vidente, pasa por cinco etapas para llegar a la fe plena en Jesús como el “Hijo del Hombre”. Primera, cuando los vecinos le preguntaron quién le abrió los ojos, respondió: “El hombre que se llama Jesús” (9:11). Segunda, cuando los fariseos, escandalizados porque alguien le había sanado en día sábado, le interrogaron, él contestó: “Que es profeta” (9:17). Tercera, algunos líderes judíos insistieron en que el ciego sanado identificara más claramente quién le había sanado y él llegó a la conclusión de que Jesús quizá era un gran maestro, sugiriendo que esos judíos a lo mejor querían hacerse discípulos de él (9:27). Cuarta, bajo la presión de esos líderes religiosos quienes ya habían concluido que Jesús no era de Dios, el ciego sanado afirma valientemente su creencia en el hecho de que Jesús había “procedido de Dios” (9:33), faltando un pequeño paso para creer en la plena divinidad de Jesús. Finalmente, cuando Jesús se presenta y se identifica como el que le había sanado y que era el “Hijo del Hombre”, el ciego respondió gozosamente: “Creo Señor” (9:35-38).

Inmediatamente después de esta confesión de fe en Jesús, el ciego sanado procedió a adorarlo. Nadie le enseñó a hacerlo, ni Jesús, pero parece que era un acto espontáneo y natural. La adoración que rindió a Jesús estaba basada en su conciencia de dos grandes hechos: había recibido la gracia de Dios al recibir la vista y había comprobado que el instrumento de Dios para realizar el milagro era el mismo Hijo de Dios. Había recibido la vista física, pero en esta confesión recibe la vista espiritual, porque Jesús es la “luz de los hombres” (Juan 1:4) y la “luz del mundo” (8:12). El que cree en el Hijo de Dios “nunca andará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (8:12).

La adoración de buscadores (Juan 12:20)

El evento de los griegos buscando a Jesús constituye el último episodio registrado en el ministerio público de Jesús, aun después de los discursos en el templo descritos por Mateo. Sólo Juan lo menciona y es significativo que lo ubica entre otros dos acontecimientos de sumo interés. En el v. 19 los fariseos, alarmados por la popularidad de Jesús, declaran “¡He aquí, el mundo se va tras él!” y, en seguida, tenemos un cumplimiento parcial de ese dicho al presentarse los griegos (gentiles). Inmediatamente después de la presentación de los griegos,

Jesús declara: “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (v. 23b), como si la llegada de esa delegación marcara el clímax de su ministerio terrenal. El había declarado en varias ocasiones “aún no ha llegado mi hora” (2:4; 7:30; 8:20), pero era consciente de que ya había llegado y parece que la presentación de los griegos señaló ese momento. Esa hora de su glorificación se refiere a la cruz y al momento cuando el reino de Dios se abriría a todas las naciones. El pueblo judío, en general, había rechazado a Jesús (cf. Juan 1:11, 12), pero los griegos llegaron representando a las naciones que estaban buscándolo para adorar.

Los griegos que subieron a adorar en Jerusalén serían lo que se llaman “los temerosos de Dios”, o “los prosélitos de la puerta”, siendo admitidos sólo hasta el patio de los gentiles en el templo, por no haberse sometido al rito de la circuncisión (cf. el eunuco etíope, Hechos 8:27). Por eso, probablemente el encuentro se produjo en el patio de los gentiles. Ellos se acercaron a Felipe quizá porque tanto él como Andrés tenían nombres griegos, o porque eran conocidos de antes. De la búsqueda de los griegos aprendemos algo más acerca de la adoración que agrada a Jehovah.

Los griegos adoraban a Jehovah en base a la revelación recibida. Como fue el caso del eunuco etíope, antes de su encuentro con Felipe, ellos adoraban en base a la mejor revelación que habían recibido hasta ese momento. Estando desilusionados con la baja moralidad en el mundo gentil y la confusión del politeísmo practicado por la mayoría, se sentían atraídos a la religión de los judíos por su énfasis en el monoteísmo y la alta moralidad.

Los griegos, insatisfechos, buscaban mayor conocimiento de Dios. Habiendo llegado a Jerusalén para participar en la gran Fiesta de la Pascua y habiendo oído los comentarios acerca de Jesús, que era el tema del día, y estando insatisfechos en su práctica del judaísmo, llegaron buscando a Jesús. Como buscadores de la verdad, habían abandonado su propia religión pagana y habían abrazado el judaísmo. Ahora, todavía insatisfechos, llegan a Jesús como buscadores de la verdad. Es posible que su motivo haya sido meramente la curiosidad del momento, pero evidentemente Juan consideró que fue una ocasión de suma importancia en el desarrollo del ministerio de Jesús.

La Adoración en Los Hechos

La escasez de referencias a la adoración en el libro de Los Hechos es un fenómeno difícil de entender. ¡El término *proskuneo* se encuentra sólo cuatro veces en todo el libro que describe los primeros treinta años del desarrollo de la iglesia primitiva! ¿Es que no practicaban la adoración? ¡Con toda seguridad que sí! Pero la poca referencia del término no quiere decir poca práctica. Lucas, como ya hemos visto en su Evangelio donde empleó el término *proskuneo* sólo tres veces, optó por utilizar otros términos como, p. ej., “Ellos perseveraban unánimes en el templo día tras día, y partiendo el pan casa por casa, participaban en la comida con alegría y con sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo el favor de todo el pueblo. Y el Señor añadía diariamente a su número los que habían de ser salvos” (2:46, 47). Esta descripción da la idea de una adoración continua, la cual agradaba al Señor, pues él hacía crecer el grupo de creyentes.

La oración y la alabanza se destacan en ambos libros escritos por Lucas, como también la proclamación del evangelio. La ofrenda, a veces llamada “ministerio”, es otro elemento de adoración que se destaca en manera muy especial en Hechos. “Honrar”, “servir” y “rendir culto” son otros términos que se refieren a la adoración.

De las cuatro referencias a la adoración (7:43; 8:27; 10:25; y 24:11), dos tienen que ver con gentiles (el etíope y Cornelio) y sólo una a un judío creyente (Pablo) quien adoraba a Jehovah. Lucas, siendo él mismo gentil, dirigió su Evangelio y el libro de Los Hechos a Teófilo, probablemente un gentil de alto rango. No es de extrañar que en ambos escritos el autor haya enfatizado el hecho de lo universal del evangelio. Nuestro estudio en el libro de Los Hechos se limitará a estas cuatro referencias.

La adoración a imágenes (Hechos 7:43)

Esteban, en su sermón ante el Sanedrín, hizo un repaso extenso de la historia de Israel. Describió la rebeldía del pueblo de Dios cuando Moisés estaba en el monte Sinaí recibiendo la ley de Dios. Convencieron a Aarón de que hiciera

la imagen de un becerro ante el cual los israelitas ofrecieron sacrificios y adoraron. Dios castigó a su pueblo por esa infidelidad, pero el pueblo siguió durante siglos la adoración de imágenes fabricadas por hombres. Finalmente, Dios los transportó "más allá de Babilonia" (7:43, cita de Amós 5:25-27, LXX), donde aprendieron que Jehovah no tolerará la adoración a otros dioses.

La adoración de un buscador (Hechos 8:27)

Lucas relata la historia de "un alto funcionario de Candace, la reina de Etiopía... que había venido a Jerusalén a adorar" (8:27). Este funcionario era gentil y eunuco. Siendo gentil, no podía pasar más allá del patio de los gentiles en el templo, pero siendo eunuco tenía más limitaciones todavía en cuanto a la participación en los ritos judíos (Deuteronomio 23:1; cf. Isaías 56:3ss.). Lo más que podría pretender, en cuanto a la fe judía, sería de ser considerado como un "temeroso de Dios". Los "temerosos de Dios" eran los gentiles que se sentían atraídos al judaísmo, pero no estaban dispuestos a circuncidarse y cumplir todas las demandas de la ley, o tenían un defecto que los impedía. Era común en el oriente castrar a los hombres que trabajaban en relación íntima con la reina para mayor seguridad de ella. Este era el "defecto" del eunuco.

Se trataba de un hombre buscador, pero con dos marcas en su contra, según la estima de los hombres. Pero Dios lo miraba como un buscador sincero que estaba siguiendo el único rayo de luz que había caído sobre su senda. La religión judía sería para él un gran misterio, pero tenía hambre de Dios. Casi seguro él había probado las religiones de su propio país, las cuales no satisfacían sus necesidades. Se había comprado, o había copiado, una parte de la profecía de Isaías e iba por el camino procurando leerla, pero con poco o ningún provecho.

Dios lo amó y tuvo compasión de él. Detuvo una campaña exitosa que Felipe realizaba en Samaria y lo despachó al desierto entre Jerusalén y Gaza con el fin de proveer la guía que el eunuco necesitaba para entender la profecía que leía. Felipe pudo señalarle al eunuco que Jesucristo había cumplido esa profecía y que ya todas las barreras levantadas por los hombres habían caído. Cualquier persona tendría acceso directo a Dios por medio de la fe en Jesucristo. ¡Qué novedad más gloriosa e increíblemente buena para uno que era gentil y eunuco!

De este episodio aprendemos que Dios se agrada y se complace de los que siguen obedientemente la única revelación que tienen a su disposición. Además, Dios provee lo que falta de la revelación a fin de que el buscador sincero pueda llegar al pleno conocimiento de Dios. El eunuco subió a Jerusalén a adorar, pero no encontró en Jerusalén, el mismo centro del judaísmo, la revelación que necesitaba. Volvía a casa todavía en la oscuridad, pero buscando. Cuando llegó el mensajero de Dios, "devoró" su interpretación de Isaías y se adelantó a pedir el

bautismo, mostrando su gran anhelo de obedecer y honrar al Dios que había eliminado todas las barreras.

El eunuco "seguida su camino gozoso" (8:39). Seguramente ese carro se convirtió en un templo donde un pobre buscador dio los primeros pasos en la adoración que agrada al Altísimo. El que fue desestimado por los líderes religiosos fue estimado por Dios como digno de su misericordia. Por otro lado, los que lo habían desestimado ellos mismos fueron desestimados por Dios, porque Dios no mira lo exterior de los hombres sino lo que está en el corazón (1 Samuel 16:7).

La adoración mal dirigida (Hechos 10:25)

Lucas relata la experiencia del apóstol Pedro cuando llegó a la casa de Cornelio, en Cesarea, después de haber tenido la visión en Jope en la cual aprendió que "Dios no hace distinción de personas" (10:34). Cornelio, un centurión romano, había reunido "a sus parientes y a amigos más íntimos" (10:24) con el fin de escuchar al mensajero de Dios. Cuando Pedro entró en la casa, Cornelio "se postró a sus pies y le adoró".

Cornelio, con esta actitud de reverencia y adoración, revela a lo menos tres cosas: su sinceridad, su alto respeto por el enviado de Dios y su falta de conocimiento de lo que agrada a Dios. Seguramente, esta actitud le tomó a Pedro por sorpresa y quizá le causó vergüenza, si no temor ante Dios, pues nunca había experimentado algo semejante de parte de su propio pueblo.

En vez de recibir la honra que Cornelio le rendía, Pedro rápidamente quiso corregir el error y dijo: "¡Levántate! Yo mismo también soy hombre" (26). Entendía, y quiso enseñarle a Cornelio, que tal reverencia se le debe sólo a Dios (cf. Apocalipsis 22:8, 9). Al decir "yo mismo... soy hombre", reconocía que ningún ser humano merece tal reverencia, ni un mensajero de Dios, ni uno de los doce apóstoles. En vez de reprender a Cornelio, quien había actuado con toda sinceridad y de acuerdo con las costumbres de su día, Pedro procedió con respeto, pero con rapidez y firmeza, para corregir el error.

La adoración de un apóstol (Hechos 24:11)

El apóstol Pablo había llegado a Jerusalén, finalizando el tercer viaje misionero. En el camino fue advertido más de una vez de que le esperaban en la santa ciudad amenazas y quizá aun la muerte (cf. 20:23; 21:4, 11). Sabiendo esto, siguió camino a ese destino diciendo: "Hágase la voluntad del Señor" (21:14). Los líderes judíos en Jerusalén habían oído que Pablo predicaba el evangelio a los gentiles, no exigiendo el cumplimiento de los ritos judíos. Consideraban que él había violado la ley de Dios, había negado la fe de Israel y

era un enemigo peligroso. Por esto, esperaban su llegada para tomarlo preso y eliminarlo como lo hicieron con Jesús.

Cuando Pablo llegó a Jerusalén, algunos hermanos le aconsejaron que acompañara a otros judíos al templo para cumplir el rito de la purificación y, de esta manera, demostrar que todavía era fiel a la ley. Algunos judíos de Asia lo vieron y pensaban que había metido griegos (gentiles) en el templo, profanando así el lugar más sagrado. Despertaron un gran alboroto y casi lograron matar a Pablo en el disturbio, siendo salvado por el tribuno romano. El tribuno le permitió presentar una defensa ante el pueblo, el cual le escuchaba atentamente hasta que dijo que el Señor le había enviado a predicar "a los gentiles" (22:21). El tribuno tuvo que salvarlo otra vez de la furia del gentío y mandó guardarlo bajo fuerte custodia durante esa noche.

El día siguiente el tribuno reunió a los líderes judíos y el Sanedrín para determinar su acusación en contra de Pablo. Pablo otra vez presentó su defensa y el tribuno determinó que no había cometido ninguna falta grave, pero los líderes judíos insistieron en su ataque. Habiéndose enterado de un complot para matar a Pablo, el tribuno decidió enviarlo secretamente y con una fuerte custodia a Cesarea donde podría defenderse ante Félix. Fue en su defensa ante Félix que Pablo declaró que había subido a Jerusalén con el fin de adorar. De esta experiencia del apóstol, aprendemos otros aspectos de la adoración que agrada a Dios.

La adoración del apóstol fue el propósito de su viaje a Jerusalén. Después de ministrar casi tres años en Efeso en el tercer viaje misionero, Pablo visitó brevemente a Macedonia y Grecia. Luego se dirigió a Jerusalén, pasando por Troas y Mileto, desde donde citó a los hermanos de Efeso para una despedida. A lo largo de esta trayectoria, el apóstol se veía apresurado para llegar a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés (cf. 20:16). Con este propósito en mente, tuvo que acortar las visitas y despedidas.

Luego, en su defensa ante Félix, declaró: "subí a Jerusalén para adorar" (24:16), es decir, esa fue su prioridad durante varias semanas del tercer viaje misionero. A esta altura, Pentecostés tenía un significado mucho más importante para los creyentes en Cristo que la mera repetición de una fiesta judía.

Recordaban que durante esa fiesta, en el año que fue crucificado Jesucristo, a los cincuenta días de la resurrección y según su promesa, el Espíritu Santo había descendido como en llama de fuego. De modo que, para Pablo, Pentecostés sería una ocasión para recordar la crucifixión y resurrección de Jesús y para alabar a Dios por su "don inefable".

La adoración del apóstol incluía el rito de la purificación. Algunos de los creyentes en Jerusalén, sabiendo el propósito de los líderes de encarcelar y quizá matar a Pablo, recomendaron un plan para convencerlos de que los rumores en

su contra eran sin base y que Pablo era fiel a la tradición judía. El pagaría los gastos y participaría con cuatro judíos que habían hecho un voto de purificación. El voto se hacía cuando uno había contraído alguna contaminación ceremonial, o había hecho una promesa. El voto nazareo temporario consistía en no cortarse el cabello durante un tiempo limitado. Luego, el rasurarse la cabeza era señal del fin del voto. Pablo mismo había hecho votos similares en otras ocasiones (18:18).

La purificación también es un aspecto esencial en la adoración del creyente en el día de hoy. Al acercarse al trono del Dios tres veces santo para adorar, es necesario que el creyente reconozca sus pecados (Isaías 6:5), los confiese (1 Juan 1:9), pida y reciba perdón en base a la sangre derramada de Cristo en el cruz (Hebreos 9:22; 13:12; 1 Juan 1:7).

La adoración del apóstol fue la ocasión de acusaciones maliciosas y falsas, y aun de persecución. Pablo sabía durante semanas que, al ir a Jerusalén para adorar, tendría que enfrentar sufrimiento y quizá la muerte. A pesar de las amenazas, él fue. La Biblia y la historia están repletas de casos de creyentes quienes, siendo fieles en la adoración, tuvieron que pagar un alto precio. En el caso de Pablo, tuvo que soportar golpes de la gente, dos años de cárcel en Cesarea y otro tanto en Roma. Desde esos lugares, siendo preso, continuó adorando a su Dios, dando testimonio fiel y escribiendo algunas de sus Epístolas más profundas y de más consolación. En ninguno de estos escritos encontramos una queja por las injusticias que tuvo que sufrir. Todas estas evidencias reflejan un verdadero adorador que adoraba a Dios en espíritu y en verdad.

La Adoración en las Epístolas de Pablo

1 Corintios

Hay una sola referencia a *proskuneo* en la primera carta de Pablo a los Corintios. Se encuentra en 14:25 donde Pablo trata el tema del valor relativo del don de lenguas en comparación con la profecía, o proclamación del evangelio, para el provecho espiritual de los oyentes. El argumento del Apóstol es que la proclamación de la verdad de Dios bajo inspiración es más provechosa porque, siendo entendida claramente, produce en los oyentes el deseo de adorar a Dios. De este argumento apostólico se desprenden otras lecciones en cuanto a la adoración que agrada a Dios.

La adoración y la verdad de Dios (1 Corintios 14:25)

La adoración requiere conocimiento de la verdad de Dios. El argumento de Pablo es que el don de lenguas, sin interpretación, produce confusión y burla, mientras que la comunicación clara del evangelio provee a los incrédulos un conocimiento de quien es Dios y su voluntad para los seres humanos. Este conocimiento es esencial para la salvación y la adoración que agrada a Dios. Es interesante que la adoración, en este contexto, es equivalente a la salvación, o por lo menos el resultado esperado de toda persona que se salva.

La adoración sigue la revelación de lo oculto del corazón. Uno no puede adorar a Dios hasta que el Espíritu Santo, empleando la verdad de Dios, no revele al incrédulo la condición espiritual de su corazón, es decir, la gravedad de su pecado. La revelación de "lo oculto de su corazón" producirá arrepentimiento sincero y el clamor por la misericordia a base de la muerte de Cristo en la cruz. Sin este reconocimiento de su pecado y arrepentimiento sincero, nadie estará en condición de adorar a Dios.

La adoración acompañada con la postración física. La postración física es la postura natural de la persona que reconoce la gravedad de su pecado, su pérdida espiritual y su dependencia total de la misericordia de Dios.

La adoración en que uno experimenta la presencia de Dios. En la experiencia de la adoración sincera el creyente llega a ser agudamente consciente de que está en la presencia del Dios tres veces santo (cf. Isaías 6:1-8; Hechos 9:1-6). Pablo dice que tal persona declarará que de veras Dios está aquí entre nosotros. La adoración esencialmente es el encuentro del hombre ante Dios en una relación personal en que reconoce quién es Dios y quién es él mismo.

Hebreos

La Carta a los Hebreos, según la mayoría de los eruditos, es esencialmente una exhortación a los judíos de considerar la superioridad de la revelación en Jesucristo sobre la del Antiguo Testamento. Por varios motivos, muchos judíos se sentían tentados a abandonar su fe en Jesucristo y volver a practicar lo que ya fue superado. El autor describe en detalle el templo y los sacrificios que se realizaban en él, todo lo que constituía la médula de la fe judía y la esencia de la adoración pública. Afirma categóricamente que todo ese sistema antiguo apuntaba a, y se consumaba en, la persona de Jesucristo.

Aceptando este argumento llegamos a la conclusión de que la adoración después de Jesucristo experimenta un cambio radical en comparación con la de antes. Antes, el pueblo de Dios elevaba su adoración por medio de actividades dirigidas por sacerdotes y en base a las obras de Dios hasta su día: creación, liberación de la esclavitud de Egipto, creación del pacto, entrega de la ley por Moisés, dirección, protección y provisión en el desierto, y la entrada del pueblo a la tierra prometida. A partir de la vida y ministerio de Jesús, el pueblo adoraría al Hijo y al Padre sin la necesidad de intermediarios humanos, con acceso directo, y principalmente basándose en la obra redentora de Jesucristo. El autor tiene la visión de Cristo, ministrando al lado del Padre en el santuario celestial y eterno, asegurando nuestro acceso en todo momento al "trono de la gracia".

En esta Epístola, el término *proskuneo* se encuentra sólo dos veces (1:6; 11:21) y en ambas ocasiones se trata de una cita del Antiguo Testamento.

La adoración de los ángeles (Hebreos 1:6)

En su primer argumento de la superioridad de Jesucristo, el autor, citando de la Septuaginta (Deuteronomio 32:43, cf. Salmo 97:7, LXX), representa a Dios Padre presentando a su Hijo, el Primogénito, al mundo, y ordenando a los ángeles a adorarlo. El hecho de adorarlo indica la superioridad del Hijo y la inferioridad de los ángeles.

F. F. Bruce cita una tradición rabínica en la cual, cuando Dios creó a Adán

(en un sentido su primogénito) y se lo presentó al mundo, invitó a los ángeles a adorarlo, pero Satanás se lo impidió. "Al introducir al Primogénito en el mundo" (6:1) quizá se refiere a la exaltación de Jesús, después de la resurrección, como el Señor soberano sobre todo el universo (cf. 2:5; Juan 5:23). Si los ángeles tienen motivo de adorar a Cristo, cuánto más nosotros que gozamos todos los beneficios de su obra redentora y su ministerio continuo desde los cielos.

La adoración al morir (Hebreos 11:21)

El capítulo 11 de Hebreos es clásico por su definición de la fe y por la lista de aquellos que demostraron un elevado grado de confianza en Dios. El autor de la carta cita Génesis 47:31 de la Septuaginta donde se dice que Jacob, poco antes de morir, bendijo a los hijos de José y "adoró apoyado sobre la cabeza de su bastón". El texto masorético, del cual se traduce la RVA, dice: "Entonces Israel se postró sobre la cabecera de la cama." Los traductores de la Septuaginta leyeron *mittah* (hebreo), "cama", como si fuera *matteh* (hebreo), "bastón".

Jacob, llamado también Israel, comenzó con astucia (obteniendo la primogenitura de su hermano Esaú) y engaños (logrando, con la ayuda de su madre, la bendición de Isaac que correspondía a Esaú). Felizmente su fin fue de otra manera. En su lucha con el Ángel de Jehovah aprendió a confiar en Dios y llegó a ser un gran hombre de fe. Dios le concedió el tener doce hijos, los cuales llegaron a ser las doce tribus de Israel.

En su último acto antes de morir hizo dos cosas: primera, bendijo a los hijos de José (Efraín y Manasés) y luego a los doce hijos suyos. Segunda, "adoró apoyado sobre la cabeza de su bastón". No hay mejor manera de morir que en un acto de adoración. Mencionaremos el caso del Dr. Dan Hall quien murió estando acostado en la cama con la Biblia y el himnario sobre su pecho. La experiencia de Jacob nos hace recordar también la manera en que Jesús mismo murió, encomendándose a su Padre celestial. Sin lugar a dudas, el acto supremo de adoración se realizó cuando Jesús, desde la cruz, dijo: "¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!" (Lucas 23:46).

La Adoración en Apocalipsis

Llegamos al fin a considerar el tema de la adoración en el último libro de la Biblia. Apocalipsis, o "revelación", fue escrito por el apóstol Juan desde la isla de Patmos, durante la última década del primer siglo. Generalmente se considera que este libro presenta más problemas de interpretación que cualquier otro libro de la Biblia. Tal es así que algunos eruditos opinan que no tiene lugar en el canon y otros sencillamente lo ignoran en sus estudios, enseñanza y predicción. Pero, a pesar del simbolismo en visiones y números, a veces harto difícil de visualizar, el libro tenía un mensaje relevante para los creyentes del fin del primer siglo y lo tiene para los de todos los siglos.

En el libro encontramos el registro de una larga serie de visiones que Juan tuvo en las cuales Dios le permitió vislumbrar el conflicto entre el reino de Dios y el de Satanás y la victoria gloriosa, final y contundente del reino de Dios sobre todos los enemigos. Así, pues, es un mensaje de esperanza para los creyentes de la época del autor quienes sufrían terribles persecuciones y martirios, y para los de todas las edades que enfrentan semejantes adversidades. Dios quería asegurarles que, a pesar de las apariencias al contrario en el momento, él estaba en su trono y tenía las riendas del universo firmemente en sus manos.

En medio de estas visiones apocalípticas, un tema que sobresale es el de la adoración; la que se rinde a Dios y al Cordero por un lado, y a Satanás y a sus agentes por otro. Hay nada menos que veinticuatro referencias a *proskuneo*, o sea casi la mitad de las sesenta y una que se encuentran en el Nuevo Testamento. Todas ellas se traducen "adorar", con una sola excepción, la cual es "postrarse" (3:9). Lo que nos sorprende es que hay sólo diez referencias explícitas a la adoración de Dios (4:10; 5:14; 7:11; 11:1; 11:16; 14:7; 15:4; 19:4; 19:10; 22:9), pero dos más se refieren "a los que no adoraron a la bestia" (13:15 y 20:4), con clara implicación de que adoraban a Dios. Así hay un total de doce referencias a los que adoraban a Dios, exactamente la mitad de todas las del libro. Nueve referencias tienen que ver con la adoración de Satanás, representado por el dragón, la bestia, o los demonios y sus imágenes (9:20; 13:4, 8, 12; 14:9, 11; 16:2;

19:20). Este hecho indica que Satanás y sus ministros seguirán engañando a la gente y logrando adoradores en la tierra hasta el fin de los siglos. La gran verdad en estos pasajes es que en este mundo una persona, o una nación, tiene la libertad de escoger entre el adorar y servir a Dios o a Satanás.

En vez de considerar por separado los pasajes que se refieren a la adoración rendida a Satanás, lo haremos como grupo, puesto que hay muchos elementos en común entre ellos. Además, seis de las nueve referencias a la adoración de Satanás se encuentran en dos pasajes casi unidos en el mismo centro del libro (13:4-12; 14:9-11). Trataremos en primer lugar la adoración a Satanás porque en Apocalipsis el énfasis en los últimos capítulos está en la que se rinde a Dios. Después de que el Cordero de Dios haya vencido a Satanás y a todos sus agentes, y los haya entregado a su destino eterno, Dios sigue en su trono y es adorado por todos los seres en los cielos.

La adoración rendida a Satanás

La primera referencia a la adoración rendida a Satanás se encuentra en 9:20. Este pasaje cae dentro de la sección (8:6 a 11:19) donde se tocan las siete trompetas de Dios. Estas tienen que ver con el juicio de Dios sobre el mundo incrédulo, revelando su actividad directa en contra del pecado. Enfatizan el hecho de que Dios está en control del universo y que, como soberano, hace lo que él quiere. Las trompetas no anuncian el juicio final, pues sólo recibe el castigo la tercera parte del mundo. Este juicio debe servir como advertencia a los demás, pero a continuación veremos que los hombres no hacen caso y siguen en su rebeldía pecaminosa.

Cuando se toca la sexta trompeta (9:13-21) son desatados cuatro ángeles con la misión de matar la tercera parte de los hombres. Los ángeles emplean un número incontable de caballos, descritos como animales tremendamente feroces, para castigar y matar gran número de hombres impenitentes. Se enfatiza que la esencia del pecado de éstos es la adoración que rinden a los demonios y a sus imágenes de oro, plata, bronce, piedra y madera (9:20). Su idolatría lleva a una vida desenfrenada e inhumana que incluye homicidios, hechicerías, inhumana sexual y robos.

Summers, en su libro *Digno es el Cordero*, presenta un breve resumen de los capítulos 13 y 14. El dragón, identificado como el diablo, dirige las fuerzas del mal. Tiene dos aliados: la primera bestia (13:1), quien simboliza al emperador romano Domiciano, y la segunda bestia (13:11) que simboliza al comité establecido en Asia Menor para imponer la adoración del Emperador.

Por otro lado, Dios dirige las fuerzas del bien, teniendo también dos aliados: el Cordero (14:1), quien simboliza al Cristo que redime, y una hoz afilada

(14:14), la cual simboliza el juicio eterno. La batalla es una lucha a muerte, pero la victoria la logra Dios con su Cristo que redime y con el juicio eterno. A continuación haremos un breve repaso de los pasajes que se refieren a la adoración rendida a Satanás y a sus aliados.

La adoración del dragón porque dio autoridad a la bestia (13:4a). En el capítulo 12 el dragón se describe como el que tiene gran sabiduría, poder y autoridad. Procura destruir al niño (Jesús) en su nacimiento, pero Dios lo libra (vv. 1-6); intenta invadir a los cielos para destruir al Cristo resucitado, pero Miguel y sus ángeles lo derrotan (vv. 7-12); vuelve su ira en contra de la mujer (Israel), pero Dios la defiende (13-16); finalmente se lanza contra todos los cristianos (vv. 17, 18).

El dragón alistó a la bestia (emperador Domiciano) en la última década del primer siglo, dándole autoridad para perseguir y eliminar a todos los fieles creyentes en Cristo. El Emperador mandó estatuas de su persona por todo el imperio para obligar a todos sus súbditos a adorarlo a él como señor soberano, dios y salvador. Así, Juan considera que todo el sistema imperial, representado en el Emperador, era una encarnación del espíritu del anticristo (Satanás) quien procuraba tomar el lugar del Cristo eterno. El término "anticristo" tiene dos significados: el prefijo "anti" en griego quiere decir "en contra de" o "en lugar de". Por lo tanto, significa "el que está en contra de" o "el que toma el lugar de otro". Ambos sentidos se aplican perfectamente a Domiciano.

La adoración de la primera bestia con una parodia satánica (13:4b). La adoración de la bestia (Emperador) significaba, para los seguidores de Cristo, negar su fe. En la adoración de la bestia la exaltaban gritando: "¿Quién es semejante a la bestia, y quién puede combatir contra ella?" Semejante exclamación de adoración se usaba para Jehovah (Salmo 113:5; Isaías 40:18, 25; 46:5; Jeremías 49:19; Miqueas 7:18), de modo que, al usarla referente a la bestia, significa una gran parodia insultante. En relación con Jehovah, la exaltación se refería a la supremacía moral y ética, pero en relación con la bestia, todo lo contrario, se refería sólo a la fuerza bruta.

La adoración de la primera bestia por todos los que no están inscritos en el libro de la vida del Cordero (13:8). Dos verdades importantes se desprenden de este versículo. Toda la humanidad se divide en sólo dos bandos: "los cuyos nombres no están inscritos en el libro de la vida del Cordero", es decir, los que adoran a la bestia y, por otro lado, los cuyos nombres sí están inscritos en ese libro, es decir, los que adoran al Cordero. Segundo, el Cordero se identifica claramente como el Cristo quien "fue inmolado desde la fundación del mundo" refiriéndose al plan eterno de Dios de enviar al Mesías a morir por nuestros pecados.

La adoración de la primera bestia promocionada por la segunda bestia (13:12). Se considera que la "segunda bestia" representa el comité establecido

para imponer la adoración del Emperador. El dragón (Satanás) concedió su autoridad a la primera bestia (Emperador) quien, a la vez, designó la segunda bestia para destruir a todos los creyentes en Cristo. La segunda bestia tiene dos cuernos (símbolo religioso), como el Cordero, pero cuando habla es con voz diabólica, como la del dragón.

La adoración rendida a la primera bestia o, si no, la muerte (13:15). Los habitantes tenían dos opciones: adorar la imagen de la primera bestia (Emperador) y vivir, o adorar a Cristo y morir. La primera bestia hacía grandes señales, o milagros, que engañaban a muchos habitantes de la tierra para que adorasen a la primera bestia. La adoración del Emperador se exigía, si no se negaban todos los derechos a los ciudadanos. Con el fin de asegurar esta práctica e identificar a los que se negaban a hacerlo, se les ponía en la mano derecha una marca indicando su negación de adorar al Emperador.

La adoración de la bestia trae el juicio de Dios (14:9, 10). Si uno adoraba a la bestia, se escapaba del juicio del Emperador, pero caía bajo el juicio de Dios. En el capítulo 13 se presenta la situación desde la perspectiva de los creyentes bajo persecución, pero en el capítulo 14 se presenta la perspectiva de Dios y los seres celestiales. Aquí se presenta la visión del Cordero parado sobre el monte Sion, como el Cristo triunfante. Está acompañado por el número perfecto de 144.000 fieles y ellos tienen en sus frentes, no la marca de la bestia, sino el nombre del Cordero y de su Padre. Pero los que adoraban a la bestia y su imagen, teniendo su marca en su frente o en su mano, tendrían que beber “del vino del furor de Dios que ha sido vertido puro en la copa de su ira”. La expresión “vino del furor... vertido puro” quiere decir que el “vino” no será diluido, o rebajado. El juicio de Dios caerá sin mitigación sobre ellos.

La adoración de la bestia recibe castigo eterno (14:11). Los que adoraban a la bestia serían “atormentados con fuego y azufre” (v. 10), y “el humo de su tormento... sube para siempre jamás”. Y no tienen descanso ni de día ni de noche” (v. 11). En contraste, los que adoran al Cordero serán reconocidos por el Señor como “bienaventurados”; recibirán también una promesa de “descanso de sus arduos trabajos” y de que sus obras no serán olvidadas (v. 13).

Los que adoraban a la bestia serán castigados con una terrible plaga (16:2). En el capítulo 15 Juan describe la visión que tuvo del tabernáculo abierto en el cielo del cual salieron siete ángeles que recibieron siete copas llenas de la ira de Dios para derramar “sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y los que adoraban su imagen” (16:2). Cada copa contenía una plaga para hacer sufrir lo indecible a los adoradores de la bestia. El primer ángel derramó su copa que produjo una llaga dolorosa y maligna en los adoradores de la bestia. El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino fue convertido en tinieblas (v. 10). Con todo esto “no se arrepintieron de sus obras” (v. 11b).

Juan pudo ver a los santos celebrando, cantando aleluyas por la destrucción

de Roma (19:1-10). Hasta este punto Cristo se había presentado en los símbolos de un León, Cordero y Juez. Ahora se presenta como un Guerrero Victorioso (19:11; 20:10). Los enemigos que parecían invencibles en la primera parte del libro, se vuelven débiles y totalmente impotentes para enfrentarse con el “Fiel y Verdadero” de Dios. El drama se intensifica a medida que cada enemigo es vencido, llegando al mismo Satanás. Primero, se da la victoria sobre la primera y segunda bestias (19:19-21), luego sobre los aliados de las bestias (19:21), y finalmente sobre Satanás mismo (20:1-3). En medio de estos cuadros tan emocionantes encontramos la última referencia a la adoración de la bestia y su imagen.

Los promotores de la adoración de la bestia destruidos (19:20). La bestia y sus aliados se alinearon en batalla contra el Guerrero montado en caballo y sus aliados. Pero no hubo batalla, pues “la bestia fue tomada prisionera” por el Guerrero con gran poder. La segunda bestia, llamada aquí “el falso profeta”, que había hecho milagros y había engañado a muchos para que adorasen a la primera bestia, también fue tomado prisionero y “ambos fueron lanzados vivos al lago de fuego ardiendo con azufre”.

Así llegamos al fin de las referencias de la adoración que se rinde a Satanás y a sus agentes. Tanto los adoradores de Satanás, como también los que lo promocionan, y Satanás mismo, todos encuentran el mismo destino: el castigo eterno de Dios. El castigo es bien merecido porque no sólo eligieron adorar a Satanás en vez de adorar a Dios, sino que hicieron caso omiso a las muchas advertencias de Dios y “no se arrepintieron de sus obras”.

El estudio nos llevará ahora a la consideración de los pasajes en los cuales la adoración se dirige a Dios Padre y a su Hijo, el Cordero de Dios. La primera referencia en esta sección, sin embargo, es una excepción ya que el término *proskuneo* se usa en el sentido de admiración y reverencia, más bien que en el de adoración.

Adoración a Dios

La adoración rendida a la iglesia del Cordero (Apocalipsis 3:9)

La primera referencia al término *proskuneo* en Apocalipsis se encuentra en 3:9, como parte de la carta a la iglesia en Filadelfia. Se debe recordar que el Emperador no perseguía a los judíos, pues éstos no adoraban al Cristo resucitado como su Rey y Señor Soberano, de modo que no eran rivales de Domiciano. Los judíos pretendían adorar a Dios, pero rechazaban a Cristo. En efecto, habían llegado a ser enemigos de Dios y el Cristo resucitado los llama “Sinagoga de Satanás”. También, aunque son judíos por nacimiento físico, ya no son “judíos

espirituales", ya no son el pueblo escogido de Dios (Romanos 9:6-9). La iglesia de Cristo había llegado a ser el "Israel de Dios" (Gálatas 6:16). Además, promete a su iglesia que vendría el día cuando los judíos tendrían que "postrarse" ante la iglesia de Filadelfia y reconocer que ella es ahora el pueblo amado de Dios. El término "se postren" en 3:9 es la traducción de *proskuneo*, y es la única ocasión en Apocalipsis donde no se traduce "adorar". Aquí lleva el sentido de reconocimiento, admiración o reverencia.

Probablemente esta idea de "postrarse" ante la iglesia tiene en mente la expectativa de los judíos del Antiguo Testamento de que en los últimos días todas las naciones, y especialmente a las que los habían oprimido, vendrían para rendirles homenaje (Isaías 45:14; 49:23; 60:14). Esa expectativa se invierte y son los mismos judíos que habían rechazado la revelación suprema de Dios, los que tendrían que rendir homenaje a la iglesia del Cordero.

La adoración rendida por los 24 ancianos (Apocalipsis 4:10)

En los capítulos 2 y 3 el Hijo del Hombre dicta a Juan cartas a las siete iglesias de Asia Menor, indicando su interés personal y vigilancia sobre la situación en cada lugar. En cambio, en el capítulo cuatro la atención se vuelve de la tierra a "la corte celestial". A lo largo del resto del libro el interés está enfocado principalmente hacia arriba.

La actividad principal en las visiones celestiales gira alrededor de la adoración que se rinde al que está sentado sobre el trono. En esta primera visión se describe la majestad gloriosa del que está sentado en el trono, y los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos que le adoran. El "arco iris" alrededor del trono probablemente se refiere al pacto que hizo Dios de no destruir el mundo otra vez con agua (Génesis 9:16). Así, la visión asegura que el pacto que hizo Dios es eterno.

Muchos intentos se han hecho para explicar el significado de los dos grupos alrededor del trono: los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos. Hay básicamente dos interpretaciones de los "cuatro seres vivientes". Unos opinan que se refieren a cuatro atributos de Dios con los que vigila a favor de su pueblo (el león, coraje; el becerro, fuerza; el hombre, inteligencia; y el águila, velocidad). Otros entienden que se refieren a las cuatro divisiones de la vida animal, de modo que todas las criaturas de Dios participan en la adoración (el león, animal silvestre; el becerro, animal doméstico; el hombre, vida humana; y el águila, todo lo que vuela).

Hay más interpretaciones distintas en relación con los veinticuatro ancianos. Summers nos da un resumen de las distintas interpretaciones en su *Digno es el Cordero*. B. H. Carroll opinaba que representaban el eterno sacerdocio del

pueblo de Dios. H. E. Dana entendía que simbolizaban el destino victorioso de los santos martirizados en Asia Menor. Otros muchos intérpretes, incluyendo a Summers, piensan que simbolizan la suma de los doce patriarcas del Antiguo Testamento y los doce apóstoles de Nuevo Testamento, así uniendo a todos los fieles de todas las edades en un acto de adoración. León Morris y otros, en cambio, opinan que los veinticuatro ancianos simbolizan seres angelicales que, a la vez, representan todo el cuerpo de los fieles de todos los tiempos.

Los cuatro seres vivientes adoran con un canto que destaca tres atributos básicos de Dios: su santidad, su poder sin límite y su eternidad (4:8). Su adoración incluye tres maneras de expresar admiración gozosa: "dan gloria, honra y alabanza al que está sentado en el trono..." (4:9).

Luego, los veinticuatro ancianos se postran (se caen) "delante del que está sentado en el trono y adoran...". Aquí se emplea el término griego *proskuneo*. Estos realizan dos cosas en su adoración: "echan sus coronas delante del trono" y cantan un himno de alabanza. Aunque los veinticuatro estaban sentados en veinticuatro tronos alrededor del trono de Dios, se sentían indignos de llevar sus coronas en la presencia del Dios glorioso y eterno. Sólo él tiene derecho de reinar soberanamente sobre todos. Se describe a Dios en términos de majestad ("sentado en el trono") y eternidad ("vive por los siglos de los siglos"). Además de los atributos destacados en la adoración de los cuatro seres vivientes, los ancianos agregan la dignidad de Dios por ser el "creador de todas las cosas" (4:11).

La adoración en el cielo es un modelo para todas las generaciones de la clase de adoración que agrada a Dios. Todos los seres creados adoran a su Creador, destacando sus atributos personales como también sus obras.

La adoración rendida al Cordero (Apocalipsis 5:14)

Toda la atención se concentra en el Cordero de Dios en la visión del capítulo cinco. Se presenta un libro asegurado con siete sellos que nadie era digno de abrir, ¡ni siquiera de mirarlo! El libro contenía la revelación del destino del mundo y su contenido se presenta a medida que se abren los sellos. Juan lloraba porque parecía que la revelación quedaría encerrada. Pero uno de los ancianos le consoló, afirmando que sí había quien era digno de abrir los sellos. Lo describe como "el León de la tribu de Judá, la Raíz de David", o sea, el Mesías, y su dignidad se basa en el hecho de que "ha vencido para abrir el libro y sus siete sellos" (5:5). La victoria se refiere a la muerte y resurrección de Jesucristo.

Cuando el Cordero de Dios tomó el libro en sus manos, aun antes de abrir los sellos, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron para adorarlo. Cantaron un cántico nuevo en el cual describen la redención lograda

para todos los creyentes de "toda raza, lengua, pueblo y nación" (v. 9), por la muerte del Mesías. Gran número de ángeles se une con los seres vivientes y ancianos para continuar la adoración rendida al Cordero, señalando otra vez su muerte. Luego, se unen a esta multitud innumerable toda criatura y todas las cosas en el universo entero para rendirle "la bendición y la honra y la gloria y el poder por los siglos de los siglos" (v. 13).

Se cierra el capítulo cinco con otro acto de postración y adoración de parte de los cuatro seres vivientes y veinticuatro ancianos. Aquí se emplea el término griego *proskuneo* (v. 14), aunque todo el pasaje (vv. 8-14) describe la adoración rendida al Cordero.

Del capítulo cinco se desprenden lecciones importantes en relación con la adoración. El mismo libro nos enseña que sólo a Dios se debe adorar (22:9). El hecho de que en el capítulo cinco se rinde adoración al Cordero, como al Padre, es una evidencia más de la divinidad de Aquél. Es correcto rendir adoración tanto al Padre como al Hijo. Observemos también que la postura apropiada para la adoración es la postración (vv. 8, 14). La adoración al Hijo se basa principalmente en su obra redentora en la cruz y en su resurrección.

La adoración de los redimidos y seres celestiales (Apocalipsis 7:11)

La multitud de los que adoran a Dios se agranda para incluir a todos los redimidos "de todas las naciones y razas y pueblos y lenguas" (7:9). El número es completo (144.000); no falta ningún creyente. Las "vestiduras blancas" simbolizan la perfecta justicia obtenida por la muerte de Jesús. Las "palmas en sus manos" enfatizan su triunfo por la sangre de la cruz. Otra vez el tema de la adoración es la salvación que procede de Dios y del Cordero.

Se unen a la multitud de los redimidos todos los ángeles, los ancianos y los seres vivientes. Este es un cuadro de todos los que pertenecen a Dios en todo el universo. Todos "se postran y adoran a Dios y al Cordero" (vv. 10, 11). Otra vez vemos la postración y la adoración rendida a Dios Padre y al Cordero; también el motivo principal de la adoración es la salvación lograda por la muerte y resurrección del Hijo de Dios. Esta es la obra suprema de Dios a favor de los seres humanos, revelando a la vez el atributo céntrico de su persona: el amor redentor. Así, la adoración está motivada tanto por la obra de Dios como también por el carácter de él revelado en esa obra.

Los adoradores medidos (Apocalipsis 11:1, 16)

En el capítulo once Juan tiene una visión de la tremenda oposición que el pueblo de Dios sufre por los enemigos hasta el fin de los tiempos. Dos testigos aparecen, dando testimonio de la palabra de Dios. También se describe el terrible

daño que la bestia inflige a los creyentes, matando gran número de ellos y dejando sus cadáveres a la intemperie en "la plaza de la gran ciudad" (11:8). Aquí vemos algo de la naturaleza del conflicto entre la bestia, o el anticristo, y el pueblo de Dios, con un vistazo del triunfo final de éste. Muchos entienden que la gran ciudad (cf. 16:19; 17:18; 18:10, 16, 18, 19, 21) representa la ciudad de Jerusalén, pero León Morris opina que simboliza la ciudad terrenal en oposición a la ciudad celestial de los capítulos 21 y 22. En otras palabras, representa a la comunidad de hombres organizada y opuesta a Dios. Los dos testigos podrían simbolizar las iglesias que testifican fielmente, aun frente a gran oposición y peligro, del evangelio de Jesucristo.

Hasta ahora, Juan ha sido un observador de las visiones, pero en el capítulo 11 llega a ser participante. Recibe la orden de tomar una caña y medir tres cosas: el templo de Dios, el altar y a los que en él adoran (11:1). Algunos entienden que el templo se refiere al de Jerusalén, pero es mejor verlo como simbolizando la iglesia, que en otros lugares se llama el santuario de Dios (1 Corintios 3:16; 2 Corintios 6:16; Efesios 2:21). El altar es el elemento más importante y hace recordar el sistema de sacrificios y, en manera especial, el sacrificio de Jesucristo en la cruz. Algunos entienden que se refiere a la naturaleza del servicio cristiano como un sacrificio (Romanos 12:1, 2). Juan tenía que medir también a los que adoraban (*proskuneo*) en el templo, lo cual seguramente se refiere a los creyentes en Cristo y el medirlos indica el contarlos para saber cuántos eran.

Lo que Juan mide, entonces, es lo que está bajo el control y protección de Dios. Todos sufrirán y muchos morirán, pero serán resucitados (11:11). La iglesia sufrirá grandemente pero no será destruida. ¡Triunfará!

Lo que llama la atención es el hecho de que los creyentes se describen como "los que en él [templo] adoran" (11:1). Entonces, una manera de identificar a los miembros de la iglesia del Señor es su práctica de adorar según los principios bíblicos.

La adoración—un nuevo motivo (Apocalipsis 11:16)

Entre el segundo y tercer "ayes", el ángel tocó la séptima trompeta. Se oyeron grandes voces en el cielo proclamando el establecimiento del reino de Dios. El reino de este mundo ha llegado a "pertenecer a Dios y a su Cristo" y "reinará por los siglos de los siglos" (v. 15). Ante esta proclamación de la victoria del Cordero sobre todas las fuerzas enemigas y el establecimiento de su reino eterno, los veinticuatro ancianos otra vez se postraron sobre sus rostros y adoraron a Dios (*proskuneo*). El motivo de este acto de adoración se repite: "porque has asumido tu gran poder, y reinas" (v. 17).

La absoluta seguridad de que Cristo triunfará sobre todos los enemigos,

quienes tendrán que arrodillarse ante él en reconocimiento de su señorío (Filipenses 2:10, 11), debe llenar de gozo a todo creyente y ser un motivo concreto para adorarlo todos los días de su vida. También, esta seguridad del reino eterno de Cristo debe ser una consolación para los que tienen que soportar persecuciones y martirios en esta vida.

La adoración que trae muerte (Apocalipsis 13:15)

Juan contempla el terrible cuadro de una bestia que sube de la tierra para dar y quitar vida. "Le fue dado el dar espíritu a la imagen" [traducción literal]. Juan aclara que el poder de la bestia es un poder concedido, o derivado. En primer lugar, le fue dado el inducir espíritu, o dar vida, a la imagen de la bestia de modo que habló. El espíritu, o aliento (ambos términos traducen *pneuma* del griego) de vida se asocia con el Creador del universo. Este es el acto supremo de blasfemia en el cual la bestia pretende hacer lo que sólo Dios puede hacer.

Además de dar aliento de vida a la imagen, dio muerte a los que no adoraban a la imagen de la bestia. Estos serían los que se negaron a adorar a la bestia precisamente porque reservaban su adoración exclusivamente para Dios y para su Hijo. La fidelidad de los creyentes en adorar sólo a Dios traía la sentencia de muerte, como en el caso de Daniel y sus tres amigos. Esta fue la única opción que a muchos creyentes se les ofrecía en la última década del primer siglo: adorar al César y vivir o adorar al Cristo y morir.

La adoración al Creador (Apocalipsis 14:7)

En la visión que Juan contemplaba, el escenario se cambió de las fuerzas del mal a las del bien. Pudo ver el triunfo de los seguidores del Cordero. Se le presenta el Cordero de Dios en pie sobre el monte de Sion (14:1-5) y tres ángeles, predicando el evangelio eterno y proclamando el juicio de Dios (14:6-12). El mensaje que salía a toda la humanidad incluía tres mandatos: "Temed a Dios... dadle gloria... adorad al que hizo los cielos..."

Los que adoraban a la bestia exaltaban su gran poder y gloria, pero aquí el ángel llama atención al incomparable poder creador de Dios. El creó todo lo que existe: "los cielos y la tierra y el mar y las fuentes de las aguas". Hemos visto que uno de los motivos más frecuentes de la adoración de Dios en el Antiguo Testamento fue su creación de todo el universo y lo que en él hay. Dios merece ser adorado por toda la humanidad por ser su creador, entre otros muchos motivos. Ningún otro puede pretender tal exhibición de sabiduría y poder.

La adoración con canto de alabanza (Apocalipsis 15:4)

El capítulo 15 se abre con una visión de los siete ángeles que tenían las siete últimas plagas del juicio de Dios sobre todos sus enemigos. Juan pudo ver a todos los que habían vencido a la bestia y su imagen, estando en pie sobre ellos y cantando el cántico de Moisés y el del Cordero. Uno preguntaría: ¿cómo se puede hablar de vencedores cuando muchos de ellos fueron mártires? Barclay, en su comentario, dice que "la victoria verdadera no es el vivir en seguridad, en poder esquivar problemas, en preservar la vida con gran cautela y prudencia; 'la victoria verdadera' es el enfrentar lo peor que el malo puede presentar y, si fuera necesario, ser fiel hasta la muerte".

Los vencedores entonan un cántico atribuido a Moisés y al Cordero. La unión de estos dos personajes indica que no hay contradicción entre los dos, ni entre la ley y la gracia. Unos piensan que se refiere a dos cánticos distintos: el de Moisés encontrado en Exodo 15 y el del Cordero grabado aquí. Pero es mejor entender que se refiere a un solo cántico. Sin embargo, el cántico se compone casi totalmente de expresiones del Antiguo Testamento y refleja el paralelismo típico del Antiguo Testamento. El cántico de Moisés en Exodo 15 se inspiraba en la liberación del pueblo de Dios de la esclavitud de Egipto. En cambio, el cántico del Cordero se inspira en la liberación que él logró para los creyentes de la esclavitud del pecado. El hecho de que ni se mencionan las penas que los vencedores habían sufrido llama la atención. La razón: toda la atención se enfoca en Dios, el objeto de la adoración.

El contenido del cántico incluye los dos elementos más frecuentes en la adoración de Dios: su carácter y sus estupendas obras. Se destacan el poder y la santidad de Dios: "Señor Dios Todopoderoso... Porque sólo tú eres santo" (vv. 3, 4). Su poder se revela en sus "Grandes y maravillosas... obras". Su santidad se revela en el hecho de que "Justos y verdaderos son tus caminos". De gran consolación para los creyentes en el tiempo de Juan es la afirmación de que Dios es "Rey de las naciones", y la promesa de que "Todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti". La terrible persecución y el gran número de mártires podría indicar que Dios o era impotente, o indiferente. ¡Nada de eso! Estaba firmemente en el trono reinando y aun sus enemigos más decididos finalmente tendrían que reconocerlo como rey.

La adoración por el triunfo logrado por Dios (Apocalipsis 19:4)

En el capítulo 18 se describe la caída de la gran ciudad, Babilonia (Roma). Luego, en el capítulo 19 las multitudes en el cielo cantan un himno de alabanza

a Dios, no tanto por el sufrimiento impuesto a los enemigos sino por el triunfo final y cabal de las fuerzas del bien sobre las del mal. La enorme multitud que cantaba al principio (vv. 1, 2) probablemente se refiere a los santos redimidos, aunque Morris opina que serían los ángeles (cf. 5:11). El término "aleluya" (hebreo, "alabad a Jehovah"), tan común en el Antiguo Testamento, se incluye sólo cuatro veces en el Nuevo Testamento, y ¡todas ellas en este pasaje!

Los que cantaban estaban exaltando tres grandes verdades en relación con Dios: "la salvación y la gloria y el poder". El es un Dios poderoso, glorioso y salvador. Ellos explican porqué estas virtudes pertenecen a Dios: "Porque sus juicios son verdaderos y justos; pues él ha juzgado a la gran ramera... y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella." Su poder ha logrado la victoria sobre los enemigos y la salvación para los suyos, hechos que revelan la gloria de Dios, es decir, exhiben la naturaleza esencial de él. El hecho de que "sus juicios son verdaderos y justos" se ve en la salvación de los fieles y la condenación de sus enemigos (Roma y su imperio).

El término *proskuneo* aparece en el v. 4 en combinación con la postura correcta: la postración. Pero la adoración no comienza aquí, sino que continúa desde el v. 1. Una vez más los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes son los que adoran a Dios. Estos dos grupos probablemente se refieren a todos los redimidos de todas las épocas y las cuatro clases de animales, o sea, toda la creación animada. Forman un enorme coro que adora a Dios con su canto de alabanzas. Nótese que Dios estaba "sentado sobre el trono", lo que destaca su majestad e indica su reinado triunfante.

Este gran coro usaba dos expresiones de alabanza: "¡Amén!" y "¡Aleluya!" (cf. Salmo 106:48b). "Amén" es una indicación de su acuerdo gozoso por la revelación del triunfo sobre las fuerzas del mal. En otras palabras, exclamaban: "así sea", y por lo tanto "¡alabad a Jehovah!" Cada derrota de las fuerzas del mal y cada triunfo de las fuerzas del bien debe ser motivo de adoración a Dios.

La adoración sólo a Dios (Apocalipsis 19:10)

En este pasaje se encuentran dos referencias al término *proskuneo*. Apparently Juan consideró que el ángel era divino, como fue el caso del "ángel de Jehovah" en el Antiguo Testamento ante el cual los hombres se postraban, quizá en homenaje en lugar de adoración (cf. Números 22:31; 1 Crónicas 21:16). En el primer siglo parecê ser que algunos se dieron a la adoración de ángeles, práctica condenada por Pablo (cf. Colosenses 2:18).

En el cristianismo sencillamente no hay lugar para la adoración de ningún objeto, ni en el cielo ni en la tierra, sino sólo de Dios. Cuando Juan se postró ante el ángel con la intención de adorarlo, éste no demoró un instante en pararlo y corregirlo. La prohibición "¡Mira, no lo hagas!" traduce sólo dos términos del

griego, el verbo y la partícula de negación, literalmente "mira, no". La forma abrupta con que el ángel respondió aumenta el énfasis de la prohibición.

El ángel explica la razón de la prohibición con dos expresiones: "Yo soy conservo tuyo y de tus hermanos..." Hay diferencias importantes entre los ángeles y los santos, pero hay una similitud: ambos son conservos delante de Dios. El término "siervo" es la traducción de *doulos* (griego), el cual significa literalmente "esclavo".

Otra razón por reservar la adoración exclusivamente para Dios es el hecho de que "el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía". No hay acuerdo entre los eruditos en cuanto al significado de esta expresión. Básicamente hay dos maneras de interpretarla. El testimonio de Jesús puede referirse al testimonio que Jesús mismo dio durante su ministerio terrenal, el cual encomendó a sus seguidores. Pero, puede referirse también al testimonio que otros dieron acerca de Jesús. La ambigüedad se debe al hecho de que en la expresión "de Jesús" la preposición puede entenderse en el sentido subjetivo u objetivo. Con todo, ambas interpretaciones caben perfectamente.

Si aceptamos la primera interpretación, el significado sería: "el mensaje que Jesús predicaba, revelando la naturaleza de Dios, es el espíritu, o el mismo corazón, de toda profecía". Siguiendo la segunda opción, el significado sería: "el verdadero espíritu de la profecía siempre se manifiesta en dar testimonio de Jesús, quien es la revelación perfecta de Dios". Tanto los profetas del Antiguo Testamento, los del Nuevo Testamento y los ángeles, todos dan testimonio del Hijo de Dios. Así que, en ambas interpretaciones la atención se dirige a Jesús, quien revela supremamente a su Padre. Esto explica porqué la adoración se debe enfocar únicamente en Dios Padre, y en su Hijo.

La adoración por parte de los mártires (Apocalipsis 20:4)

En el capítulo 20 Juan vuelve su atención de la destrucción de la bestia (capítulo 19:19, 20) al señor de la bestia, o sea, al dragón. En los versículos 1-3 Juan observa cómo el ángel del Señor ata al dragón, identificado como la serpiente antigua, el diablo y Satanás. El ángel, luego de atar al dragón, lo arroja al abismo, cierra la entrada, y coloca sobre ella su sello. Uno ha observado que el dragón era de tan poca importancia que ni el Padre ni el Hijo, tuvieron que actuar personalmente en su derrota. Encomendaron la tarea a un ángel cuyo nombre ni se sabe. No hay espacio aquí para comentar sobre el significado de los mil años y luego la liberación del diablo; tampoco tiene una relación directa con nuestro tema de interés.

Juan pudo ver muchos tronos (número indefinido) y sobre ellos los que habían recibido autorización para "hacer juicio". Juan emplea el término

“trono” nada menos que 47 veces y con dos excepciones (2:13, el de Satanás; 13:2 y 16:10, el de la bestia) parece que están ubicados en los cielos. También, los tronos mencionados en 20:4 estarían en los cielos, pero no sabemos a ciencia cierta quiénes estaban sentados en ellos. Algunos opinan que tendrían que ser los mismos mártires, ya que son éstos los que se mencionan al fin del versículo.

Los que estaban sentados en los tronos fueron autorizados para “hacer juicio”, o literalmente “juicio o justicia fue dado a ellos”. Esta expresión tiene dos legítimas interpretaciones: o les fue dado el ejecutar juicio, o justicia fue dada a ellos (cf. Mateo 19:28 y 1 Corintios 6:2). Morris observa que existe una apasionante preocupación por la justicia a través de Apocalipsis, y también a través de todo el Nuevo Testamento. Los que sufren injusticias por amor de Cristo tienen la promesa de que sus opresores y sus verdugos tendrán que enfrentar al Juez divino y serán sentenciados a una pena perpetua, mientras que los creyentes serán recibidos en la gloria de su Padre celestial. En este sentido “la justicia será dada a ellos”.

Juan vio a todos los que fueron decapitados por causa de su fe cristiana “y por la palabra de Dios”. El término “degollados” traduce un término que aparece sólo aquí en todo el Nuevo Testamento. Significa literalmente “decapitados con hacha”, el método de ejecución pública en el imperio romano, aunque normalmente se usaba espada en vez de hacha. Aquí probablemente se refiere al martirio sin importar el método utilizado para lograrlo. Se trata de todos aquellos fieles seguidores de Cristo que se negaron a adorar a la bestia, y no aceptaron la marca de la bestia “en sus frentes ni en sus manos”.

El hecho de negar la adoración de la bestia implicaba la adoración del Dios revelado en Jesucristo, práctica prohibida por Domiciano. Tan decididos estaban a adorar a Dios que optaron por morir antes de doblar rodillas ante “la bestia”. Tal clase de adoración agrada a Dios porque manifiesta un amor profundo y una lealtad absoluta. Jesús había prometido: “El que halla su vida la perderá, y el que pierde su vida por mi causa la hallará” (Mateo 10:39).

La adoración exclusiva a Dios (Apocalipsis 22:8, 9)

El tema de la adoración aparece en la primera familia creada por Dios (Génesis 4:3-5) y sigue a través de la Biblia hasta el último capítulo. Aquí se repite la misma lección que vimos en el capítulo anterior (19:10), y ¡en las mismas circunstancias! ¿No sería una redundancia innecesaria? Aparentemente, la lección fue tan importante para los seguidores de Cristo en el primer siglo como para merecer esta repetición. La lección es tan, o más, importante para nuestros días cuando existe la tentación de adorar a tantos objetos o personas.

La sección que incluye los vv. 6-21 es una especie de epílogo, o conclusión

de todo el libro. Juan ha visto y ha comunicado a los fieles el cuadro del cuidado de Dios sobre su pueblo sufriente y la seguridad de su triunfo final sobre todos los enemigos. Les ha pintado en términos notables la gloria que les esperaba más allá de la tumba. Summers observa que “lo único que resta es la necesidad de subrayar sobre los lectores la importancia de este mensaje. Ahora el Redentor se para delante de la cortina para pronunciar su última palabra”.

En los vv. 8 y 9 Juan agrega su propio testimonio de la autoridad del libro y su error de intentar adorar a uno que fuese menos que Dios. Juan quedó tan impresionado por las visiones que el ángel le había mostrado e interpretado, sus palabras solemnes y reconfortantes, todo con marca inconfundible de procedencia divina, que su reacción espontánea fue la de arrodillarse ante ese mensajero celestial. Sin embargo, el ángel interrumpió con las mismas palabras tajantes de prohibición empleadas antes (19:10). Si en todo el universo hubiese un objeto digno de adoración, aparte de Dios, sería este ángel que portaba un mensaje divino. Sin embargo, en la última mención de la adoración en toda la Biblia encontramos una enseñanza clara y de suprema importancia: ¡La adoración se debe reservar para Dios y para él sólo!

Tercera Parte

*Una Síntesis de la
Adoración que Agrada al
Altísimo*

Una Síntesis de los Principios Bíblicos sobre la Adoración

Habiendo estudiado los pasajes del AT y NT que emplean el término “adoración”, y procurando descubrir las enseñanzas básicas en cada pasaje, ahora intentaremos reunir esos principios, o elementos constituyentes, en una forma sistemática. Ofreceremos una serie de ejemplos bíblicos para cada principio. Estos principios serán agrupados bajo tres clasificaciones generales: lo que antecede el acto de adoración; lo que sucede en el acto mismo; y lo que sigue al acto. En realidad, toda la vida del creyente se resume en estas tres etapas: todo lo que uno es y hace constituye una preparación para la próxima experiencia de adoración; luego se produce el encuentro con Dios; y después todo lo que uno es y hace debe reflejar la experiencia que tuvo en la presencia de Dios. Es importante notar que muchos de los principios se repiten frecuentemente, destacándose tanto en el AT como también el NT. Sin embargo, no se encuentra un solo caso de adoración donde todos estos principios se observan explícitamente.

Es obvio en algunos pasajes que hemos estudiado que lo que antecede, lo que sucede y lo que sigue al acto de adoración se unen de tal modo que es imposible hacer una clara separación entre las tres etapas. P. ej. a veces el quebrantamiento, arrepentimiento y confesión acontecen antes de la experiencia formal de adoración, pero a veces acontecen durante el acto mismo. También, el tomar conciencia de la persona, propósito y obras de Dios es de suma importancia como parte de la preparación para el acto de adorar, pero en el mismo encuentro con Dios uno alcanza aun mayor conciencia de la gloria de Dios, sus propósitos y su voluntad. De igual modo, la obediencia es necesaria como preparación para la adoración, pero este acto en sí debe producir en el adorador un grado aun mayor de motivación para obedecer. Frecuentemente, Dios revela o aclara su voluntad para el adorador durante el encuentro personal con él.

Lo que antecede a la adoración que agrada al Altísimo

Ningún ser humano puede agradar a Dios en la adoración sin la debida preparación. Como uno, con sumo cuidado y diligencia, se prepara para entrevistarse

con una persona de alta dignidad, en la misma manera es lógico que sea diligente en la preparación para entrevistarse con la Dignidad Suprema, el mismo Creador del universo. Por otro lado, es cierto que Dios está disponible en todo momento para el creyente que le busca con corazón sincero. En un momento de suma emergencia, el creyente que está en buena relación con Dios puede clamar a él sin pasar por un período de preparación. Pero, como norma general, hay varios pasos previos o condiciones necesarias para asegurar que el acto de adoración sea agradable a Dios y provechoso para el adorador. Hay una preparación general que incluye todo lo que uno es y hace, como señalamos arriba, pero hace falta una preparación específica, un tiempo para concentrarse en la persona y obra de Dios y en la condición necesitada del adorador. Esta preparación específica incluye por lo menos cinco elementos: tomar conciencia de la persona de Dios; tomar conciencia del propósito y obras de Dios; tomar conciencia de su propia necesidad; tomar en cuenta las instrucciones de Dios; tomar medidas adecuadas para expresar su adoración.

Tomar conciencia de la persona de Dios

El hombre no descubre a Dios, sino que Dios toma la iniciativa y se revela al hombre. Dios se ha revelado en el pasado por sus obras, por sus profetas, pero supremamente en la persona de Jesucristo. El sigue revelándose por medio de la naturaleza, las circunstancias, la oración, las obras de Dios en el mundo, pero más clara y objetivamente por medio del estudio y meditación de la Biblia. De allí lo imprescindible del estudio de la Palabra de Dios diariamente, antes de iniciar el período de adoración. Por esta misma razón, la lectura y exposición de la Biblia deben constituir el elemento céntrico en todo culto de adoración, sea privada o sea colectiva. Es una de las razones por las que normalmente se realiza el estudio bíblico los domingos de mañana antes del culto de adoración.

Dios se reveló a Noé como justo, misericordioso y fiel (Génesis 6—8). Su justicia se manifestaba en la decisión de castigar y destruir a los hombres por su extrema maldad. Su misericordia y fidelidad se manifestaban en la provisión del arca para salvar a los animales, a Noé y a su familia. Cumplió su promesa de enviar un diluvio sobre la tierra y salvar a los que estaban dentro del arca. Este pensamiento estaba en la mente de Noé cuando construyó el altar en preparación para el acto de adoración.

Dios se reveló a Abram como “Dios Todopoderoso”, dándole instrucciones y prometiendo cumplir su pacto con él (Génesis 17:1), y esto inmediatamente antes de su acto de adoración. Ya se había revelado como Dios soberano del universo y de los seres humanos, al llamarlo de su país y parentela y darle una misión de ser bendición de las naciones (12:1-3). También se reveló a Abraham

como fiel y poderoso. Había sido fiel en cumplir todas sus promesas, inclusive dándole un hijo en su vejez. Este milagro también fue otra manifestación del poder de Dios de superar las limitaciones de la vejez. Abraham tenía tanta fe en la fidelidad y poder de Dios que, al proceder a ofrecer a Isaac, confiaba en que aun podría levantarlo de la muerte si fuera necesario (Hebreos 11:19). Así, al subir al monte con Isaac, Abraham estaba concentrado en el carácter de Dios: fiel y poderoso (Génesis 22:1ss.).

En un momento de crisis nacional, Dios se manifestó a Moisés como “compasivo, clemente, lento para la ira y grande en misericordia y verdad, que conserva su misericordia por mil generaciones, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado...” (Exodo 34:6, 7). Al contemplar estos grandes atributos de la persona de Dios, Moisés “se apresuró a bajar la cabeza hacia el suelo, y se postró [adoró]” (34:8). Consciente de la naturaleza gloriosa de Jehovah, no pudo menos que postrarse y adorarlo.

En el libro de Deuteronomio se presenta una serie de advertencias en contra de la idolatría: prohibición de usar ídolos en la adoración y de seguir tras dioses paganos. Tres razones se presentan para estas prohibiciones: Jehovah, y sólo él, es creador y ha sido su libertador de la esclavitud de Egipto, protector y proveedor; él es Dios celoso y por lo tanto no permitirá el “adulterio” espiritual; los que se apartan de Jehovah serán castigados severamente. En una palabra, estas prohibiciones destacan el carácter de Dios, cosa que los israelitas deberían tener en mente en toda expresión de adoración (cf. Deuteronomio 4:19, 20; 8:7-10, 19; 11:10-17; 17:3; 29:26; 30:17, 18).

Dios mandó a Josué que sacara las sandalias de sus pies al entrar en su presencia porque el lugar era santo. Era santo porque el carácter santo de Dios lo había santificado. Josué debería tomar conciencia de la santidad de Dios, sacando sus sandalias y postrándose en su presencia (Josué 5:15).

El caso clásico de la importancia de la lectura de las Sagradas Escrituras como preparación para el acto de adoración se encuentra en Nehemías 8. Todo el pueblo estaba reunido y leyeron “el libro de la ley de Moisés ... desde el alba hasta el medio día” (8:1, 3). Ese texto sagrado revelaba la naturaleza de Dios: p. ej. como creador, poderoso, protector, proveedor, paciente, perdonador y misericordioso.

Uno de los cuadros que manifiesta elocuentemente la gran misericordia de Dios es su promesa, por medio del profeta Isaías, de perdonar a su pueblo por su persistente idolatría y volverlo del cautiverio babilónico a la tierra prometida donde “adorarán a Jehovah en el monte santo, en Jerusalén” (Isaías 27:13).

Isaías era consciente de varios atributos de Dios cuando adoraba: Salvador (Isaías 49:6), Redentor de Israel, Santo suyo, fiel, Santo de Israel (49:7).

Cuando los magos vinieron del oriente a Jerusalén buscando al niño recién

nacido, eran conscientes de que era "el rey de los judíos" (Mateo 2:2). Su concepto de Jesús estaba muy limitado, pero estaban siguiendo la única revelación que habían recibido.

Cuando Jesús llevó a los discípulos fuera de Betania, en la undécima aparición después de la resurrección, ya eran plenamente conscientes de su divinidad. Lo vieron en su cuerpo resucitado y presenciaron su ascensión, eventos sobrenaturales y espectaculares. Al verlo desaparecer en las nubes, se postraron y adoraron (Lucas 24:50-53).

Los samaritanos, representados por la mujer samaritana que tuvo un encuentro con Jesús al lado del pozo de Jacob, adoraban a Dios con un concepto limitado, si no distorsionado. Como explicamos arriba, los samaritanos aceptaban sólo los cinco libros de Moisés (Pentateuco) como libros inspirados. Al limitar así la revelación de la naturaleza, propósito y obras de Dios, ellos adoraban lo que no sabían (Juan 4:22). Jesús procuró ampliar su concepto de Dios, indicando que "la salvación procede de los judíos" (4:22). Es decir, el Mesías de Dios sería un redentor y no sólo un libertador, como lo fue Moisés. Además, Jesús quiso aclarar que "Dios es espíritu; y es necesario que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad" (4:24). El intento de Jesús era el de señalar la verdadera naturaleza de Dios, conocimiento necesario para poder agradarlo en la adoración.

Jesús sanó al hombre que nació ciego, mandándole a lavarse en el estanque de Siloé. Como consecuencia de este milagro realizado en día sábado, el ciego ya sanado fue echado de la sinagoga por los líderes religiosos. Jesús fue a buscarlo, explicó que él mismo lo había sanado y se reveló como "el Hijo del Hombre", un título mesiánico. Cuando el ciego sanado entendió que Jesús era el Mesías, declaró su creencia en él y le adoró (Juan 9:38). Puesto que jamás uno nacido ciego había sido sanado, es probable que este hombre entendía que Jesús era divino, pues había obrado con poder sobrenatural.

Los griegos que fueron a Jerusalén a adorar habían aprendido con gran gozo que el Dios de los judíos era también el Dios de los griegos, el Dios del universo. Ya que los judíos eran estrictamente monoteístas, estos griegos estaban abandonando el popular politeísmo de su nación. Además, querían ver a Jesús porque habían oído que él era el ungido de Dios, el Mesías (Juan 12:20, 21).

Otro caso parecido fue el del eunuco etíope que también fue a Jerusalén a adorar. Como los griegos, este extranjero, probablemente un "temeroso de Dios", había aprendido que el Dios de los judíos lo era también de los etíopes. Probablemente había aprendido de los judíos que vivían en su país acerca de su Dios y se sentía atraído a él (Hechos 8:27).

Finalizando su tercer viaje misionero, Pablo declaró que había subido a Jerusalén a adorar. Con todas las limitaciones y perversiones del judaísmo ortodoxo que controlaba el templo en Jerusalén, igual Pablo fue allí a rendir culto a

Dios. Su concepto de Dios había cambiado radicalmente desde su conversión, cuando se encontró con el Cristo resucitado y glorioso en el camino a Damasco. Ahora adoraba al Dios eterno, revelado supremamente en la persona de Jesucristo (Hechos 24:11).

En la única referencia a la adoración en la Primera Carta a los Corintios, Pablo señala la eficacia de la profecía, o proclamación del evangelio, en comparación con la relativa ineficacia de hablar en lenguas. Al exponer el texto bíblico, que es la revelación de la naturaleza y obras de Dios, el oyente, sea "no creyente o indocto", caerá sobre su rostro y adorará a Dios. Es decir, el hecho de tomar conciencia de la naturaleza y obras de Dios lleva al convencimiento de la realidad y presencia de Dios, condiciones necesarias para poder ser adoradores que agradan a Dios (1 Corintios 14:25).

Tomar conciencia del propósito eterno de Dios y de sus obras

Dios tiene un propósito definido y eterno que está llevando a cabo en el mundo. Reveló ese plan por primera vez con claridad en el llamamiento de Abraham (Génesis 12:1-3). Luego, repitió el plan con los descendientes de Abraham—Isaac y Jacob. Ese plan sigue en pie hasta el día de hoy. Dios salva a los seres humanos y los llama a cooperar con él en llevar a cabo su propósito eterno en el mundo. Así, él llamó y bendijo a Abraham, formando con sus descendientes una nueva nación, una nación misionera, con el fin de que ella fuera bendición para las demás naciones, es decir, que llegasen al conocimiento y salvación de Dios. Como veremos más adelante, Pablo entendió una dimensión nueva del plan eterno de Dios, o el "misterio de Dios": la unión de todos los seres humanos bajo Cristo (cf. Efesios 1:9, 10; 2:11-16).

El propósito eterno de Dios es esencialmente una extensión o expresión de su naturaleza. Uno de los problemas más graves del pueblo escogido de Dios era el hecho de ignorar, a veces con toda deliberación, la naturaleza de Dios y su propósito eterno. Esta ignorancia, o falta de consciencia de la naturaleza de Dios, de hecho pervertía su adoración.

Al acercarse a Dios para adorar, es importante que el creyente entienda lo que Dios está haciendo en el mundo, y que todas las acciones y obras de él están relacionadas con ese propósito eterno. La creación del mundo, la formación de Israel, la liberación de la esclavitud de Egipto, la protección y provisión para ellos en el desierto, la entrada en la tierra prometida y la venida del Mesías, todo está relacionado con su propósito de redimir a los seres humanos y formar de ellos un pueblo santo y misionero bajo el señorío de Cristo. A continuación, mencionaremos algunos casos donde la gente iba a la adoración consciente de las obras de Dios y a veces de su propósito eterno.

No sabemos hasta dónde Abel y Caín conocían personalmente a Dios y su

naturaleza, pero seguramente sus padres, que habían caminado con Dios en el Edén, les había enseñado algo acerca de él. En todo caso, entendían que Dios los había prosperado en sus distintas vocaciones (Génesis 4:1-5). En alguna manera sabían que Dios merecía un reconocimiento por su abundante provisión para sus necesidades materiales.

Dios reveló su propósito a Noé y éste pudo presenciar sus obras maravillosas, las cuales revelaban su gran poder, su control sobre la naturaleza y el reino animal (Génesis 6—8). Este concepto de Dios estaba en su mente cuando preparó el altar para rendirle adoración (8:20).

Dios reveló a Abraham su propósito eterno en varios encuentros personales y por medio de sus ángeles (p. ej. Génesis 12:1-3). También Abraham aprendió mucho del carácter y planes de Dios por medio de las obras que éste realizaba. Así, llegaba a los momentos de adoración plenamente consciente del carácter y propósito de Dios para su vida y para el mundo (Génesis 17:3; 22:1ss.).

El pueblo de Israel se había enterado de que “Jehovah había visitado a los hijos de Israel y que había visto su aflicción” (Exodo 4:31). Este conocimiento de la intervención de Dios para librar al pueblo de la esclavitud sirvió como preparación y motivación para el acto de adoración que siguió.

Después del éxodo, Dios instruyó al pueblo a relatar a sus hijos el significado de la Pascua cada vez que se celebraba, destacando así la obra de Dios de librarlos de la esclavitud con mano poderosa. El recordar esta gran obra libertadora de Dios fue la preparación y motivación para la adoración del pueblo ante su Dios (Exodo 12:27, 28).

David, recién nombrado rey sobre Israel, siguió cuidadosamente las instrucciones de Dios y logró una victoria gloriosa sobre los enemigos. Era agudamente consciente de que fue Dios mismo quien había obrado en la derrota de los enemigos y les había permitido rescatar el arca del pacto. Esta conciencia le llevó a adorar a Dios (1 Crónicas 16:29).

Cuando Esdras leyó “el libro de la ley de Moisés... desde el alba hasta el mediodía”, el pueblo escuchó todas las grandes obras que Jehovah había realizado en y a favor de su pueblo escogido (Neh. 8:1-6a). Esta lectura sirvió como excelente preparación para el acto de adoración que siguió (8:6b).

Isaías tenía en mente el propósito eterno de Dios y también el propósito particular de Dios para su vida cuando adoraba (Isaías 6:8-13; 49:6).

Los discípulos habían visto a Jesús caminar sobre el agua y calmar la tempestad en alta mar. Tomaron conciencia de estas grandes obras de Jesús y sintieron espontáneamente el deseo de adorarlo (Mateo 14:22-33).

El primer día de la semana, el domingo de la resurrección, las dos Marías fueron al sepulcro donde Jesús fue sepultado. El ángel les anunció que Jesús fue resucitado por el Padre, como les había prometido antes de su muerte. Esta

magna obra de Dios estaba dominando sus pensamientos cuando, al salir del sepulcro, se encontraron con Jesús. Se postraron a sus pies para adorarlo (Mateo 28:1-9).

Pablo, en su defensa ante Félix, declaró que fue a adorar en Jerusalén. Al adorar allí, era consciente del propósito eterno de Dios y de su parte en ese propósito. Entendía de que Dios lo había llevado a Jerusalén a pesar de las advertencias de los peligros que le esperaban allí (Hechos 24:11; cf. 20:22-24; 21:10-13).

Tomar conciencia de su propia necesidad

Uno de los motivos más comunes que convence al hombre, aun al más orgulloso, de que debe buscar el rostro de Dios es su propia necesidad. El hambre, la desnudez, la falta de techo o atención médica, un peligro inminente o la amenaza de muerte, todas éstas son las necesidades que el hombre reconoce primero; pero la necesidad espiritual es la condición de todo ser humano y la más urgente. El tomar conciencia de su propia necesidad, en cualquiera de las áreas, es parte de la preparación necesaria para rendir a Dios adoración que le agrada. Uno busca a Dios porque siente agudamente su necesidad de ayuda divina. Frecuentemente, en la Biblia, este reconocimiento de necesidad personal se destaca antes de la adoración.

Cuando los israelitas formaron un becerro de oro y lo adoraron ante el monte de Sinaí, muchos de los involucrados fueron muertos y los otros se arrepintieron, evidencia de lo cual se ve en el hecho de que “se desprendieron de sus joyas” (Exodo 33:6). Este acto sirvió como preparación para agradar a Dios en la adoración que siguió (33:10).

El rey David cometió dos graves pecados contra Dios y contra sus siervos, tomando a la esposa de Urías y cometiendo adulterio con ella. Intentando cubrir este pecado, arregló la muerte de Urías, un fiel siervo. Cuando Natán, siguiendo las instrucciones de Dios, lo enfrentó y le acusó de adulterio y asesinato, David reconoció su pecado, se arrepintió (2 Samuel 12:13) y rogó a Dios que perdonara la vida del niño nacido en este pecado. Cuando el niño murió, David se levantó y se fue a la casa de Dios y allí adoró. Adoró después de haber reconocido su propio pecado y haber apelado a la misericordia de Dios (12:20).

Previo a la adoración que Josafat y el pueblo rindieron a Dios, reconocieron que eran impotentes ante los ejércitos de Moab y Amón. Confesaron que no sabían qué hacer, pero pusieron su fe en Dios (2 Crónicas 20:12). Dios prometió una victoria sobre los enemigos. Entonces Josafat y el pueblo adoraron a Dios antes de ver la promesa concretada (20:18).

Cuando Job fue probado severamente por Satanás, con el permiso de Dios,

“Se levantó, rasgó su manto y se rapó la cabeza; se postró a tierra y adoró” (Job 1:20). Job había perdido todas sus posesiones materiales y a todos sus hijos. Como hombre quebrantado, sintiendo su aguda necesidad y no entendiendo porqué tales tragedias habían caído sobre su vida, buscó el rostro de Dios y le adoró.

David reconoció su propia necesidad cuando se acercaba a Dios para adorar, declarando: “Inclina, oh Jehovah, tu oído y escúchame; porque soy pobre y necesitado” (Salmo 86:1).

Isaías y el pueblo sentían agudamente la falta del rey Usías quien recién había muerto. Con esta necesidad pesando sobre su espíritu, Isaías fue al templo a adorar (Isaías 6:1; cf. Job 42:5, 6).

El leproso sentía en carne propia su necesidad física cuando se acercó a Jesús rogando limpieza de su mal (Mateo 8:2).

Tomar en cuenta las instrucciones de Dios y de haber sido obediente

En el AT se encuentra una serie de instrucciones en cuanto a la voluntad de Dios para su pueblo: su conducta personal y colectiva como también dónde, cuándo y cómo adorar a Dios. Muchas de estas instrucciones tenían que ver mayormente con las seis fiestas anuales, la función de los sacerdotes y los sacrificios y ofrendas que el pueblo presentaba. Se hacía gran énfasis en el procedimiento correcto, las vestiduras limpias de los sacerdotes y el tipo de sacrificio que se ofrecía para cada ocasión. Dios dio instrucciones para la construcción del tabernáculo (carpa portátil) y luego el templo, lugares sagrados donde Dios moraba y donde la gente se reunía para la adoración colectiva.

Una vida fiel y obediente a la voluntad de Dios es imprescindible como preparación para agradar a Dios en la adoración. Tal fue el caso de Abraham cuando se preparaba para adorar a Dios (Génesis 17:3). Había caminado en obediencia ante Dios desde que salió de Ur de los Caldeos. También, antes de ofrecer a Isaac, Abraham era consciente de que había seguido todas las instrucciones de Dios y que aun ahora, a pesar del dolor que significaría el sacrificio de su único hijo, estaba en el camino de obediencia.

En Deuteronomio se encuentra una serie de instrucciones que el pueblo debía seguir en su adoración. P. ej. dio instrucciones antes de cruzar el Jordán, cuando estaban por entrar en la tierra-prometida. Advertía al pueblo en contra de las prácticas de sus vecinos paganos, recordándoles que en su misericordia los había sacado del “horno de hierro” en Egipto (Deuteronomio 4:15-31). Dio instrucciones en cuanto a las primicias de los frutos que deberían ofrecer en su culto de adoración (26:1-3, 9-11). Al presentar las primicias, el adorador daría

testimonio de la bondad de Dios en toda la trayectoria entre Egipto y la tierra prometida (26:5-10).

El lugar donde uno se encontraba con Jehovah se consideraba santo. Por lo tanto, los que se acercaban a él deberían mostrar suma reverencia. Josué fue instruido a sacar los sandalias de sus pies en presencia del “Jefe del Ejército de Jehovah” (Josué 5:15). Además, Dios señaló el tabernáculo como lugar para adorar durante las tres principales fiestas anuales (16:1-17).

Gedeón recibió instrucciones de Jehovah para espiar el campamento de Madián. Aunque era una misión sumamente peligrosa, obedeció y allí se enteró por la conversación de los enemigos de la victoria que Dios estaba a punto de darle (Jueces 7:9 ss.). Luego Gedeón, consciente de haber obedecido las instrucciones divinas, adoró a Dios (7:15) y logró una victoria importante sobre los madianitas (7:16 ss.).

Saúl desobedeció deliberadamente las instrucciones de Dios y luego pretendió adorarlo con el fruto de su desobediencia. Samuel, en nombre de Dios, lo reprendió, afirmando que Dios no se agrada de la ofrenda de adoradores desobedientes (1 Samuel 15:22, cf. Isaías 1:13).

Entre las instrucciones que Dios dio en relación con la adoración está la prohibición categórica de adorar a dioses ajenos y sus imágenes. Juntamente con la prohibición, Dios señaló cuáles serían las consecuencias de no hacer caso a este mandato (Exodo 20:1-6; 1 Reyes 9: 6, 9; 11:33; 16:31; 22:53; 2 Reyes 17:35, 36). A pesar de las constantes prohibiciones de la idolatría, muchos de los reyes de Israel no sólo la practicaban, sino guiaron al pueblo en el camino de desobediencia (2 Reyes 19:37; 21:3, 21).

Dios instruye al pueblo a “ofrecer sacrificios”, es decir “presentar ofrendas”, en relación con su adoración, motivada por la liberación de Egipto (2 Reyes 17:36).

Dios dio varias instrucciones a David, rey de Israel, y él las siguió fielmente, culminando en 1 Crónicas 16:29 con un gran acto de adoración. David llegó a ese acto plenamente consciente de que había obedecido a Dios y que éste le había dado victoria sobre sus enemigos y prosperidad como rey.

Dios reveló a David y a su hijo, Salomón, su propósito de edificar un templo en Jerusalén donde el pueblo vendría a adorarlo. Ambos reyes obedecieron al pie de la letra las instrucciones de Dios, David reuniendo los materiales y fondos necesarios y Salomón llevando a cabo el proyecto. Salomón y el pueblo llegaron al momento de un gran acto de adoración colectiva en la ocasión de la dedicación del nuevo templo, plenamente conscientes de que habían obedecido las instrucciones de Dios (2 Crónicas 6:5-11; 7:3).

Dios dio a Ezequiel instrucciones detalladas que el pueblo debía seguir en la adoración relacionada con el ritual del sábado y de la luna nueva (Ezequiel 46:1-10).

Jesús respondió a la tentación de Satanás, citando la instrucción escrita de Dios en el sentido de que él demanda la exclusividad en la adoración (Mateo 4:10; Lucas 4:7, 8).

El ángel de Jehovah dio instrucciones a las mujeres que fueron a la tumba la mañana de la resurrección. Antes de encontrarse con Jesús y adorarlo, habían emprendido el camino de obediencia. Es decir, llegaron a adorar a Jesús conscientes de haber obedecido las instrucciones que recibieron del mensajero divino (Mateo 28:8). De igual modo, los discípulos que fueron "al monte donde Jesús les había mandado" en Galilea para encontrarse con él, después de su resurrección, llegaron conscientes de haber obedecido las instrucciones de su maestro (Mateo 28:16). En este espíritu luego le adoraron.

Los discípulos, que acompañaron a Jesús a Betania y habían visto su ascensión, lo adoraron, habiendo recibido hacía poco la gran comisión. Es decir, sabían bien las instrucciones y la misión que Jesús les había dejado y habían comenzado a obedecerlo (Lucas 24:52, 53).

El autor de la Carta a los Hebreos cita un texto de Deuteronomio 32:43 en el cual Dios manda a los ángeles a adorar al "Primogénito", o sea, a Jesucristo (Hebreos 1:6). Probablemente el autor tiene en mente la presentación del "Primogénito" a los seres celestiales después de la ascensión. En todo caso, es un mandato de Dios a los ángeles a adorar al Cristo resucitado, indicando la superioridad de él sobre todos los seres celestiales. Este mandato, explícito para los ángeles, es también implícito para todos los seres humanos. Constituye la instrucción básica, o la voluntad de Dios, para toda la humanidad.

El mandato de adorar únicamente a Dios se establece firmemente en los diez mandamientos (Exodo 20:1-6), pero es explícito con el término *proskuneo* en Apocalipsis (19:10; 22:8, 9).

Tomar las medidas adecuadas para expresar su adoración

Al prepararse para adorar, uno debe reunir o cumplir, con anticipación y cuidado, todo lo necesario para expresar la adoración. Tratándose del diezmo y ofrendas, es importante determinar de antemano la cantidad y tenerla lista para entregarla. El esperar al último momento para tomar esta decisión y preparar la ofrenda, o llegar al lugar de adoración sin haberla decidido o preparado, confiando en la inspiración del momento, o entregando lo que uno tenga a mano, indica irresponsabilidad si no irreverencia ante Dios. Cuando se trata de un malestar u ofensas entre hermanos, Jesús exige la reconciliación antes de entregar la ofrenda en un culto de adoración (cf. Mateo 5:23, 24).

Abel y Caín prepararon una ofrenda para presentar a Dios (Génesis 4:1-5). Abel tuvo más cuidado que Caín en seleccionar lo mejor para la ofrenda, lo cual

indica mayor gratitud y reconocimiento de la bondad de Dios. Noé construyó un altar y seleccionó animales "de todo cuadrúpedo limpio y de toda ave limpia" como preparación para adorar a Dios (Génesis 8:20).

Cuando Abraham recibió órdenes de Dios para sacrificar a su propio hijo, no demoró en tomar todas las medidas necesarias para el viaje y el sacrificio: siervos, leña, comida, etc. (Génesis 22:1 ss.).

Cuando David pudo llevar el arca del pacto a Jerusalén, hizo muchos preparativos para celebrar y glorificar a Dios en un gran acto de adoración. Preparó al pueblo, compuso un canto de alabanza, organizó a los cantores, llevó al pueblo a preparar sacrificios y ofrendas, levantó una tienda para el arca, etc. (1 Crónicas 15, 16).

Cuando Salomón dedicó el nuevo templo en Jerusalén, siguiendo las direcciones específicas de Dios, hizo grandes preparativos para el acto de adoración: trasladó el arca y las cosas que David había consagrado a Dios, reunió a las tribus de Israel, ordenó a los músicos instrumentales y el coro, reunió gran número de animales para el sacrificio y mandó construir una plataforma de bronce muy alto (2 Crónicas 5, 6).

Los magos tomaron todas las medidas adecuadas para su largo viaje a Jerusalén y para preparar los regalos que luego ofrecieron al niño Jesús (Mateo 2:11). No esperaron llegar a su destino para luego ofrecer lo que tenían, por casualidad, en sus bolsillos.

Lo que sucede en el acto de adoración que agrada al Altísimo

En un acto de adoración, sea privada o colectiva, hay a lo menos ocho cosas que suceden: la naturaleza de Dios se destaca; las obras de Dios se reconocen; los pecados son revelados por Dios; se suplica por la misericordia de Dios; la voluntad de Dios se revela al adorador; rendimiento a Dios como Señor soberano; se ofrece a Dios algo de valor; y se intercede a favor de otros.

Hay por lo menos cinco modos de adoración: respuesta, diálogo, ofrenda, drama y celebración. La adoración es básicamente una respuesta a lo que Dios es y hace. Esta respuesta llega a ser un diálogo personal si nos quedamos atentos en la presencia de Dios tiempo suficiente para que él nos responda. Algunos de los muchos casos en el AT son: Adán, Abraham, Moisés, Josué, Gedeón, David, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y varios de los profetas menores. Pedro y Pablo son los casos clásicos en el NT. El tercer modo de adoración es la ofrenda, la cual expresa gratitud y representa la entrega de la vida a Dios. Figura como parte esencial en muchos de los actos de adoración tanto en el AT como en el NT. La adoración se expresaba también en el AT por actos dramáticos durante las fiestas anuales; en el NT este aspecto de la adoración se ve en la cena del Señor y el bautismo. Como veremos, la celebración marca el carácter de la

adoración en ambos Testamentos, generalmente expresando gozo desbordante y gratitud por los actos de Dios a favor de su pueblo, el más grande siendo la crucifixión y resurrección de Jesús.

Alabanza por la naturaleza de Dios

La adoración verdadera es un encuentro personal con Dios en el cual el adorador se concentra en la persona de Dios y expresa su admiración y alabanza por cada una de sus virtudes. Si es necesario, como preparación para la adoración, el tomar conciencia de la naturaleza de Dios, es porque lo que más se debe destacar en la adoración son los gloriosos atributos de su persona. La nota sobresaliente en los salmos de alabanza y adoración es justamente la majestad gloriosa de Dios. Tan esencial es este elemento que podemos afirmar categóricamente que, sin él, sencillamente no hay adoración; y por esto merece el primer lugar en nuestra consideración del tema aquí.

David compuso un salmo de acción de gracias después de derrotar a los enemigos y recuperar el arca del pacto. El pueblo cantaría el salmo durante la reunión de adoración. En el salmo se destacan varios atributos de Dios: es grande y temible (1 Crónicas 16:25); en él hay gloria, esplendor, poder y alegría (v. 27); es santo (vv. 29, 35); es rey (v. 31); es bueno y misericordioso (v. 34). Muchos de los salmos que el pueblo cantaba durante su adoración destacaban la naturaleza gloriosa de Dios (cf. Salmo 96, 98-101). Aunque el término *shachah* no aparece en los Salmos 145-150, sin embargo, la alabanza, que es un aspecto de la adoración, se destaca y es motivada por la naturaleza y las obras de Dios.

También, al acercarse David a la muerte, bendijo a Jehovah delante de la congregación y exhortó al pueblo a seguir su ejemplo. En este acto final de adoración David destacó varios atributos de Dios: "Tuyos son, oh Jehovah, la grandeza, el poder, la gloria, el esplendor y la majestad; porque tuyas son todas las cosas que están en los cielos y en la tierra..." (1 Crónicas 29:11ss.).

Durante la adoración en relación con la dedicación del nuevo templo que Salomón construyó, él y los líderes destacaron la naturaleza gloriosa de Dios: bueno y misericordioso (2 Crónicas 5:13; 6:14); glorioso (5:14; 7:2, 3); fiel a sus promesas (6:4, 10, 15); incomparable (6:14).

En los salmos encontramos muchas referencias a la naturaleza de Dios. A continuación citamos algunos pocos ejemplos en relación con los pasajes que mencionan la adoración: santo (5:4-6; 29:2; 96:9; 99:3, 5, 9), abundante en gracia (5:7), soberano (22:27-29; 97:5), nombre glorioso (29:2; 66:2; 138:5), justo (45:6, 7; 97:6; 99:4, 8), bueno (86:5); perdonador (86:5; 99:8), grande en misericordia (86:5, 13; 138:2), incomparable (86:8), grande (86:10; 96:4; 99:2, 3), hacedor de maravillas (86:10), salvador (96:2), digno de suprema alabanza (96:4), glorioso (96:6; 97:6), responde a la oración (99:8; 138:3), el Fuerte de

Jacob (132:2, 5). En un solo salmo Dios se presenta como creador (96:5), rey (96:10; cf. 97:1; 99:1, 4) y juez (96:10, 13).

Isaías tuvo una visión de la grandeza, majestad y santidad de Dios cuando entró en el templo a adorar después de la muerte del rey Uzías (Isaías 6:1-3).

Cuando el leproso se acercó a Jesús deseando la sanidad de su cuerpo, le llamó "Señor" y al decir "¡si quieres, puedes limpiarme!" estaba reconociendo que Jesús era más que hombre, era el enviado de Dios, era el Mesías, pues sólo él podría realizar tal milagro (Mateo 8:2). Cuando la mujer cananea se acercó a Jesús, le llamó "¡Señor, Hijo de David...!", término claramente mesiánico, reconociendo que era el enviado de Dios.

Al ver los milagros que Jesús realizó en alta mar, los discípulos exclamaron, mientras adoraban: "¡Verdaderamente eres Hijo de Dios!" (Mateo 14:33).

En ningún otro lugar se encuentra una descripción tan elevada de la gloriosa majestad de Dios como la que se presenta en el Apocalipsis. La adoración que se describe en este libro tiene lugar mayormente en el cielo, rendida por los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes. El énfasis principal recae sobre la naturaleza gloriosa del que está sentado sobre el trono. El es tres veces santo, todopoderoso y eterno (4:8); es digno de "recibir la gloria, la honra y el poder" (4:11; 19:1-4). "Toda criatura que está en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra y en el mar", es decir, toda la creación terrenal también se unía con todos los seres celestiales para adorar a Dios y al Cordero, destacando tanto la gloriosa naturaleza de Dios como también la obra redentora del Cordero (5:11-14; 7:9-12; 11:16).

Alabanza y acción de gracias por las obras y bendiciones de Dios

Central en la adoración es el reconocimiento, alabanza y gratitud por las obras realizadas por Dios entre su pueblo, entre los enemigos y entre las naciones. Frecuentemente el pueblo testificaba de las obras de Dios durante la adoración por medio del canto (p. ej. Salmo 96, 98-101). Las cinco obras de Dios más destacadas en la adoración del AT son: la maravilla de la creación, la milagrosa liberación de la esclavitud de Egipto, el pacto que Dios hizo con su pueblo en Sinaí, las provisiones en el desierto y la entrada en la tierra prometida.

Las ofrendas de Abel y Caín (Génesis 4:1-5) representan un reconocimiento y gratitud por la provisión bondadosa de Dios para sus necesidades materiales.

El siervo de Abraham bendijo a Dios en un acto de adoración cuando encontró a la joven que sería la esposa de Isaac, a Rebeca (Génesis 24:26, 27). Destacó la misericordia y verdad de Dios que había observado en la vida de su patrón, Abraham. Además, exaltó la fidelidad de Dios en guiarlo a la casa de Betuel,

pariente de su amo Abraham. Así, en el acto de adoración la atención se centraba en las obras de Dios observadas en la vida de Abraham y en su siervo.

En el salmo que David compuso después de derrotar a los filisteos y recuperar el arca del pacto, se destacan las gloriosas obras que Jehovah hizo a favor de su pueblo: sus hazañas (1 Crónicas 16:8); sus maravillas y prodigios (vv. 9, 12, 24); sus juicios (vv. 12, 14); su pacto (vv. 15-18); su salvación (vv. 23, 35).

Nehemías regresó de Babilonia con el fin de levantar los muros caídos de Jerusalén. Cuando completaron la obra, celebraron con un gran acto de adoración, reconociendo la mano de Dios en su liberación de la esclavitud y en el retorno a la santa ciudad (Nehemías 7, 8).

Durante el tiempo de Nehemías y Esdras, cuando celebraban y adoraban a Dios por motivo de la restauración del muro de Jerusalén, el pueblo reconoció a Dios como creador de los cielos, mares y tierra y todo lo que hay en ellos y como el que sostiene todo con vida (Nehemías 9:6).

El salmista declara "¡Cuán admirables son tus obras!" (66:3), como parte de su adoración a Dios. Luego exhorta a todos los demás con "Venid y ved los actos de Dios, admirable en sus hechos para con los hijos del hombre" (66:5). Luego recuerda casos específicos cuando Dios libró a su pueblo de Egipto con milagros (66:6) y cómo Dios había obrado en su propia vida (66:13-15). Dios se identifica como "Jehovah tu Dios, que te hice venir de la tierra de Egipto" (81:10; cf. 106:21, 22). David declara que "ni hay nada que iguale tus obras" (86:8) y que Dios es el creador de todo: "Suyo es el mar, pues él lo hizo; y sus manos formaron la tierra seca" (95:5).

En la adoración en el cielo que los veinticuatro ancianos, los cuatro seres vivientes y los ángeles rinden a Dios, se destaca el hecho de que Dios es el creador de todo lo que existe (Apocalipsis 4:10, 11; 14:7). También se destaca la gloriosa obra redentora de Dios que es eficaz para "gente de toda raza, lengua, pueblo y nación" (5:9) y que Dios ha involucrado a los redimidos en su reinado en la tierra (5:10). Además, los veinticuatro ancianos adoran a Dios porque "has asumido tu gran poder, y reinas" (11:16-18; 19:6).

Los que habían vencido sobre la bestia y su imagen cantaban "el cántico de Moisés" en su adoración, destacando las "grandes y maravillosas... obras" de Dios (Apocalipsis 15:2-4). Para Moisés, esas "grandes y maravillosas... obras" se referían a la liberación de la esclavitud de Egipto, la recepción de la ley, la protección y provisión bondadosa de Dios en el desierto y la introducción en la tierra prometida. Pero, estos adoradores seguramente tenían en mente la obra aun más grande y maravillosa de la redención provista por Jesús en su muerte y resurrección.

La futura obra final de Dios que ahora mueve a los creyentes a adorarlo será "las bodas del Cordero", o sea la unión de la "novia" con el "Novio" para gozarse eternamente (Apocalipsis 19:6-9).

El hecho de no alabar a Dios por sus maravillosas obras en la naturaleza y en la vida de los seres humanos es el colmo de ingratitud. Una ilustración gráfica de esta ingratitud se ve en los nueve leprosos que Jesús sanó y que no regresaron a agradecerle (Lucas 17:17).

Revelación de nuestros pecados

El creyente llega a Dios en adoración consciente de su necesidad, especialmente de su condición de pecador. Pero en el mismo acto de adoración, frente al Dios tres veces santo, a menudo el adorador contempla sus pecados con mayor claridad y se siente quebrantado. Es el Espíritu Santo que le convence de la gravedad de sus hechos. La experiencia de Isaías es un caso clásico de este hecho (6:5; cf. Salmo 51).

En el encuentro personal con Dios, "lo oculto de su corazón será revelado", es decir, Dios mostrará la gravedad de los pecados, llevando a la súplica por la misericordia de Dios (1 Corintios 14:25).

Imploración por la misericordia de Dios

Arrepentimiento, confesión y súplica por perdón y restauración. Al dedicar el templo, Salomón rogaba a Dios que esa casa fuese el lugar donde los hombres pudiesen recibir su perdón por pecados cometidos (2 Crónicas 6:36-39). En su pacto con Salomón, Dios prometió perdonar los pecados y restaurar al pueblo cuando se humillara de veras (7:12-14).

Como parte de la adoración que se rindió a Dios cuando Nehemías y los suyos repararon los muros de Jerusalén, "se reunieron los hijos de Israel en ayuno, vestidos de cilicio y polvo sobre ellos... y estando de pie, confesaban sus pecados y la iniquidad de sus padres... leyeron en el libro de la Ley de Jehovah... durante una cuarta parte del día. Durante otra cuarta parte del día confesaron sus pecados y adoraron a Jehovah su Dios" (Nehemías 9:1-3). En este episodio se ven dos aspectos básicos de la adoración que agrada a Dios: la lectura bíblica y la confesión de pecados.

David rogaba por la misericordia de Dios, como una parte de su adoración a Dios, diciendo: "Ten misericordia de mí, oh Jehovah, porque a ti clamo todo el día" (Salmo 86:3).

Isaías, al contemplar la majestad y santidad de Dios, se sintió indigno de estar en su presencia y se reconoció como "un hombre de labios impuros y habitando en medio de un pueblo de labios impuros, mis ojos han visto al Rey, a Jehovah de los Ejércitos" (Isaías 6:5; cf. Job 42:5, 6). Este clamor es, en efecto, una confesión de su propia necesidad espiritual y el ruego por la misericordia de Dios.

Por la protección de Dios. Cuando Josafat y el pueblo de Dios se encontraron rodeados por los ejércitos superiores de Moab y Amón, clamaron a Dios por su intervención para protegerlos (2 Crónicas 20:12-18).

El que compuso los salmos a menudo sufría por la amenaza de enemigos y como parte de su adoración suplicaba la protección de Dios para él y el juicio de Dios para los que querían hacerle mal (5:7, 8).

Por las necesidades físicas y materiales. Cuando el leproso se acercó a Jesús, se postró en un acto de adoración y en esa postura imploró la sanidad de su cuerpo físico (Mateo 8:2).

Un "hombre principal" se acercó a Jesús y le adoró postrado, rogando por la vida de su hija que recién había muerto (Mateo 9:18).

Una mujer cananea, gentil, se postró ante Jesús rogando por la liberación de su hija de un demonio que le atormentaba. Descansaba en la misericordia de Jesús (Mateo 15:22, 25).

Pablo rogó a Dios tres veces que le fuera quitado el aguijón de su carne, pero éste tenía algo mejor para Pablo y le contestó que no (2 Corintios 12:1-10). En este caso, vemos a uno de los más fieles misioneros pidiendo la sanidad física y recibiendo una negativa de Dios.

Revelación de la voluntad de Dios

El adorador llega a la presencia de Dios consciente de su plan eterno, de su propósito para la humanidad y el mundo. Pero falta un elemento en el plan, falta que el creyente reciba de Dios una clara revelación de su voluntad particular para él. Dios desea revelar a todo creyente su voluntad particular; es decir, dónde, cómo y cuándo éste se relaciona con su propósito eterno de Dios. Generalmente esta revelación se hace durante un tiempo de adoración o encuentro personal con Dios. Así fue el caso del que escribe y así fue el caso de la mayoría de los líderes escogidos por Dios a través de las Escrituras, aunque en muchas de estas experiencias no se menciona el término "adoración".

Se observa que la voluntad de Dios se define primariamente en términos de conducta privada y pública, más bien que en rituales. Este hecho se ve en los Diez Mandamientos (Exodo 20:1-17).

Dios reveló a Abraham su voluntad particular para su vida y para sus descendientes en una serie de encuentros personales (Génesis 12:1-3; 17:4-8, 15-21; 22:15-18a; cf. Exodo 3:1-10).

Dios reveló su voluntad a Isaías cuando estaba en el templo adorando (Isaías 6:1-13). Jeremías (Jeremías 1:4-10) y Ezequiel (Ezequiel 2:1-10) tuvieron experiencias parecidas a la de Isaías.

Cuando los discípulos se reunieron con Jesús en el monte de Galilea,

después de su resurrección, le adoraron y durante esa experiencia él les comunicó su voluntad (Mateo 28:16-20).

Pablo tuvo varios encuentros personales con Dios en los cuales recibió instrucciones en cuanto la voluntad de Dios para su vida (cf. Hechos 9:1-6; 13:1-3; 16:6-9; 18:10; 22:17-21; 23:11; 26:14-18; 27:23, 24).

El adorador rinde la vida a Dios como Señor soberano

En el acto de adoración, el adorador reconoce a Dios como rey soberano sobre el universo y sobre su vida. El término "adorar" en sí, como hemos observado, significa una postración completa en el piso, lo cual expresa humillación y rendimiento a un ser superior. Tal es el caso que con toda confianza podemos decir que no hay adoración que agrada a Dios si no incluye este elemento. En el acto uno o recibe órdenes de Dios, o una definición aun más precisa de órdenes dadas anteriormente (cf. sección anterior), y se compromete a obedecerlas. Al contemplar de cerca la naturaleza de Dios y recordar las obras que él ha realizado en su vida y en el mundo, se rinde gustosamente a él como Señor con la intención de obedecerlo con toda diligencia.

Naamán había sido enemigo de Israel, pero cuando Dios le curó de su lepra tuvo una especie de conversión. Prometió construir un altar y adorar únicamente a Jehovah cuando regresara a su tierra. En este acto el "jefe del ejército del rey de Siria" se sometió a Jehovah como el único y verdadero Dios (2 Reyes 5).

David reconoció que Jehovah era el Dios soberano de Israel ante el cual ellos se postraron y se arrodillaron: "Porque él es nuestro Dios; nosotros somos el pueblo de su prado, y las ovejas de su mano" (Salmo 95:6, 7).

Isaías, en una visión, vio al Señor sentado en su trono, alto y sublime, confesó su pecado, recibió perdón y rindió su vida a Jehovah para cumplir una misión (Isaías 6:8).

Uno de los casos más intrigantes en relación con el ministerio público de Jesús fue su encuentro con el endemoniado cerca de la ciudad de Gadara en la provincia de Decápolis. El hombre, dominado por una legión de demonios, llegó y se postró ante Jesús, "adorándole". Esta adoración de ninguna manera reúne las condiciones necesarias para agradar a Dios. En vez de representar un rendimiento de la vida a Dios, acto necesario en la adoración que agrada a Dios, expresa más bien pavor ante la autoridad de Jesús y reconocimiento de que finalmente él vendría a destruirlos (Marcos 5:6).

Los soldados, burlándose de Jesús durante el juicio ante Pilato, afectaron adoración, arrodillándose ante él (Marcos 15:19). Como en el caso del endemoniado, faltaba el rendimiento sincero de la vida a Dios para obedecerlo y por lo tanto no agradaba a Dios.

Jacob, quien había comenzado como engañador, terminó su vida bendiciendo a sus hijos y adorando a Dios (Hebreos 11:21). Este rendimiento de la vida en el momento de su muerte manifiesta la fe de Jacob en la fidelidad de Dios y nos hace recordar la manera en que Jesús murió en la cruz, encomendando su vida a su Padre celestial.

El adorador ofrece a Dios algo de valor

A través de la Palabra de Dios la ofrenda constituye una parte integral de la adoración. Los que iban al tabernáculo y al templo para adorar, sin excepción presentaban una ofrenda de gratitud o de expiación, normalmente en forma de animales o algún producto del campo. La ofrenda, según el concepto bíblico, expresa amor y gratitud y representa la entrega o el rendimiento de la vida a Dios como Señor soberano (cf. sección anterior). La ofrenda que no reúne estas condiciones no agrada a Dios, pues él mira la condición del corazón del adorador antes que la ofrenda entregada (cf. Mateo 5:23, 24; Marcos 12:41-44).

Es de interés el hecho de que el ofrecer sacrificios a Jehová fue el propósito que Dios dio a Moisés para que sacara a su pueblo de Egipto. La pascua, que incluía el sacrificio de un cordero, se inició para celebrar ese evento histórico (Exodo 5:1-3).

En el AT hubo ocho clases de ofrendas, o sacrificios, que cubrían todas las relaciones del hombre con su Dios y con sus semejantes. **El holocausto** era una ofrenda que se quemaba totalmente y se consideraba como sustituto por la vida del que ofrendaba, llegando a tener un valor expiatorio (Exodo 40:29). **La ofrenda vegetal**, que normalmente era harina, se ofrecía juntamente con el holocausto (Exodo 40:29). **La ofrenda de paz**, que tenía el propósito de lograr o mantener buena relación con Dios, expresaba comunión, gratitud y obligación (Exodo 20:24). **La ofrenda o sacrificio por el pecado** era una expiación por los pecados cometidos sin el elemento de deliberación (Exodo 29:10ss.; Levítico 4:1-35). En relación con este sacrificio, el arrepentimiento del adorador siempre era más importante que el sacrificio en sí (cf. 1 Samuel 15:22; Salmo 51). **La ofrenda o sacrificio por la culpa** expresaba expiación por el pecado y también restitución al semejante que fue dañado (Levítico 5:14—6:7). **La ofrenda mecida** era parte de la ofrenda vegetal y **la ofrenda alzada** era una parte de la ofrenda de paz que se elevaba a Jehová (Exodo 29:27, 28). Finalmente, **la libación** era una ofrenda de vino o aceite que se presentaba en todas las fiestas y también en relación con varios de los sacrificios (Exodo 29:40).

Sin lugar a dudas los sacrificios y ofrendas jugaban una parte de suma importancia en la adoración de los israelitas, pero más importante todavía era el encuentro personal del adorador con su Dios. Durante el período de los patriarcas,

la adoración era un asunto casi exclusivamente individual, pero después del éxodo la adoración formal llegaba a ser una experiencia del pueblo reunido.

Hoy en día, para conseguir legalmente dinero u otros bienes materiales uno dedica horas, días, o meses de su vida. En una palabra, uno hace un canje de vida por dinero o bienes materiales. Por eso, los bienes materiales representan una porción de la vida del que ofrenda; en este sentido los bienes materiales llegan a ser sagrados. Al entregar una porción de los bienes en ofrenda a Dios, en efecto uno está entregando una porción de su vida (cf. 1 Crónicas 29:5b).

En el primer acto de adoración Abel y Caín trajeron ofrendas a Dios. Sin embargo, desde el comienzo Dios manifestó agrado en la ofrenda de Abel, pero no en la de Caín (Génesis 4:1-5).

Abraham construyó un altar y estaba a punto de sacrificar a Isaac como acto de adoración a Dios (Génesis 12:1ss.). Este acto seguramente fue profundamente doloroso para Abraham y Sara y constituye el sometimiento de su propia voluntad a la de Dios. En un sentido real, Abraham murió a sus deseos y a su esperanza para su único hijo. La obediencia absoluta al mandato de Dios y la ofrenda de lo más valioso que poseía constituyen los elementos céntricos de este acto de adoración.

Ana y Elcana ofrecieron a Samuel, su único hijo, a Dios en gratitud por haberles dado este hijo, siendo Ana estéril. La presentación del pequeño Samuel a Elí en el tabernáculo se hizo en relación con un acto de adoración, entregando sus padres lo más valioso que tenían a Dios, privándose ellos del gozo de criarlo y tenerlo en el seno de la familia. Samuel fue así dedicado por sus padres para servir a Jehová durante toda su vida (1 Samuel 1:25-28).

Cuando David hizo los preparativos para celebrar la prosperidad que Dios dio al pueblo y el traslado del arca de pacto a Jerusalén, él y el pueblo ofrecieron a Dios numerosos animales en sacrificio (1 Crónicas 15:26; 16:1), música de instrumento y canto (15:28; 16:8-36).

Poco tiempo antes de la muerte de David, a quien Dios había prohibido levantar el templo, propuso en su corazón ofrendar de sus tesoros grandes ofrendas para que luego Salomón pudiera realizar la obra (1 Crónicas 29:3-5). El ejemplo de David motivó al pueblo a ofrecer voluntaria, generosa y gozosamente para la realización del proyecto (29:6-9). Estas ofrendas se presentaron en relación con el acto de adoración que realizaban (29:20).

En el acto de adoración que Salomón y el pueblo rindieron a Dios, al dedicar el nuevo templo en Jerusalén, la ofrenda y la música ocuparon un lugar prominente (2 Crónicas 7:4-7; cf. 29:27-33; Nehemías 8:70-73).

El salmista exhorta al pueblo a adorar a Dios, dándole la gloria debida a su nombre y presentando sus ofrendas (Salmo 96:8). Parece ser que, en su mente, una manera de dar gloria a Dios sería por medio de ofrendas.

Los magos trajeron regalos valiosos del oriente como ofrenda al "rey de los judíos" recién nacido. Pero, primero, se postraron, rindiendo sus vidas al niño soberano, y luego presentaron regalos apropiados para un rey, los cuales representaban sus vidas rendidas (Mateo 2:11).

Jesús se negó a rendir adoración a Satanás, la cual sería desagradable a su Padre celestial (Mateo 4:9).

El adorador intercede a favor de otros

Es notable que, a pesar de haber mandatos de orar los unos por los otros, por las autoridades, por los necesitados, etc., hay escasos ejemplos de la intercesión en pasajes donde encontramos el término "adoración". Hay varios ejemplos clásicos de intercesión donde no se menciona adoración pero, sin lugar a dudas, el que oraba también adoraba: Abraham (18:16-33); Moisés (Exodo 17:11-16; 32:7-14); Jesús (Juan 17; Lucas 22:32; 23:34); Pablo (Romanos 1:9; 10:1; Efesios 1:15-23; Filipenses 1:3-11; Colosenses 1:3-14; 1 Tesalonicenses 1:2, 3; 2 Tesalonicenses 1:3, 4, 11, 12; Filemón 4-6). Además, hay una serie de mandatos indicando que es el deber del creyente interceder por otros; p. ej. Mateo 5:44; 1 Timoteo 2:1-4; Santiago 5:16).

Pero no toda intercesión agrada a Dios. Una madre se postró ante Jesús y le pidió favores especiales para sus dos hijos, cosa que Jesús se negó a conceder. Este acto de adoración era egoísta y lo que pedía no estaba de acuerdo con la voluntad de Dios (Mateo 20:20-23).

Lo que sigue al acto de adoración que agrada al Altísimo

Lo auténtico de la experiencia de adoración se manifiesta en lo que sigue al acto. Uno no puede estar en la presencia del Dios tres veces santo y seguir viviendo como antes. Se verán sin lugar a dudas cambios importantes en la vida del adorador; todas las áreas de su vida serán afectadas. El que escribe recuerda un dicho de un profesor suyo que capta este concepto. El decía: "no importa tanto lo alto que uno salte en la adoración como lo recto que camine después". En el repaso de las experiencias de adoración en la Biblia hemos descubierto por lo menos cuatro resultados de la adoración que agrada a Dios: Dios manifiesta su agrado o desagrado; Dios es glorificado y su reino extendido; el adorador es bendecido; y el adorador obedece la voluntad de Dios.

Dios muestra su agrado o desagrado

Cuando el creyente se acerca a Dios para adorar, su propósito debe ser el de relacionarse correctamente con él y así agradarlo. Pero, muchos preguntan:

"¿cómo sabe uno si su adoración agrada, o no, a Dios?" Se contesta en dos maneras: primera, asegurando que su procedimiento en la adoración esté de acuerdo con las instrucciones bíblicas; segunda, estando atento a lo que Dios dirá o hará. A menudo Dios expresaba su agrado o desagrado en la adoración de los suyos en forma verbal, en otros casos lo hacía por medio de los eventos que seguían. A veces el Espíritu dice un "amén" silencioso en nuestro corazón. El adorador hará bien en esperar una manifestación positiva o negativa de Dios y cultivar una sensibilidad a las maneras en que lo hace.

Dios muestra su agrado. Sin explicar por qué, el texto dice que "Dios miró con agrado a Abel y su ofrenda" (Génesis 4:4b). Es importante observar que Dios evaluó primero al adorador y luego su ofrenda. Abel entendió que su acto de adoración, incluyendo la ofrenda, había agradado a Dios. Por otro lado, es evidente que Caín entendió que Dios no aprobó la suya, pues reaccionó violentamente. Otra evidencia del agrado de Dios expresado en relación con la ofrenda de Abel es la cita en Hebreos 11:4, donde Abel ocupa el primer lugar en la lista de los héroes de la fe. Dios tenía múltiples maneras de manifestar su agrado por la adoración de los suyos y en alguna manera ellos frecuentemente se dieron cuenta.

Dios manifestó su agrado por el acto de adoración de Noé en tres maneras: primera, la ofrenda de Noé fue percibida por Dios como "grato olor" (Génesis 8:21); segunda, Dios prometió no volver a maldecir la tierra ni destruir a todo ser viviente (8:21); tercera, "Dios bendijo a Noé y a sus hijos" (9:1).

Dios manifestó su agrado por el acto de adoración de Abram en varias maneras: primera, confirmó su pacto con Abram (17:4ss.); segunda, cambió su nombre a Abraham que quiere decir "padre excelso de una multitud" (17:5); tercera, cambió el nombre de su esposa de "Sarai" a "Sara" que quiere decir "princesa" (17:15); cuarta, confirmó su promesa de darle un hijo en su vejez (17:16). Luego, Dios manifestó su agrado en la disposición de Abraham de sacrificar a Isaac en obediencia al mandato de Dios, deteniendo la mano de Abraham que iba a sacrificar a Isaac, proveyendo un sustituto y confirmando de nuevo su pacto que incluía bendiciones para Abraham y, por él, para las naciones (Génesis 22:11-19).

Dios manifestó su agrado en la adoración de Gedeón, dándole una victoria contundente sobre los madianitas. Gedeón siguió al pie de la letra todas las instrucciones de Jehovah antes y después del acto de adoración (Jueces 7:15 ss.).

En el caso de Ana y Elcana, Dios indicó su agrado en la presentación del pequeño Samuel a Elí para servir a Jehovah en dos maneras: primera, dio muchos hijos a esta pareja (1 Samuel 2:21); segunda, bendijo a Samuel y su ministerio durante toda su larga vida (1 y 2 Samuel).

En numerosas maneras Dios manifestó su agrado en la adoración que

Salomón y el pueblo le rindieron en relación con la dedicación del templo en Jerusalén: la gloria de Jehovah llenó el templo (2 Crónicas 7:1, 2); Dios hizo pacto con Salomón y prometió prosperarlo; prometió que el templo sería su morada (7:12-18).

Jesús se agradó de la adoración rendida a él, concediendo lo que la gente pedía (Mateo 8:3; 9:25; 15:28). Además, felicitó a la mujer cananea por su gran fe (Mateo 15:28).

Jesús se agradó de la adoración rendida a él por el ciego que había sanado, defendiéndolo ante los líderes religiosos quienes lo habían echado fuera de la sinagoga (Juan 12:38-41).

Cuando los griegos fueron a orar en Jerusalén y buscaron a Jesús, éste los recibió con sumo agrado y les enseñó verdades profundas del reino de Dios (Juan 12:20-26).

Dios manifestó su agrado en la adoración del eunuco etíope, sacando a Felipe de un ministerio próspero en Samaria y enviándole "al sur por el camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto" para explicar la profecía de Isaías a este mutilado extranjero (Hechos 8:27).

Dios indicó su agrado en la adoración de los creyentes quienes sufrían en la "guerra contra ellos", aun hasta la muerte, que Satanás libraba (Apocalipsis 11:1, 7; 13:15; 20:4), levantándolos de la muerte (11:11). Dios ordenó a Juan que midiera a los que adoraban en el templo de Jerusalén (o en cualquiera iglesia) con el fin de determinar quiénes gozarían la protección de Dios (11:1). Los verdaderos adoradores podrán sufrir y aun morir la muerte de mártires, pero tienen la promesa de la resurrección y vida eterna con su Dios. Estos adoradores no sólo serán resucitados para vivir con Cristo eternamente, sino que reinarán con él (Apocalipsis 20:4), otra indicación de su agrado.

Dios muestra su desagrado. Sin explicar por qué, el texto dice que "Dios no miró con agrado a Caín ni su ofrenda" (Génesis 4:5). Indudablemente Caín entendió que Dios no había encontrado en él corazón sincero y no había recibido con agrado su ofrenda. Podría haber decidido corregir su falta y buscar el agrado de Dios, pero su celo y enojo lo llevaron a tomar otra opción: se enfureció y mató a su hermano.

Cuando Moisés subió al monte de Sinaí por segunda vez para recibir la ley, el pueblo de Dios, adoptando la práctica de sus vecinos paganos, logró que Aarón hiciera una becerro de oro ante el cual adoraron, atribuyéndole al becerro su liberación de Egipto. El día siguiente, el pueblo trajo animales y ofrecieron holocaustos sobre el altar frente al becerro de oro. Dios manifestó sumo desagrado, enojándose y contemplando la destrucción total del pueblo por este acto de sacrilegio tan pronto después de su liberación milagrosa de Egipto. Sólo por la intercesión ferviente de Moisés ese propósito no se llevó a cabo (Exodo 32:1-14).

Aquí vemos la curiosa y funesta mezcla del culto pagano con la fe verdadera en Jehovah. Aparentemente los israelitas entendieron que estaban adorando a Jehovah y que el becerro de oro sería un agregado inocente que Dios aceptaría (cf. 32:5b). El resultado final de este acto fue que "llegaron a ser vergüenza entre sus enemigos", los involucrados fueron muertos y Jehovah se retiró de en medio de su pueblo (32:25ss.).

Dios demostró su desagrado por la desobediencia de Saúl, quien pretendía ofrecerle parte del botín de una batalla en la cual Dios había mandado explícitamente destruir todos los despojos. Como expresión de su desagrado, lo quitó del trono y nombró a David para tomar su lugar (1 Samuel 15:28).

Demostó su desagrado por la idolatría que prosperó durante el reinado de Salomón. El reino fue dividido y el mal ejemplo de este rey se transmitió a Jeroboam, Acab y Ocozías en el reino del norte (1 Reyes 16:31; 22:53; 2 Reyes 17:16), llevando finalmente al destierro en Asiria y luego en Babilonia.

Pocas veces Dios mostró su desagrado por la hipocresía en su adoración más fuertemente que en la profecía de Isaías (cf. Isaías 1:1-20). El profeta también advierte al pueblo de la "temible presencia de Jehovah" (2:10, 19, 21) contra su pueblo por causa de su obstinada idolatría (vv. 8, 20). Dios muestra cuán necio es el hombre que construye sus propios dioses con sus manos y luego se inclina ante ellos y los adora (Isaías 44:15, 17; 46:6).

Hay ocho referencias a la adoración en la profecía de Jeremías y todas ellas manifiestan el desagrado de Dios por la infidelidad e idolatría de su pueblo (Jeremías 1:16; 13:10; 16:10-13; 22:8, 9; 25:6; 26:1-6; cf. Miqueas 5:13). El pueblo realizaba actos de adoración, aun en el templo de Jerusalén, a la vez practicando grandes injusticias sociales. Dios advirtió que la falsa confianza en el templo no los salvaría en el día del juicio (Jeremías 7:1-15). Dios también advirtió que su desagrado se manifestaría aun sobre los huesos de los líderes quienes practicaron la idolatría (8:1, 2).

Dios manifestó especial desagrado, o santa ira, por la idolatría practicada en el templo de Jerusalén. El llevó al profeta Ezequiel al templo para observar cómo los judíos adoraban el sol en la casa de Dios y declaró que no tendría misericordia de ellos en el día del juicio (Ezequiel 8:16-18; ver Sofonías 1:5, 6; 2:11).

El lugar señalado donde el pueblo debería ir a adorar a Jehovah, por lo menos una vez al año durante la fiesta de los Tabernáculos, era el templo en Jerusalén. Los que se negaban a asistir, no teniendo una justificativa aceptable, sufrirían de parte de Jehovah sequías y plagas. Estos eran los dos enemigos naturales que los judíos más temían, pues afectaban sus cosechas, de las cuales dependían para su alimento (Zacarías 14:16-19).

Cuando Herodes dijo a los magos que él también quería ir a Belén a adorar

a Jesús, su intención de ninguna manera era la de honrar a Dios. Dios manifestó su desagrado, impidiendo que pudiera llevar a cabo su propósito, enviando a los magos de vuelta a su país por otro camino (Mateo 2:8, 12).

Cuando la madre de Juan y Jacobo se postró ante Jesús y le pidió los lugares predilectos para sus hijos en el reino venidero, él mostró su desagrado por la adoración egoísta e interesada de ella, no concediendo lo que pedía (Mateo 20:20-23).

Esteban, cuando se defendía ante el Sanedrín, citaba la profecía de Amós (5:25-27) donde Dios acusó a Israel de adorar a imágenes, prometiendo enviarles a Babilonia como castigo (Hechos 7:43).

Pedro rechazó la adoración que Cornelio procuró rendirle, sabiendo que tal acto sería una ofensa a Dios (Hechos 10:25).

Como hemos visto, nueve de las veinticuatro referencias a la adoración en el Apocalipsis tienen que ver con la adoración rendida a Satanás, representado por el dragón, la bestia, o los demonios y sus imágenes (Apocalipsis 9:20; 13:4, 8, 12; 14:9, 11; 16:2; 19:20). Tanto énfasis en la adoración rendida a Satanás indica la persistente rebeldía de gran parte de la humanidad hasta el fin del mundo, y esto a pesar de la persistente advertencia de Dios del destino final de tales personas. Una y otra vez, y en múltiples maneras, Dios demanda exclusividad en la adoración y advierte a los hombres de su desagrado tenaz a los que rinden adoración a cualquier otro objeto, sea en la tierra o en el cielo.

Dios manifestó su desagrado a los que adoraban a la bestia y a su imagen, representantes de Satanás, sellándolos con una marca en su frente o en la mano (Apocalipsis 14:9) y privándolos de descanso de día y de noche (14:11).

Cuando Juan intentó adorar al ángel que le mostraba las glorias del cielo, éste se lo prohibió terminantemente, recordándole que únicamente a Dios se debe adorar (Apocalipsis 22:8, 9).

Dios es glorificado y su reino extendido

Aunque hay poca referencia en la Biblia a la gloria de Dios como resultado de la adoración, implícitamente todo acto de adoración verdadera, en base a la misma definición del término, resulta en la gloria de Dios y la extensión de su reino. El creyente que adora a Dios, luego obedece su voluntad y esa obediencia glorifica a Dios y contribuye a la extensión de su reino. Así hay una relación directa entre la adoración sentida y sincera de parte del creyente y la gloria de Dios y la extensión de su reino.

Isaías profetizó el retorno de los judíos del cautiverio babilónico, y que Jerusalén sería la sede de la adoración para todas las naciones. En la adoración de las naciones, Jehovah sería glorificado al ver su reino extendido hasta los fines de la tierra (Isaías 66:7-24).

El propósito eterno de Dios es que se extienda su reino sobre toda la humanidad, logrando la salvación de todas las personas y uniéndolas en una sola familia bajo el señorío de su Hijo, Jesucristo. La adoración de los suyos es la disciplina básica e indispensable para lograr la extensión del reino de Dios. ¿Cómo? Es que en el acto de adoración el creyente entenderá mejor cuál es el propósito de Dios, cuál es su parte en ese propósito y recibirá motivación y poder para llevarlo a cabo en su vida y en el mundo.

La obediencia absoluta de Abraham, que culminó en la adoración (Génesis 22:5), permitió la ejecución del plan de Dios de bendecir las naciones a través de él y su familia. El resultado último fue la extensión del reino de Dios que sigue en marcha hasta el día de hoy.

Cuando Ana y Elcana presentaron al pequeño Samuel a Elí para servir a Jehovah todos los días de su vida (1 Samuel 1:28), en un acto de gratitud y adoración, se inició un largo ministerio durante el cual Samuel sirvió fielmente a Jehovah y contribuyó poderosamente en el extendimiento de su reino.

El adorador es bendecido (perdonado, restaurado, fortalecido, prosperado, formado a la imagen de Dios)

El adorador saldrá del encuentro divino con más amor para Dios y más odio para Satanás y el pecado; saldrá con más determinación para vivir una vida más santa y obedecer a Dios más fielmente. En una palabra, saldrá renovado espiritualmente, lo cual constituye la mayor bendición.

Dios se agradó en el holocausto que Noé le presentó sobre el altar después de salir del arca y bendijo a Noé y a su familia (Génesis 9:1). Prometió prosperar a Noé y a su familia en la multiplicación de sus hijos y sus posesiones. Además, Dios hizo pacto con Noé, incluyendo las bendiciones prometidas en él (9:9ss.).

Luego que Ana y Elcana hubieran presentado al pequeño Samuel para servir a Jehovah, fueron bendecidos: pudieron tener tres hijos y dos hijas (1 Samuel 2:21).

Luego de la dedicación del templo de Salomón, el pueblo regresó a sus casas renovado espiritualmente: "alegres y con el corazón gozoso" (2 Crónicas 7:10).

Cuando Isaías vio al Señor santo y glorioso en el templo, se sintió consciente de lo grave de su pecado y quebrantado. Clamó y Dios le respondió, bendiciéndole con su perdón, quitando su pecado (Isaías 6:7).

Las mujeres que fueron a la tumba la mañana de la resurrección fueron bendecidas por el encuentro con el ángel del Señor y se fueron corriendo de la tumba gozándose grandemente (Mateo 28:8). Luego se encontraron con el Señor resucitado, una experiencia que marcó sus vidas para el resto de sus años (28:9).

Los discípulos, que acompañaron a Jesús fuera de Betania y presenciaron su

ascensión, "regresaron a Jerusalén con gran gozo; y se hallaban continuamente en el templo, bendiciendo a Dios" (Lucas 24:52, 53). Los discípulos bendecían a Dios, pero también recibieron una bendición en el acto de su adoración. Fueron llenos de gozo y del deseo de congregarse en la casa de Dios "continuamente".

El adorador obedece al Señor

Frecuentemente, el texto bíblico indica que el resultado de la adoración es la gozosa obediencia inmediata de la voluntad de Dios. La obediencia a la voluntad de Dios es un paso importante en la preparación para adorar, pero es también un resultado seguro. Debemos recordar que la obediencia, o cumplimiento, de los Diez Mandamientos se consideraba como un servicio o adoración a Dios, porque el mismo término en hebreo para servir también expresa el concepto de adorar. Este concepto se ve en la primera celebración de la fiesta de Pascua. Adoraron a Dios y luego "Los hijos de Israel fueron y lo hicieron como Jehovah había mandado a Moisés y a Aarón, así lo hicieron" (Exodo 12:28; cf. 24:1-7).

Después de su experiencia de adoración en el templo (Isaías 6:1-13), Isaías salió para cumplir la misión que Dios le había dado, lo cual se relata en el resto del libro que lleva su nombre.

Algunos autores hablan de la "sonrisa de Dios" que indica su agrado en la vida y adoración de los suyos. Se basan en el Salmo 80:3 donde el salmista implora a Dios: "Oh Dios, ¡restáuranos! Haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos."

Los magos, después de adorar al "rey de los judíos", obedecieron las instrucciones de Dios de volver a su tierra por otro camino (Mateo 2:12).

Jesús señaló a Satanás que el servicio obediente sigue naturalmente a la adoración que el creyente rinde a Dios (Mateo 4:10).

Las dos Marías que fueron a la tumba la mañana de la resurrección, después de adorar a Jesús recibieron instrucciones de él y obedecieron (Mateo 28:7-11a).

Los discípulos, que presenciaron la ascensión de Jesús y adoraron, "regresaron a Jerusalén con gran gozo" (Lucas 24:52) en obediencia del mandato de Jesús de esperar allí "el cumplimiento de la promesa del Padre" (Hechos 1:4).

Conclusión

H. Rowley, conocido y respetado como una autoridad en los estudios del AT, publicó un libro en 1967 bajo el título *Worship in Ancient Israel* (Adoración en el Israel Antiguo). En este estudio Rowley señaló ocho elementos en la

adoración bíblica que nos servirán muy bien como resumen y conclusión. Los ocho elementos, según Rowley, son: postración (Salmo 95:6; 99:5; 132:7); reverencia, incluyendo temor (Exodo 3:5); acción de gracias (Salmo 103:2; 107:8; etc.); reconocimiento de parte del adorador de su pecaminosidad (Isaías 6:3; Habacuc 1:13; Salmo 130:3; etc.); petición; intercesión (Salmo 20:1; 122:6a; Exodo 32:31; etc.); unión con el espíritu de Dios a fin de poder participar en su vida, pensamiento y propósito (Salmo 42:1; 84:2); y consagración a la voluntad de Dios (Isaías 6:8; Salmo 40:8; 119:19, 34).

La adoración es un arte, o una disciplina, que requiere tiempo y dedicación para perfeccionarla. En vez de que "cada uno haga lo que bien le parezca" en la adoración, es imprescindible que el adorador conozca todo lo posible del Dios a quien él adora y, en segundo lugar, que entienda su propósito general y particular para su vida. La Biblia es la única fuente objetiva y confiable para lograr este conocimiento. Por lo tanto, la disciplina rigurosa de estudio bíblico va mano a mano con la práctica de la adoración que agrada a Dios.

El que escribe abriga la esperanza de que este estudio del tema de adoración en la Biblia, aun con sus limitaciones, sirva para que Dios sea glorificado, su reino extendido y los adoradores bendecidos en su vida personal y colectiva.

"Al que está sentado en el trono y al Cordero sean la bendición y la honra y la gloria y el poder por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 5:12).

SINTESIS DE LA ADORACION QUE AGRADA AL ALTISIMO

I. Lo que antecede a la adoración que agrada al Altísimo

- A. Tomar conciencia de la persona de Dios.
- B. Tomar conciencia del propósito eterno de Dios y de sus obras.
- C. Tomar conciencia de su propia necesidad.
- D. Tomar en cuenta las instrucciones de Dios y de haber sido obediente.
- E. Tomar las medidas adecuadas para expresar su adoración.

II. Lo que sucede en el acto de adoración que agrada al Altísimo

- A. Alabanza por la naturaleza de Dios.
- B. Alabanza y acción de gracias por las obras y bendiciones de Dios.
- C. Revelación de nuestros pecados.
- D. Imploración por la misericordia de Dios.
 - 1. Arrepentimiento, confesión y súplica por perdón y restauración.
 - 2. Por la protección de Dios.
 - 3. Por necesidades físicas y materiales.
- E. Revelación de la voluntad de Dios.
- F. El adorador rinde la vida a Dios como Señor soberano.
- G. El adorador ofrece a Dios algo de valor.
- H. El adorador intercede a favor de otros.

III. Lo que sigue a la adoración que agrada al Altísimo

- A. Dios muestra su agrado o desagrado.
- B. Dios es glorificado y su reino extendido.
- C. El adorador es bendecido (perdonado, restaurado, fortalecido, prosperado, formado en la imagen de Dios).
- D. El adorador obedece al Señor.

IV. Conclusión

Apéndice:

Las Referencias en la Biblia a la Adoración

En el Antiguo Testamento: *Shachah*

Génesis	1 Reyes
22:5 1	9:6 1
24:26 1	9:9 1
24:48 1	11:33 1
24:52 2	16:31 1
	22:53 1
Exodo	2 Reyes
4:31 1	5:18 1
12:27 1	17:16 2
24:1 2	17:35 1
32:8 1	17:36 1
33:10 2	18:22 1
34:8 2	19:37 1
34:14 2	21:3 2
	21:21 2
Deuteronomio	1 Crónicas
4:19 2	16:29 1
8:19 2	29:20 2
11:16 3	
17:3 3	2 Crónicas
26:10 2	7:3 1
29:26 2	7:19 1
30:17 3	7:22 1
Josué	20:18 1
5:14 1	29:28 1
	29:29 1
Jueces	29:30 1
2:12 1	32:12 1
2:17 1	33:3 2
7:15 1	
1 Samuel	Nehemías
1:3 1	8:6 1
1:19 1	9:3 1
1:28 1	9:6 1
15:25 1	
15:31 1	Job
	1:20 1
2 Samuel	
12:20 1	
15:32 1	

Salmos		Jeremías	
5:7	2	1:16	2
22:27	2	7:2	1
22:29	2	8:2	2
29:2	1	13:10	2
45:11	3	16:11	2
66:4	1	22:9	2
81:9	2	25:6	2
86:9	1	26:2	1
95:6	1	Ezequiel	
96:9	1	6	2
97:7	2	46:2	2
99:5	2	46:3	2
99:9	2	46:9	1
106:19	2	Miqueas	
132:7	2	5:13	3
138:2	2	Sofonías	
Isaías		1:5	2
2:8	1	2:11	2
2:20	1	Zacarías	
27:13	1	14:16	1
36:7	1	14:17	1
37:38	1		
44:15	2		
44:17	1		
46:6	1		
49:7	2		
66:23	2		

Se clasifican así: total 101 veces

- 1 Adorar: 57 veces
- 2 Postrarse: 39 veces
- 3 Inclinar: 5 veces

Otros términos en hebreo:

SagadDaniel 2:46; 3:5, 6, 7, 10, 11, 12, 14, 15, 18, 28
AtsabJeremías 44:19
Abad2 Reyes 10:19, 21, 22, 23, 23

En el Nuevo Testamento: Proskuneo

Mateo		Hechos	
2:2	1	7:43	1
2:8	1	8:27	1
2:11	1	10:25	1
4:9	1	24:11	1
4:10	1	1 Corintios	
8:2	2	14:25	1
9:18	2	Hebreos	
14:33	1	1:6	1
15:25	2	11:21	1
18:26	2	Apocalipsis	
20:20	2	3:9	2
28:9	1	4:10	1
28:17	1	5:14	1
Marcos		7:11	1
5:6	1	9:20	1
15:19	3	11:1	1
Lucas		11:16	1
4:7	1	13:4	1
4:8	1	13:4	1
24:52	1	13:8	1
Juan		13:12	1
4:20	2	13:15	1
4:21	1	14:7	1
4:22	1	14:9	1
4:22	1	14:11	1
4:23	1	15:4	1
4:23	1	16:2	1
4:23	1	19:4	1
4:24	1	19:10	1
4:24	1	19:10	1
9:38	1	19:20	1
12:20	1	20:4	1
		22:8	1
		22:9	1

Se clasifican así: Un total de 61 veces *proskuneo*

- 1 Adorar: 54 veces
- 2 Postrarse: 6 veces
- 3 Rendirle homenaje: 1 vez

Otros términos en griego:

Doxa Lucas 10:10
Eusebeo Hechos 17:23
Therapeuo Hechos 17:25
Threskeia Colosenses 2:18
Latreo Hechos 7:42
..... Hechos 24:14
..... Filipenses 3:3
..... Hebreos 10:2
Neokoros Hechos 19:35





Es evidente que la mayoría de los pastores, líderes de adoración y creyentes en general ignoran en gran medida los principios bíblicos de la adoración que agrada al Altísimo. Lamentablemente, esta ignorancia se ve en muchos cultos tradicionales y no-tradicionales, en iglesias casi muertas y en grupos renovados. En ambos extremos, y en todos los puntos intermedios, esta ignorancia suele llevarles a prácticas que no armonizan con la revelación bíblica. Aquí está este excelente trabajo que nos puede guiar en la adoración privada y pública que le agrada a nuestro Dios.

El doctor James W. Bartley, que fue misionero muchos años en Uruguay, se dio cuenta de que a pesar de haber leído tantas veces la Biblia de tapa a tapa, enseñado su contenido y predicado tantos sermones, nunca había hecho un estudio a fondo sobre el tema de la adoración en la Biblia. Sí, había leído artículos y libros sobre el tema, pero no había investigado lo que Dios dice al respecto.

Estando en Uruguay se hizo el propósito de comenzar un estudio sistemático sobre el tema de la adoración en toda la Biblia. Tal fue su entusiasmo que decidió presentar una serie de estudios-sermones en la iglesia que pastoreaba sobre el tema general: **La Adoración que Agrade al Altísimo**. La serie se extendió a 24 temas distintos. Desde ese entonces ha presentado la serie en seminarios, iglesias y conferencias especiales en varios países, siempre con una respuesta positiva.

LIBROS AFINES

Que Mi Pueblo Adore, E. Nelson - CBP Art. 17029

Crisis en la Alabanza, D. Ferreira - CBP Art. 32442

La Adoración: Primera Prioridad, M. A. Darino - CBP Art. 32440

La Adoración Auténtica, Stacker y Forbis - CBP Art. 32435

Unámonos en la Adoración, varios autores - CBP Art. 32436

¡Regocíjate!, D. Hustad - CBP Art. 32443

Donde Comienza la Verdadera Adoración, J. T. Draper - CBP Art. 32407



Casa Bautista
de Publicaciones

32444

ISBN 0-311-32444-4



9 780311 324446